



MAESTRÍA EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL

**Tesis para obtener el grado de
Magíster en Antropología Social**

**LA *POLITIZACIÓN* DE LA “COMUNIDAD NUCLEAR”: MITO,
POLÍTICA Y MORALIDAD CIENTÍFICA EN LA CNEA
(1950-1973)**

Alumna: Prof. Ana Fernández Larcher

Directora: Dra. Ana Guglielmucci

Buenos Aires, Noviembre de 2020

ÍNDICE

RESUMEN	3
---------------	---

ABSTRACT	4
----------------	---

AGRADECIMIENTOS	5
-----------------------	---

INTRODUCCIÓN

I. Presentación del tema y construcción del problema de investigación	9
---	---

II. ¿Por qué abordar las experiencias políticas del personal de la CNEA con una perspectiva etnográfica?	14
--	----

III. Marco teórico de la investigación.....	15
---	----

IV. Objetivos de la tesis	20
---------------------------------	----

V. Metodología adoptada.....	21
------------------------------	----

VI. Estructura y organización de los Capítulos	25
--	----

CAPÍTULO I. Orígenes y consolidación de la actividad nuclear en Argentina: el trasfondo político de la creación de la CNEA y el proceso de ‘autonomización institucional’

I. Introducción: notas sobre los sentidos nativos de la <i>política</i> en la CNEA	28
--	----

II. La actividad nuclear y las relaciones entre ciencia, tecnología y política durante la segunda posguerra	31
---	----

III. El desarrollo nuclear argentino como política de Estado: la creación de la CNEA y la búsqueda de la “autonomía tecnológica”	35
--	----

IV. La conversión de una política de Estado en una política institucional	40
---	----

V. La forja del ‘mito institucional’: desperonización, <i>apoliticismo</i> y tecnopolítica nuclear en la CNEA	48
---	----

CAPÍTULO II. La consolidación del mito institucional: La ‘buena’ política y el tiempo de la *mística*

I. Elementos del mito: <i>Continuidad, apoliticismo y mística institucional</i>	53
---	----

II. Contextos.....	57
--------------------	----

II.a. De las “utopías” a la cristalización del “sueño de la Argentina atómica”: el afianzamiento del “régimen tecnopolítico” en la Comisión.....	58
III. La comunidad de la <i>mística</i> : sentidos de <i>pertenencia</i> y conformación de un <i>ethos</i> profesional ‘despolitizado’ en la CNEA.....	71
III.a. Hacia una comprensión de los sentidos de la <i>mística</i>	73
III.b. Perspectivas nativas sobre el origen y el ocaso de la <i>mística institucional</i>	75

CAPÍTULO III: La *politización* de la “comunidad nuclear” y la transgresión del mito de la CNEA

I. Introducción	92
II. Aproximaciones a la coyuntura política nacional de los años ’60 y ’70	93
II.a. De la “Revolución Argentina” a la “primavera camporista”: “seguridad”, “desarrollo” y “politización” de las prácticas tecnocientíficas	95
III. Caso I. “Una batalla por la autonomía tecnológica”. La <i>polémica</i> por el Uranio y la <i>politización</i> de los profesionales de la CNEA	102
IV. Las experiencias de <i>politización</i> en la CNEA bajo el tercer gobierno peronista.....	114
IV.a. Caso II. La irrupción de la ‘mala política’: El retorno del peronismo y las tensiones derivadas de la <i>politización</i> / ‘peronización’ del personal.....	118
IV.b. Caso III. Hacia la consolidación de una nueva <i>política nuclear</i> : el “COCO”, la pelea por la <i>democratización</i> y la reestructuración de los objetivos institucionales.....	128
V. Reflexiones finales	138

CONCLUSIONES	141
--------------------	-----

BIBLIOGRAFÍA	150
--------------------	-----

ANEXO DE PERFILES DE LOS ENTREVISTADOS	173
--	-----

RESUMEN

Esta tesis examina con una perspectiva etnográfica la configuración sociohistórica y la crisis del mito fundacional de la CNEA,¹ y las formas que asumió en el organismo la relación con ‘lo político’, entre 1950 y 1973. A diferencia de los abordajes nativos y académicos sobre el pasado de la Comisión, orientados a reconstruir y a ponderar sus logros tecnocientíficos en un contexto signado por los avatares de la política argentina, este trabajo pone de relieve otras dimensiones de la vida institucional que caracterizaron y moldearon, asimismo, los rasgos específicos de su cultura interna.

El análisis cualitativo de las perspectivas nativas – basado en entrevistas y fuentes documentales – sobre la energía atómica en el país y su institucionalización en la CNEA permite observar, en el período estudiado, el proceso de creación y consolidación de una “tecnopolítica nuclear”, sustentada en las premisas de la *autonomía tecnológica* y la defensa del desarrollo nacional. Hacia 1960, dichas premisas se convirtieron en el “cemento ideológico” que mantuvo unido al personal de la CNEA y forjó una *mística* del trabajo, que prescribió un *ethos* profesional específico y produjo – a la vez – la imagen de una entidad *aislada* y políticamente ‘neutra’.

Aquella imagen (y los relatos que la sustentaron), entró en crisis a comienzos de los setenta, cuando un sector mayoritario del personal – influido por las expectativas de transformación social de la época – encabezó diversas experiencias de *politización* que transgredieron el mito del “apoliticismo” y desafiaron el *elitismo* institucional, intentando *democratizar* a la CNEA.

Palabras clave: 1. CNEA – 2. Mito – 3. Política – 4. Tecnopolítica nuclear – 5. Politización – 6. Mística institucional – 7. Perspectiva etnográfica

¹ Comisión Nacional de Energía Atómica.

ABSTRACT

This thesis examines with an ethnographic perspective the socio-historical configuration and the crisis of the founding myth of the CNEA. And it also examines the forms that the relationship with 'the political' were assumed inside the institution between 1950 and 1973. Unlike the native and academic approaches of the past of the Commission, aimed at reconstructing and weighing up its techno-scientific achievements in a context marked by the vicissitudes of the Argentine politics, this work highlights other dimensions of institutional life that also characterized and shaped the specific features of its internal culture.

The qualitative analysis of native perspectives – based on interviews and documentary sources – about atomic energy in the country and its institutionalization in the CNEA allows us to observe, in the studied period, the process of creation and consolidation of a "nuclear techno-politics", sustained on the premises of "technological autonomy" and the defense of national development. By 1960, these premises became the "ideological mortar" that held the CNEA staff together and forged a mystique of work, which prescribed a specific professional ethos and produced - at the same time - the image of an isolated and politically 'neutral' entity. That image (and the stories that supported it) went into a crisis at the beginning of the seventies, when a majority of the staff – influenced by the expectations of social transformation typical of the epoch – led various experiences of politicization that transgressed the myth of "apoliticism" and they challenged institutional elitism, looking for democratizing the CNEA.

Keywords: 1. CNEA – 2. Myth – 3. Politics – 4. Nuclear techno-politics – 5. Politicization – 6. Institutional mystique – 7. Ethnographic perspective

AGRADECIMIENTOS

Esta tesis es el resultado de una investigación etnográfica sobre la CNEA que – con intermitencias – desarrollé en el transcurso de siete años, entre 2013 y 2020, tras una breve experiencia como becaria en el Grupo de Gestión del Conocimiento Nuclear de la Comisión (2009-2012). El proceso de escritura – que inicié en 2018 – no fue sencillo y si pude concretarlo se debió, en gran medida, a la confianza que depositaron en mí diferentes personas y al cariño y sostén que, en todo momento, recibí de mi familia y amistades más queridas. Quisiera, entonces, agradecer – en estas páginas – a quienes, de diversos modos, hicieron posible este proyecto y me inspiraron y acompañaron en este largo trayecto.

En primer lugar, agradezco a Ana Guglielmucci, por haberse interesado en dirigir esta investigación y ayudarme a construir una perspectiva antropológica para abordar los acontecimientos históricos que analizo en la tesis sobre la trayectoria de la CNEA y las experiencias de *politización* del personal. El estímulo constante de Ana, sus valiosos comentarios y sugerencias de lectura, fueron esenciales para enriquecer mi trabajo y hacer de este proceso una experiencia menos solitaria y de gran aprendizaje.

Agradezco a Mauricio Boivín por iniciarme en los estudios de posgrado y por su acompañamiento en la primera etapa de mi singular recorrido académico. A él le debo no sólo la oportunidad de presentarme al CONICET² para aspirar a una beca doctoral sino, también, el haberme puesto en contacto con Ana y la sugerencia de que realice la Maestría en Antropología Social (MAS) en el IDES / IDAES (UNSAM).³

Buena parte de mi trabajo etnográfico fue posible gracias a la beca otorgada por el CONICET que – entre otras cosas – me permitió costear los estudios de posgrado.

Quiero dedicar una mención especial al cuerpo de docentes de la Maestría en Antropología Social del IDES / IDAES (UNSAM), por su destacada labor y su

² Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

³ Instituto de Desarrollo Económico Social (IDES) / Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM)

vocación de enseñanza y, sobre todo, por saber transmitir (y despertar en las/los estudiantes) su pasión por la Antropología. Mi admiración y reconocimiento para Rosana Guber, que encendió nuestra curiosidad etnográfica y nos animó a pensar crítica y reflexivamente sobre nuestra práctica y los diversos modos de hacer Antropología. A ella agradezco – también – el incentivo para terminar esta tesis y la charla que mantuvimos en el otoño de 2019, cuando le comenté mi proyecto y me sugirió trabajar más fuerte con el mito de la CNEA, planteándome un desafío que encaré con entusiasmo y espero profundizar más en futuros análisis.

Otras/os docentes de la MAS dejaron huella en mi aprendizaje y me afirmaron en la elección de la Antropología como profesión (o forma de vida). Se trata de Julieta Gaztañaga, Fernando Balbi, Sergio Visacovsky y Julieta Quirós quienes, con sus agudas reflexiones revelaron – además – las posibilidades de la Antropología como forma de conocimiento y modo singular de mirar y comprender el mundo.

Dentro de la UNSAM, quiero destacar – también – el profesionalismo y la labor docente de Marina Franco, a quien agradezco por los comentarios que oportunamente hizo a uno de mis trabajos pero, sobre todo, por su claridad intelectual y la pasión con que nos introdujo en los debates historiográficos sobre el pasado reciente.

Entre 2014 y 2017 participé en el Proyecto de Investigación “Ciencia, Tecnología y Dictadura”, dirigido por Cecilia Gárgano, experiencia que atesoro como parte de mi proceso formativo. A Cecilia y a Ana Spivak, agradezco por sumarme a dicho proyecto y por el enriquecedor intercambio de ideas sobre las características que tuvo la intervención militar en la CNEA, bajo la última dictadura (1976-1983). En especial, mi agradecimiento a Ana por interesarse en mi trabajo, por compartirme lecturas y parte de su experiencia de campo en la Comisión y por sus valiosos comentarios en distintas etapas de mi investigación.

Mi reconocimiento a Diego Hurtado, por sus pioneros estudios sobre la CNEA que resultaron claves para introducirme en el análisis de la trayectoria institucional, desde una perspectiva histórica y política que marcó – en varios aspectos – mis propias interpretaciones.

Finalmente, agradezco la generosidad de Adriana Stagnaro y Ariel Gravano por abrirme las puertas de sus hogares, responder a mis inquietudes e interesarse por

los temas abordados en mi trabajo. Espero, más adelante, incluir en mi tesis doctoral parte de esos jugosos intercambios.

Mención especial merece la gente de la CNEA que hizo posible esta investigación. A todas/os ellas/os dedico esta tesis y agradezco profundamente el generoso tiempo que dedicaron a mi proyecto, a canalizar mis dudas y a compartir sus trayectorias laborales y experiencias de vida en la Comisión. Si bien todas/os fueron fundamentales en este proceso, he trabado con algunas/os una relación de amistad y afecto que hizo más placentero el trabajo. En ese grupo, incluyo a Ernesto Maqueda con quien compartí extensas charlas y encuentros que me ‘transportaron’ al pasado de la CNEA y me revelaron aspectos poco conocidos de la historia institucional, referidos a las experiencias políticas de sus trabajadores. Fue Ernesto, uno de los más entusiastas lectores de mis producciones académicas y alguien que supo guiarme y darme su apoyo para que la tesis llegara a puerto.

A Hilda Lanza, Willy Dussel y Martha Granovsky, les agradezco infinitamente por acompañarme en el primer tramo de la investigación y ayudarme a construir una red de contactos para iniciar el trabajo de campo en CNEA y profundizar la mirada sobre la peculiar situación de la Comisión en los años ’70. Otra persona fundamental – en ese sentido – fue Enrique Pasqualini, a cuya memoria dedico, también, esta tesis.

Alicia Frigerio y Máximo Rudelli compartieron conmigo valiosos recuerdos y documentos (como el “*Mamotreto*”) que resultaron centrales para mi análisis.

El esfuerzo realizado en estos años hubiera sido imposible sin el sostén de mis más preciados afectos. Quiero – especialmente – dedicar esta tesis a mi madre, Ana, y a la memoria de mi querido viejo, Guillermo. Lectora entusiasta, aguda comentarista y ‘nativa’ de la CNEA (hasta 1994)⁴, mi vieja fue no sólo una interlocutora clave, si no una gran compañera que en los momentos más duros de este proceso, cuando flaqueaban los ánimos, me dio su apoyo incondicional y su permanente aliento para que terminara la tesis.

A mis queridísimas amigas, Mari, Ceci K. y Flor agradezco el acompañamiento, la contención y, sobre todo, la confianza y la genuina alegría con

⁴ Año en que un decreto presidencial provocó el desmembramiento de la CNEA en tres entes autónomos: la NA-SA, encargada de la operación de las centrales nucleares; el ENREN-ARN, dedicado a las actividades de control y fiscalización; y la CNEA “residual”, limitada a las funciones de investigación, promoción y desarrollo.

la que celebraron como propio cada logro en este largo camino. A las tres, gracias por el cariño y por entender la importancia que tenía para mí dar este paso, que – en muchas oportunidades – nos robó tiempo de estar juntas.

A Chela y a Willy, mis suegros, un especial agradecimiento por toda la ayuda que me brindaron y por el afecto tan necesario para seguir adelante. Mi abuela, Michi, y mi ‘familia de amigas/os’, Pato, Andy, Vicky y Migue fueron, también, esenciales.

Milagros Rodríguez, a quien me une un vínculo más allá del académico, fue una persona clave en este recorrido y una estimulante compañera que hizo menos solitario mi trabajo académico. Además de los intercambios, la escucha atenta y los buenos consejos, le agradezco infinitamente su generosidad y el haberme abierto las puertas a la Hemeroteca de la CNEA.

Quiero agradecer, también, a Evangelina Margiolakis y a Fabiana Freidin quienes, desde distintos lugares, me acompañaron en este proceso. A Eva, por interesarse en mi proyecto, por su solidaridad y aliento y sus acertadas recomendaciones bibliográficas. A Fabi, por su escucha atenta, por ahuyentar temores y ‘exorcizar’ a los fantasmas que – muchas veces – paralizaron mi escritura.

A mis compañeras/os de maestría, Eli Maradey, Lau Ursino, Hernando Flores, Tati Fink y Ale Conconi, el recuerdo por los gratos momentos compartidos durante la cursada y a Ale, una mención especial por orientarme con los aspectos formales para presentar la tesis. En este punto, no puedo dejar de mencionar la valiosa ayuda de Manuela Castañeira, sin la cual, hubiera sucumbido en el intento de completar los trámites para entregar la tesis.

Por fin, y aunque no alcancen las palabras para describir un acto de amor y entrega tan grande, quiero agradecer a Franco, mi compañero de vida, por embarcarse conmigo en este proyecto y sacar una y mil veces nuestro barco a flote, para llevarlo a buen puerto. Sin Franco, este trabajo no hubiera sido posible. Él y nuestra pequeña Agus, acuñaron la frase que – como un mantra – me repetí para llenarme de ánimos en el último tiempo: “*dale con todo a la tesis, mami*”.

Gracias Agus y Fran por la infinita paciencia, los mimos, el amor y las risas que me regalaron en estos años e hicieron que todo este esfuerzo valiera la pena.

INTRODUCCIÓN

I. Presentación del tema y construcción del problema de investigación

La Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA), fue creada el 31 de mayo de 1950 durante la primera presidencia de Juan Domingo Perón (1946-1952), como parte de las iniciativas impulsadas por el gobierno en el ámbito de la ciencia y la técnica para incidir sobre los sectores estratégicos de la economía y fomentar la industrialización (Hurtado, 2014: 42). A fin de avanzar en la construcción de capacidades autónomas y diversificar las fuentes de energía en el país, el decreto presidencial N° 10.936/50 designó a la CNEA como entidad encargada de promover y coordinar las actividades de investigación y desarrollo (I+D) nuclear y asesorar al Estado argentino en el nuevo campo de conocimientos científico-tecnológicos.

Tanto la historiografía académica (Gaggioli 2003; Marzorati 2003, 2012; Vessuri 2007; Hurtado 2010, 2012; 2014) como los estudios nativos (Sabato [1970] 2014, [1973] 2014; Mariscotti 1987; Castro Madero y Takacs 1991; Calabrese 1997; Harriague et al 2006; Lamuedra 2006) sobre el pasado de la Comisión, han tendido a privilegiar en sus trabajos los abordajes que consagran los grandes hitos institucionales y describen la ‘gesta’ y ejecución de los proyectos tecnológicos de mayor envergadura,⁵ destacando el tesón de los ‘grandes hombres’ de la CNEA, cultores de una *mística*⁶ que logró aglutinar al personal en función de una serie de

⁵ Nos referimos, por ejemplo, a la construcción y puesta en marcha del primer reactor experimental, el RA-1 (1958); a la producción de radioisótopos y energía nucleoelectrónica, por citar los desarrollos más importantes en los años de consolidación de la actividad nuclear.

⁶ En este trabajo, sigo el procedimiento empleado por Fernando Balbi en su tesis *De leales, desleales y traidores...* (2007), para distinguir en el texto las expresiones y categorías nativas de mi propia terminología y de la de cualquier otro autor que sea citado (Balbi: 2007: 52). Las *cursivas* o *itálicas* se utilizarán para destacar las expresiones propias de los sujetos sobre los que trata la investigación, y para referir a los títulos de libros, fuentes, notas periodísticas, etc., que aparezcan mencionados en el cuerpo del trabajo.

El uso de comillas dobles (“X”) se reservará para las citas textuales, tanto de mis interlocutores como de la bibliografía consultada. Las comillas simples (‘X’), se emplearán para atraer la atención sobre algún término en particular y, ocasionalmente, para relativizar determinadas expresiones (Balbi; 2007: 53).

objetivos comunes (Fernández Larcher, 2017). Ambos relatos, inscriben la trayectoria de la Comisión en un desarrollo lineal y armónico que “no contempla explícitamente el abordaje de las tensiones” (Briozzo, 2014: 50) y que habría mantenido inalterable el rumbo de la institución por más de tres décadas (1950-1983), a pesar de las crisis y la inestabilidad que signó la política nacional en aquellos años. En tal sentido, el desarrollo nuclear y su institucionalización en la CNEA, fueron caracterizados como un caso “excepcional” en relación a la suerte que corrieron otras organizaciones del campo tecnocientífico argentino.⁷

Diversos autores (Sabato [1973] 2014, [1972] 1979; Oszlak 1976; Nun 1995; Hurtado 2010, 2014; Albornoz 2015), han argumentado que lo singular de la experiencia atómica radicó en los esfuerzos pioneros de la Comisión por fijar los objetivos de una “política nuclear” orientada a lograr “una capacidad autónoma [en la] toma de decisiones” (Sabato, [1973] 2014: 109) estratégicas para el sector. Desde la perspectiva académica y también desde la nativa, la *continuidad* de dicha “política” y la “extraordinaria estabilidad de [los] elencos directivos” (Oszlak, 1976: 41) institucionales,⁸ explican cómo fue posible que la CNEA adquiriera un potencial “sorprendente en materia de ciencia y tecnología [en] un país escasamente industrializado” (Albornoz, 2015: 171) y carente de una sólida infraestructura científico-tecnológica. Frente a un escenario cambiante e impredecible – como el que marcó la segunda mitad del siglo XX argentino – la *estabilidad* de la CNEA y la *continuidad* de sus objetivos destacan como aspectos singulares de su trayectoria y como condición de posibilidad de sus logros tecnocientíficos.

El consenso sobre la *coherencia* del rumbo establecido por la Comisión para lograr la “autonomía tecnológica”,⁹ constituye el rasgo más saliente de los trabajos

⁷ Tal como se reseña en el libro de Diego Hurtado (2010), *La ciencia argentina. Un proyecto inconcluso...*, los principales organismos nacionales de ciencia y tecnología creados en los años cincuenta fueron: la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA), el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), el Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI) y el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

⁸ En la perspectiva de Oszlak, la “extraordinaria estabilidad” de la CNEA se reflejaba en el hecho “quizás sin precedentes en el sector público argentino de que sólo dos personas se hayan alternado en su conducción a lo largo de [un cuarto de siglo, entre 1952 y 1976]” (Oszlak, 1976: 41).

⁹ Las nociones de “autonomía tecnológica” y “apoliticismo” (que será analizada en relación al ‘mito’ de la CNEA), han sido empleadas por distintos miembros de la Comisión que han escrito sobre diferentes aspectos y períodos de la historia institucional. Por lo tanto, pueden

dedicados a reconstruir su historia. El relato institucional y las investigaciones producidas en el ámbito académico han alimentado el ‘mito’ de una organización exitosa y ‘autosuficiente’, cuya expresión más acabada remite a la metáfora de la CNEA como un “enclave” (Vessuri, 2007) o una *isla* resguardada de los vaivenes políticos. Pero aún cuando ese tipo de relato se justifique a la luz de los éxitos obtenidos y del reconocimiento alcanzado más allá de las fronteras nacionales, resulta inverosímil pensar que los contextos más amplios – y el estado de “crisis permanente” (Halperín Donghi, 1964: 89) en la Argentina – no afectaran, en algún punto, a la dinámica de una institución que – hasta 1996 (Decreto 660/96) – permaneció bajo la órbita del Poder Ejecutivo.

No es mi intención aquí evaluar los proyectos o el desempeño técnico de la CNEA respecto al de otras entidades del complejo tecnocientífico, tema que – por otro lado – ha sido objeto de indagación entre distintos especialistas abocados al estudio de la producción de ciencia y tecnología en el país (Oszlak 1976; Nun 1995; Albornoz 2009; Hurtado 2010). Lo que me propongo en este trabajo es – en todo caso – un objetivo más modesto surgido de una constatación etnográfica a partir de mi experiencia y de mis datos de campo: el hecho de que el mito de la Comisión deja de lado una serie de episodios y problemas que trascienden su dominio técnico específico y permiten deslindar otras dimensiones de la vida institucional, cuyo análisis resulta perentorio para comprender cómo fue configurándose la cultura del organismo en su interacción con los contextos sociopolíticos más amplios. En este punto, el foco de la tesis no sólo estará dirigido a indagar en qué medida la irrupción o el impacto de dichos contextos alteró la imagen de la llamada “comunidad nuclear” (Gaggioli 2003; Marzorati 2012), sino también a examinar – en un sentido más profundo – las formas que asumió en la CNEA la relación con ‘lo político’, en términos de un “antagonismo” (Mouffé, 2011) o disensión conflictiva entre el personal que, muchas veces, se expresó en un registro moral sobre el desempeño que ‘cabía esperar’ de los trabajadores en un ámbito orientado al desarrollo científico-tecnológico. Y es que – para los nativos – *la política* se tornó, por momentos, una dimensión más de las prácticas institucionales y una cuestión a ser problematizada debido al revuelo que produjo su emergencia o manifestación en un espacio

tomarse como expresiones o categorías nativas y, de ese modo, aparecen representadas en varios pasajes de la tesis.

caracterizado desde el inicio por su “apoliticismo” (Mariscotti 1987: Marzorati 2012).

De acuerdo con las visiones nativas, y tal como se desprende de mi trabajo de campo, en ninguna ocasión – como a comienzos de los años setenta – *la política* fue en la CNEA una instancia dadora de sentidos y una condición capaz de resignificar los sentimientos de *pertenencia institucional* y las creencias y valores asociados a la actividad tecnocientífica y a la práctica profesional. Por ello, la tesis se centrará en el estudio comparativo y la descripción histórico-etnográfica de tres eventos o episodios singulares que, entre 1972 y 1973, marcaron una inflexión en la trayectoria del organismo y abrieron paso a nuevas formas de participación y organización política entre los trabajadores, tensionando el mito fundacional del *apoliticismo*. A la manera de Gluckman (1958), dichos eventos pueden considerarse como “situaciones sociales” que representan, mejor que otros casos, un momento ‘límite’, de cuestionamiento al orden y al sistema de valores establecido y – por lo mismo – permiten observar los cambios al interior de la CNEA y los conflictos a nivel de las tensas relaciones (Guizardi, 2012) entre el personal que la caracterizaron.

El análisis etnográfico de aquel período permitirá, a la vez, identificar en el establecimiento nuclear distintas experiencias de *politización*, según la caracterización hecha por los nativos: la que involucró a la Asociación de Profesionales (APCNEA) en la *polémica* por el tipo de combustible para la segunda central nucleoelectrónica, Embalse (1972-1973);¹⁰ la ‘político-partidaria’, que se tradujo – para muchos – en un ingreso de la política nacional en la Comisión, durante

¹⁰ La discusión sobre el tipo de tecnología a utilizar en la construcción de Embalse, que sería instalada en la localidad cordobesa de Río Tercero, se desarrolló entre los meses de julio del ‘72 y marzo del ‘73. Identificada como la “*polémica uranio natural versus uranio enriquecido*”, la discusión giró en torno al tipo de combustible que debía emplearse en la central para garantizar la *continuidad e independencia* del programa argentino de desarrollo nuclear. En la visión de los profesionales involucrados, la decisión a tomar sobre el tipo de combustible poseía un carácter “eminente político, [pues] *de ella dependía que la integración de la energía nuclear en el esquema energético nacional* constituyese un aporte positivo para el desarrollo [del] país o se convirtiese en un instrumento más del subdesarrollo y la dependencia política y económica” (Scheuer, 1973, el énfasis es del autor).

Otra de las peculiaridades del caso fue que – a diferencia de lo ocurrido con la primera central (Atucha I) – la discusión sobre Embalse fue objeto de un acalorado debate que trascendió pronto las fronteras institucionales de CNEA y tomó estado público, a través de la intervención de “asociaciones gremiales, universidades, medios, agrupaciones políticas y hasta una fracción importante del hombre de la calle” (Maqueda y Scheuer, 2014: 1).

la llamada “primavera camporista” (1973);¹¹ y la de la ‘política institucional’, que – en el clima efervescente del retorno del peronismo al gobierno (1973-1976) – planteó la necesidad de reestructurar los objetivos de la CNEA para adecuarlos al nuevo contexto nacional e internacional.¹²

Como veremos en la tesis, a comienzos de los ‘70, el mito del *aislamiento institucional*, fue sustituido por las referencias de los actores “a un mundo externo eminentemente político que [irrumpió] en el espacio interno” (Visacovsky, 2002: 157) de la Comisión y alteró la dinámica tradicional de trabajo y los vínculos entre el personal. Por primera vez – en el relato de los nativos – la situación exterior puso en juego los valores de la “comunidad nuclear” y el conflicto de intereses dentro de la CNEA que se expresó en las tensiones entre *elitismo* y *democratización*, *mística* y *politización*, y en el esfuerzo de un sector de los profesionales por brindar un contenido social y político a su actividad.

A lo largo del análisis mostraré que los episodios y experiencias señalados continúan siendo objeto de disputas y disensos entre los actores, a pesar de estar ausentes en el relato institucional de la Comisión, que alimentó la imagen de un pasado mítico cimentado en el éxito y la *continuidad* de sus logros tecnocientíficos. En tal sentido, la pregunta que subyace a la investigación es por qué dichos episodios no ocuparon (ni detentan) un lugar en la memoria oficial del organismo. Responder a

¹¹ En aquellos meses, en el marco de lo que Marina Franco (2012) denominó el “ciclo de las tomas” (2012: 41), personal de la CNEA ‘ocupó’ algunas dependencias del organismo con la consigna de remover a las autoridades institucionales designadas en sus cargos en los años de proscripción peronista (1955-1973). Dicha experiencia, produjo formas novedosas de organización del personal que ‘desbordaron’ la *participación* en las asociaciones y gremios tradicionales de la CNEA. Por otra parte, el clima de *movilización* que caracterizó al período, no sólo impulsó cambios en la dirección y la estructura organizativa de la Comisión, sino que dio lugar – también – a experiencias de *politización* entre los trabajadores, como la creación de la “Agrupación Peronista” que tendría un papel destacado en la CNEA en los años previos al Golpe de 1976.

¹² Entre junio y diciembre del ‘73, los trabajadores de CNEA organizaron el Consejo Coordinador (“COCO”) a fin de reestructurar los objetivos institucionales y redefinir algunos aspectos de la *política nuclear* vigente. La iniciativa, que contó con la participación de 250 agentes – entre profesionales, técnicos y administrativos – constituyó un ‘hito’ en las experiencias organizativas del personal al promover la *democratización* en los procesos de planificación y toma de decisiones. Desde el punto de vista ‘técnico’, las discusiones sobre *política nuclear* impulsadas desde las *mesas* del COCO, se orientaron a lograr un desarrollo ‘independiente’ y a satisfacer la demanda local de abastecimiento de energía eléctrica, como parte de un “Plan Energético Nacional” encuadrado en los objetivos de “independencia económica” y “soberanía política” del gobierno peronista (CNEA. Informe sobre la Central Nuclear II. 3 de agosto de 1973).

ese interrogante implica no sólo examinar las formas que asumió en la CNEA la relación con ‘lo político’ sino, también, indagar en el papel que desempeñan los mitos en la configuración de las instituciones (Kaës 1996; Lema 2015) y, en particular, en aquellas orientadas a la producción de conocimientos científico-tecnológicos.¹³

II. ¿Por qué abordar las experiencias políticas del personal de la CNEA con una perspectiva etnográfica?

El interés por abordar las experiencias políticas del personal de la CNEA entre 1972 y 1973 responde a tres razones fundamentales: en primer lugar, a la escasez de estudios etnográficos referidos a la trayectoria de los organismos públicos de investigación y desarrollo y su interacción con otros ámbitos o esferas de la actividad social.¹⁴ En segundo lugar, a la visión generalizada – entre nativos y académicos – sobre la supuesta ‘neutralidad ideológica’ de las instituciones tecnocientíficas, concebidas como ambientes no politizados o espacios donde las dimensiones política y técnica se representan de manera escindida. Finalmente, al registro de relatos y vivencias disímiles sobre los episodios señalados, que explicitan la “tensión de

¹³ Aunque centrados en el análisis de ceremonias conmemorativas y, por ende, en el papel que juegan los ‘rituales’ en distintas instituciones del sector nuclear argentino y francés, los trabajos de Ana Spivak (2010, 2013) y de Matthieu Hubert (2013) han sido de gran inspiración para identificar en la CNEA una serie de narrativas (o mitos) orientados a producir y a recrear el vínculo ‘comunitario’ entre el personal y a reforzar en el grupo de trabajadores nucleares la adscripción identitaria y los sentidos de pertenencia al organismo.

¹⁴ A más de medio siglo de su creación – en la década de 1950 – y a pesar de su importancia y de sus respectivas contribuciones a la historia del desarrollo tecnocientífico nacional, resulta significativo que las principales instituciones científicas del país no hayan despertado la curiosidad etnográfica y se hallen prácticamente ausentes en la bibliografía orientada al estudio antropológico de la ciencia y la tecnología en Argentina (Hidalgo 1998; Stagnaro 2003, 2015; Stagnaro e Hidalgo 2003; 2016; Roca 2011, 2014). Mientras – en los últimos años – el tema devino objeto de indagación entre sociólogos e historiadores, dando lugar a un modesto corpus de publicaciones académicas sobre el INTA (Gárgano 2011, 2014, 2015), el CONICET (Beckerman 2009, 2010; Feld 2015), y la CNEA (Marzorati 2003, 2012; Hurtado 2005, 2009, 2012; 2014; Fernández 2010; Rodríguez 2014a, 2014b, 2017, Briozzo 2014), en Antropología, el análisis de las trayectorias institucionales, de sus “culturas” y formas de organización y su complejo vínculo con el Estado, continúa pendiente, a excepción de las investigaciones de Naymé Gaggioli (2003) y Ana Spivak (2010, 2015) sobre la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA). Desentrañar las causas de dicha omisión es un problema que excede los objetivos del presente trabajo, aunque sea válido preguntarse por qué la historia de los organismos nacionales de investigación y desarrollo no ha sido abordada con una perspectiva etnográfica.

memorias” (Spivak, 2015) en la construcción del pasado institucional y ponen de relieve sentidos y valoraciones diversos sobre la *pertenencia* al organismo, la función de la ciencia y la tecnología y el compromiso de los trabajadores con la sociedad.

Las ‘memorias disruptivas’ de un sector del personal sobre las experiencias de *politización* en la CNEA permitirán, pues, aproximarnos a las dimensiones menos exploradas de la llamada “cultura nuclear” (Hurtado, 2014)¹⁵ y examinar, a un tiempo, el conflicto de valores alrededor de la práctica profesional y su impacto en la dinámica de las relaciones institucionales. La mirada etnográfica sobre los hechos “no científicos” del universo estudiado (Stagnaro, 2003) posibilitará, asimismo, analizar las formas que asumió en CNEA la relación con lo político y relativizar la creencia compartida entre varios profesionales y técnicos sobre su pretendido *aislamiento* de la historia política nacional.

III. Marco teórico de la investigación

El abordaje de las experiencias de *politización* en la CNEA y su impacto en la dinámica institucional – a comienzos de los ’70 – plantea un desafío analítico que supone, por un lado, revisar – a partir de los datos de campo – la tradicional dicotomía entre “ciencia” y “política” (Weber, [1919] 1979) y sus modos de expresión en el organismo nuclear. Una de las cuestiones que despertaron mi curiosidad etnográfica a lo largo de la investigación que – desde el año 2010 – realizo en ese ámbito,¹⁶ fue la tendencia generalizada entre algunos nativos a concebir a la política como un dominio diferenciado (Gaztañaga, 2011) de las prácticas científico-técnicas y a narrar la historia de la Comisión como una experiencia desligada de los contextos más amplios y de los avatares de la política nacional. Dicha tendencia – registrada en la mayoría de mis intercambios con

¹⁵ En sus trabajos sobre la CNEA, Diego Hurtado (2005-2014) emplea la noción de “cultura” para referir al conjunto de valores y prácticas compartidos por los miembros de la Comisión que forjaron una identidad común y sentaron las bases de una “tecnopolítica nuclear”, entendida como “la práctica estratégica de diseñar o usar la tecnología para constituir, encarnar o impulsar objetivos políticos” (Hurtado, 2012: 203)

¹⁶ Las referencias a mis interlocutores y a las características del trabajo de campo, se harán en la sección dedicada a explicitar los métodos de los que me valí para realizar esta investigación.

personal en actividad o retirado del organismo – contrasta, sin embargo, con el objetivo “tecnopolítico” (Hecht, 1998)¹⁷ con el que fue creada la institución durante la primera presidencia peronista: lograr el autoabastecimiento energético y la independencia económica del país. Inscrita en su “código genético” (Hurtado y Bianchi, 2017), la búsqueda de la *autonomía tecnológica* se erigió en uno de los valores y premisas que guiarían el desarrollo de la actividad nuclear en la Comisión, al menos, hasta mediados de los años ochenta.

Pero si la energía atómica nació en Argentina como parte de un proyecto político más amplio, que concibió a la práctica científica de un modo pragmático y “utilitario” – en contraste a las aspiraciones de una “ciencia libre”, formuladas desde la “cultura académica” (Hurtado, 2010: 73-74) y encuadradas en la corriente que, hacia fines de los ’60, Varsavsky identificaría con el “cientificismo” (Varsavsky [1969] 2007) –,¹⁸ resulta paradójico el hecho de que muchos profesionales de la CNEA hayan sostenido una visión “anti-política” (Mouffé, 2007), purista e “incontaminada” (Douglas, 1973) de sus prácticas que produjo, incluso, la imagen de una institución *aislada* y relativamente autosuficiente. A diferencia de las visiones que han proclamado el carácter irreductible de los dominios técnico y político, la perspectiva etnográfica adoptada en este estudio muestra, por el contrario, la yuxtaposición – los “difusos límites” (Gaztañaga, 2011) – entre ambas esferas, pese al esfuerzo narrativo de algunos actores (nativos y académicos) por retratar a la Comisión como un ámbito ‘despolitizado’, donde aquellas dimensiones se presentan de manera escindida. Al no reparar en su condición “relacional” (Zenobi, 2014: 28) y concebir a la política como una realidad ajena a las actividades tecnocientíficas, las narrativas señaladas limitan las posibilidades de abordarla como una dimensión más de la práctica social y observar sus peculiaridades en espacios identificados a priori como “no políticos” (Visacovsky 2002; Fernández Larcher 2015).

¹⁷ A partir de la conceptualización de Hecht (1998), Hurtado define a la tecnopolítica nuclear como “la práctica estratégica de diseñar o usar la tecnología para constituir, encarnar o impulsar objetivos políticos” (Hurtado, 2012: 202-203)

¹⁸ En su ensayo *Ciencia, política y científicismo* [1969: 2007], Varsavsky define a esa corriente como un pensamiento que “renuncia a preocuparse por el significado social de [la ciencia], desvinculándola de los problemas políticos [y] aceptando para ella las normas y valores de los grandes centros internacionales (...) El *cientificismo* – advierte el autor – refuerza nuestra dependencia cultural y económica, y nos hace satélites de ciertos polos mundiales del desarrollo” (Varsavsky, [1969] 2007: 28-29)

Así, el desafío de etnografiar las relaciones entre ciencia y política en la CNEA entraña, por otra parte, una pregunta sobre la especificidad de ‘lo político’ y sobre los modos de hacer y de significar a la *política* en la Comisión desde la(s) perspectiva(s) de los actores. Al proponer una descripción estructurada sobre los sentidos que los nativos adjudican a la *política*, parto del supuesto de que “no hay límites atribuibles a priori a lo que pueda ser pensado y vivido como [‘político’] y que los eventuales límites, contruidos socialmente, no gozan del privilegio de la inmutabilidad” (Barreira y Palmeira, 2006, en Zenobi, 2014: 18). A fin de abordar los significados que reviste para un grupo de trabajadores nucleares el concepto de *politicización* (y las categorías vinculadas con él), apelaré a la propuesta realizada desde la “Antropología de la política”¹⁹ para “focalizar [en] las [prácticas] y representaciones de individuos y grupos sociales concretos [y] comprender los sentidos que mujeres y hombres atribuyen a acciones, relaciones, identidades y pasiones colectivas que *ellos mismos* consideran como *políticas*” (Neiburg, 1999: 52; énfasis del autor).

Uno de los objetivos de la tesis será, pues, mostrar que en la Comisión existieron formas de entender y experimentar la relación con ‘lo político’, que ameritan explorarse desde una perspectiva etnográfica, capaz de aprehender las visiones de los propios actores sobre su mundo social (Balbi, 2007; Zenobi, 2014).²⁰ A través del análisis comparativo de los hechos que tuvieron lugar a comienzos de los ‘70, me propongo estudiar los significados y las manifestaciones de la política en

¹⁹ En América del Sur y, en especial, en Brasil y la Argentina, los últimos años fueron testigos de un viraje en el campo de los estudios antropológicos de la política que produjo modificaciones en las agendas de investigación y en los abordajes teórico-metodológicos priorizados por los investigadores de ambos países. Para varios autores (Balbi y Boivín 2008; Frederic y Soprano 2005, 2008; Alucin y Zilli 2013), la propuesta redundó en una nueva definición programática que resignificó las relaciones entre la Antropología y la política y puso el acento en el método etnográfico y en los múltiples sentidos adjudicados por los nativos a los conceptos asociados al universo de ‘lo político’. El nuevo enfoque marcó el desplazamiento de la “Antropología política” a la Antropología “*de la política*”, caracterizada por su comprensión holística de los fenómenos políticos y por explorar el modo en que la política “es vivida y significada en un universo histórico y cultural específico” (Alucin y Zilli; 2013: 8).

Para una aproximación al estado del campo de la Antropología de la política en Argentina, ver Frederic y Soprano (2008), “Antropología y política en la Argentina”. Revista de estudios en Antropología Social. Vol. 1, Nº1.

²⁰ En su “Introducción” al número 27 de la Revista *Cuadernos de Antropología Social*, los antropólogos Boivín y Balbi señalan que “las perspectivas de los actores constituyen un camino privilegiado para acceder al conocimiento de lo social no sólo porque ellas son parte de lo social sino, particularmente, porque los actores deben necesariamente tener algún tipo de visión de su propio mundo [tal] que les permita operar en él” (Boivín y Balbi, 2008: 9).

la CNEA para discernir los motivos que en distintos contextos llevaron a un sector del personal a *politizar* su actividad, en un ámbito caracterizado tradicionalmente por su “apoliticismo” (Mariscotti, 1987; Marzorati, 2012).

Alimentadas o sostenidas por un conjunto de valores referidos a la práctica profesional y al papel que debía asumir la Comisión frente a la sociedad, dichas experiencias resultaron (y continúan siendo) objeto de evaluaciones morales por parte de los trabajadores nucleares.²¹ En tal sentido, el problema de los valores aparece íntimamente vinculado a los procesos de *politización* institucional y constituye, por ello, otro de los temas centrales de nuestro análisis.

Más allá de la “unidad axiológica” (Maqueda y Scheuer, 2014) expresada en la defensa de objetivos nacionales como el “autoabastecimiento energético” y la *autonomía tecnológica*, los hechos que examino en la tesis ponen de relieve tensiones y valoraciones diversas sobre la política en un ámbito orientado a la producción tecnocientífica como la CNEA. De acuerdo con la caracterización nativa, la *politización* no sólo fue entendida como “un salto hacia lo político” (Pita, 2010: 104) que alteró la dinámica institucional en ciertas coyunturas, sino que – para un sector importante del personal – constituyó, a la vez, una práctica moralmente inadecuada e incompatible con la *mística* y el *sentimiento de pertenencia* al organismo.²² En esta perspectiva, cabría preguntarse si las formas de valorización de

²¹ Sobre este punto, Juan Pablo Matta (2013) observa que – en sus interacciones cotidianas – las personas hacen intervenir diversos “repertorios valorativos” organizados según principios anclados en la distinción “bien/mal” (Matta, 2013: 173). Para Zenobi (2014), esas formas de clasificación “deben ser abordadas como distinciones moralmente informadas que ponen en juego lo que los actores consideran como obligatorio, correcto o incorrecto, deseable o indeseable” (Zenobi, 2014: 20).

²² En su comentario al libro de María Paula Pita, *Formas de morir y formas de vivir...* (2010), Diego Zenobi (2012) introduce una cita de los antropólogos brasileños Moacir Palmeira y Cesar Barreira (2006) sobre la posibilidad de considerar a la ‘política’ en términos nativos y, a partir de su experiencia de campo con los familiares de las víctimas de Cromañón, plantea un modo de concebir la “politización” que se distingue del propuesto por Pita. Así, mientras en el texto de la antropóloga, “‘politización’ es un concepto analítico que hace referencia a la transformación en ‘político’ de aquello que, hasta entonces, carecía de ese carácter” (Zenobi, 2012: 71), en la etnografía de Zenobi (2014), la *politización* constituye una categoría nativa que describe “modos considerados moralmente inadecuados de relacionarse con la ‘política’” (Zenobi, 2012: 71). En tal sentido, su visión se acerca a la de Federico Neiburg (1999) para quien “la palabra ‘política’ y las otras palabras que forman el campo semántico diseñado en torno de ella (como ‘politizar’, ‘politización’, [etc.]) nunca son categorías teóricas. Son siempre categorías prácticas que forman parte del mundo de agentes, prácticas y representaciones sociales que se busca comprender” (Neiburg, 1999: 52).

la actividad política en la Comisión no respondieron a la existencia – o producción – de una suerte de *ethos* profesional (‘despolitizado’) “que estimuló la cohesión social [al interior de la CNEA] y el apego de los individuos al grupo” (Salvi y Vernik, 2011: 6).²³ Los datos de campo reunidos en el estudio (y su interpretación en clave etnográfica), permiten brindar una respuesta afirmativa a ese interrogante y sostener, a un tiempo, que el conjunto de creencias y prescripciones morales sobre la actividad nuclear y el “ejercicio de la profesión” (Weber, [1919] 1979) en la CNEA alimentaron – entre los nativos – el mito de una institución “excepcional” y autosuficiente, *aislada* de los avatares políticos que signaron la segunda mitad del siglo XX argentino.

En su texto – ya clásico – *Magia, ciencia y religión* (1948), el antropólogo polaco Bronislaw Malinowski, define a los mitos como un tipo singular de relatos cuya función está “íntimamente ligada a [la] tradición, la continuidad de la cultura [y] la actitud del hombre hacia el pasado” (Malinowski, 1948: 55) y advierte – asimismo – que no se trata sólo de narraciones que se cuentan, sino de realidades “que se viven”. A diferencia del trabajo de Ana Spivak (2010) que analiza cómo se ‘performan’ ciertas narrativas en la ceremonia que conmemora el cincuentenario del Instituto Balseiro (CNEA), aquí examino el modo en que dichos relatos se actualizan (Malinowski, 1948) cotidianamente en el discurso de los nativos.

El interés por incluir en la tesis una referencia a los mitos, radica en el papel que han desempeñado (y que aún juegan) en la CNEA como historias “realmente sentidas”, arraigadas entre el personal y orientadas a atenuar los conflictos y fomentar “la sensación de pertenencia” (Jacovkis, 2009: 110) al organismo.²⁴ Más

²³ Como señala Ana Soledad Montero, en su análisis de *La ética protestante...* ([1903] 1995), Weber define al *ethos* como “un conjunto de creencias, valores [y] aspiraciones (...) que incide sobre las “prácticas”” (Montero, 2012: 234), y resalta la utilidad del concepto para pensar las motivaciones y el sentido que los sujetos otorgan a sus acciones. Así, puede decirse que – para el sociólogo alemán – el *ethos* representa “una *actitud práctica*, [un] conjunto de motivaciones, ordenamientos, valores, creencias y reglas más o menos implícitas, principios de razonabilidad no necesariamente formulados, históricamente construidos y socialmente compartidos que articulan las prácticas, orientan la acción de los individuos y les proveen marcos de sentido” (Montero, 2012: 236).

²⁴ La concepción del mito como el ‘cemento social’ que “propicia la agregación colectiva y la forja de un lazo identitario” (Carretero Pasín, 2009: 20) no es, si no, una reformulación de la teoría durkheimiana ([1912] 1992: 393) sobre el “hecho religioso” que el autor define como el “ideal” por el que las sociedades se crean y recrean a sí mismas a través de un sistema de ritos y creencias que actúan – a la vez – como el fundamento de los vínculos comunitarios (Durkheim ([1912] 1992; Carretero Pasín 2009).

allá de la función “re-ligante” (Carretero Pasín, 2009) o “cohesiva” (Durkheim [1912] 1992) de todo mito institucional (Kaës 1996; Lema 2015), en CNEA, dichos relatos expresan – como veremos – un tipo particular de relación con el mundo social, “extra-científico” (Stagnaro, 2003), en la medida en que la unión o “comunidad” entre los trabajadores nucleares fue posible a partir de una visión compartida sobre el desarrollo tecnocientífico nacional: la búsqueda – y la defensa – de la *autonomía tecnológica*. Ello nos devuelve, nuevamente, al plano ‘político’ y a la necesidad de explorar en la Comisión los intrincados vínculos entre mito y política.

El análisis etnográfico de los hechos señalados mostrará, pues, que la CNEA forjó su relato institucional a partir de una comparación tácita entre su trayectoria – pretendidamente lineal – y la historia de rupturas y discontinuidades que caracterizó a la política argentina, en especial, tras el golpe de Estado de 1955 (Visacovsky 2002; Guber 2012), cuando los ciclos de gobiernos autoritarios y constitucionales comenzaron a alternarse en el poder en períodos cada vez más breves. Así, pese a los silencios o a la “banalización” (Trouillot, 1995) del contexto político en la historiografía hegemónica sobre la CNEA, los discursos nativos revelan, por el contrario, que aquella dimensión se tornó una referencia obligada y un “marco indispensable” (Visacovsky, 2002: 23) para concebir la trayectoria del organismo en términos “excepcionales”. Lo expuesto hasta aquí constituye una explicación o una clave interpretativa posible para entender por qué – a comienzos de los años setenta – la irrupción de la política en el establecimiento nuclear hizo trastabillar al mito institucional. En tal sentido, la tesis brinda algunos elementos para pensar – desde la antropología – cómo se construyen esos mitos que articulan las dimensiones de la ciencia y la política concebidas, muchas veces, como ámbitos separados y con valores morales contrapuestos.

IV. Objetivos de la tesis

General:

- Describir analíticamente la configuración socio-histórica del mito fundacional y la cultura institucional de la CNEA y sus transformaciones entre 1950 y 1973.

Específicos:

- Analizar las formas que asumió en CNEA la relación con ‘lo político’ y los modos en que se articuló institucionalmente la relación entre ciencia y política.
- Indagar en los motivos que llevaron a un sector del personal a *politizar* su actividad en los años setenta y examinar qué concepciones sobre la ciencia y la tecnología informaron sus prácticas.
- Describir y comparar las experiencias de *politización* y los sentidos adjudicados a la *política* en CNEA desde la perspectiva de los actores.
- Analizar los valores asociados a la práctica profesional y las evaluaciones morales de los nativos sobre los procesos de *politización* institucional.

V. Metodología adoptada

Los resultados que presento en la Maestría forman parte de una investigación doctoral en curso sobre la selectividad de los procesos de construcción de memoria(s) en la CNEA (1950-1994) y el lugar que ocupan ciertos silencios en el relato institucional, cuya trama ha tendido a invisibilizar los vínculos del organismo con el mundo social, ‘extra-científico’ (Stagnaro, 2003), para componer una imagen de la Comisión como un espacio autosuficiente y *aislado* de la vida política nacional. El tema que abordaré en la tesis constituye, pues, un recorte de una problemática más vasta sobre las formas de representar el pasado y la trayectoria de la CNEA y un intento por recuperar las historias (políticas) del personal, omitidas o silenciadas en la ‘memoria oficial’ de la Comisión. Como hemos señalado, el estudio se centrará en el análisis comparativo de las experiencias de *politización* de los trabajadores nucleares a comienzos de los setenta y examinará el modo en que dichos episodios marcaron una inflexión en el rumbo del organismo y alteraron la dinámica institucional.

La distancia temporal en relación a los hechos mencionados y la imposibilidad de basar mi trabajo de campo en las técnicas de “observación participante” – tal

como fueron concebidas tradicionalmente en Antropología –²⁵ hicieron que priorizase otras herramientas para reconstruir “el punto de vista nativo” sobre aquel pasado y que orientara el análisis a la comprensión de las vivencias y recuerdos de mis interlocutores. Con ese fin, la tesis articuló las perspectivas histórica y etnográfica y los métodos de recolección (y producción) de datos empleados por ambas disciplinas.

Más que una serie de procedimientos a aplicar en el “campo”,²⁶ la práctica etnográfica es – según Balbi – una mirada analítica “que da por supuesta la diversidad de lo real y trata de aprehenderla a través de un [examen] centrado estratégicamente en las perspectivas de los actores” (Balbi, 2007: 37).²⁷ Optar por dicho enfoque implica, pues, “tomar seriamente las afirmaciones de los nativos sobre [sus] propias [creencias y] acciones” (Balbi, 2007: 37) y sobre su mundo social y dar cuenta de su lógica y vinculación con los procesos examinados (Zenobi, 2014).

Por su parte, la perspectiva histórica adoptada en el trabajo permitió enmarcar y dar significado(s) a las experiencias de *politización* en la CNEA y observar – a un tiempo – la interacción de los distintos contextos (institucionales, políticos) y el modo en que dicha interacción forjó los rasgos de la llamada “cultura nuclear” (Hurtado, 2014). Historizar los hechos contribuyó, así, al objetivo más amplio de

²⁵ En su célebre Introducción a *Los argonautas del Pacífico Occidental* (1922), Malinowski se pregunta cuál es la ‘magia’ del etnógrafo que le permite “captar el espíritu de los indígenas; el auténtico cuadro de la vida tribal” (Malinowski [1922] 1986: 23). La respuesta – según el polaco – reside en la paciente y sistemática aplicación de los principios metodológicos que distinguen al trabajo de campo o al conjunto de actividades orientadas a producir el conocimiento en Antropología; un conocimiento sólo posible en la medida en que el investigador se *sumerge* en el mundo social que constituye su objeto de indagación. Si en sus inicios la etnografía se basó en un método ‘sincrónico’, cuyos resultados cobraron legitimidad por “autoridad etnográfica del ‘aquí y ahora’” (Gil, 2010), más adelante – refiere Balbi-, “los antropólogos [comenzaron] a interesarse por el análisis de materiales históricos y terminaron aplicándoles el mismo tipo de mirada” (Balbi, 2007: 39). En los últimos años, ese ‘entusiasmo’ se expresó no sólo en la práctica de ‘etnografiar’ fuentes y documentos, sino en la posibilidad de abordar hechos del pasado con una perspectiva etnográfica.

²⁶ El ‘campo’ es el “referente empírico” de una investigación, “la porción de lo real que se desea conocer, el mundo natural y social en el cual se desenvuelven los grupos humanos que lo construyen. Se compone, en principio, de todo aquello con lo que se relaciona el investigador, pues el campo es una cierta conjunción entre un ámbito físico, actores y actividades” (Guber, 2004: 47).

²⁷ Tanto Guber (2004, 2012b) como Balbi (2012), argumentan que la ‘perspectiva de los actores’ es “una construcción teóricamente orientada por el investigador” (Guber, 2004: 39); un ‘artefacto’ o “instrumento heurístico desarrollado por el etnógrafo y no una mera transcripción de lo que los nativos efectivamente piensan acerca de su mundo social” (Balbi, 2012: 487).

‘etnografiar el pasado’ y ejercitar lo que Guber (2013) denominó “articulación etnográfica”, en un intento por vincular las dimensiones que aparecen escindidas en el ‘mito’ sobre la trayectoria de la Comisión.

Boivín y Balbi (2008), en tanto, destacan el potencial de la etnografía en el estudio de los hechos políticos, al referir su capacidad para dotar de contenido a las categorías abstractas, ambiguas y polisémicas de *Estado, política y gobierno*. En lugar de atribuir a cada término un significado preciso y unívoco, los autores advierten que el abordaje etnográfico confiere a los conceptos señalados múltiples sentidos “que, además, no resultan de la especulación [teórica] de quien escribe, sino del examen detallado de sus usos por parte de actores socialmente situados” (Boivín y Balbi; 2008: 10). El empleo de la comparación²⁸ en el análisis de los datos de campo permitió, asimismo, registrar similitudes y diferencias en los modos de hacer y de significar a la política en CNEA, de acuerdo a los contextos de la realidad nacional y al grado de involucramiento del personal en los asuntos de política institucional.

Los materiales en los que basé la tesis surgen del trabajo realizado en distintas dependencias de la CNEA²⁹ entre 2010 y 2019, en dos instancias diversas: la primera, en el marco de mis actividades como becaria de dicho organismo, en el Grupo de Gestión del Conocimiento Nuclear (2009-2012);³⁰ la segunda, como parte de la labor de campo que – desde el año 2013 – realicé con mayor sistematicidad, a

²⁸ En la medida en que dinamiza y permite dotar de substancia a nuestros abordajes de los fenómenos políticos, el ejercicio comparativo hace de la etnografía “una instancia analítica y no meramente descriptiva, dando así pleno valor a la indagación intensiva desarrollada en el campo” (Gaztañaga, 2011). De allí, su potencial heurístico como herramienta cognitiva (Barth, 2000).

²⁹ Me refiero a la Sede Central – ubicada en la ciudad de Buenos Aires, frente al edificio de la ex ESMA-, donde se concentran las actividades administrativas y políticas de la CNEA y sus órganos asesores; y a los dos centros atómicos situados en distintas localidades de la provincia: el Centro Atómico Ezeiza (CAE), donde funciona el reactor experimental RA-3 dedicado a la producción de radioisótopos para uso médico e industrial; y el Centro Atómico Constituyentes (CAC), que comprende diversas actividades que van desde la investigación básica hasta el desarrollo tecnológico y la nanotecnología.

³⁰ En mayo de 2009 ingresé a la Comisión Nacional de Energía Atómica como becaria del grupo de Gestión del Conocimiento Nuclear (GesCon), orientado a preservar los saberes considerados *críticos* por el organismo y con riesgo de extraviarse a causa de la desvinculación del personal con más de 30 años de trayectoria en la institución y que, entre 2010 y 2015, alcanzaría la edad jubilatoria. El desempeño en ese sector me permitió tomar contacto con la “cultura organizacional” de la CNEA y conocer aspectos singulares de su historia a través de los relatos de profesionales que, en diversas entrevistas de trabajo, le narraron a nuestro grupo su experiencia laboral en la Comisión.

raíz de la obtención de una beca del CONICET para realizar mis estudios de posgrado.

La investigación incluyó la realización de entrevistas abiertas y en profundidad y una serie de intercambios informales con un grupo de profesionales y técnicos de la Comisión,³¹ integrado mayoritariamente por hombres cuyas edades rondan los setenta y cinco años. A diferencia de las entrevistas estructuradas, en las que “el investigador formula las preguntas y solicita al entrevistado que se subordine a su (...) dinámica, a su cuestionario y a sus categorías” (Guber, 2012b: 75), las entrevistas etnográficas o “no directivas” acompañan al informante por los caminos de su lógica, para acceder a su universo cultural. En tal sentido – afirma Guber (2012b) – constituyen también una instancia de observación directa y participación (2012b: 70).

Los registros de campo y las notas tomadas luego de cada entrevista, se complementaron y ampliaron con el análisis de diversos materiales textuales que incluyeron bibliografía específica sobre la Comisión y fuentes y documentos históricos producidos tanto dentro como fuera de la CNEA. La lectura de ese material, no sólo me permitió ‘situar’ los relatos de mis interlocutores en el contexto en que tuvieron lugar sus experiencias profesionales y políticas sino, también, observar “las categorías producidas y legitimadas por los propios actores” (Gaztañaga; 2011: 25) en distintos momentos de la historia institucional.

El corpus de fuentes analizadas incluyó expedientes, resoluciones y memorias institucionales del período 1950-1983; biografías y semblanzas de los ‘grandes hombres’ de la Comisión; revistas científicas sobre temas nucleares; informes elaborados por el personal; actas y solicitudes de la Asociación de Profesionales (APCNEA) y artículos periodísticos de las Hemerotecas de CNEA y la Biblioteca Nacional. Parte de esos textos, me fue brindado entusiastamente por los nativos al plantearles mis inquietudes e intereses de investigación. Al ser producidos – en general – por miembros de la CNEA, concebí los documentos como fuentes

³¹ El universo total de profesionales y técnicos con los que trabé relación fue de 50 personas. Salvo en contadas excepciones, el grupo estuvo constituido por dos generaciones de hombres cuyas edades oscilan entre los 70 y 90 años. Se trató, por lo general, de ingenieros, químicos y físicos con más de treinta años de trayectoria en la Comisión, que se desempeñaron en áreas y puestos diversos. Muchos de ellos ocuparon cargos de jerarquía y aún hoy continúan vinculados al organismo en calidad de asesores o consultores.

primarias (Visacovsky, 2002) o medios privilegiados de acceso al punto de vista de los actores sobre el pasado de la Comisión. Aplicada al análisis de dichos textos, la perspectiva etnográfica brindó las herramientas necesarias para ampliar los horizontes de observación de aquel pasado, “incentivando permanentemente ‘ir más allá del documento’ para, [así], poder reconstruir las relaciones tejidas entre las personas” (Da Silva Catela, 2002).

Lo señalado hasta aquí permite hacer dos observaciones en relación al campo de indagación antropológico y la metodología de análisis empleada por el investigador: por un lado, más que un ámbito ‘cerrado’ – con límites precisos – el campo constituye un espacio de relaciones sociales (Bourdieu y Wacquant 1995; Sarrabayrouse Oliveira 2009; Spivak 2010) construido a los fines de la investigación. Esto implica que no posee una existencia propia y que depende – en última instancia – de una “decisión del investigador” (Guber, 2004: 47) sujeta a las “interacciones cotidianas, personales y posibles [con sus] informantes” (Rockwell, 1986: 17). Algo similar ocurre con la metodología, que “no puede ser definida a priori, por fuera del campo, como un mero listado de técnicas de observación y recolección de datos” (Sarrabayrouse Oliveira, 2009: 73). En efecto, como indica Sarrabayrouse Oliveira, “cada campo y cada construcción de problemas, requiere de metodologías de abordaje diversas que se van planteando a lo largo de la [pesquisa]” (Sarrabayrouse Oliveira, 2009: 73), y cabe al etnógrafo determinar cuáles serán más adecuadas para cumplir con los objetivos de su investigación.

VI. Estructura y organización de los Capítulos

Además de la presente Introducción, la tesis se divide en tres Capítulos y una Conclusión, estructurados a partir de la identificación y el examen de los modos que asumió en la CNEA la relación con ‘lo político’ en el período bajo análisis (1950-1973). Cada Capítulo se organiza, a la vez, alrededor de un nudo problemático que expresa, en los diferentes momentos y coyunturas de la realidad nacional, los vínculos entre mito y política. De allí que el trabajo no siga estrictamente un orden cronológico, aunque busque explicar de qué manera se desarrolló en el tiempo aquella compleja relación.

En el Capítulo I, analizo la conversión de una política de Estado en una política institucional a partir de la historización del proceso de creación de la CNEA (1950) y los primeros pasos hacia la consolidación de una política nuclear. Examino los inicios de la actividad nuclear en la Argentina y su vínculo con la ideología que Thomas (1995), Picabea (2010) y Matharan (2013) definen como “nacionalismo técnico”, para señalar el trasfondo político detrás de la creación del organismo atómico y las características de la relación entre ciencia y política durante los primeros años del gobierno peronista (1946-1955). La atención estará dirigida a observar el proceso por el que los valores “tecno-nacionales” que orientaron la política científica de Perón se convirtieron pronto en premisas fundamentales de la llamada “cultura nuclear” (Hurtado, 2014) de la CNEA, pese a los esfuerzos – más o menos explícitos de un sector del personal – por ‘borrar’ su origen peronista.

‘Encarnada’ en la figura de Jorge Sabato, la conversión de una política de Estado en una política institucional, no sólo estableció lo que he descrito como una distinción entre la ‘buena’ y la ‘mala’ política dentro de la CNEA, sino que forjó – también – los elementos de su ‘mito de origen’, que construyó la imagen de una entidad ‘apolítica’ y *aislada* de los contextos más amplios.

En el Capítulo II, estudio y describo los rasgos del “régimen tecnopolítico” (Hecht, 1998: 258) de la Comisión, la ideología y las prácticas de trabajo que lo sustentaron entre 1955 y 1973. En la perspectiva de los nativos, aquellos años remiten al tiempo de la *mística* institucional, una época de proyectos y realizaciones que coincide con la etapa de proscripción del peronismo y el afianzamiento – en la CNEA – de las premisas de la “autonomía tecnológica” y el desarrollo de una capacidad propia en la toma de decisiones (Sabato, 1973). Como veremos, el tiempo de la *mística* fue, también, el de la consolidación de la cultura y el mito de la CNEA que – a fin de distinguir o resaltar sus caracteres propios – acentuó el contraste entre “lo interno y lo externo, [y produjo] un concepto de espacio autosuficiente” (Visacovsky, 2002: 156-157), *aislado* de los contextos más amplios.

En el Capítulo III, indago en las experiencias políticas de un sector de los trabajadores nucleares a comienzos de los ‘70 y analizo las tensiones institucionales derivadas de esa *politización*. Dichos acontecimientos tuvieron lugar entre 1972 y 1973 e involucraron a diferentes actores, según las coyunturas internas y el contexto sociopolítico más amplio.

En aquel período – y especialmente, tras el retorno del peronismo al gobierno – la metáfora del *aislamiento*, fue sustituida por “las referencias a un mundo externo eminentemente político que [irrumpió] en el espacio interno” (Visacovsky, 2002: 157) de la Comisión, transgrediendo su ‘mito institucional’ y quebrantando la imagen de la ‘comunidad de la *mística*’ (Fernández Larcher, 2017). Como veremos, las expectativas de transformación social que signaron la etapa del “camporismo”, se expresaron en la CNEA en las tensiones entre *elitismo* y *democratización*, *mística* y *politización*, y evidenciaron el papel de la política como una dimensión más de las relaciones institucionales.

El estudio comparativo de las experiencias políticas del personal permitirá, asimismo, observar los sentidos asociados a ‘lo político’ y el impacto que tuvieron en la CNEA las oscilaciones de la política nacional, al inspirar nuevas formas de organización entre los trabajadores y poner en juego distintas representaciones sobre la práctica profesional y el rol que debía asumir la Comisión ante la sociedad.

Finalmente, dedico las Conclusiones de la tesis a sintetizar y a reflexionar sobre algunos de los ‘hallazgos etnográficos’ de mi investigación y, en especial, a indagar en la ‘función’ que todavía hoy cumple o desempeña el mito de la CNEA para la mayoría de los nativos consultados.

CAPÍTULO I

Orígenes y consolidación de la actividad nuclear en Argentina: El trasfondo político de la creación de la CNEA y el proceso de ‘autonomización institucional’

I. Introducción: notas sobre los sentidos nativos de la *política* en la CNEA

Como he señalado en la Introducción de la tesis, una de las cuestiones que despertaron mi curiosidad etnográfica a lo largo de la investigación que – desde el 2010 – realizo en la CNEA, fue la tendencia generalizada entre los nativos a concebir a la política como un dominio diferenciado de las prácticas institucionales y a describir la trayectoria del organismo como una experiencia desligada de los contextos más amplios y los avatares de la política nacional. Dicha tendencia contrasta, sin embargo, con el objetivo “tecnopolítico” (Hecht, 1998)³² con el que fue creada la Comisión bajo la primera presidencia peronista (1946-1952) y con la “ideología” (Sabato [1972] 1979, [1973] 2014; Fernández 2010; Maqueda y Scheuer 2014) que guiaría la actividad nuclear hacia fines de los años ‘60: la búsqueda de la “autonomía tecnológica”, como parte de un proyecto más amplio orientado a lograr el desarrollo del país y a cortar los lazos de la dependencia con el extranjero (Sabato, [1973] 2014).

Lo que en términos analíticos podría parecer una contradicción entre las representaciones de la CNEA como un ámbito *aislado* y ‘apolítico’ y su caracterización como una entidad comprometida con el desarrollo argentino constituye, para los nativos, uno de los rasgos que singularizaron a la Comisión de otros organismos públicos del complejo tecnocientífico, e ilustra – como surge del análisis etnográfico – la yuxtaposición de niveles y sentidos diversos atribuidos a la *política* por parte de un sector del personal. Para otorgar claridad expositiva a mi trabajo, he optado por distinguir analíticamente aquellas dimensiones, aún cuando no aparezcan necesariamente conceptualizadas de ese modo en mis registros de campo

³² A partir de la conceptualización de Hecht (1998), Hurtado define a la “tecnopolítica” como “la práctica estratégica de diseñar o usar la tecnología para constituir, encarnar o impulsar objetivos políticos” (Hurtado, 2014: 24)

ni constituyan un objeto de reflexión para la mayoría de mis interlocutores. No obstante, pese a la escasa problematización del tema o a la falta de teorías nativas que expliquen los sentidos de la política en la Comisión, es posible observar en los relatos de los actores una tendencia a producir evaluaciones morales sobre un tipo específico de hecho político: el de la *politización* que se dio en la CNEA a comienzos de los años '70 y que – para muchos de los trabajadores – supuso un desvío del *ethos* profesional y de las actividades que debían realizarse en un ámbito consagrado a la producción de conocimientos científico-tecnológicos.

La *política* aparece, así, ligada a una serie de objetivos institucionales, de representaciones y prácticas que – en distintas coyunturas y según la perspectiva de los actores – adoptó significaciones diversas y, en algunos casos, contrapuestas. De acuerdo al material etnográfico reunido en esta investigación es posible identificar – al menos – tres acepciones del término asociadas a la historia del organismo y al tipo de actividad llevada a cabo en ese espacio entre 1950 y 1970: en primer lugar, la dimensión de las políticas públicas y el rol del Estado en la promoción y el desarrollo de la energía atómica en el país; en segundo lugar, la dimensión de la política institucional, tal vez, la esfera más significativa para los nativos (Sabato [1972] 1979; [1970, 1973] 2014; Harriague et al 2006; Quilici 2008) y para quienes – fuera de la Comisión – historizaron su trayectoria (Hurtado 2005, 2012, 2014; Fernández 2010; Marzorati 2012) que derivó en la consolidación de un “régimen tecnopolítico” (Fernández 2010; Hurtado 2014), sustentado en las premisas de la “autonomía” y el desarrollo de capacidades propias para fomentar la industrialización local. En tal sentido, como pareciera desprenderse del análisis de nativos y académicos, la política institucional de la CNEA habría forjado los lineamientos generales de la política nuclear argentina, al tiempo que fortalecía internamente la ideología y los valores asociados a la práctica profesional de los trabajadores del sector.

Además de las dos dimensiones señaladas, la política se vinculó – también – con cuestiones partidarias y con un tipo específico de prácticas que tuvieron lugar en el organismo a comienzos de los setenta. Dichas prácticas, derivaron en las experiencias de *politización* de un grupo de profesionales y técnicos que – en el clima ‘efervescente’ de aquellos años, signados por el retorno de la democracia y el triunfo electoral del peronismo (1973) – impulsaron un proceso de transformaciones en la Comisión, con el objetivo de redefinir la política nuclear e institucional.

Este ejercicio clasificatorio hecho a modo de introducción para brindar claridad expositiva a mi trabajo, no sólo permitió distinguir – a grandes rasgos – las diversas acepciones de la *política* en los relatos del personal de la CNEA sino ilustrar, a la vez, la imposibilidad de concebir a la institución como un ámbito despolitizado y al margen de los avatares de la política nacional, tal como subrayan ciertas versiones consagradas sobre su pasado. De este modo, más allá de sus sentidos y de las distintas evaluaciones morales de las que ha sido (y continúa siendo) objeto, la política constituye – en la práctica – un aspecto más de las dimensiones que han configurado la realidad del organismo atómico. De allí, la necesidad etnográfica de estudiar de manera situada sus múltiples significados para comprender por qué – aún hoy – el *apoliticismo* persiste como una marca identitaria de la CNEA y uno de los rasgos más citados entre los nativos (y académicos), al evocar la trayectoria “exitosa” de la Comisión.

Finalmente, como veremos a continuación, la clasificación propuesta también ha sido clave para estructurar el contenido de la tesis: así, en este primer Capítulo examino la conversión de una política de Estado en una política institucional a partir de la historización del proceso de creación de la CNEA y los primeros pasos hacia la consolidación de una política nuclear. En el segundo, analizo los rasgos del “régimen tecnopolítico” de la CNEA, la ideología y los mitos institucionales que lo sustentaron (Hecht, 1998: 258), y las prácticas de trabajo a las que dio lugar entre 1950 y 1970. Por último, en el tercero, indago en las consecuencias de la *politización* institucional entre 1972 y 1973 y en la producción de nuevos sentidos de lo político ligados a las formas de participación del personal en los asuntos de política interna.

En las páginas que siguen me propongo examinar los inicios de la actividad nuclear en el país y su vínculo con la ideología que Thomas (1995), Picabea (2010) y Matharan (2013) definen como “nacionalismo técnico”,³³ para señalar el trasfondo político detrás de la creación de la CNEA (1950) y las características de la relación entre ciencia y poder durante los primeros años del gobierno de Perón (1946-1955).

³³ Hernán Thomas (1995) identifica el “nacionalismo técnico” con un pensamiento “que concibe al desarrollo tecnológico e industrial como soporte de la autodeterminación económica y política [de los países]” (Thomas 1995, en Matharan, 2013: 15). Adoptado – a comienzos del siglo XX – por un conjunto de actores militares y civiles con distinta formación y pertenencia institucional, el “tecno-nacionalismo” se orientó a profundizar el proceso de industrialización y desarrollo tecnológico en Argentina, pues “sin industria ni [ciencia locales] no podía haber soberanía nacional” (Matharan, 2013: 17).

La atención estará dirigida a observar el proceso por el que los valores “tecnoculturales” que orientaron la política científica de aquel período se convirtieron, pronto, en premisas fundamentales de la llamada “cultura nuclear” (Hurtado, 2014) de la CNEA, pese a los esfuerzos – más o menos explícitos de un sector del personal – por ‘borrar’ su origen peronista.

II. La actividad nuclear y las relaciones entre ciencia, tecnología y política durante la segunda posguerra

Examinar los orígenes de la actividad nuclear en el país y su institucionalización en la CNEA implica, necesariamente, adoptar una perspectiva histórica para analizar las especificidades del caso argentino y las condiciones que hicieron posible el desarrollo local de la energía atómica, permitiendo – a la vez – situar dicho proceso en el marco más amplio de los acontecimientos mundiales que sellaron la relación entre ciencia y política hacia la segunda posguerra.

Desde mediados del siglo XX, el surgimiento de la *Big science*³⁴ en las potencias del Norte y la movilización masiva de científicos para integrar proyectos orientados a modernizar y a empoderar a sus respectivas naciones – en un contexto signado por la guerra – revelaron, como nunca antes, la función social y política de la ciencia y la tecnología y la imposibilidad de pensarlas como prácticas neutrales.³⁵ En aquel entonces, al calor de los conflictos que derivaron en el ciclo que Hobsbawm (1998) denominó “la era de las catástrofes” (1914-1945), se tornó evidente el carácter relacional de ambas actividades y el papel decisivo de los adelantos técnicos en el desenlace de la(s) contienda(s).

³⁴ Como indica Marzorati, a partir de su lectura de Jean-Jacques Salomon (1997), la *Big Science* remite a una etapa que se inició entre guerras y fue creciendo vertiginosamente después de 1945, y “se vincula con la industrialización de la ciencia, es decir, con el desarrollo de grandes maquinarias y la aplicación de métodos de administración industrial a las actividades científicas” (Marzorati, 2012: 50).

³⁵ Aún cuando sea posible remontar el vínculo entre ciencia y política a los mismos orígenes de una y otra ‘dimensión’ de la vida social (Albornoz, 2007), no es sino hasta mediados del siglo XX que dicho vínculo se consolida de la mano de proyectos como el *Uranprojekt* alemán o el Proyecto Manhattan – en EEUU –, destinados a fabricar artefactos nucleares que aseguraran el triunfo de sus respectivas naciones en la contienda mundial (1939-1945).

Marzorati (2012:39) describe aquellos años como un período en el que la ciencia se unió a la política de una forma totalmente nueva, con el objeto de producir aplicaciones militares e industriales que ayudaran a los Estados a vencer en la conflagración. Se inauguraba así la etapa de una “ciencia politizada” (Hobsbawm 1998; Salomon 2008); una época distinguida por la movilización e incorporación sistemática de investigadores a proyectos con una clara orientación bélica, y por un controvertido proceso de resignificación de las actividades científico-tecnológicas, cuya función resultó crucial tanto en la geopolítica planetaria como en el desarrollo socioeconómico de las naciones (Feld, 2015: 26). Uno de los efectos de la “politización científica” fue derribar el mito de una ciencia neutral y descontextualizada, ajena a las problemáticas de su tiempo, y replantear el significado de la autonomía reclamada por los científicos en un contexto de creciente intervención estatal.³⁶

Tal vez ningún hecho sintetice mejor la idea (y las consecuencias) de una “ciencia politizada” (y ‘militarizada’) como el controvertido “Proyecto Manhattan” – liderado por Estados Unidos (EE.UU.) – y destinado a fabricar tecnologías que asegurasen el triunfo de los Aliados en el enfrentamiento mundial (1939-1945) a partir del uso bélico de la energía atómica. Como resultado de aquel proyecto, en agosto de 1945, el gobierno estadounidense arrojó dos bombas nucleares sobre las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki dejando como saldo miles de muertos y un territorio devastado a causa del potencial destructivo de la radiación emitida por las explosiones. Ese acto de violencia inusitada – que colocó a la técnica al servicio de la guerra – marcó la transición de la “era de las catástrofes” (Hobsbawm, 1998) a la “era atómica” (Castro Díaz-Balart 1990; Mckay 1995; Hurtado 2014),³⁷ y puso fin a los enfrentamientos, erigiendo a Estados Unidos como nueva potencia hegemónica.

La historia de las bombas o, mejor aún, la historia de los usos bélicos de la energía atómica es – también – la del pacto definitivo entre la ciencia y el poder político en los términos que señalamos más arriba, al referir a la intervención de los gobiernos y sus gestiones a favor del desarrollo de las aplicaciones militares e

³⁶ En la introducción a su texto *Ciencia y política(s) en la Argentina...*, (2015) la historiadora Adriana Feld, refiere a dicho punto como la tensión entre los defensores de una ciencia libre o autónoma y una ciencia planificada (2015: 32).

³⁷ “Era atómica” se tornó una expresión corriente hacia 1950, para referir al supuesto desarrollo ilimitado que se desprendería de los usos pacíficos del átomo.

industriales de la ciencia. Pero si la industria nuclear había nacido con fines bélicos y conmovido al mundo por su poder destructivo, cesadas las hostilidades, debía reorientarse para la paz (Albornoz, 2007).

Mientras la humanidad asistía atemorizada y perpleja a los efectos devastadores de la radiación, EE.UU. montó una campaña de propaganda para exaltar los beneficios y el carácter extraordinario de la nueva tecnología (Betancourt Posadas, 2002). La ciencia se separaba así de los usos desviados que pudieran hacer de ella los hombres. Como antes de la contienda, la energía nuclear volvía a identificarse “con una nueva panacea que haría posible todo tipo de maravillas tecnológicas” (Hurtado, 2014: 35), entre las que cabe resaltar la producción energética, y su impacto sobre los procesos de desarrollo. Comenzaba, pues, un período de “tensa convivencia” (Hurtado, 2014) entre las aplicaciones bélicas y los usos pacíficos del átomo.

En EE.UU., los científicos que habían participado del Proyecto Manhattan, llevaron la voz cantante sobre la necesidad de reorientar las investigaciones en ese campo, para evitar otro “holocausto nuclear” (Castro Díaz-Balart 1990; Mourão 2005).³⁸ Asaltados por la culpa de haber contribuido con sus esfuerzos a la creación de una “máquina de muerte total” (Rodhes, 1990), abogaron por el control civil e internacional de la energía atómica, para que no quedase supeditada a manos de los militares ni fuera monopolizada por un único Estado (Stone y Kuznick, 2015).

Entre 1945 y 1952, los programas nucleares de las principales potencias aliadas (Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Canadá) pasaron a la órbita civil creándose – a tal efecto – Comisiones encargadas de coordinar las actividades de investigación y desarrollo para potenciar los usos pacíficos de la energía atómica. En ese contexto, el presidente norteamericano Dwight Eisenhower (1953-1961) pronunció frente a la

³⁸ La amenaza de un conflicto nuclear global, estuvo latente durante la segunda mitad del siglo pasado, en el período que se conoce como Guerra Fría (1945-1990). Dicho conflicto se caracterizó por el enfrentamiento constante entre las dos superpotencias surgidas de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos y la Unión Soviética (Hobsbawm 1998; Powaski 2000). Aunque la rivalidad entre ambas naciones (y sus respectivos aliados) no desencadenó una ofensiva de la magnitud de las dos contiendas mundiales, el rasgo principal del período consistió en la movilización creciente de hombres y recursos para la preparación de la guerra.

Ambos ‘bandos’, crearon sus “complejos militares-industriales” (Hobsbawm, 1998), en torno a la fabricación de armas nucleares, en una carrera desenfrenada por lograr el arsenal atómico más completo y de mayor poder destructivo.

Asamblea General de las Naciones Unidas su famosa conferencia “Átomos para la Paz” (1953), en la que instó a los países miembro a revertir el empleo destructivo de la fisión nuclear y a trabajar en conjunto para colocar a la nueva tecnología al servicio del hombre (Marzorati, 2000).

Más que un tratado de buenas intenciones, el discurso de Eisenhower – enunciado en plena Guerra Fría – se tornó en la práctica un programa o dispositivo de control de las investigaciones nucleares en el mundo, que buscó afirmar la hegemonía de EE.UU. y se convirtió, así, en un instrumento de propaganda política que popularizó los beneficios de la energía atómica (Ribeiro de Andrade, 2012) y sus aplicaciones en los campos de la agricultura, la medicina y la producción de electricidad.³⁹

En 1955, la primera Conferencia celebrada en Ginebra sobre los usos pacíficos del átomo fue un hito clave para “impedir que los países ingresaran en la [“nueva era”] de manera independiente o a través de la Unión Soviética” (Ribeiro de Andrade, 2012: 177). Dos años más tarde, en 1957, el plan Eisenhower lograba su mayor éxito con la creación – en Viena – del Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA), cuya función principal radicó en brindar asesoramiento a quienes se iniciaban en la actividad, a través de una rigurosa fiscalización.

Numerosos Estados que apenas habían incursionado en el campo de la física atómica a comienzos de los cincuenta, se sintieron urgidos por el deseo de experimentar los beneficios de la energía nuclear. La introducción o el ‘trasplante’ de dicha tecnología en los llamados países del “Tercer Mundo”, impuso una nueva forma de “dependencia cultural y económica” (Domínguez Martínez, 2012), que coartó la posibilidad de aquellas naciones de lograr un desarrollo autónomo. Tal sería la tendencia prevaleciente en Latinoamérica, con la excepción de los programas

³⁹ En los hechos, la propuesta se tradujo en crear las condiciones para el surgimiento de un mercado internacional, que permitiera a EEUU la venta de tecnología (e. g. reactores de investigación) a aquellas naciones que quisieran ingresar en la “era atómica”. Sin el monopolio de las armas, la potencia occidental debía asegurar – al menos – su ‘ventaja nuclear’ sobre eventuales competidores. Como en otras esferas de la economía política, el dominio y el progreso de la ciencia norteamericana estaba atado al desarrollo científico de otros países y, en especial, a los de la llamada “periferia”, aunque – en la práctica – el “milagro atómico” (Castro Díaz-Balart, 1990: 81) se produjera únicamente en las naciones industrializadas.

nucleares de Brasil y Argentina.⁴⁰ En las páginas que siguen, examinaremos las peculiaridades del caso argentino y el proceso de institucionalización de la actividad nuclear en el país, a través de la creación de la Comisión Nacional de Energía Atómica, bajo el primer gobierno peronista.

III. El desarrollo nuclear argentino como política de Estado: la creación de la CNEA y la búsqueda de la “autonomía tecnológica”

En su trabajo titulado *Los científicos. Entre poder y saber* (2008), Jean-Jacques Salomon examina “la prehistoria” de las políticas científicas en las potencias occidentales y – remontándose a los tiempos de las Revoluciones Francesa e Industrial y a las pretensiones imperialistas de los países del Norte – señala que dichas políticas “fueron hijas de la guerra y no de la paz” (Salomon, 2008: 187). En tal sentido, el autor afirma que los enfrentamientos armados ofrecieron un “estímulo adicional” a los procesos de desarrollo y una coyuntura que hizo evidente la propensión de los Estados a sacar partido de la ciencia para alcanzar sus objetivos de dominación (Salomon, 2008). Como vimos, esa tendencia se agudizó a comienzos del siglo XX, en el período que Hobsbawm (1998) denominó “la era de las catástrofes”.

Aunque en la llamada “periferia” los conflictos mundiales también jugaron un papel simbólico como catalizadores del desarrollo, el origen de las políticas científicas fue resultado – más bien – del esfuerzo hecho por las naciones para frenar la dependencia y acortar la distancia tecnológica con las potencias centrales. En el caso argentino, la sistematización e institucionalización de dichas políticas coincidió con el ascenso del peronismo al gobierno (1946-1955) y la puesta en marcha de su proyecto modernizador, centrado en el objetivo de industrializar al país y superar el problema del abastecimiento energético, de vital importancia para la consecución de aquel logro y la consolidación de la “autonomía”.

Desde su llegada al poder, en 1946, Perón dio muestras de su intención “de reorganizar al Estado sobre bases ‘científicas’ y profundizar el incipiente proceso de

⁴⁰ Un análisis comparativo de los desarrollos argentino y brasileño, puede verse en Fernández, J. 2011., “El surgimiento de las comisiones de energía atómica en Argentina y Brasil (1945-1956)”.

industrialización [con] una orientación centralizadora y planificadora de la economía” (Hurtado y Feld, 2010: 2). En la perspectiva del gobierno, un país sin industrias propias – como la Argentina – era un país “vulnerable”, con estatus de “semi-colonia” (Perón, 1946: 62).⁴¹ Por ende, la búsqueda de la “autonomía” no podía pensarse como un hecho desligado o aislado de la “industrialización”. Todos los esfuerzos económicos del Estado, debían volcarse al logro de aquel objetivo y, en ese punto, la ciencia y la técnica también tenían un papel que cumplir.

La propuesta del peronismo se inscribía en una corriente de pensamiento (y acción) que tuvo su origen a comienzos del siglo XX y caló en un sector importante de la oficialidad argentina.⁴² Dicha corriente planteó la necesidad de llevar adelante cambios estructurales y reemplazar el modelo agroexportador vigente por otro que impulsara la sustitución de importaciones y permitiera al país alcanzar la meta de un desarrollo autónomo. Durante el período de entreguerras, la industrialización y la defensa nacionales, se convirtieron en objetivos prioritarios (Forte 2003; Pontoriero 2012) de la ideología que algunos autores denominaron “nacionalismo técnico” (Thomas 1995; Picabea 2010; Matharan 2013).⁴³ Las penurias ocasionadas por las contiendas, no sólo hicieron evidente – para los militares – la necesidad de actualizar el armamento (Visca, 2012), sino de transformar las bases de la economía y revertir el atraso tecnológico de la industria local y su dependencia con el extranjero (Forte, 2003: 7-8). El país debía encarar un proceso de modernización sustentado en el desarrollo industrial pues, “sin industria ni energías locales, no podía haber soberanía nacional” (Matharan, 2013: 17).

Inspirado en aquella ideología, el peronismo concibió la práctica científica de un modo pragmático y “utilitario” y – en contraste a las aspiraciones de una “ciencia libre”, formuladas desde la “cultura académica” – orientó esa práctica a la resolución de problemas locales específicos (Hurtado 2010:73-74). La ciencia fue considerada, entonces, una actividad con una función económica y social: servir al proceso de industrialización (Hurtado, 2010) y, en consecuencia, a la “grandeza de la Nación” y

⁴¹ Plan de Gobierno (1947-1951), Tomo I.

⁴² Para una aproximación a los orígenes del “nacionalismo militar” en la Argentina, ver los trabajos de Ricardo Forte, “Génesis del nacionalismo militar...” (1999) y “Militares, cultura política y proyecto económico...” (2003).

⁴³ De allí, surgieron expresiones como “autonomía tecnológica”, “soberanía nacional” e “independencia económica” (Forte 2003, Matharan 2013) que –en las décadas siguientes – serían retomadas como propias por el peronismo y el pensamiento “desarrollista”.

a “la felicidad del Pueblo” (Segundo Plan Quinquenal, 1953: 109). Tales metas constituyeron los lineamientos generales de la política científico-tecnológica peronista.

Aún cuando aquella política no estuviera plenamente articulada (Comastri, 2009: 694-695) fue por primera vez, con el peronismo, que la ciencia y la técnica adquirieron una dimensión pública y se tornaron en objeto de reflexión y planificación por parte del Estado. Esta visión contrasta, sin embargo, con el relato historiográfico hegemónico que sitúa como etapa “fundacional” de las políticas de ciencia y tecnología en el país la que se inaugura con el derrocamiento de Perón en 1955 (Albornoz 2007; Comastri 2009) y da lugar – a comienzos de los ‘60 – a la llamada “edad de oro” de la ciencia argentina. Pese al consenso logrado en torno a aquel relato, en los últimos años, un grupo de investigadores sociales (Albornoz 2007; Comastri 2009; Hurtado 2010; Hurtado y Feld 2010; Feld 2015) han relativizado el discurso oficial académico y señalado el impacto y la proyección de las iniciativas peronistas en materia tecnocientífica.

En esa dirección, los trabajos de Hurtado (2010) y Feld (2015) han descrito y analizado en profundidad los cambios en las concepciones y las representaciones de la ciencia durante el peronismo “clásico” (1946-1955) y han mostrado la preocupación del gobierno por convertir a la actividad en un asunto de interés público, a través del desarrollo de políticas e instituciones específicas. En palabras de Hurtado (2010),

“[A partir de 1950] y – por primera vez en la historia argentina – la ciencia y la técnica fueron concebidas como un componente [central] de la planificación económica. La consigna “ciencia para el pueblo” fue el ‘leitmotiv’ que atravesó el ciclo de las dos presidencias de Perón y dio coherencia al núcleo ideológico que actuó como principio integrador de [ambas actividades al] discurso político más amplio (...) La [ciencia fue representada, entonces, como una actividad] subsidiaria al desarrollo técnico e industrial y, como correlato del interés militar por la industrialización, los planes del gobierno tendieron a impulsar de manera creciente aquellos sectores considerados “estratégicos” y a poner bajo la órbita militar algunos de los ya existentes” (Hurtado, 2010: 73-74).

Entre dichos sectores, el nuclear concitó especialmente la atención del gobierno y alentó sus esperanzas de colocar al país en el camino del autoabastecimiento energético. Contar con una fuente o suministro propio de energía no sólo le permitiría al Estado terminar con la dependencia “crónica” del extranjero

“en orden al aprovisionamiento de combustibles” (Mendé, 1946: 57)⁴⁴ sino – principalmente – hacer realidad el sueño de una “Nueva Argentina” con una industria nacional pujante. En tal sentido, como bien señalaron Hurtado y Feld (2010), “en la energía [nuclear] se cifraba la promesa de modernidad para los países que se disponían a impulsar tardíamente [su] proceso de industrialización” (Hurtado y Feld, 2010: 5).

La Comisión nació, pues, imbuida de la ideología “tecno-nacionalista” que impregnó – también – al peronismo, y su creación debe interpretarse como resultado de una decisión política del gobierno orientada a convertir al país en una nación “soberana e independiente” impulsando, para ello, la defensa de la “autonomía tecnológica” (Marzorati, 2012: 219-220; Hurtado 2014: 83). No obstante, cuando se examinan con una perspectiva etnográfica el relato institucional y ciertos discursos de los profesionales de la CNEA se observa – como dato curioso – que aquel objetivo se ligó (y se identifica aún) con una meta posterior al surgimiento del organismo atómico que lo libera o emancipa de su vínculo originario con el peronismo. Más aún, la búsqueda de la “autonomía” y los sentimientos *nacionalistas* que la inspiraron, se asocian con la figura de Jorge Sabato,⁴⁵ considerado por la mayoría de mis interlocutores – y buena parte de la historiografía nativa (Harriague et al 2006; Quilici 2008; Harriague y Quilici 2014) y académica (Fernández 2011; Marzorati 2012; Hurtado 2014) – como el *ideólogo* de la Comisión. En palabras de uno de los profesionales entrevistados:⁴⁶

“Con Sabato se habría afianzado la percepción de los científicos como trabajadores del Estado al servicio del país [...] Sabato y su grupo se caracterizaron por tener una visión o sentido nacionalista muy importante. Pero el nacionalismo defendido por estos hombres poco tenía que ver con

⁴⁴ Plan de Gobierno (1947-1951), Tomo I.

⁴⁵ Físico y tecnólogo argentino, fundador de la División y del Departamento de Metalurgia de la CNEA. Revistió como personal de la Comisión entre 1954 y 1970 y es identificado por los nativos como el *creador de la filosofía institucional* (E1, 2019). En este Capítulo y en el siguiente, profundizaremos sobre su figura y su ‘legado’, a partir de los recuerdos y las evocaciones de un sector importante de los trabajadores de la Comisión.

⁴⁶ A fin de preservar la identidad de mis interlocutores, he optado por mantener en reserva sus verdaderos nombres y referirme a ellos mediante una denominación ‘genérica’ [“Entrevistado 1” (E1), “Entrevistado 2” (E2), etc.] que será ampliada al final de la tesis, en un “Anexo” donde consignaré su perfil profesional y sus años de actividad en la CNEA. En el caso de las personas fallecidas, cuyos nombres figuran en distintas fuentes escritas (periódicos, archivos de la Comisión, producciones nativas y académicas), mantuve los datos tal como se presentan en esos registros.

cuestiones político-partidarias y se vinculaba, más bien, con la idea de impulsar un desarrollo autónomo, ya que sin ciencia y tecnología [propias], no hay Nación posible” (E2, 2017).

En las páginas que siguen, la atención estará dirigida a examinar el proceso por el cual la “autonomía tecnológica” pasó de encarnar una política de Estado – bajo la presidencia de Perón – a convertirse en una de las premisas fundamentales de la “cultura nuclear” (Hurtado, 2014) de la CNEA que la singularizaron del resto de las entidades públicas del complejo tecnocientífico argentino. Sin embargo, como pretendo mostrar a lo largo de este Capítulo, aquel pasaje fue posible a costa de vaciar de contenido político-partidario la meta de una ciencia y una tecnología *autónomas* y de producir un nuevo relato institucional sobre el origen de la “ideología tecnológica” (Maqueda y Scheuer, 2014) de la Comisión.

La hipótesis que sostengo, en tal sentido, es que la omisión del proyecto tecnonacionalista de Perón en los relatos fundacionales sobre la CNEA, se debió al conflicto que, por entonces, mantenía el gobierno con las comunidades científica y académica⁴⁷ y al traspie que marcó el inicio de la actividad nuclear en el país a comienzos de los años ‘50. En efecto, los hechos que condujeron a la institucionalización de la actividad no están exentos de controversias y – aún hoy – constituyen un objeto de análisis y de revisión historiográfica (Hurtado y Busala 2006; Comastri 2009, 2015; Hurtado y Feld 2010; Marzorati 2012; Hurtado 2014), al tiempo que suscitan lecturas contrapuestas entre los propios nativos. Y es que, más allá de la fascinación que produjo – para muchos – la posibilidad de ingresar tempranamente en la “era atómica”, la conformación del nuevo campo de conocimientos tuvo lugar en un escenario complejo, signado por las tensiones

⁴⁷ Javier Fernández (2011: 4) y Diego Hurtado (2014: 40-41) sitúan la “ruptura” de los militares con las comunidades científica y académica en octubre de 1943, cuando un grupo de intelectuales y profesores universitarios de renombre fue dejado cesante por exigir públicamente al gobierno de Ramírez (1943-1944) el restablecimiento del orden constitucional. A las tensiones políticas entre ambos sectores, deben sumarse los disensos sobre las formas de concebir la ciencia y el trabajo científico. Adriana Feld (2015) examina en profundidad este punto y refiere al antagonismo de los ‘bandos’ en términos de una confrontación o ‘choque’ entre dos “culturas”: la “burocrático-estratégica”, encarnada por el Estado; y la “académica”, constituida por intelectuales, científicos y universitarios. Según la autora, el eje de las discusiones se centró en la orientación “planificadora” que el gobierno del GOU (1943-1946) pretendía darle a las actividades tecnocientíficas, y el rechazo que ello produjo en la “cultura académica”, tradicional defensora de los valores “internacionalistas” o “universalistas” de la ciencia y su pretensión de “autonomía”.

políticas entre el peronismo y la comunidad científica. En ese contexto se dio el que, tal vez, represente – a nivel local – uno de los acontecimientos científicos más desafortunados, que culminó en el fracaso del primer proyecto peronista para dominar la nueva tecnología, en medio de un escándalo político que trascendió pronto las fronteras nacionales.

A continuación, haremos un breve *racconto* de los “pintorescos comienzos” de la energía atómica en el país (Buch, en Marzorati 2012), de su definitiva institucionalización en la CNEA y del proceso que algunos autores (Sabato [1970] 2014, [1973] 2014; Hurtado 2014) han descrito como los primeros pasos hacia la consolidación de una política nuclear en Argentina. El objetivo de la sección será poder enmarcar históricamente la ‘transición’ o el ‘pasaje’ al que hicimos referencia más arriba – la conversión de una política de Estado en una política institucional – como también reconstruir o, mejor, explicitar el contexto de surgimiento de ciertas narrativas sobre la cultura de la Comisión, que este análisis etnográfico pretende relativizar y poner en cuestión.

VI. La conversión de una política de Estado en una política institucional

El desarrollo nuclear argentino es el resultado de un programa fallido, no menos espectacular por sus dimensiones y objetivos, que aquellos que marcaron el inicio de la “era atómica” en las potencias del hemisferio Norte. Igual que en dichos países, se trató de un proyecto que involucró la participación activa de políticos, científicos y militares, pero que – a diferencia de ellos – no se propuso emplear la energía contenida en el átomo con fines bélicos.

La espectacularidad del proyecto, se ligó al camino que decidió priorizarse para alcanzar aquella meta: en lugar de obtener energía mediante el proceso de fisión, la Argentina ingresaría en la “era nuclear” con un programa de fusión controlada que, en los hechos, implicaba replicar – a escala piloto – las reacciones termonucleares que se producen en el sol.⁴⁸ El ambicioso plan, fue dirigido por el físico austríaco

⁴⁸ En palabras de la historiadora Zulema Marzorati (2012), el proyecto “consistía en aprovechar la energía nuclear liberada en el proceso de fusión de elementos livianos (hidrógeno), a diferencia del empleo de fisión de elementos pesados (uranio). [Se] consideraba que la reacción termonuclear de fusión brindaría energía ilimitada y económica

Ronald Richter⁴⁹ y contó con el apoyo irrestricto del gobierno implicado – desde su llegada al poder – en una conflictiva relación con la comunidad de científicos locales (Mariscotti 1987; Fischbarg y Cosso 2011; Marzorati 2012; Hurtado 2014; Feld 2015).⁵⁰ Una de las manifestaciones más claras de ese conflicto se tradujo en el intento peronista de hacer ciencia sin acudir a los profesionales nativos, hecho que – pronto – mostraría sus serias limitaciones (Comastri, 2009).

En su crónica sobre los orígenes de la investigación nuclear en el país, el Doctor Mariscotti (1987)⁵¹ examina los accidentados comienzos de la actividad y el peculiar camino hacia su institucionalización en la CNEA (1949-1951),⁵² tras el arribo de Richter y la puesta en marcha de su programa atómico, que recibió el nombre de “Proyecto Huemul”, en referencia a la isla homónima de Bariloche donde se emplazó la planta piloto para llevarlo a la práctica. Persuadido por el físico, Perón autorizó la ejecución de un plan destinado a producir energía mediante fusión nuclear

en función de la diferencia entre el costo del hidrógeno, prácticamente el elemento más abundante en la naturaleza, frente al del uranio. Por entonces, [la energía atómica] sólo se liberaba mediante procesos explosivos (bombas) o bajo control en los reactores nucleares, según el principio de la fisión nuclear. Se estaba en la búsqueda de una nueva forma de energía, la fusión, muchísimo más poderosa y originada en elementos naturales abundantes. Recién en 1952 se lograría liberarla, aunque en forma incontrolada, con la detonación de la bomba [de hidrógeno] por Estados Unidos” (Marzorati, 2012: 58).

⁴⁹ Ronald Richter (1909-1991), que había participado en el proyecto nuclear del Tercer Reich, “llegó en secreto a la Argentina a mediados de agosto de 1948, como parte de un grupo de ingenieros, técnicos y pilotos de prueba alemanes, liderados por el experto en diseño y desarrollo aeronáutico, Kurt Tank. El 24 de agosto, por recomendación de Tank, Perón conoció a Richter quien logró persuadir a aquel sobre la posibilidad de obtener energía por el proceso de fusión controlada” (Hurtado, 2014: 54).

⁵⁰ El desarrollo de la actividad nuclear en el país y la creación de la CNEA (1950) se dieron en el marco de una tensión entre el gobierno peronista y un sector amplio de la comunidad científica enclavado mayoritariamente en las universidades (Fischbarg y Cosso, 2011). La historiadora Zulema Marzorati alude a esa tensión y describe lo que – en la perspectiva de los actores – sería uno de los condicionantes para el surgimiento de la *mística* en CNEA: la conformación de un “espacio apolítico” donde los científicos – en su mayoría “antiperonistas” – pudieran desarrollar su trabajo sin presiones (Marzorati, 2012: 153).

⁵¹ Mariscotti, M. 1987. *El secreto atómico de Huemul. Crónica del origen de la energía atómica en la Argentina*.

⁵² En mayo de 1950 se firmó el decreto presidencial que dio origen a la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA), soporte administrativo de las actividades científicas de Richter, con dependencia directa del Poder Ejecutivo. El hecho de que el físico no mostrara interés en incorporar a especialistas nativos a su programa de investigación nuclear, llevó a Perón a crear – en 1951 – la Dirección Nacional de Energía Atómica (DNEA), que iba a tener un papel primario en el posterior desarrollo del sector (Hurtado y Busala, 2006: 23-24). En 1956, a poco tiempo del golpe militar que derrocó al gobierno peronista, la CNEA se diluyó y la DNEA tomó su nombre colocándose, a su vez, bajo la dirección del Poder Ejecutivo.

controlada y, para consentir a Richter y sortear el conflicto político con la comunidad científica, permitió que el proyecto se realizara sin la consulta ni la participación de los investigadores locales, en el marco de un estricto secreto.

Sin el asesoramiento técnico de los pocos expertos que podrían haberle ayudado a evaluar la propuesta (Hurtado, 2014), Perón brindó a Richter el apoyo político y el financiamiento necesarios para dirigir un proyecto que pretendía emular en un laboratorio las reacciones termonucleares de fusión que se producen en el sol para obtener energía virtualmente ilimitada y barata (Mariscotti, 1987). La descomunal empresa no tardó en develarse como un fraude y al cabo de dos años (1950-1952), la idea de “colocar un sol en cada hogar argentino” (Sabato, [1973] 2014) se tornó ridícula e inviable; la Planta Piloto de Huemul fue cerrada y Richter, relevado de sus funciones.

Aunque las expectativas del gobierno en relación al desarrollo nuclear estuvieran puestas en la experiencia de Bariloche, el hermetismo y la negativa del austríaco a incorporar en su plantel científicos argentinos, habían motivado – en 1951 – la decisión del Poder Ejecutivo de crear la Dirección Nacional de la Energía Atómica (DNEA), para contrarrestar la autoridad de Richter y propiciar la formación de cuadros técnicos en el país. Presidida en un comienzo por el coronel Enrique González – hombre de confianza de Perón y uno de los primeros en advertir al líder sobre el fraude del proyecto patagónico –⁵³ en 1952, la DNEA pasó del Ejército a manos de la Marina, bajo la dirección del Capitán de Navío Pedro Iraolagoitia⁵⁴ quien, según los relatos nativos, “*empezó a tomar y a preparar gente: electrónicos y químicos, geólogos y físicos...*” (E3, 2014). En tal sentido, el fracaso del “Proyecto Huemul” constituyó – en los hechos – una oportunidad para los investigadores locales de demostrar su competencia en el nuevo campo de conocimientos, y una coyuntura favorable para restituir – en parte – el resquebrajado vínculo entre la comunidad científica y el Estado peronista. Como argumenta otro de mis entrevistados:

⁵³ Para un análisis pormenorizado de los comienzos de la actividad nuclear en la DNEA ver Mariscotti, M. (1987); Marzorati, Z. (2012) y Comastri (2009; 2015).

⁵⁴ Iraolagoitia fue edecán de Perón y presidió a la CNEA en dos oportunidades: entre 1952 y 1955; y entre 1973 y 1976. Los detalles sobre su desempeño en la Comisión serán dados en los Capítulos II y III de la tesis.

“Richter fue un sinvergüenza al cual le estamos muy agradecidos porque, gracias a él, se creó la Comisión de Energía Atómica en serio...” (E4, 2017).

Sus palabras coinciden con las de otro colega, recientemente fallecido, quien al evaluar los resultados del controvertido proyecto, señala que “sólo puede hablarse de fracaso [en] un sentido relativo, [pues el] éxito más notable y duradero de Huemul, fue la creación de la CNEA” (Lamuedra, 2006: 151). Así, como apunta la antropóloga Ana Spivak en su etnografía sobre el Instituto Balseiro, “el fin del [programa de fusión controlada] no acabó ni con el desarrollo nuclear en Argentina ni con las actividades científicas y tecnológicas de Bariloche” (Spivak, 2010: 64), donde – a instancias de las gestiones hechas por miembros de la DNEA – se creó en abril de 1955 el Instituto de Física, en convenio con la Universidad Nacional de Cuyo, para responder a los intereses y los requerimientos de personal de la Dirección y reutilizar parte del equipamiento y las instalaciones que habían sido empleados por Richter. Dicho Instituto fue presidido por José Antonio Balseiro y en poco tiempo se convirtió en un centro de referencia en la formación de profesionales, tanto a nivel local como internacional.⁵⁵

En tanto, entre 1951 y 1955, la DNEA no sólo cobró un rol protagónico en los episodios que determinaron la clausura del “Proyecto Huemul”, sino que mantuvo – a la vez – una activa política de capacitación y entrenamiento de recursos humanos que redundó en la creación de nuevos grupos de investigación, cuya labor fue reconocida dentro y fuera del país. Entre ellos, destacó el grupo de radioquímica, liderado por otro científico extranjero, el alemán Seelmann-Eggebert que, a diferencia del físico austríaco, daría proyección internacional a las investigaciones de la DNEA, al encabezar la delegación argentina que en agosto de 1955 presentó en Ginebra 37 trabajos en el marco de la Primera Conferencia Mundial sobre los Usos Pacíficos de la Energía Atómica (Hurtado 2014; Comastri 2015).⁵⁶

En 1954, Iraolagoitia – asesorado por quien un año después asumiría la dirección de la DNEA, el almirante Oscar Quihillalt (1955-1973) – comenzó a

⁵⁵ La creación y la trayectoria del Instituto Balseiro son analizados en el libro de Ana Spivak (2010), a partir de la descripción etnográfica del cincuentenario de la institución que actualizó – en la ceremonia conmemorativa – una serie de relatos sobre su origen y su historia, estableciendo una continuidad entre pasado y presente.

⁵⁶ Varias de aquellas presentaciones referían a las características de trece radioisótopos nuevos, descubiertos por el grupo de Eggebert con el sincrociclotrón que el Estado había comprado a la firma Phillips, en 1952, y destinado a la DNEA.

entrever la necesidad de desarrollar la metalurgia en la institución, de acuerdo con la tendencia mundial prevaleciente en ese campo de la investigación nuclear. Con ese fin – recuerda un ingeniero que trabajó en la fabricación de elementos combustibles – “*ambos convocaron a Sabato, que era profesor de física y tenía una empresita metalúrgica, para que hiciera un informe [sobre el estado de situación] y las áreas que debían desarrollarse en metalurgia*” (E5, 2017), tras lo cual, en diciembre del ‘54, “la CNEA lo contrató “a prueba” por seis meses para organizar e instalar un laboratorio con capacidad de resolver los problemas metalúrgicos referentes a los reactores nucleares” (Ovejero, 2018: 30). Así fue como nació la División de Metalurgia⁵⁷ – futuro Departamento de la Comisión en 1960–, “*que era una suerte de Armada Brancalione⁵⁸ donde había de todo menos metalurgistas, por la sencilla razón de que en el país no existía aún [esa] especialidad*”.⁵⁹

El origen y la trayectoria del grupo – que sería bautizado internamente como “*la mafia*” o “*la murga*” de Sabato – fue descrito por su hacedor (Sabato [1972] 1979) como un ejemplo de la *filosofía* del “aprender haciendo” o “*learning by doing*” (Sabato [1973] 2014; Harriague et al 2006), un conocimiento adquirido *en la práctica*, que – en la perspectiva de los actores – se institucionalizó en la CNEA a comienzos de los años sesenta y constituyó una especie de marca identitaria de la Comisión. Aquel rasgo y el objetivo de la *autonomía tecnológica* quedarían, también, ligados a la figura del tecnólogo que se ganó por ello – y otras tantas de sus iniciativas y realizaciones (dentro y fuera del organismo) – la ‘fama’ del *ideólogo de la Comisión*.

Pero no sólo la experiencia de Metalurgia sería mentada como la encarnación de la *ideología* que comenzaba a gestarse en la DNEA / CNEA en los tiempos de Sabato. Otro hito, en tal sentido, lo constituyen la decisión y el camino priorizado para construir el primer reactor de investigación argentino – el RA-1 – y los

⁵⁷ Ciencia y tecnología que trata de los metales y sus aleaciones. Con el tiempo, la Metalurgia se extendió – también – al estudio de los materiales no metálicos, dando origen a la Ciencia de los Materiales. (Ovejero, 2018).

⁵⁸ En alusión al film italiano del mismo nombre dirigido por Mario Monicelli en 1966.

⁵⁹ Ingeniero Alfredo Hey, “*Anécdotas sobre Jorge Sabato*”. *Ciclo de conferencias históricas organizadas por el Laboratorio de Conservación Preventiva y Restauración de Documentación de la CNEA, 29 de agosto de 2018*. Disponible en: <http://ricabib.cab.cnea.gov.ar/796/>

combustibles que le servirían de insumo.⁶⁰ Vale la pena detenerse en la descripción de este episodio pues, como veremos, hay consenso entre nativos (Sabato [1972] 1979, [1973] 2014; Castro Madero y Takacs 1991; Harriague et al 2006; Quilici 2008; Maqueda y Scheuer 2014) y académicos (Fernández 2011; Marzorati 2012; Hurtado 2014) en considerarlo un primer paso hacia la consolidación de una “política nuclear” (Sabato [1973] 2014; Hurtado 2014) basada en la premisa de la “autonomía tecnológica como valor nacional” (Aráoz, 2017).⁶¹

En un texto que puede definirse como un clásico de la literatura sobre la CNEA,⁶² Sabato ([1973] 2014) escribe que, en 1957, la Comisión tomó una decisión trascendental:

“Sus reactores de investigación no iban a ser comprados en el exterior e importados y armados por empresas extranjeras, sino que iban a ser construidos en Argentina e instalados por CNEA con la ayuda de la industria [local]. Se razonó que construir y armar una máquina tan compleja como un reactor sería un excelente camino para desarrollar la capacidad propia en energía nuclear que [el país] necesitaba para impulsar su autonomía. Esta decisión actuó como “cemento ideológico” que unió entre sí a los recursos humanos y materiales para construir una capacidad científico-tecnológica integrada” (Sabato, [1973] 2014: 115).

El RA-1 empezó a construirse a mediados de 1957 “*en el subsuelo del edificio de Sede Central*”. En el reparto de las tareas:

“*El ingeniero Papadópulos⁶³ y su grupo se encargarían del reactor propiamente dicho y Sabato y el suyo de los elementos combustibles (...) En enero de 1958, el RA-1 comenzó a funcionar... Son esas cosas espectaculares, – afirma orgulloso mi entrevistado. Por eso yo, en todas mis presentaciones – cuando hablo sobre estos temas – lo primero que hago es referir a la figura de Sabato*” (E5, 2017).

⁶⁰ Para un abordaje más completo del proceso de fabricación y puesta en marcha del RA-1, ver Marzorati, Z. (Op. cit, pp. 197-204).

⁶¹ Aráoz, C. “*Combustibles nucleares, fantasías y realidades... Reactores de investigación y de potencia*”. Ciclo de Seminarios del Instituto Sabato, Centro Atómico Constituyentes (CAC), 4 de mayo de 2017.

⁶² Me refiero al trabajo: “Energía atómica argentina: una historia de caso”, publicado en la revista *Word Development*, en 1973.

⁶³ “El Ing. Celso Papadópulos ingresó a CNEA a mediados de 1956. En 1957 organizó el Departamento de Radioisótopos y en 1960 fue designado gerente de energía. Durante su gestión, la CNEA definió una política nuclear independiente impulsando las actividades del departamento de reactores, el reprocesamiento, la producción y aplicaciones de radioisótopos, la seguridad radiológica y nuclear, así como el equipamiento y la instrumentación Nuclear” (Fernández, 2010: 14).

Si las tecnologías – en tanto que desarrollos o producciones culturales – pueden concebirse como un vehículo o una materialización de cierta clase de valores y, en particular, de aquellos vinculados a distintas representaciones de “lo nacional” (Hecht 1998; Spivak y Hubert 2013), en el RA-1, como bien ha señalado Hurtado:

“...se comenzó a esbozar un imaginario tecnológico-industrial como rasgo institucional [de la CNEA] y se materializó una orientación tecnopolítica que mostraba sus potencialidades [por] su capacidad de definir una agenda de metas tecnológicas que buscaban dar solución a problemáticas locales, [y por establecer nuevas formas] de organización [en el trabajo] que eran su condición de posibilidad” (Hurtado, 2014: 90).

Desde esta perspectiva, el primer reactor argentino constituyó, pues, el símbolo y la encarnación de las premisas de la “autonomía” y el “se puede tecnológico” (Maqueda y Scheuer, 2014) que – de allí en más – guiarían las prácticas de los trabajadores nucleares. Esta misma *filosofía* orientó en 1965 el desafío institucional de realizar – con los recursos propios – los estudios de factibilidad para instalar en el país la primera central de potencia que llevaría el nombre de Atucha I.⁶⁴ Hay consenso entre los nativos (Sabato [1973] 2014; Castro Madero y Takacs 1991; Harriague et al 2006; Maqueda y Scheuer 2014) en identificar a este último hecho como el que llevaría definitivamente hacia la consolidación de la “política nuclear”. En palabras de Sabato:

“[Los] objetivos principales de la política nuclear argentina no fueron definidos explícitamente en la década del ’50, ni siquiera a comienzos de los ’60 (...) Esos objetivos fueron penosamente elaborados durante [la marcha] y resultaron, al final, en un proceso de recurrente realimentación: praxis más pensamiento o pensamiento más praxis.

La política fue construida sobre la base de prueba y error, a través de éxitos y fracasos hasta que, finalmente, comenzó a tomar forma una estructura y, para fines de la década del ’60 pudo reconocerse y definirse una política concreta” (Sabato, [1973] 2014: 110).

Hasta aquí hemos brindado un panorama general del contexto histórico-político en el que la actividad nuclear se institucionalizó en la DNEA / CNEA tras el fracaso

⁶⁴ Un análisis pormenorizado sobre el tema, puede verse en: Fernández, J. 2010. “Importación de tecnologías capital-intensivas en contextos periféricos: el caso de Atucha I (1964-1974)”, en: *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad*, 6 (16) pp. 9-37.

de la experiencia atómica dirigida por Richter en Bariloche. Dicho proceso – reconstruido a partir de una serie de relatos y del material historiográfico producido por nativos y académicos – no sólo permitió ver cómo se afianzaron los objetivos y la ‘política institucional’ de la Comisión a través de su trayectoria y las prácticas de un sector del personal sino, también, observar el papel que jugaron ciertos actores en ese proceso formativo. Entre ellos, destaca la figura de Jorge Sabato, descrito por sus colegas como un *visionario*, un *estratega* y como artífice del “cemento ideológico” de la CNEA.

Siguiendo a Antonio Gramsci (1967: 21), podríamos identificar al tecnólogo con un “intelectual orgánico”⁶⁵ que, con su prédica, supo cohesionar a los trabajadores de la Comisión y orientar sus esfuerzos al logro de la “autonomía tecnológica” para impulsar el desarrollo argentino. En tal sentido, su propuesta no sólo estuvo dirigida a hacer de la CNEA una institución de punta en el campo nuclear – a nivel regional y mundial – sino, más bien, a insertar a la Comisión en el entramado científico-industrial del país, para convertirla en una “industria industrializante” (Harriague et al 2006), capaz de intervenir junto a otras empresas en el desarrollo de tecnologías (nucleares y no-nucleares) cada vez más complejas. Así, en lugar de fomentar un pensamiento y una acción ‘localistas’, la *filosofía* de Sabato trascendió pronto a la CNEA y “*alcanzó proyección nacional, en sintonía con su visión de país y su defensa del desarrollismo*” (E1, 2019).

Hacia 1970, “*Jorjón*” (E4, 2017) o “*el mudo*” (E6, 2017) – como lo apodaron algunos para ironizar sobre su capacidad de oratoria –, sistematizó en una serie de escritos su concepción desarrollista de la ciencia y la tecnología y elaboró, también, las primeras periodizaciones sobre la actividad nuclear en Argentina y su institucionalización en la CNEA, historizando – principalmente – la trayectoria y las experiencias del grupo de Metalurgia. De este modo, su pensamiento no sólo ganó notoriedad dentro de la Comisión sino que cautivó, igualmente, a un público ajeno al organismo atómico.

⁶⁵ Con la noción de “intelectual orgánico”, Gramsci critica la pretendida idea sobre la autonomía de los intelectuales y afirma que estos no existen como un sector social independiente, sino que todo colectivo o grupo establece junto a él “uno o más tipos de intelectuales que le dan homogeneidad no sólo en el campo económico, sino también en el social y en el político” (Gramsci, 1967: 21).

Pero además de un “intelectual comprometido” con su tiempo – como él se definía a sí mismo (Sabato, [1972] 1979: 159) –, Sabato puede equipararse – en los relatos nativos – a la figura de un “héroe mítico”, por su carácter “transgresor” (Hey, 2018), por identificarse con quien fundó la *ideología* de CNEA y, sobre todo – como veremos en el segundo Capítulo –, porque “*fue con Sabato cuando empezó a gestarse la ‘mística’ y un sentido positivo de ‘lo nacional’ en la Comisión*” (E2, 2017). En su condición de “héroe fundador”, Sabato es pues quien encarnó (y personifica) el ideario “tecno-nacionalista” con el que fue creada la CNEA bajo la primera presidencia de Perón (1946-1952), y quien sintetiza el pasaje de una política de Estado a una política institucional, basada en las premisas de la industrialización y la búsqueda de la *autonomía*. Ahora bien, lo que me interesa destacar como un ‘hallazgo etnográfico’ de esta investigación es que, en el transcurso de aquel proceso – por los hechos que analizaremos a continuación – se habría creado, también, el mito de la Comisión como un espacio “apolítico” y como una entidad *aislada* de los contextos más amplios y de los avatares de la política argentina.

V. La forja del ‘mito institucional’: desperonización, *apoliticismo* y tecnopolítica nuclear en la CNEA

En el apartado anterior, describimos los inicios de la actividad nuclear en el país, en el marco de las tensiones entre el peronismo y la comunidad científica y explicamos el origen de su institucionalización en la DNEA / CNEA, como resultado de una decisión política del gobierno para salir airoso de la ‘desventura’ de Huemul y dar continuidad al “sueño de la Argentina atómica”.⁶⁶ En esta sección, indagaremos en el impacto que dicho contexto produjo en la configuración de la “cultura institucional” (Fischbarg y Cosso, 2011) de la Comisión, para explorar el modo peculiar que – desde entonces – asumió en la CNEA la relación con ‘lo político’. Una vez más, la figura de Sabato resultará de particular interés para comprender el proceso por el cual “la política” fue despojándose en la Comisión de su sentido “antagonista” (Mouffé, 2011) hasta identificarse con un objetivo cuasi sagrado, que

⁶⁶ En referencia al título que Diego Hurtado (2014) dio a su último trabajo sobre la historia del desarrollo nuclear en el país.

integró y orientó los esfuerzos del personal en la búsqueda de un desarrollo científico-tecnológico *autónomo*. En esta perspectiva, la condición de “héroe fundador” de Sabato no sólo estaría ligada a su representación como una suerte de ‘semi-Dios’ institucional – su grupo de Metalurgia es conocido en la ‘jerga nativa’ como el de “*los 12 apóstoles*”– sino a su caracterización como quien produjo en CNEA la distinción entre la ‘buena’ y la ‘mala’ *política*.

Un primer indicio en tal sentido, puede verse en la siguiente afirmación de un ingeniero que formó parte del selecto grupo de Sabato. Al pedirle una referencia sobre la personalidad y el pensamiento de su maestro dijo, entre otras cuestiones: “*Sabato era un tipo apartidario, pero con ideas políticas*” (E6, 2017). Esta descripción contrasta, sin embargo, con la de otro ingeniero que también conoció de primera mano al tecnólogo y que, al evocar sus inicios en la CNEA, señalaba:

“[Cuando Iraolagoitia] llamó a Sabato y le ofreció formar un grupo de Metalurgia en la Comisión, no existía aún el término “*gorila*” [...] Antes, a los antiperonistas se los conocía como “*contreras*” que juntaban, básicamente, a los socialistas y radicales, porque los comunistas estaban con Perón... Y ‘don Sabato’ no era ni una cosa ni la otra; Sabato era “*sabatista*”, independiente, pero – definitivamente – era “*contrera*” [...]

La cuestión es que, cuando el ‘vasco’ le propuso a Sabato formar Metalurgia, Sabato le dijo: “*Mire señor, pero yo no soy peronista; yo soy “contrera”*”, ¿no? E Iraola le contestó: “*Y a mí qué me importa. Yo lo quiero a usted no para que haga política, sino para que haga Metalurgia*” Y eso marcó una impronta de tolerancia política en la Comisión que solamente se rompió en el ’73, cuando vinieron “*los muchachitos*” y todos los “*montos*” y la “*Agrupación Peronista*”; cuando se *politizó* la CNEA...” (Hey, 2018: mi énfasis).

Más allá de su definición como “*un tipo apartidario*”, “*independiente*” o “*sabatista*”, lo que destaca este segundo fragmento es la condición de “*contrera*” de Sabato, esto es, su filiación antiperonista dentro de una institución que – como vimos – fue creada por Perón y presidida por militares y miembros de su propio partido. Este hecho, simbolizado en el diálogo entre “*el mudo*” y el “*vasco* Iraolagoitia”, remite – en la perspectiva de Hey y de un sector importante de los trabajadores nucleares – a otro hito fundacional de la Comisión (por entonces, DNEA) que radicó en la prescripción del gobierno de eximir al personal que ingresaba a “*la Atómica*” de la obligación de afiliarse al partido, “*en una época donde, por lo general, para trabajar en el Estado, había que acreditar la condición de peronista*” (E7, 2013).

Como han señalado algunos historiadores a partir de los relatos nativos (Marzorati 2012; Hurtado 2014; Comastri 2015), uno de los rasgos que singularizaron a la Comisión de la mayoría de los organismos públicos durante los años del “peronismo clásico” (1946-1955), fue la ausencia de “persecuciones e intentos de adoctrinamiento político” (Comastri, 2015: 70) que sufrían otros ámbitos, como el universitario. En palabras de Mariscotti (1987), “mientras las universidades se destrozaban a causa de la persecución política, la [DNEA] *permaneció como un oasis*” (Mariscotti, 1987: 263; el énfasis es mío) y, pronto, “se convirtió en un refugio (financiado por el Estado) para aquellos investigadores que el mismo Estado expulsaba de la universidad” (Comastri, 2015: 70). En relación a este punto – y como una de las marcas identitarias del personal de la Comisión – Mariscotti (1987: 263) y Marzorati (2012: 153-154) han subrayado también que, dado el perfil “antiperonista” de los profesionales contratados por el organismo, “fue necesario prescindir de [su] ideología y ofrecer un espacio apolítico [donde] pudieran desarrollar [libremente] sus actividades” (Marzorati, 2012: 153). Esta marca de origen, no sólo colocaría a la CNEA en una situación privilegiada para los nativos sino que, por otro lado, daría lugar a la metáfora de una institución “*aislada de las presiones y los avatares políticos*” de la época.

Los testimonios reunidos en *Plantear utopías...* (2012), la obra de Zulema Marzorati sobre los inicios de la energía atómica en el país, resultan de un valor inestimable para recuperar la perspectiva de los actores y situar sus recuerdos y experiencias sobre los primeros años de trayectoria de la DNEA / CNEA, en el marco de las tensiones entre el peronismo y la comunidad científica. Por tal razón, nos permitimos citar a dos de sus entrevistados, para ilustrar el modo en que la polarización y el antagonismo entre peronistas y antiperonistas no sólo marcó los comienzos de la actividad nuclear en la Comisión, sino que influyó – a la vez – en las representaciones que el personal se iría formando sobre la política en general y el peronismo, en particular:

“Cuando se crea la Comisión, los físicos y matemáticos que fueron consultados pusieron como condición que no hubiera política. La Comisión era el refugio de todos los antiperonistas, [un] asilo para la gente que no

pensaba como los peronistas [...]. Éramos una isla en el país, por así decirlo” (Linares en Marzorati, 2012: 148).⁶⁷

“El gran mérito de la CNEA es haber sido independiente de los avatares y presiones políticas. La Comisión fue una isla; la mayoría era antiperonista, no había censura” (Suter en Marzorati, 2012: 148).⁶⁸

El punto que me interesa destacar y sobre el cual, a mi criterio, los abordajes historiográficos (Mariscotti 1987; Marzorati 2012; Hurtado 2014) no han profundizado o logrado dimensionar en toda su complejidad, reside en las implicancias que tuvo para el organismo atómico la ruptura ideológica con el peronismo. En efecto, como pretendo mostrar a lo largo de la tesis – y como fuera señalado, también, en el relato de Hey (2018) al que ya hicimos referencia – aquella ruptura, producirá en los hechos, un discurso despolitizado y la representación de la CNEA como una “comunidad” cohesionada y ajena a los conflictos políticos que dividieron a la sociedad argentina a mediados del siglo pasado. Esa despolitización – o “*impronta de tolerancia política*” – que habría caracterizado a la Comisión desde sus inicios, será interrumpida –paradójicamente – con la *politización* / ‘peronización’ de los años setenta, tema que analizaré en profundidad en el tercer Capítulo, cuando examine el impacto de la irrupción de los contextos más amplios sobre la dinámica institucional. Por el momento, lo que importa señalar a los fines del argumento que estoy planteando es cómo la relación de los nativos con el gobierno peronista produjo en la CNEA una forma peculiar de entender ‘lo político’ que se tradujo en el establecimiento de una distinción entre la ‘buena’ y la ‘mala’ *política*, como se observa en las descripciones de Sabato que lo pintan como “*un tipo apartidario*” (cuando no como a un “*contrera*” o “*gorila*”), pero sin desconocer como un rasgo positivo su condición de profesional “*con ideas políticas*”. Y es que, aún cuando el mito fundacional de la Comisión implicase una ruptura con el peronismo y, por ende, un desconocimiento de los orígenes peronistas de la DNEA / CNEA, ello no redundó en una pérdida del sentido “tecno-nacionalista” con el que fuera creada la institución. En efecto, como vimos, es el propio Sabato quien encarna esa *filosofía* y materializa el objetivo de la *autonomía tecnológica*, a partir de las actividades y los desarrollos realizados por el grupo de Metalurgia.

⁶⁷ Testimonio de Enrique Linares, entrevistado por Marzorati en agosto de 2002.

⁶⁸ Testimonio de Tito Suter, entrevistado por Marzorati en marzo de 1995.

Si al decir de uno de mis entrevistados, el “*sentido de la ‘autonomía’ viene – prácticamente – desde el inicio de la Comisión*” (E8, 2015), lo señalado hasta aquí permite conjeturar que – con el ingreso de Sabato al organismo – se produjo una (re)apropiación de las consignas “tecno-nacionalistas” que guiaron el programa industrialista de Perón, mientras que – en paralelo – se daba un proceso de desperonización de la CNEA que, en rigor de verdad, comenzó antes de 1955, cuando el líder del movimiento fue derrocado por la autodenominada “Revolución Libertadora” (1955-1958). En este sentido, se podría argumentar, también, que los relatos nativos no sólo construyeron a Sabato como a un “gran hombre” o “héroe fundador” de la CNEA, si no que – a través de su figura – lograron desvincular a la Comisión de sus orígenes y de los contextos más amplios de la política nacional, para así forjar los rasgos de un organismo con una identidad propia y, en algún punto, políticamente incontaminada.

La ‘mala política’ se convirtió, pues, en un sinónimo de la política partidaria en general, y del peronismo en particular. Depurada de sus vínculos con aquella ideología, la ‘buena política’ en la CNEA quedó asociada, en cambio, al pensamiento “tecno-nacionalista”, a la búsqueda de la *autonomía tecnológica* y al impulso del desarrollo nacional. Como veremos en el próximo Capítulo, todas estas cuestiones contribuyeron internamente a crear un contexto propicio para la emergencia de una *mística institucional* que prescribió un tipo de prácticas específicas y un *ethos* profesional (despolitizado) en la Comisión que produjo un sentido de *pertenencia* muy arraigado entre el personal y concibió al trabajo en términos de un “*sacrificio*” o “*entrega*” con una “*misión*”: “*aportar al bien común de todos los argentinos*” (E9, 2010).⁶⁹

⁶⁹ Una referencia a los valores asociados al trabajo, puede verse en el Capítulo III de *La consagración de la memoria...* (2013), donde Ana Guglielmucci identifica dos principios constitutivos complementarios de las tareas o actividades realizadas por los empleados de distintas agencias gubernamentales del campo de los Derechos Humanos (DDHH): “la técnica y la mística”. Aunque – en su investigación – la “mística” aparece ligada al “compromiso político o militante” de los “trabajadores de la memoria”, es interesante notar que – como en el caso de la CNEA – remite, asimismo, a un tipo de práctica desinteresada y ‘altruista’ que atribuye al trabajo un valor ‘trascendental’, que lo convierte en “algo más que un simple empleo” (Guglielmucci. 2013: 174). Estas cuestiones serán desarrolladas con mayor profundidad en el próximo Capítulo de mi tesis.

CAPÍTULO II

La consolidación del mito institucional: La ‘buena’ política y el *tiempo de la mística*

I. Elementos del mito: *Continuidad, apoliticismo y mística institucional*

En el Capítulo I, examinamos los inicios de la actividad nuclear en Argentina y la creación de la DNEA / CNEA (1950-1951) durante la primera presidencia de Perón, en un contexto signado por las tensiones y por el antagonismo político entre el gobierno y la comunidad científica. La perspectiva histórica adoptada en el análisis y la revisión de testimonios nativos sobre aquellos años (1950-1955) permitieron, a la vez, reconstruir etnográficamente el proceso por el cual una política de Estado – sustentada en las premisas tecno-nacionalistas de la “industrialización” y la búsqueda de la *autonomía* – se convirtió, a mediados de los ‘60, en *la política* (y en una de las marcas identitarias) de la Comisión. En ese proceso, la figura de Jorge Sabato jugó un rol clave pues, como vimos, no sólo encarnó institucionalmente aquel ‘pasaje’ sino que – en los relatos de un sector del personal – fue (y continúa siendo) evocado como una suerte de “héroe fundador” o “mítico”, que logró desvincular a la CNEA de sus orígenes y de los contextos más amplios de la política nacional para forjar los rasgos de una institución con una identidad propia y, en algún punto, políticamente incontaminada. Por ello, algunas de sus representaciones también subrayan como un hecho positivo su condición de intelectual *apartidario*, y lo describen como a uno de los ‘responsables’ que produjo una distinción entre la ‘buena’ y la ‘mala’ política en la Comisión.

En su rol de “intelectual comprometido”, Sabato no sólo protagonizó y participó activamente en el proceso de consolidación de la “cultura nuclear” (Hurtado, 2014) de la CNEA, sino que elaboró una serie de escritos en donde plasmó sus ideas y las primeras periodizaciones sobre la historia de la energía atómica en el país (Sabato [1970] 2014; [1973] 2014). Según el prestigioso metalurgista, hacia 1970, era posible identificar – al menos – tres etapas en ese desarrollo (Sabato [1970] 2014: 65-66): la “etapa Richter” o “etapa cero” (1948-1952), que comprendía los años de la experiencia frustrada de Bariloche y la creación de la DNEA; el período

entre 1952 y 1965, momento en que se decidió realizar el estudio de factibilidad para instalar la primera central de potencia en suelo argentino; y la etapa promisoriosa que se abría con la construcción de Atucha I (1968) que marcaba, asimismo, la consolidación de la “política nuclear” (Sabato [1970] 2014) en el país y de la *ideología institucional* de la Comisión, basada en el principio de la “autonomía tecnológica”.

Uno de los rasgos que sobresalen en la descripción hecha por Sabato, es el de la “excepcionalidad” (Sabato, [1973] 2014: 105) que habría caracterizado a la trayectoria de CNEA en relación a la de otros organismos del complejo tecnocientífico, afectados en sus proyectos y en su dinámica interna, por la “inestabilidad” (Sabato, [1973] 2014: 106) de la política nacional. En la visión del tecnólogo, el desarrollo nuclear argentino tuvo lugar en medio de las crisis endémicas que asolaban al país y en ello, tal vez, radicara su principal aporte a la “construcción de una (...) nación libre, justa y soberana” (Sabato, [1972] 1979: 159-160). En un reportaje concedido a la Revista Ciencia Nueva,⁷⁰ ‘*Jorjón*’ se jactaba de los logros obtenidos por el organismo de energía atómica con las siguientes palabras:

“...lo realizado en Argentina en [materia nuclear] no solo suministra un modelo interesante de una política atómica “sin bomba”, sino que demuestra cuánto es posible hacer pese a que el país haya estado y esté sumergido en uno de los procesos socio-económicos y políticos más difíciles y confusos de su historia contemporánea” (Sabato [1970] 2014: 80-81).

En opinión de Sabato, era en esa coyuntura adversa que debía hacerse Metalurgia y cualquier otra actividad científico-tecnológica destinada a “erradicar el subdesarrollo” a nivel local (Sabato [1973] 2014: 119), como parte de una estrategia más vasta orientada a cortar los lazos de la “dependencia” con el extranjero. A la concreción de aquellas metas debían volcarse los esfuerzos y el “compromiso” de los intelectuales (y de los trabajadores) argentinos. En este punto, la visión sabatista coincidía con la de otros exponentes latinoamericanos de la corriente “desarrollista”

⁷⁰ Dirigida por el Ing. Ricardo Ferraro, la Revista, circuló entre 1970 y 1974 y contó con la colaboración de renombradas figuras del campo científico-tecnológico nacional e internacional. En su primer número de abril de 1970, Ciencia Nueva (CN) señalaba en su editorial el deseo de convertirse en “un lugar de discusión, un [sitio que] apueste a la madurez crítica para juzgar, para decidir el desarrollo de la ciencia que hace falta [y debatir los problemas de política científica] argentina, latinoamericana, mundial” (CN, 1970: 4).

que planteaban la imperiosa necesidad de fomentar la creación de capacidades propias en materia tecnocientífica, aún en las circunstancias de atraso socioeconómico que padecían – en distinto grado – los países de la región (Herrera, 2015). Con ello, los autores del grupo que, más tarde, constituiría el núcleo de Pensamiento Latinoamericano en Ciencia, Tecnología y Desarrollo (PLACTED)⁷¹ pretendían derribar el mito – todavía vigente – de la imposibilidad de hacer ciencia en la “periferia” y en contextos signados por crisis estructurales y cíclicas.

En el caso argentino – advertía Sabato – debíamos convencernos de que la crisis “no era un estado patológico o anormal” (Sabato [1972] 1979: 159), sino la condición que había primado “en los últimos 40 años” y, por ende, el único escenario posible para llevar a cabo las actividades en ciencia y tecnología. Era en *esa* Argentina que había que hacer Metalurgia y continuar con el programa de desarrollo nuclear. “Esperar a que [la situación nacional se normalizara implicaba] – para “*el mudo*” – una forma de ‘escapismo’” (Sabato, [1972] 1979: 159).

Frente a un clima de tanta incertidumbre, en el que las turbulencias económicas y políticas quebrantaban asiduamente el orden institucional del país, la ‘proeza’ o el gran mérito de la Comisión de Energía Atómica consistió – en la perspectiva de Sabato y la de otros colegas – en mantener la *continuidad* de sus objetivos y autoridades, y en afianzar los rasgos de su cultura interna. La historia de la Comisión se construyó, así, tomando como referencia a los acontecimientos de la política local pero marcando, a la vez, un claro contraste con ella para enfatizar la “excepcionalidad” de su trayectoria “exitosa” (Ornstein, 2010). De allí que, a la periodización de sus logros tecnocientíficos (Sabato [1970] 2014), se añadiera el interés de los nativos por destacar la persistencia de las políticas nucleares y la *coherencia* en el rumbo del organismo. En efecto, la mayoría de mis interlocutores

⁷¹ Entre las figuras principales del ámbito nacional que integraron el programa PLACTED, destacan las de Jorge Sabato, Amílcar Herrera, Oscar Varsavsky y Rolando García. En la visión de Hurtado (2011: 24), el grupo planteó una reflexión crítica a la concepción “alienada” de las actividades de ciencia y tecnología prevaleciente en algunos ámbitos académicos y se propuso, además, “desplazar el centro de gravedad de los debates – dominados por reflexiones “epistemológicas” – hacia el terreno de la ideología [y] las políticas [tecnocientíficas]” (Hurtado, 2011: 24). A pesar de la coexistencia de posiciones heterogéneas dentro del PLACTED, sus miembros compartieron como premisa básica la preocupación por romper los lazos de la *dependencia tecnológica* con los países centrales, a fin de lograr *autonomía* de decisión respecto al rumbo que debía seguir la política científica en el subcontinente.

han referido al período que va entre 1955 y comienzos de los setenta, como un tiempo de proyectos y realizaciones y una etapa de gran *estabilidad*. El siguiente fragmento – tomado de una charla con un reconocido ingeniero – ilustra en buena medida aquellas percepciones:

“...En momentos en que en la Argentina los cambios eran de todos los días; los ministros duraban dos semanas, etc., [la] Comisión fue una cosa muy constante... Yo me acuerdo que la gente solía decir que lo único que era estable en el país era el Automóvil Club y la Comisión de Energía Atómica, cosa que era cierta...” (E10, 2015).

Como veremos en este Capítulo, la *continuidad* no sólo fue uno de los rasgos que singularizaron a la trayectoria de CNEA – y contribuyeron a fortalecer la imagen de una institución *aislada* de los contextos más amplios – sino que fue, asimismo, la condición de posibilidad para la emergencia de una serie de relatos que identificaron y aún refieren al pasado de la Comisión como al “*tiempo de la mística institucional*” y un período en el que “*la política estuvo ausente*”. La representación de la CNEA como un ámbito ‘despolitizado’ se afianzó durante la gestión de Oscar Quihillalt que coincidió – en el país – con los años de proscripción del peronismo (1955-1973). En tal sentido, el tiempo de la *mística* fue, también, el de la ‘desperonización’ y el que produjo internamente la ruptura con la ‘mala política’, en los términos que hemos señalado en el primer Capítulo de la tesis.

En las páginas que siguen me propongo – pues – caracterizar aquellos años a través de los recuerdos y de las vivencias de un sector del personal y analizar los valores asociados a la *mística*, no sólo como un símbolo del *apoliticismo* en la CNEA sino, a la vez, como expresión de un arraigado sentimiento de *pertenencia institucional* que prescribió un tipo específico de prácticas y de *ethos* profesional en el organismo. Para facilitar la exposición y cumplir con los objetivos trazados, organizaré a este Capítulo en dos grandes secciones o núcleos temáticos: el primero, orientado a reconstruir los contextos histórico e institucional en los que se produjo la consolidación del “régimen tecnopolítico” de la CNEA (Hecht 1998; Fernández 2011; Hurtado 2014) y el proceso de profesionalización de la actividad nuclear; y el segundo, más etnográfico, que pondrá el acento en la revisión y el análisis de los relatos sobre la *mística* a fin de comprender la tendencia generalizada entre los nativos a ‘mitologizar’ el pasado y observar la nostalgia que produce o que despierta

en un sector importante de los actores consultados el recuerdo de aquellos tiempos considerados *excepcionales*.

II. Contextos

El período que examinaremos a continuación abarca los agitados años comprendidos entre 1955 y 1973. En la historia de la política nacional, dicha etapa marca o simboliza el tiempo de la proscripción del peronismo y del proceso de “politización de las Fuerzas Armadas” (Sidicaro, 2006) que, en ese lapso, no sólo protagonizaron tres golpes de Estado (1955, 1962, 1966) para contener a la experiencia “populista” inaugurada en Argentina con el ascenso político de Perón, sino que, por primera vez, lograron acceder al poder y ejercerlo en representación de sus intereses corporativos.

El ciclo abierto con la autodenominada “Revolución Libertadora” (1955-1958) redefinió el vínculo entre civiles y militares y profundizó el antagonismo o la polarización social entre peronistas y antiperonistas, a partir de la institucionalización de una serie de medidas orientadas a “desperonizar al Estado” (Spinelli, 2005). En tal sentido, y a pesar de los disensos sobre el rumbo económico que debía seguir el país – y la distinción de una corriente ‘liberal’ y otra ‘nacionalista’ entre los uniformados – los militares compartieron el objetivo político de disciplinar a la sociedad y al movimiento popular, ya fuera mediante el control directo de la política o a través de una estricta vigilancia de las presidencias semidemocráticas de Arturo Frondizi (1958-1962) y de Arturo Illia (1963-1966).

Aquella etapa, signada por la inestabilidad y la alternancia de gobiernos o regímenes “autoritarios y democráticos” (Cavarozzi, 2009) fue, como vimos, el contexto en el que tuvo lugar el crecimiento y la consolidación de la actividad nuclear en Argentina y un tiempo que los nativos han descrito y recuerdan como el de mayor prosperidad institucional. En efecto – según refiere un entrevistado – por esos años, la Comisión obtuvo muchos de sus “*logros científicos y pasó de ser un organismo de investigación y desarrollo a una institución productora de energía eléctrica, y a ganar reconocimiento y prestigio internacional en la construcción y exportación de reactores experimentales*” (E1, 2019). Fue ese, también, el período en

que las representaciones de la CNEA como un espacio *aislado* y autosuficiente, cristalizaron hasta convertirse en el relato más extendido sobre su trayectoria, concebida como la contracara o el reverso de la fluctuante realidad nacional. Pero aún cuando la relativa *estabilidad* de la Comisión pudiera contrastar con la historia de ‘rupturas’ que signó a la política argentina durante la segunda mitad del siglo XX, es preciso notar – como se observa en algunos registros nativos – que la institución no permaneció al margen de los conflictos políticos ni ajena a las distintas coyunturas nacionales. Por el contrario, una de las tesis que sostengo en este trabajo, subraya el impacto de los contextos más amplios sobre la dinámica interna de la CNEA y afirma que la “cultura nuclear” (Hurtado, 2014) no emergió como un desarrollo autónomo, sino en interacción con las dimensiones ‘extra-institucionales’. El desafío de las próximas páginas será, entonces, articular etnográficamente los distintos niveles (institucional / nacional; interno / externo) que aparecen escindidos en las versiones historiográficas más difundidas sobre el pasado de la Comisión.

II.a. De las “utopías” a la cristalización del “sueño de la Argentina atómica”: el afianzamiento del “régimen tecnopolítico” en la Comisión

En la historia de la CNEA, el período 1955-1973 remite – como vimos – a una etapa de desarrollo y prosperidad institucional que coincidió con la gestión del Capitán de Navío Oscar Quihillalt al frente del organismo. Si bien a mediados de los ‘50, el marino revestía ya como personal activo de la Comisión, su designación a cargo del establecimiento nuclear fue consecuencia directa de los episodios desencadenados tras el golpe de Estado conducido por los generales Eduardo Lonardi y Pedro Eugenio Aramburu. Cabe recordar que, hasta entonces, la presidencia de la CNEA había sido ejercida “sin discriminación política” (Mariscotti 1987; Marzorati 2012; Puglisi 2015) por ‘*el vasco Iraolagoitia*’, antiguo edecán de Perón y compañero de la misma camada que Quihillalt en la Escuela Naval Militar (Puglisi, 2011).

La conformación de un ámbito de trabajo ‘apolítico’ – o, mejor, ‘desperonizado’ – en medio de las tensiones que, por aquellos años, enfrentaron al peronismo y a la comunidad científica, no sólo hizo de la CNEA una institución

‘atípica’ para su tiempo, sino que produjo, asimismo, una representación de la entidad como un espacio cohesionado y distante de los conflictos de la época. En ese contexto de relativo *aislamiento* la Comisión, presidida por Iraolagoitía (1952-1955), dio sus primeros pasos en el desarrollo de la actividad nuclear, ubicándose como un organismo de avanzada en el país que – pronto – lograría proyección internacional en el área de Radioquímica al presentar diez radioisótopos nuevos en “la Primera Conferencia sobre Utilización de la Energía Atómica con Fines Pacíficos, celebrada en Ginebra” en 1955 (Puglisi, 2015: 142).

En la visión de Puglisi (2015), reconstruida a partir de los testimonios nativos sobre aquellos años, la figura de “*Iraola*” resultó clave en la constitución de un ámbito de trabajo en CNEA que antepuso a las cuestiones ideológica y ‘cultural’, la experiencia y los saberes técnicos del personal. Como advierte en su semblanza sobre el marino:

“[Iraolagoitía] logró crear [en la Comisión] una comunidad científica [que respetó] las individualidades. No ejerció la censura ni introdujo la política partidaria, algo tan frecuente [entonces], que había causado la salida del país de [varios intelectuales reconocidos. La CNEA] fue el único organismo donde no se pedía afiliación al partido gobernante. [El *vasco*] puso a trabajar juntos a científicos alemanes y judíos [que habían emigrado a la Argentina] tras la guerra. Así se ganó el aprecio de los investigadores que, cuando cayó Perón en 1955, pidieron que continuara al frente de la institución. No aceptó. Pidió el retiro y propuso como su continuador [a] Oscar Quihillalt, su compañero de promoción” (Puglisi, 2015: 141-142).

Muchos de mis registros de campo abonan esa mirada y hacen hincapié en un hecho que, a primera vista, podría resultar paradójico: el reclamo o la solicitud de “*los contreras*” al marino peronista para que siguiera a cargo de la Comisión. Según refieren dos profesionales consultados:

“Cuando se produjo el golpe del ’55, fuimos todos a pedirle a Iraolagoitía que se quedara en la CNEA, aunque muchos estábamos vinculados a la “Revolución”. Entonces – elegantemente – Iraola nos dijo: “Muchachos, el barco se hunde y yo con el barco”, ¿no? Y se fue con la misma dignidad con la que había entrado...” (E4, 2017).

“Dicen – yo no lo puedo afirmar, pero varios de los más viejos me lo han dicho – que, cuando fue el Golpe del ’55, varias de las personas que eran antiperonistas a muerte, se movieron pidiendo que Iraolagoitía se quedara en

la Comisión. Y que Iraola dijo que no, en solidaridad con el gobierno depuesto...” (E7, 2013).

Sostengo que la actitud de los nativos hacia Iraolagoitía puede leerse como una muestra de gratitud o un gesto de ‘reciprocidad’ dirigido a quien – durante el gobierno peronista – permitió ingresar a la CNEA a personal que no estaba afiliado al Partido y supo, así, cultivar los lazos ‘comunitarios’ entre sus miembros, por encima de cualquier diferencia política. Por otra parte, la anécdota sirve igualmente para ilustrar cómo – desde un principio – el origen de la institución nuclear se vinculó a los contextos políticos más amplios, aún cuando – tan pronto como a comienzos de los cincuenta – se buscara separar la dimensión tecnocientífica de la Comisión de los avatares de la política nacional.

La “Revolución Libertadora” derrocó a Perón con un despliegue de violencia inusitada – que incluyó el bombardeo a la Plaza de Mayo en la antesala del golpe – y orientó sus esfuerzos al objetivo principal de “desperonizar al Estado” con la ilusión de “restaurar” cultural y políticamente al país (Spinelli, 2005). Además de proscribir al peronismo, las “medidas desperonizadoras” adoptadas por los insurrectos comprendieron – entre otras – la prohibición de nombrar públicamente a los líderes del movimiento depuesto y la creación de comisiones investigadoras “que recibieron denuncias y pretendieron recabar pruebas sobre las más diversas acusaciones que habían alimentado el rumor y la sospecha en los años [previos]” (Spinelli, 2005: 186-187). En ese contexto, la mayoría de los organismos y entidades estatales fundados entre 1946 y 1955 fueron intervenidos y, en algunos casos, desmantelados por el gobierno de facto, en un clima de revanchismo social y político sin precedentes en la Argentina.

Como he señalado, la Comisión no permaneció ajena a dichos sucesos, aunque la intervención militar adoptó allí rasgos específicos. En palabras de uno de mis entrevistados,

“La única investigación que se hizo en la CNEA fue sobre Richter; ¡no se investigó más nada! ¡No se investiga más nada! (...) A Iraolagoitía no le hacen ninguna investigación. No pasa nada... No hubo echada de gente, más allá del cambio de autoridades...” (E3, 2014).

Tal opinión difiere, no obstante, del registro de otro de mis interlocutores cuya mirada resulta, prácticamente, opuesta a la anterior:

“En el ’55, cuando bombardearon la Plaza, la misma Armada, propietaria de los aviones que hicieron los bombardeos, fue la que ocupó la Comisión de Energía Atómica: hizo una razzia, limpió todo; eliminó cuanto había de “nacional y popular” en la CNEA, y ocupó todos los puestos. Y eso después no se corrigió del todo, yo creo que nunca...” (E11, 2014).

Pero, a excepción de su testimonio, la mayoría de los nativos consultados han referido que los cambios en la estructura organizativa de la Comisión no alteraron significativamente las funciones ni las líneas de trabajo del organismo (Maqueda 2009; Hurtado 2014), aún cuando la Memoria Institucional de 1955 resaltara el carácter “fundamental” de aquellas reformas (CNEA, 1955). Además de indicar el cambio de autoridades (el reemplazo de Iraolagoitia por Oscar Quihillalt), el documento alude a la Revolución Libertadora y la presenta como un momento propicio para “recuperar el tiempo perdido [tras la frustrada experiencia de Bariloche] y seguir la constante evolución de [las actividades en materia] nuclear” (CNEA, 1955: 1).

El interés de los uniformados en la energía atómica y sus aplicaciones, y el perfil antiperonista de la mayoría de los profesionales que se desempeñaban entonces en la Comisión, explican – en algún punto – por qué la institución fue una de las pocas entidades que se mantuvo relativamente al margen de las ‘purgas’ hechas en aquel período. Como vimos, la intervención militar en la CNEA implicó, en los hechos, la elección de un nuevo presidente y la constitución de un directorio que continuaron bajo la órbita del Poder Ejecutivo (Decreto N° 384 / 55).⁷² Se inauguraba así, una de las etapas más “*notables*” o prósperas en la trayectoria institucional, de acuerdo con las evaluaciones hechas por los nativos:

“Claramente, la presidencia más importante [de la Comisión] fue la de Quihillalt, – afirma un ingeniero, al ser consultado sobre el período más

⁷² Como refiere Sabato (1968), el Decreto promulgado en octubre de 1955 (N°384/55) por el presidente provisional de la Nación, Eduardo Lonardi, reorganizó administrativamente a la CNEA pero no introdujo mayores cambios en sus funciones. Un año más tarde, en diciembre de 1956, las nuevas autoridades militares dictaron el Decreto Ley N°22.498 que establecía en forma categórica la autarquía de la Comisión y definía sus objetivos y atribuciones (Sabato 1968: 334).

Además del presidente y el Directorio, la estructura organizativa de la CNEA quedaba conformada por cuatro Gerencias (Materias Primas, Tecnología, Energía, Administración), la Dirección de Investigaciones Científicas, un área de Servicios Técnicos Complementarios, el Servicio de Organización, Métodos y Asesoría Letrada, el Departamento de Información, el Centro Atómico Bariloche y el Instituto Balseiro (Briozzo: 2014: 48)

relevante en la historia del organismo. *Yo creo que eso fue... El pasar de cero a los reactores de investigación, a desarrollar en el país los combustibles nucleares y a proyectar y construir Atucha I... Creo que ese fue el gran salto de la CNEA como institución. Por eso digo que, de lejos, [aquella] fue la etapa más notable...*” (E7, 2013).

Con argumentos similares a los esgrimidos por su colega, otro ingeniero describe la época de Quihillalt como

“Un período donde había mucho aporte [y] un buen manejo político de la situación, en el sentido de política institucional, no de política partidaria... La energía nuclear daba “chapa”... En esa época daba “chapa”, ¿viste? Después vinieron otros tiempos donde la cosa decayó...” (E12, 2013)

Este registro resulta fundamental para apoyar la tesis que vengo sosteniendo en relación a los significados de ‘lo político’ y a la distinción nativa entre la ‘buena’ y la ‘mala’ política en la Comisión asociadas, respectivamente, con el dominio institucional y la dimensión político-partidaria, y representadas – a la vez – como esferas ‘autónomas’ y mutuamente excluyentes, según la perspectiva de algunos actores. En tal sentido, como se desprende de los dichos de mi entrevistado, durante la presidencia de Quihillalt, la ‘buena’ política quedó ligada a un atributo del marino referido a su capacidad de liderazgo, que también se observa en otras apreciaciones del personal sobre su gestión al frente del organismo:

“La de Quihillalt fue una conducción magnífica...” (E4, 2017)

“Épocas como la de Quihillalt no volvieron a existir... Tanto él como Iraolagoitia eran personas con fortaleza, con capacidad de conducción, de liderazgo y un gran compromiso con el desarrollo nacional...” (E13, 2014).

“Quihillalt tuvo una actitud muy lúcida: apenas asumió, empezó a tomar gente inteligente... Agarraba un matemático bueno, por ejemplo, estaba Santaló dando vueltas en ese momento, y lo traía. Entonces creó una especie de “intelligentsia” – como dicen los rusos, ¿no? Y la inteligencia, ayuda. Aunque el tipo no fuera especialista en un tema, le funcionaba el “coco”... Y así se hizo esa “estructura pensante” en la Comisión, ¿no?...” (E10, 2015).

Pero la *lucidez* de Quihillalt, no sólo se habría limitado a su interés por crear una “*intelligentsia*” que pudiera darle proyección nacional e internacional a las actividades realizadas en la CNEA, sino que se materializó – también – en su

habilidad para continuar al frente de la institución, mientras el país se encontraba “sumergido en una profunda crisis política” (Sabato [1973] 2014: 106):

“Quihillalt vio desfilar – creo que vio desfilar – nueve presidentes de la República, ¿viste? Cosas así, medio increíbles...” (E7, 2013).

En la visión de otro de mis entrevistados, “*su permanencia en la Comisión se debió al acierto de no enfrentar al Poder Ejecutivo*” (E8, 2018):

*“Cada vez que cambiaba el gobierno – recuerda el mismo profesional en otra de nuestras conversaciones – Quihillalt se iba de viaje, es decir, no presentaba su renuncia como el resto de los funcionarios públicos y, al regresar, pedía audiencia con las autoridades de turno. Una vez programada la entrevista, iba con su renuncia escrita guardada en el bolsillo y, por lo común, las nuevas autoridades le pedían que conservase el cargo en la Comisión. Siempre hizo lo mismo. Incluso en el ‘73 intentó quedarse, pero fue disuadido por los miembros de la APCNEA”*⁷³ (E8, 2019).

En una disertación sobre la segunda central de potencia y los avances alcanzados por nuestro país en el campo atómico,⁷⁴ el propio Quihillalt atribuía el éxito de su gestión y de su permanencia en la CNEA a su disposición de dejar de lado la *política* en los asuntos institucionales y de fomentar internamente la escisión entre la *política* y la *técnica*, como si se tratara de dos dimensiones irreconciliables:

“Soy un técnico, no un político (...) A lo largo de los 17 años que llevo en la CNEA traté de que la política no influyera en el desenvolvimiento de los trabajos de la Comisión” (Clarín, 19/05/1972).

Esa visión ‘tecnocrática’ que procuró ‘despolitizar’ a la actividad nuclear y *aislar* a la CNEA de los contextos más amplios – a través de un relato que asimiló al organismo a una especie de “torre de marfil” (Mariátegui, 1924) – convivió en tensión con otras representaciones institucionales y otras creencias asociadas al trabajo, entre las que cabe citar la sostenida por Sabato, quien definió a la labor tecnocientífica como una práctica política realizada por “*intelectuales comprometidos con su tiempo*” (Sabato, [1972] 1979: 159). Y es que – como

⁷³ Siglas que remiten a la Asociación de Profesionales de la Comisión Nacional de Energía Atómica, entidad creada en 1966, por iniciativa de un sector del personal. Su constitución y parte de las acciones en las que intervino serán objeto de análisis del presente Capítulo y del Capítulo III.

⁷⁴ “Usinas atómicas: debate sobre el uso del uranio enriquecido”, Diario Clarín, 19 de mayo de 1972.

veremos en el próximo Capítulo – el proceso de profesionalización en la CNEA coincidió con las discusiones que – hacia fines de los sesenta – se plantearon en Argentina el rol que debían jugar los intelectuales en los procesos de cambio y transformación social que no sólo afectaban al país sino también al resto del continente. En la Comisión, ese debate alcanzaría al personal y – a comienzos de los setenta – avivaría las distinciones entre la autodenominada “*intelligentsia*” y los profesionales *politizados*.

Entre 1955 y 1973, bajo la dirección de Quihillalt – y en un clima signado por la *estabilidad* institucional – la CNEA desarrolló y puso en marcha los proyectos que la consagrarían como una de las entidades de ciencia y tecnología más prestigiosas a nivel local y Latinoamericano, al tiempo que sus logros contribuían a consolidar la *ideología* sustentada en las premisas de la “autonomía” y a sentar las bases del “régimen tecno-político nuclear” (Hurtado, 2014). Igual que Sabato, Quihillalt fue un ferviente defensor de las ideas desarrollistas y el “pensamiento tecnonacional” que orientó en la Comisión la “filosofía del se puede tecnológico” (Maqueda y Scheuer, 2014) o lo que – en términos más coloquiales – se conoce en la ‘jerga nativa’ como la cultura del “*lo hacemos nosotros*”.

Esa *ideología*, que Sabato sistematizó en la práctica del “aprender-haciendo” o “*learning by doing*” (Sabato [1973] 2014), se vio reflejada – en 1957 – en la decisión tomada por el marino, en torno a la construcción del primer reactor experimental argentino, el RA-1.⁷⁵ Como recuerda un químico que participó del proyecto:

*“Los reactores de investigación fueron un claro ejemplo de la filosofía del ‘aprender haciendo’. En el ’57, Quihillalt se enteró de que Brasil le había comprado un pequeño reactor de experimentación a General Electric. Entonces nos reunió a todos y dijo: ‘Muchachos, va a haber un reactor en Brasil. Tenemos que tener uno acá, pero hecho por nosotros’. Y sólo teníamos un año para hacerlo. Trabajamos día y noche... Fue una cosa de locos. Y lo inauguramos el 20 de enero de 1958, una semana antes que los brasileños [...]”*⁷⁶

Y... todo eran cosas así, ¿te das cuenta? No había límites; no había miedos... Había una confianza de que “esto hay que hacerlo”, y se hacía. Y así fue como, también, en los ’70 – cuando viene el auge de las centrales nucleares,

⁷⁵ Según Hurtado (2005: 4), el RA-1 permitiría investigar la interacción de la radiación con distintos materiales, producir sustancias radioactivas para uso en medicina y, sobre todo, acumular experiencia en el uso de reactores más potentes para producir energía eléctrica.

⁷⁶ Para un análisis pormenorizado sobre el tema, ver el “Epílogo” del libro citado de Zulema Marzorati (2012), *Plantear Utopías...*

por el aumento exorbitante en el precio del petróleo – dijimos: “Bueno, vamos a hacer centrales nucleares”. Y, efectivamente, en los setenta se hicieron casi todas las centrales nucleares de las 438 que hoy están funcionando en el mundo...” (E4, 2017).

Los dichos de mi entrevistado permiten situar los logros de CNEA durante la gestión de Quihillalt en el marco de los desarrollos que – entre 1960 y 1970 – representaron la tendencia mundial en el campo de las investigaciones y los usos pacíficos de la energía atómica. A diferencia de otras ramas de la actividad científica e industrial escasamente desarrolladas en el país, el sector nuclear fue concebido, desde el inicio, como un área estratégica y de interés nacional para encauzar el proceso de modernización y acortar – así – la brecha que separaba a la Argentina de las potencias centrales. Como refiere el mismo químico:

“Si hacés la comparación con otros países, vas a ver que Argentina estuvo siempre en la cresta de la ola. O sea, en el '39 se descubre la fisión; en el '42, se hace el primer reactor; en el '45, la bomba. Por las dudas, sin saber bien para qué, ni por qué, en el '45 acá sale un decreto que declara al uranio material estratégico. En el '50 ya tenés a la Comisión de Energía Atómica. En el '52 empiezan los laboratorios. En el '58, solos, sin los grandes físicos, los grandes matemáticos, hacemos el reactorcito [el RA-1]. Y de ahí, el salto a las centrales nucleares. En los '70 inauguramos Atucha I, ¿entendés? O sea que siempre hemos estado ahí...” (E4, 2017).

La importancia de la energía atómica en el mundo y el impacto a nivel local de los contextos internacionales ayudan a entender por qué – en aquella época – dominar la tecnología nuclear “*daba chapa*” pues, como vimos, su desarrollo se ligó a la posibilidad de acelerar el proceso de modernización en los países de la llamada “periferia”. En tal sentido, la experiencia argentina no sólo debe evaluarse en relación a la de otras naciones vecinas – como Brasil – sino, también, en paralelo a experiencias más lejanas, como la que tuvo lugar en India durante el mismo período y que – en 1974 – redefinió la orientación pacífica de su programa, tras el éxito obtenido con la detonación de su primer artefacto bélico. Tanto en un caso como en el otro – y con independencia del rumbo que tomaron sus respectivos proyectos – la energía atómica constituyó en el imaginario de ambos países una “expresión de la modernidad” y “una herramienta aceleradora del progreso y el desarrollo nacional” (González Castañeda y Bavoleo, 2010: 125-126).

Una opinión similar sobre la influencia que ejercieron los contextos más amplios en el itinerario tecnocientífico de la CNEA puede verse, también, en el siguiente testimonio de un ingeniero que formó parte del selecto grupo de Sabato:

“Toda la Comisión tenía empuje en aquel momento. Yo insisto con el momento. Si te olvidás del momento, te equivocás en las apreciaciones y en ese momento se podían hacer cosas porque era todo incipiente... La energía nuclear era incipiente y, como tal, había lugares para trabajar en todo y para aportar en todo...” (E1, 2019).

En una época en la que *todo* estaba por hacerse y el dominio de la energía atómica parecía acortar la brecha entre “centro” y “periferia”, la iniciativa del RA-1 y “*el salto*” hacia la construcción de los reactores nucleares, resultaban un desafío posible, que valía la pena encarar en un país como el nuestro, aún en las condiciones de atraso económico y tecnológico a las que ya hemos hecho referencia. Si en palabras de Marzorati los inicios de la actividad nuclear (1950-1958) fueron descritos por los nativos como el tiempo de “*plantear utopías*” (Martínez Vidal, en Marzorati, 2012: 197), los años sesenta pueden definirse –a partir del trabajo de Hurtado (2014)– como la década en la que comenzó a materializarse “el sueño de la Argentina atómica”. En efecto, la etapa se abre con el diseño y la puesta en marcha de un proyecto orientado a construir un nuevo reactor experimental de mayor potencia que el RA-1 (el RA-3) para satisfacer la creciente demanda de radioisótopos en el país, asegurar su abastecimiento a nivel local e, incluso, exportar la producción excedente a las naciones vecinas (Briozzo, 2014).⁷⁷ Pero más allá de los avances en el área de la radioquímica y la medicina nuclear, los años ’60 consagraron otra rama o sector de la actividad que, en la jerga nativa se conoce como “*la pata grande de la CNEA*” (E14, 2014): la orientada a producir energía nucleo-eléctrica. De acuerdo con la periodización de los nativos (Sabato 1968; Castro Madero y Takacs 1991; Harriague et al 2006; Ornstein 2010), el año 1965 constituyó un hito en ese desarrollo pues, tras solicitar al Poder Ejecutivo que se estudiase la conveniencia y factibilidad de instalar un reactor de potencia en el país, el gobierno de Arturo Illia (1963-1966) ordenó a la CNEA efectuar un estudio de pre-inversión de una central electro-nuclear para el área Gran Buenos Aires-Litoral.

⁷⁷ Un estudio detallado sobre el surgimiento y la consolidación de la medicina nuclear en Argentina, puede verse en Briozzo, F. (2014), Op. cit.

“La primera decisión importante [que tomó la Comisión] – escribe Sabato (1968) al historizar el proceso de construcción de Atucha I – fue que no encargaría dicho estudio a ninguna firma de consultores [foráneos] (...) sino que la realizaría bajo su propia dirección y con su propio personal, salvo la eventual contratación — para tópicos especiales — de asesores externos (no necesariamente extranjeros). Decidió así aplicar la misma filosofía que para la construcción de reactores experimentales y la fabricación de elementos combustibles, y poner a prueba la calidad y dedicación de los cuadros técnico-científicos que había formado durante años” (Sabato, 1968: 350).

La historia sobre cómo fue concebido el proyecto de Atucha I, cómo logró concretarse y el impacto que tuvo a nivel institucional en la consolidación de la *ideología* de CNEA y de la “tecnopolítica nuclear”, no sólo fue objeto de revisión entre los nativos, sino un tema de interés historiográfico (y político) para algunos autores de la academia (Fernández 2010; Hurtado 2014). No es mi intención aquí replicar esos análisis – que han profundizado sobre los aspectos organizativos, ideológicos y técnicos de dicho proyecto – sino, más bien, señalar el consenso que existe entre los autores respecto al papel que jugó la producción nucleo-eléctrica en el afianzamiento de la “política nuclear” en el país. Tal apreciación surge, como vimos, de los escritos de Sabato ([1970] 2014, [1973] 2014) quien vio en la decisión de construir Atucha, un signo de madurez institucional y la ‘encarnación’ de la *filosofía* que, hasta ese momento, había guiado ‘a tientas’ los objetivos tecnocientíficos de la CNEA.

Un punto que vale la pena mencionar – y que también ha concitado la atención de nativos y académicos – reside en la concepción *estratégica* que guió el desarrollo nuclear en la Comisión, entendido como parte de un proyecto más amplio, orientado a lograr la “industrialización” y a sacar a la Argentina de su situación de atraso y “dependencia” económica. Si bien en el primer Capítulo de la tesis situé el origen de esa política en la ideología tecno-nacionalista de Perón o, al decir de Hurtado y Bianchi (2017), en el propio “ADN de la CNEA”, lo cierto es que – a comienzos de los ’60 – aquel pensamiento cristalizó en un conjunto de iniciativas de articulación y transferencia tecnológica entre el organismo y el sector industrial argentino, en ramas de la actividad que no estaban directamente ligadas al campo de las investigaciones atómicas. Como caso emblemático de dicha sinergia y del papel “industrializante” de la Comisión (Harriague et al 2006; Quilici 2008), los estudios historiográficos sobre

la trayectoria de CNEA subrayan la creación del SATI, el “Servicio de Asistencia Técnica a la Industria” (1961), que jugaría un rol destacado en la construcción de Atucha I (1968-1974). Dicha iniciativa fue impulsada por Sabato y su “*murga*” para enfrentar los problemas de la industria metalúrgica local y poner a su alcance y disposición los recursos y conocimientos técnicos de la División de Metalurgia de CNEA (Enríquez, 2011), a fin de articular las dimensiones institucional y nacional y contribuir a la formación de una sólida infraestructura científico-tecnológica.

Lo interesante y novedoso de la experiencia del SATI, radicó en la posibilidad que le dio a la Comisión de “tener una ventana abierta a la realidad y conocer el estado de [la industria argentina]” (Harriague et al, 2006: 4), al tiempo que le permitió intervenir en el proceso de industrialización local y hacer de la *autonomía tecnológica* no sólo un objetivo o una premisa institucional, sino la condición *sine qua non* para alcanzar el desarrollo nacional y cortar los lazos de la dependencia con el exterior. Como en la década del cincuenta, esa visión o “*sentido de lo nacional*” (E2, 2017) – identificada con el pensamiento y la figura de Jorge Sabato – sería para muchos nativos el “cemento ideológico” (Sabato, [1973] 2014: 115) que guiaría las actividades en CNEA durante la presidencia de Oscar Quihillalt (1955-1973).

Hasta aquí, hemos brindado un panorama general de los contextos histórico e institucional en los que se produjo el afianzamiento del “régimen tecnopolítico” de la Comisión, con el propósito de situar y dar un marco de significación a las narrativas sobre la *mística*, que serán mi objeto de análisis en el próximo apartado de este Capítulo. Pero antes de abordar y proponer una interpretación en clave etnográfica de aquellos relatos, conviene dedicar unos párrafos al proceso de profesionalización de la actividad nuclear en la CNEA y a las formas de organización del personal entre 1960 y 1970.

En abril de 1966, dos meses antes del golpe de Estado que derrocaría al gobierno radical de Arturo Illia, se creaba en la Comisión de Energía Atómica la Asociación de Profesionales (APCNEA) de acuerdo a los criterios establecidos en la ley 14.455⁷⁸ –promulgada bajo la presidencia de Arturo Frondizi (1958-1962). Entre

⁷⁸ Según De Fazio (2013: 307), la Ley de Asociaciones Profesionales– promulgada en 1958 – “restituía la regulación peronista en materia gremial [que] había sido derogada por Aramburu” y volvía a otorgar amplias facultades al movimiento sindical para negociar con los empleadores de las distintas ramas de la actividad económica argentina. En el caso de la

los objetivos principales que guiaron la conformación de aquel espacio, destacan el interés de “fomentar la vinculación de los profesionales [de CNEA y] contribuir al perfeccionamiento técnico de sus socios, como así también al constante desarrollo y solución de todo proyecto [orientado a resolver] las necesidades energéticas y tecnológicas del país” (APCNEA, 1966).

La APCNEA jugaría un rol clave a principios de los '70, en la *polémica* sobre el tipo de combustible que debía utilizar la segunda central de potencia – Embalse – que sería emplazada en la provincia de Córdoba. La intervención de los profesionales en aquel debate trascendió pronto las fronteras institucionales y fue interpretada por varios de sus protagonistas como una experiencia de involucramiento político que derivó – según otras apreciaciones – en un caso de *politización* del personal. En el Capítulo III de la tesis examinaremos en detalle dicha *polémica* y sus consecuencias para el organismo. Por el momento, sólo me interesa destacar el surgimiento de aquel espacio como una iniciativa de los profesionales para participar en los asuntos de ‘política interna’ – relativos al funcionamiento y la organización de la CNEA – y como un medio o una vía más formal para hacer llegar su voz y sus propuestas a las autoridades institucionales.

A fines de la misma década, entre 1969 y 1970, los técnicos de la Comisión crearon su propia Asociación (ATCNEA), con un *perfil* distinto al de la APCNEA, orientado a satisfacer un conjunto de demandas *sociales* destinadas a un sector de los trabajadores que “no habían tenido representación hasta [el momento]” (E15, 2016). Como refiere uno de sus socios fundadores,

“Las acciones realizadas por ATCNEA fueron de tipo gremial, con un perfil social, no político, y se orientaron a brindar una serie de beneficios al personal técnico de la Comisión, que no podía ingresar en la Asociación de Profesionales porque no tenía un título universitario... (E15, 2016).

Entre dichos *beneficios*, mi entrevistado menciona la creación de una guardería y la mejora en el servicio de transportes hasta el Centro Atómico Ezeiza (CAE), la entrega – a principios de año – de una canasta de útiles para los hijos de los afiliados, la inclusión de los técnicos en los concursos de selección de personal y el respaldo a sus reclamos gremiales (E15, 2016). Tales acciones contrastan con el *espíritu* que

APCNEA, es interesante notar que – recién en 2005 – realizó los trámites para obtener la Personería Gremial.

había guiado la ‘génesis’ de la APCNEA que “*debía cumplir – según sus miembros – una función diferente a la de las meras reivindicaciones laborales*” (E10, 2015). A diferencia de los trabajadores y los técnicos *sindicalizados*, los profesionales de la Comisión señalaron “*su compromiso y su necesidad de retribuir a la sociedad por haberlos formado*” (E10, 2015) y su “*deber moral como funcionarios públicos [que] estaban prestando un servicio útil para la Nación*” (E9, 2010).

Como se desprende de los relatos nativos, la orientación *moral* y ‘política’ de las acciones impulsadas por la APCNEA, pareció gozar de un sentido más ‘elevado’ y contar con mayor aprobación entre el personal que las “*meras reivindicaciones gremiales*” promovidas desde la Asociación de Técnicos. Pero el contraste entre las iniciativas ‘político-morales’ y los reclamos *sociales* que guiaron las prácticas de ambas entidades, no fue lo único que las singularizó.

La ausencia de una organización transversal que nucleara a todos los trabajadores de la CNEA, con independencia de su trayectoria o formación, puso en evidencia – también – las distinciones entre el personal y la existencia de jerarquías al interior del organismo. Ello se observa en el registro que alude a las restricciones impuestas por los profesionales para ingresar en su agrupación y que varios de mis interlocutores interpretaron como una muestra de su “*elitismo*”. La exclusividad que caracterizó a dicho espacio se refleja en las palabras del fundador de ATCNEA que recuerda que, en un principio,

“la condición para integrar ese grupo no sólo era presentar un título de profesional sino, incluso, acreditar que se trabajaba en investigación, con lo cual otros profesionales del sector administrativo (contadores, abogados, etc.) sin actividad académica, no podían entrar a la Asociación... Ese criterio se modificó más adelante para incrementar el número de afiliados...” (E15, 2016).

El *elitismo* de la APCNEA fue inclusive señalado por algunos de sus socios⁷⁹ y relativizado por otros que, en lugar de limitarlo exclusivamente a los miembros de la Asociación, lo extendieron a ciertos grupos o sectores de profesionales entre quienes identificaron a los *físicos, geólogos y radioquímicos* de la Comisión.

⁷⁹ Una ‘prueba’ del *elitismo* que habría caracterizado a la Asociación de Profesionales reside – en la perspectiva de uno de sus socios – en que “*la mayoría de los ex presidentes de la CNEA fueron miembros de la Asociación*” (E16, 2014).

La constitución de una ‘elite científica’ en CNEA, integrada por personal altamente calificado, fue sugerida por algunos nativos y apunta, como vimos, a la creación de una “*intelligentsia*” o “*estructura pensante*” en el organismo, afianzada bajo la gestión de Oscar Quihillalt. “*En aquella época – afirma un prestigioso químico – olía a cerebros en todos los rincones de la Casa*” (E4, 2017). Y es que ‘lo nuclear’ representaba entonces – más que ahora – un dominio de saberes no convencional, “*un conocimiento exótico para el común de la gente*”, reservado a unos pocos *entendidos* (E6, 2017). Quizás por ello, varios de los actores consultados percibieran a la CNEA como una suerte de “*santuario científico*” (E15, 2016).

El papel y los usos del conocimiento en la producción de diferencias y jerarquías sociales no fue problematizado, sin embargo, en los estudios historiográficos sobre la CNEA que tendieron a suprimir – en sus respectivos abordajes – cualquier mención o referencia a los conflictos internos (Briozzo 2014; Fernández Larcher 2015, 2017) y a brindar una imagen idealizada de la Comisión como un espacio que propició los vínculos interpersonales y produjo un fuerte sentido de ‘comunidad’ (Gaggioli 2003; Marzorati 2012) entre los nativos. Dicho sentimiento se expresó (y se manifiesta) en forma plena en las narrativas sobre la *mística* que serán abordadas en la siguiente sección del Capítulo.

III. La comunidad de la *mística*: sentidos de *pertenencia* y conformación de un *ethos* profesional ‘despolitizado’ en la CNEA

“*Los acontecimientos históricos tienen todo lo necesario para que se los transforme en mitología...*”
(Raymond Aron, 1979: 31)

Una de las cuestiones que despertaron mi ‘curiosidad etnográfica’ a lo largo del trabajo de campo, fue la nostalgia experimentada por los nativos al repasar su trayectoria laboral en la CNEA y la insistencia con la que muchos de ellos refirieron al pasado del organismo como una etapa *maravillosa*, que identificaron con el ‘tiempo de la *mística*’. En sus relatos, la *mística* no sólo evocaba el recuerdo de una ‘época dorada’ en la Comisión sino que constituía, también, la expresión de un fuerte sentimiento de *pertenencia* o arraigo institucional compartido por la mayoría de mis entrevistados. En esta sección del Capítulo, propongo una aproximación etnográfica

a los sentidos de la *mística* que abarque sus múltiples dimensiones, tal como se revelan en los discursos nativos.⁸⁰ Como veremos, se trata de una categoría que – más allá de su valor semántico – también posee una connotación sentimental asociada a la emotividad que suscita su recuerdo para un sector específico de los trabajadores. Y es que – como tuve oportunidad de constatar en el campo – la *mística* no fue experimentada con la misma intensidad por todo el personal de la CNEA y quedó ligada, principalmente, a una cualidad o condición de las primeras capas de profesionales que la habrían transmitido a las nuevas generaciones.

La hipótesis que sostengo y pretendo demostrar en estas páginas es que los relatos sobre la *mística* pueden considerarse un tipo singular de narrativas que, por su función y contenido, recuerdan a los mitos tal como fueran caracterizados en la teoría socio-antropológica de Émile Durkheim. En la perspectiva del autor francés, dichas historias o “ficciones” (Geertz [1973] 2003) constituyen el “ideal” por el que las sociedades se crean y recrean a sí mismas (Durkheim [1912] 1992: 393) y actúan – a un tiempo – como el fundamento de los lazos comunitarios, aportando sentido, cohesión y auto-reconocimiento a los grupos sociales (Carretero Pasín 2006; Larrión Cartujo 2012). Dirigidas a atenuar los conflictos y a fomentar el sentido de *pertenencia* institucional, las narrativas sobre la *mística* también generaron entre los trabajadores nucleares la sensación de integrar o ser parte de una comunidad más vasta, la Nación argentina, a cuya *grandeza* y desarrollo pretendieron aportar con su actividad. La *mística* se vinculó, entonces, a un conjunto de valores supremos, cuyo fin radicó en “*la defensa de lo nacional por encima de cualquier ideología o partidismo*” (E6, 2017) y – como surge de mis datos de campo – contribuyó a crear un relato institucional ‘políticamente neutro’ que funcionó como el “cemento social” (Carretero Pasín, 2009) para unir a los miembros del organismo.

⁸⁰ Aún cuando la *mística* resulte una categoría central de las explicaciones nativas para caracterizar el pasado de la CNEA – y diferenciarlo de su presente adverso – los estudios historiográficos sobre la Comisión producidos desde la Academia no han reparado lo suficientemente en ella ni en su valor explicativo y, por tanto – salvo en contadas excepciones (Spivak 2010; Fischbarg y Cosso 2011; Comastri 2013) – han tendido a reproducir o a replicar el ‘relato mítico’ institucional, sin interrogar a fondo las perspectivas de los actores. Ello se observa, por ejemplo, en la primacía de los abordajes que han descrito el proceso de conformación de una “comunidad científica” (Gaggioli 2003; Marzorati 2012) en la CNEA, como si se tratara de un hecho ‘lógico’ – en razón de los objetivos compartidos por el personal – y que, de igual modo, naturalizaron las representaciones del organismo como un espacio autosuficiente y *aislado* de los avatares de la política nacional (Vessuri 2007; Hurtado 2014).

En el apartado anterior describimos los principales hitos en la historia tecnocientífica de la CNEA que permiten entender por qué – desde el punto de vista nativo – la presidencia de Quihillalt (1955-1973) podría interpretarse como el período de mayor *pujanza institucional* y, por tanto, asociarse a una percepción de la *mística* como un tiempo “exitoso” en el que se produjo el afianzamiento de la “política nuclear” (Sabato [1970] 2014, [1973] 2014). Aquí, el análisis se correrá del eje temporal o cronológico y en vez de indagar exclusivamente en las formas nativas de representar el pasado, pondrá el foco en observar y comprender la dimensión experiencial o afectiva de la *mística* y el modo en que su experimentación contribuyó a crear y a fortalecer los vínculos comunitarios. Forjada a partir de una serie de valores y objetivos compartidos, la *mística* prescribió también un conjunto de prácticas y un *ethos* profesional específico que alentó, en CNEA, un modo particular de concebir al trabajo como una práctica ‘despolitizada’ y ‘sacra’. Sostengo que ese modelo y el mito que lo produjo, entraron en crisis a comienzos de los setenta con el ingreso de la política partidaria y el surgimiento de las primeras experiencias de *politización* entre el personal. En las páginas que siguen, mostraré cómo todas estas dimensiones de la *mística* se articularon y aún se enlazan en los relatos nativos para producir y recrear al mito institucional que impulsó la unidad interna en la Comisión, a costa de producir una ‘doble ruptura’: la que separó al organismo de los contextos más amplios y la que – dentro de CNEA – produjo el divorcio o escisión entre la *política* y la *técnica*.

III.a. Hacia una comprensión de los sentidos de la *mística*

Una de las virtudes de la etnografía – en tanto método y forma privilegiada de acceso a las perspectivas nativas (Malinowski [1922] 1986; Guber 2004) – reside en la posibilidad que brinda al antropólogo de mantener un contacto directo y un diálogo más o menos fluido con sus interlocutores. El hecho de compartir espacios, propiciar encuentros y participar – con el debido consentimiento – en actividades significativas para los nativos, no sólo permite al investigador conocer algo de su mundo social si no – como advierte Malinowski ([1948] 1994) en su estudio sobre la ‘mitología primitiva’ – observar cómo se producen y viven los mitos que prescriben

ciertas normas de conducta y mantienen a los grupos cohesionados. A ello refiere el autor polaco cuando afirma que el antropólogo tiene al “hacedor del mito” al alcance de su mano, a diferencia de lo que ocurre, por ejemplo, a los historiadores y otros estudiosos de la mitología que – normalmente – basan su trabajo en el análisis de fuentes escritas y construyen conocimientos a partir de “los escasos restos [materiales y simbólicos] de una cultura” (Malinowski [1948] 1994: 36).

A lo largo de mi trabajo de campo en la CNEA (2010-2019), alterné con muchos nativos que – si bien no se reconocieron a sí mismos como ‘autores’ – hicieron todo lo posible (conscientemente o no) por mantener ‘vivo’ al mito institucional de la Comisión. Algunos de ellos, incluso, intentaron trazar una genealogía de aquel relato y de sus “héroes fundadores” (Visacovsky 2002; Spivak 2010) y señalaron a Jorge Sabato como “*el padre de la mística*” (E2, E5, E6, 2017) y “*como artífice de un sentido de ‘lo nacional’ que caló hondo en la institución*” (E2, 2017). Dicha versión resulta coherente con los argumentos que sostuvimos y desarrollamos en el primer Capítulo de la tesis sobre el rol que jugó el metalurgista como “*ideólogo de la CNEA*”. Pero más allá de Sabato y su fama de “hacedor” a nivel institucional, lo que pretendo mostrar a través de los siguientes fragmentos y registros de campo es cómo el mito de la CNEA ‘cobra vida’ (Malinowski [1948] 1994) y se actualiza en las representaciones nativas sobre el pasado de la actividad nuclear.

Para facilitar el análisis y cumplir con los objetivos trazados en esta Sección, he organizado el material etnográfico a partir de la identificación de ciertos ejes y núcleos temáticos que se desprenden de los relatos nativos sobre la *mística* y permiten apreciar los distintos matices y significados atribuidos al concepto. En primer lugar, examinaremos la relación de la *mística* con el sentido de *pertenencia* institucional y la conformación de un tipo de “comunidad afectiva” (Halbwachs 2004; Pollak [1989] 2006) en la CNEA bajo la presidencia de Oscar Quihillalt. En segundo lugar, analizaremos la ‘connotación religiosa’ que subyace al término y su vínculo con el valor ‘trascendental’ que muchos de mis entrevistados dieron a su actividad en la CNEA. Ello permitirá observar cómo la *mística* no sólo produjo una serie de representaciones sobre el trabajo en la Comisión si no, también, un conjunto de prácticas y un *ethos* profesional específico que planteó – en el organismo – la escisión entre la política y la técnica. Por último, veremos cómo – para muchos

nativos – el impacto de los contextos más amplios y las primeras experiencias de *politización* a comienzos de los ‘70, precipitaron en la CNEA el ocaso de la *mística* y produjeron una inflexión en la trayectoria institucional que generó una ruptura en su historia de *continuidad* (Fernández Larcher, 2017).

III.b. Perspectivas nativas sobre el origen y el ocaso de la *mística institucional*

“La ‘mística’ es una pertenencia. Yo creo que esto es así... Yo no sé lo que quiere decir ‘mística’. Sí sé lo que quiere decir ‘pertenencia’. Y la gente se sentía [parte] de la CNEA. La CNEA era una casa para mucha gente...” (E17, 2013).

La cita escogida como epígrafe pertenece a una entrevista con un ingeniero agrónomo que ingresó a trabajar en la CNEA a comienzos de los setenta. Si bien su testimonio no se corresponde con el de quienes – en la jerga nativa – se conocen y refieren a sí mismos como los “*viejos*” o “*históricos*” de la Comisión,⁸¹ sus palabras captan bien la naturaleza o el *espíritu* de la *mística* que, antes que una “categoría formal”, pareciera ser una “categoría afectiva” (Cazeneuve 1967; Cardoso de Oliveira 1988) para expresar el sentido de ‘comunidad’ experimentado por un sector del personal en relación a su lugar de trabajo. Dicho sentimiento se tradujo en una sensación de *pertenencia* que implicó – para muchos de mis entrevistados – identificar a la CNEA con un ámbito cercano o íntimo, a tal punto que – en varios de mis registros – se la representa como la “*casa*” o el ‘segundo hogar’ de los nativos:

“Entrar a trabajar en la Comisión, era como entrar al Olimpo. Esta para mí es mi segunda casa y creo que para todos los de mi generación también...” (E18, 2010)

⁸¹ En su trabajo sobre “el Balseiro”, Ana Spivak (2010) identifica a dos grupos de actores entre quienes concurren al Acto de conmemoración por el cincuentenario del Instituto de Física: el de “los *pioneros* o *históricos*” y el de “los *jóvenes*”. Según la autora, la generación de los *históricos* destacó – en el evento – como “categoría de pertenencia” que brindó un “status hegemónico” a quienes adscribieron a ella (2010: 111). Tanto en el caso estudiado por la antropóloga como en mi propia investigación, la ‘posición hegemónica’ de ese grupo se construyó en base a un criterio de ‘experticia’ (años de trabajo en la CNEA) y al desempeño laboral de los actores en el período ‘fundacional’ de la Comisión.

En su estudio sobre los orígenes de la actividad nuclear en Argentina, la historiadora Zulema Marzorati (2012)⁸² reúne diversos testimonios que aluden a aquella sensación colectiva y observa que la *pertenencia* se reflejó, también, en los relatos de profesionales que referían a la Comisión y a sus miembros como a una “*pequeña familia*” (Linares en Marzorati, 2012: 167-168). Según la historiadora, el uso extendido de “la metáfora familiar” sirvió para afianzar los vínculos del personal al interior del organismo y para forjar los rasgos de la “comunidad de científicos nucleares”: “un conjunto relativamente homogéneo de [individuos] con un proyecto común, que ejercen iguales prácticas y sostienen un discurso similar regido por normas y valores específicos” (Marzorati, 2012: 146).

Aunque la *mística* no constituya una categoría central para Marzorati y apenas la mencione en su trabajo (Marzorati, 2012: 20; 154; 228), su importancia para los nativos quedó – tácita y explícitamente – plasmada en los registros reunidos por la autora sobre los primeros años de actividad nuclear (Op. cit.: 148; 213). En varios de esos relatos, la *mística* aparece ligada a otros conceptos que remiten a su dimensión ‘experiencial’ y a la consolidación – en la CNEA – de un fuerte “*espíritu de cuerpo*” que se mantuvo a través de distintas actividades y animó a diversos desafíos a varias generaciones de científicos y técnicos (Fernández Larcher, 2017):

“...Todos trabajábamos para que la Comisión creciera (...). Había un espíritu que yo nunca vi en ningún lado. Había un *espíritu de cuerpo*, de *familia*, de grupo que quería hacer algo [útil]” (Linares en Marzorati; 2012: 167, mi énfasis).

Ya dijimos que la *mística* no fue vivida con la misma intensidad por todos en la CNEA y que su recuerdo permaneció atado al de las primeras camadas de profesionales que ingresaron en ella entre los años ‘50 y ‘60. En términos de Malinowski, ese grupo – constituido por los “*viejos*” o “*históricos*” – sería el de los “hacedores del mito” y el responsable de transmitirlo a las nuevas generaciones. Hago hincapié en este punto porque – como veremos en el próximo Capítulo – la ‘cuestión generacional’ constituyó otra de las aristas del conflicto producido por la *politización* institucional, que se manifestó en la tensión entre “*los viejos*” y “*los*

⁸² El período examinado por Marzorati comprende los años 1950 a 1958 y focaliza en las experiencias de los profesionales de la Dirección Nacional de Energía Atómica (DNEA, 1952) que, en 1956, tomaría el nombre de la CNEA.

muchachitos” (peronistas). Pero si dicha tensión puede considerarse como parte de un ‘clima de época’ en relación a los antagonismos políticos que dividieron a la sociedad argentina a comienzos de los setenta, cabe señalar que – en la Comisión – el tema generacional también sirvió (y sigue operando) para marcar un contraste entre el sentido o el valor que le dieron al trabajo los “*históricos*” y el que, ‘en teoría’, le confieren a su actividad los profesionales más jóvenes.⁸³ Esta diferencia es descrita y acentuada en el relato de un químico octogenario, a quien entrevisté para interrogarlo sobre su prolongada trayectoria laboral en la CNEA. El fragmento que reproduzco a continuación corresponde a aquella charla, en la que el hombre expresaba con tono melancólico:

“La vida que se vivía antes en la Comisión era, aparte de dogmática y precisa, muy ‘romántica’... Los recuerdos que tengo son maravillosos y realmente los extraño...”

A las 9 de la noche, los pasillos de la Comisión eran una ‘romería’, llenos de gente que iba y venía. Había ese ‘espíritu’... que casi el sábado y el domingo – y mirá que yo era un tipo muy juerguista, muy de salir y qué se yo – nos resultaba aburrido... Uno esperaba el lunes para volver a ir... Y, muchas veces, los sábados a la mañana, íbamos también... Y, bueno, no había horarios. En teoría había que cumplir 40 horas semanales, y el que bajaba de las 60 era mal visto... ¡Y, claro! Yo veo ahora que los jóvenes a las 5 de la tarde están ahí en la ‘gatera’ ¡para salir rajando!... No, no lo entiendo. Yo, a veces digo que, bueno, nosotros éramos ‘soldados’ y estos son ‘mercenarios’, ¿no?...” (E4, 2017).

Las palabras de mi entrevistado resultan más que elocuentes para graficar la tensión entre las viejas y las nuevas generaciones de profesionales nucleares, según la perspectiva de los “*históricos*”. El antagonismo entre los grupos se expresa allí por medio de una metáfora militar, que representa a los “*viejos*” como *soldados* comprometidos con una causa (“*aportar al desarrollo tecnológico nacional*”) en contraposición a los “*jóvenes*”, vistos como un puñado de *mercenarios* que, aparentemente, concibieron su trabajo en la CNEA como a cualquier otro, sin llegar a comprender su sentido trascendental. Así, mientras los primeros se ‘entregaron’ día y noche al ejercicio de su profesión y cumplieron desinteresadamente con su tarea, los

⁸³ Es importante destacar que, tanto en la tesis como en mi investigación de campo, el eje de mi análisis se centró en las representaciones y memorias de los profesionales y técnicos con más de 30 años de trayectoria laboral en la Comisión y, por tal motivo, mi trabajo no incluyó el registro de las percepciones o perspectivas nativas de los miembros más jóvenes del personal, en relación a su actividad y su sentido de pertenencia a la CNEA.

segundos fueron descritos como individuos sin otra motivación que la económica o, parafraseando a Max Weber ([1919] 1979), fueron juzgados como profesionales sin “vocación”. Esto último se observa de manera clara en el siguiente fragmento, tomado de una entrevista con un ingeniero que – en marzo de 2010 – estaba próximo a jubilarse de la CNEA:

“Hay gente que dice que viene acá a trabajar, a ganar un sueldo y nada más y trata de ganárselo honestamente, cosa que no está mal, no está mal. Yo creo que no es suficiente, pero bueno... Esa es una convicción personal (...) Hoy el trabajo es una cosa que está ahí, se cumple y nada más. No está identificado con la persona (...)

Para mí la Comisión fue central en mi vida. Lo único que puedo decir es que yo puse mi vida acá... Yo hice mi vida acá... Pero no todos piensan igual... Yo noto esta diferencia, la vengo notando [y] la veo entre los más jóvenes, aunque algunos de ellos se identifiquen con la CNEA... Y eso está bien, sobre todo en un trabajo como el nuestro, donde uno no está sirviendo a un ‘patrón’; uno está sirviendo a su país. Si uno a lo mejor trabajara para la Shell, bueno, sería un trabajo y nada más... Pero acá es otra cosa, ¿no? Acá hay gente comprometida que – cuando se mete – todavía siente esto que a lo mejor sentí yo cuando entré: (...) que la Comisión era el lugar donde uno iba a desempeñar su vocación. El lugar donde uno aunaba la necesidad de subsistencia con la vocación de servicio. Y esto es difícil de trasladar; para muchos – incluso – difícil de comprender...” (E9, 2010).

Como surge de los testimonios nativos, la distinción entre “los viejos” y “los jóvenes” no respondió en la CNEA a una cuestión etaria o ‘estrictamente generacional’. La producción de esa diferencia se debió, ante todo, al prejuicio con que los miembros del primer grupo evaluaron el desempeño laboral de los del segundo, a quienes describieron como ‘no consustanciados’ con su tarea. En contraste – según refieren mis entrevistados – los “viejos” no sólo se *comprometieron* con su actividad o su trabajo en la Comisión sino que – además – se *identificaron* con el organismo y con sus objetivos tecnopolíticos, orientados a prestar un “servicio útil” para la Argentina. Lejos de ser algo rutinario o – simplemente – un medio para ganarse la vida, *trabajar en la CNEA* fue percibido por ellos como un acto con un fin ‘trascendental’ que implicó – para muchos de su generación – revalorizar el papel del funcionario público y su responsabilidad con la sociedad. Así lo expresaba el ingeniero en la charla que mantuvimos en 2010:

“Hoy se ha perdido el concepto de la misión que tenemos como miembros de la Administración Pública... La Administración Pública no significa hacer

papeles. Significa administrar los bienes que el Estado pone en tus manos para que produzcas algo que al Estado le interesa producir...” (E9, 2010).

Lo señalado hasta aquí permite ver cómo – durante la gestión de Oscar Quihillalt – la comunidad institucional de la CNEA fue forjando una ‘ética del trabajo’ o un “*ethos* profesional”⁸⁴ que orientó las prácticas de los nativos, les confirió significado y vinculó la actividad nuclear a las posibilidades de crecimiento y desarrollo del país. En tal sentido – como se desprende de aquellos relatos y de otros registros de campo – las narrativas sobre la *mística* no sólo expresaron la *pertenencia* y el ‘lazo afectivo’ de los profesionales con la Comisión sino, también, su adscripción a una comunidad más vasta – la Nación argentina⁸⁵ – a cuya *grandeza* pretendieron aportar con su *trabajo*:

“Yo pienso que la ‘mística’ pasaba por un sentimiento de pertenencia a un proyecto nacional, vamos a suponer... llámalo ‘argentinidad’ o... Yo me acuerdo que lo sentí; lo tenía bien incorporado...” (E19, 2011)

“Uno se encontraba ingresando a un organismo que tenía prestigio por haber conseguido algo muy importante, que al país lo ponía en un lugar de privilegio (...) A mí me daba orgullo decir que trabajaba en la CNEA y ver las reacciones [de la gente]. En mi caso particular, la ‘mística’ pasaba por pertenecer a un proyecto de país...” (E20, 2011).

En apoyo de la tesis que vengo sosteniendo sobre el valor que los “*históricos*” le confirieron a su *trabajo*, las citas escogidas ilustran y permiten comprender por qué para los nativos y, en especial para los “*viejos*”, la labor realizada en la CNEA fue concebida como una tarea con un fin trascendental – cuasi ‘sagrado’ – que se

⁸⁴ En *La ética protestante...* ([1903] 2014), Weber señala que cada ámbito u orden social o profesional debe analizarse de acuerdo con los valores éticos que lo legitiman. Ello lleva al sociólogo a proponer una definición del *ethos* como un conjunto de creencias, valores y aspiraciones que incide sobre las prácticas y permite comprender los sentidos que los sujetos brindan a sus acciones (Weber 2014; Montero 2012)

Influenciado por el teórico alemán, Robert Merton ([1942] 1997) acuña la noción de “*ethos* científico” para caracterizar el conjunto de valores y prácticas que distinguen a ese grupo social y lo mantienen unido. Desde su perspectiva, los científicos guardan un vínculo emocional con su profesión y con las normas que rigen su actividad. El consenso en torno a dichas reglas, resulta clave para “actuar con respecto a ellas y construir una identidad y un sentido de pertenencia” (Orozco y Chavarro, 2010: 146), como hemos descrito en el caso de la CNEA.

⁸⁵ Como señala Alejandro Grimson (2007), “la nación es un modo específico de identificación, una categoría – como otras – con la cual un colectivo de personas puede considerarse afiliada y desarrollar diferentes sentimientos de pertenencia” (Grimson, 2007: 27).

integró a un *proyecto* u objetivo más amplio, de alcance *nacional*. Ello explica, por un lado, la presencia de una terminología ‘religiosa’ para caracterizar o evaluar el desempeño laboral de los trabajadores nucleares y, por otro, permite entender por qué su actividad llegó a compararse con la de *soldados* al ‘servicio de la patria’ o al *servicio* de una institución que – en el imaginario colectivo – se convirtió en metáfora de la *argentinidad*.⁸⁶

Sobre el primer punto, de acuerdo con los nativos, *trabajar en la CNEA* fue visto como un tipo de *misión* por la que valía la pena *sacrificarse*. En el balance o recorrido por sus años de actividad, muchos de ellos refirieron al organismo como el “*lugar donde aunaban la necesidad de subsistencia con la vocación de servicio*” (E9, 2010) y donde las acciones eran guiadas por la *pasión*, el *fanatismo* y por un conjunto de valores *supremos*. La *entrega*, el *compromiso* y el *sacrificio* fueron mentados como atributos de los profesionales que “*dejaron todo*” (E9, 2010) en su paso por la Comisión y sintieron tener puesta una “camiseta” imaginaria (Visacovsky, 2002: 28), marca de la identidad y el compromiso con la institución:

“Yo creo que la época de mayor pujanza se dio durante la presidencia de Quihillalt... Ahí aparece lo de la ‘mística’, lo de la ‘camiseta’, ¿no?... Porque todo era como... como cuando generás un club de barrio, ¿viste?... Había un entusiasmo bárbaro, porque, claro, lo nuclear era todo nuevo, entonces había mucha gente entusiasmada con esto, con el trabajo que hacía... Y te volvéis fanático de lo que hacés...” (E12, 2013).

⁸⁶ En su libro *Petróleo y Nacionalismo en la Argentina* (1986), Carl Solberg revisa la historia de YPF (Yacimientos Petrolíferos Fiscales) y su vínculo con el “nacionalismo petrolero”, forjado en las primeras décadas del siglo XX. Según el autor, dicha ideología enfatizaba que “*explotados por el monopolio estatal, los recursos petroleros argentinos, permitirían al país concretar un desarrollo [autónomo y] sostenido, sin la interferencia de las compañías extranjeras ni de sus gobiernos*” (Solberg, 1986: 12-13). Las discusiones en torno al surgimiento de una industria local petrolera y la posibilidad de alcanzar la soberanía económica en ese campo, contribuyeron a fomentar el “pensamiento tecno-nacionalista” (Picabea 2010; Matharan 2013) que, como vimos, inspiró la creación de la CNEA bajo el primer gobierno de Perón.

El libro de Solberg no sólo permite plantear un paralelismo entre el “nacionalismo petrolero” y lo que podríamos caracterizar como la emergencia del ‘nacionalismo nuclear’ en la CNEA sino, también, observar en YPF la creación de una ‘mística’ del trabajo, asociada a la figura de Enrique Mosconi, quien presidió la entidad entre 1922 y 1930. Dicha ‘mística’ supuso, como en la Comisión, identificar a la empresa con el país. En palabras de Solberg: “*Mosconi se hizo cargo de su puesto con un fervor que la industria petrolera no había experimentado con anterioridad. A los trabajadores de YPF les subrayaba que un trabajo en la empresa no era un cargo ordinario: identificando a la empresa petrolera estatal con el patriotismo argentino, veía a cada uno de sus obreros y empleados como a soldados civiles...*” (Solberg, 1986: 138, mi énfasis).

“Hasta el año ’73, en la Comisión había una ‘mística’ (...) Es decir, la persona que ingresaba a la Comisión pensaba que entraba a un lugar de excelencia y, de alguna manera, que formaba parte de la institución y que se sacrificaba por la institución...” (E21, 2010).

El sentido ‘religioso’ que los “*viejos*” dieron a sus prácticas, llamó mi atención al manifestarse en un ambiente ‘profano’, destinado a la producción científico-tecnológica. La propia noción de *mística*⁸⁷ daba a sus relatos un ‘cariz sagrado’, que desentonaba con la atmósfera de racionalidad que envolvía a las actividades nucleares. Sin embargo, lejos de remitir a una experiencia individual, de revelación interior o de encuentro con lo divino, el ‘misticismo’ que tuvo lugar en la CNEA resultó, como vimos, la expresión de un sentimiento compartido (y laico), derivado del *trabajo* en pos de un bien común: aportar al “*desarrollo nacional*”. De este modo, sostengo que la *mística* y la propensión de los nativos a ‘sacralizar’ sus prácticas en la CNEA, se originaron a partir de la identificación o la analogía trazada por mis entrevistados entre el organismo de energía atómica y la Nación argentina.

En la perspectiva de Durkheim, cuando una convicción un poco fuerte es compartida por una comunidad de hombres, adopta inevitablemente una “forma religiosa”. Esa concepción laica y “sociocéntrica” de la religión, llevó al pensador francés a afirmar que “cualquier cosa puede ser sagrada” (Durkheim, [1912] 1992: 33) y que los fenómenos religiosos no son sino el producto de sentimientos colectivos⁸⁸ que “estimula[n] la cohesión social y el apego de los individuos al grupo” (Salvi y Vernik, 2011: 6). ¿Y qué símbolo podía resultar más ‘convocante’ –

⁸⁷ En el diccionario de la Real Academia Española (RAE) el término “mística” posee ocho acepciones que lo refieren a la “vida espiritual” y a la “experiencia de lo divino” y lo vinculan a una rama de la teología cristiana – el misticismo – definida como un “estado extraordinario de perfección religiosa que consiste, esencialmente, en cierta unión inefable del alma con Dios, acompañada accidentalmente de éxtasis y revelaciones”. Esta caracterización que recuerda, en parte, a “la teoría del instinto religioso” (Morris, 1995: 178) de Rudolf Otto dista, sin embargo, de las representaciones sobre la *mística* elaboradas por el personal de la CNEA. Como intentaré mostrar a partir de la concepción durkheimiana de la religión ([1912] 1992), esa discrepancia no estaría dada por la ‘desacralización’ de aquel ‘misticismo colectivo’, sino por la expresión de su ‘sacralidad’ en términos ‘laicos’.

⁸⁸ Como advierte Talcott Parsons haciéndose eco de Durkheim, “desde lo sublime hasta lo ridículo, casi todas las cosas han sido consideradas sagradas en una sociedad u otra”. Por tanto, la fuente de lo sagrado no reside en las características intrínsecas de las cosas. Para Durkheim el problema era de un orden diferente: los objetos y emblemas sagrados eran símbolos. Por consiguiente, el problema estribaba en identificar los referentes para esos símbolos” (Morris, 1995: 149).

o más “sagrado” – para el personal de la Comisión que la imagen de un país semi-periférico embarcado en el proyecto de lograr la *autonomía tecnológica* en un campo de avanzada como el nuclear?⁸⁹

El propio Sabato ([1973] 2014: 115) refirió a ese objetivo como “el cemento ideológico que unió entre sí a los recursos humanos y materiales” de la CNEA, hasta cristalizar en una de las premisas de la “política institucional”, a fines de los ’60. La posibilidad de alcanzar un desarrollo *autónomo*, se expresó en la emergencia de un sentido de “*lo nacional*” que caló hondo en la institución y “funcionó como núcleo de la integración” (Moreno, 2003) entre el personal. Varios de los fragmentos citados reflejan ese “*sentir nacionalista*” (E22, 2016) que puede apreciarse, también, en los siguientes testimonios:

“Yo creo que lo de la ‘mística’ no pasó más allá de la idea de trabajar en pos de un objetivo común, en cosas que eran buenas para el país. Todos estábamos convencidos de que estábamos haciendo algo útil para al país...” (E12, 2010).

“Argentina era el propósito que nosotros teníamos al trabajar [en la Comisión]” (Ing. Mugliaroli, 2008).⁹⁰

Llevado al extremo, el ‘nacionalismo nuclear’ que se gestó en CNEA bajo la presidencia de Quihillalt, condujo a algunos nativos a describir sus actividades y su participación en determinados proyectos como si fueran ‘actos heroicos’ o ‘*patriadas*’ (Santos, s/f: 302), que se justificaban por el ‘compromiso tecnopolítico’ de los profesionales con el desarrollo argentino (Obregón, 1992). Dicho objetivo se convirtió, como vimos, en el “cemento” que mantuvo unidos o cohesionados a los trabajadores nucleares hasta comienzos de los ‘70.⁹¹ En tal sentido, la defensa de ‘lo

⁸⁹ En su trabajo junto a Matthieu Hubert, Ana Spivak (2013) examina los festejos por el cincuentenario del Instituto Balseiro (IB), en Bariloche, y observa cómo en dicho evento se actualizaron pensamientos y sentimientos relativos a “lo nacional”, “al país” y a “la patria” vinculados a una determinada concepción de la tecnociencia. Como refiere la autora, en el Balseiro – del mismo modo que señalamos para el caso de la CNEA – la relación entre el conocimiento tecnocientífico y la identidad nacional, respondió “a una idea de desarrollo [que] actualizó el paradigma de postguerra que proyectaba [a la ciencia y a la tecnología] como motores del progreso” (Spivak y Hubert, 2013: 203-204).

⁹⁰ APCNEA. Encuentro realizado en el marco de los 50 años de la puesta en vigencia del “Reglamento para el Uso de Radioisótopos y Radiaciones Ionizantes”. Salón de Actos de la Sede Central, 2008.

⁹¹ En su estudio sobre el proceso de secularización y los nacionalismos modernos, José Santiago (2005) remite a los trabajos de E. Gellner y suscribe la tesis del autor checo que afirma que “el nacionalismo es [un] mecanismo de cohesión social propio y exclusivo de la

nacional’ – y su sacralización en las narrativas de la *mística* – tuvo una “potencia estructurante” (Grimson, 2007: 21) en la Comisión que contribuyó a afianzar los vínculos comunitarios entre el personal y a forjar el sentimiento de *pertenencia* al organismo. Desde esta perspectiva – como se desprende de los relatos nativos – podemos concluir que, en tanto “categoría afectiva”, la *mística* desempeñó en la CNEA una función “re-ligante” (Carretero Pasín, 2009) que actuó como un mecanismo de integración y reproducción (Durkheim [1912] 1992; Santiago 2012) de la “comunidad nuclear”.

Lo referido hasta aquí no agota, sin embargo, los significados atribuidos a dicho concepto que, además de simbolizar la unidad institucional, representó – paradójicamente – una marca de ‘distinción’ para algunos nativos. Ya dijimos que la *mística* quedó ligada a un sector específico de los profesionales – los “*históricos*” – que invistieron a su actividad en la Comisión de un carácter ‘sagrado’. Ello los diferenció de los trabajadores más “*jóvenes*”, a su criterio, menos *comprometidos* con su tarea y con su responsabilidad como funcionarios públicos. Pero eso no es todo. Más allá de la cuestión generacional y del “*sentir nacionalista*” que guió las prácticas de los “*viejos*”, lo que produjo la distinción más tajante entre quienes formaron la “comunidad de la *mística*” (Fernández Larcher, 2017) y el resto del personal del organismo atómico, fue el carácter “apolítico”⁹² que los primeros le confirieron a su *trabajo*:

“[En la Comisión] no se hablaba de política, lo único que se hacía era trabajar, desarrollar la ciencia...” (Baró en Marzorati, 2012: 153).

“Yo no recuerdo en esa época ningún cargo político. Ni siquiera el del presidente (...) Entonces éramos todos iguales, en el sentido de que teníamos intereses científicos profundos, y discutíamos con una gran apertura intelectual...” (E10, 2015).

“Insisto: no había una influencia de carácter político fuerte. Había alguna cosa pero era, realmente, despreciable. Y había personalidades técnicas que descollaban. Había varios que tenían ideas claras más allá de lo nuclear, como sociedad... La otra particularidad, es que a nadie lo medían por sus

modernidad”. Para Gellner, el nacionalismo no es sino “un equivalente funcional de la religión de las sociedades premodernas en las cuales no podía existir ya que no se daban las condiciones necesarias para que se desarrollara ese mecanismo de integración” (Santiago, 2005: 238).

⁹² Tecnocrático; apartidario.

afinidades políticas o ideológicas. Es decir, siempre se midió a la gente por su dedicación y su conocimiento. Eso hizo aparecer esto que llaman la ‘mística’, la ‘camiseta’...” (E12, 2010)

Como surge de los testimonios nativos, la condición de posibilidad para la emergencia del ‘misticismo’ en la CNEA, estuvo dada por la creación de un ámbito ‘despolitizado’ y por la separación – a nivel discursivo – entre las dimensiones de la *política* y la *técnica*. Aunque este rasgo se acentuó durante la gestión de Quihillalt (1955-1973), su origen se remonta – como vimos – a la presidencia de Iraolagoitía, cuya gran virtud – en la perspectiva de los actores – fue evitar “la politización peronista en la Comisión” (Bosch en Marzorati, 2012: 152) a pesar de la afinidad personal e ideológica que el marino tenía con Perón.

Sostengo que la oposición nativa entre la *mística* y la *politización* desempeñó un papel clave en el afianzamiento del mito institucional de la CNEA que – como dijimos en el primer Capítulo – produjo la imagen de un organismo *aislado* de los contextos más amplios y de los avatares de la política argentina. Según mis entrevistados, dicha imagen – y no tanto la expresión o el surgimiento de un ‘nacionalismo nuclear’ en la CNEA – fue el “cemento” que mantuvo cohesionados a quienes integraron la ‘comunidad de la *mística*’:

“No importaba la ideología política de los trabajadores, si no su formación en ciencia y tecnología (...) En la Comisión convivieron profesionales con ideologías políticas muy diversas y ello pudo haber contribuido de manera positiva a fomentar la unidad y a crear ese ‘espíritu de cuerpo’ que caracterizó [al organismo] hasta comienzos de los setenta...” (E23, 2014)

“La Comisión vivió al margen de todo vaivén político desde siempre (...) Desde que yo ingresé – en 1955 – era indistinto ser de tal o cual partido político, no había ninguna diferencia. Y eso tal vez no creó [los] anticuerpos para que si alguna vez venía la enfermedad política, pudiéramos defendernos”. (Entrevista al Ing. Jorge Cosentino, Hoy en la Noticia, 18/06/1976, mi énfasis).

Más que al despertar de un “*sentir nacionalista*” en torno de la actividad nuclear, la *mística* hizo referencia – en los relatos nativos – a un tiempo destinado a la producción tecnocientífica en el que la “*política partidaria*” (la *politización*) fue un tema menor en la CNEA y en el que la ‘pluralidad ideológica’ que caracterizó al organismo, pareció ponerlo a resguardo de los *vaivenes* políticos que sacudieron al país hacia la segunda mitad del siglo XX. La *convivencia* de profesionales con

ideologías diversas – en su mayoría, críticas al peronismo – fue interpretada, a la vez, como una muestra de *unidad* que protegió al personal de la “enfermedad política” que venía de ‘afuera’ (Cosentino, 1976). Ello nos remite otra vez a la distinción que ya formulamos entre la ‘buena’ y la ‘mala’ política en la Comisión y nos permite ver de qué manera se construyó un consenso axiológico alrededor de dicha dicotomía.

En el primer caso, la energía atómica fue concebida como una práctica política estratégica para el bienestar y el crecimiento económico de la Nación y, en tal sentido, fue evaluada en términos ‘positivos’ por la mayoría de mis interlocutores. La *defensa de lo nacional* se convirtió, así, en un valor compartido por el personal – “[en] *el paraguas que estaba por encima de todos en la Comisión*” (E11, 2015) – y devino – para muchos actores – en una afirmación casi obvia respecto de los objetivos tecnopolíticos que debía seguir la CNEA para lograr la *autonomía tecnológica*. Así lo expresaba un renombrado físico en un intercambio que mantuvimos a mediados de 2015:

“Te digo: la defensa de ‘lo nacional’... Yo creo que en eso todo el mundo estaba más o menos de acuerdo. Eso era tautológico (...) La afirmación de que hay que defender ‘lo nacional’ es medio de las que no tienen sentido... Yo no puedo decir “Quiero que la industria nuclear sea extranjera”... Sería absurdo, ¿no?...” (E24, 2015).

Caracterizada como algo impuro y ajeno a las actividades que se desarrollaban en la Comisión, la ‘mala’ política quedó – en cambio – ligada al impacto ‘negativo’ que produjo allí la irrupción de la “*política partidaria*” – y, especialmente, del *peronismo* – a comienzos de los ’70:

“Uno no notaba acá adentro actividad política... Yo no te puedo jurar que no existiese. Sería petulante... A lo mejor, algunos tipos hablaban, qué se yo... Pero no era un tema que resonara en las charlas de café o en el comedor, ¿viste?... No había actividad política acá adentro... Hubo muchos períodos en que la cosa tampoco era factible. Por ejemplo, en el ’66, no era factible la actividad política; en todo ese período no la hubo. Por la razón que fuere, no la hubo... Pero en el ’73, cuando asume Cámpora, acá adentro se hace una especie de ‘efervescencia’ que, evidentemente, estaba latente porque si no, no se explica de dónde ni cómo surgió...” (E12, 2010).

“Previo a 1973, el grado de politización del personal de CNEA era casi inexistente. Claramente, cada uno tenía su posición política, pero no la expresaba dentro del organismo” (E25, 2017).

“En 1973 hubo un chispazo de politizar la CNEA [con] toda esa historia del peronismo que volvía, [que] generó cuestiones de política partidaria...” (E12, 2013).

“Una de las cosas en las que siempre se hizo hincapié es que, cuando la Comisión se empezó a ‘politizar’, durante el camporismo, la cosa se corrompió...” (E3, 2014)

“A mucha gente le parecía mal que la Comisión se hubiese ‘politizado’ porque trataban de preservar una imagen ‘pura’ de la CNEA (...) Lo que les molestó fue la introducción de la política partidaria [en una entidad] que – históricamente – se había mantenido al margen de los vaivenes políticos...” (E8, 2014).

Los dichos de mis entrevistados muestran cómo – para los “viejos” – la *politización* de la CNEA durante el camporismo produjo una primera ‘ruptura’ en su historia de *continuidad*, ligada a una representación del espacio institucional como un enclave *protegido*⁹³ de los avatares y conflictos políticos que periódicamente asolaban al país (Fernández Larcher 2014, 2015, 2017). Hacia 1973, la imagen o metáfora de la CNEA como *isla*, fue sustituida por las referencias de los actores “a un mundo externo – eminentemente político – que irrumpió en el espacio interno” (Visacovsky, 2002: 157) de la Comisión y alteró su dinámica tradicional y las relaciones laborales y afectivas entre sus miembros.

En el próximo Capítulo, el foco de la tesis estará puesto en describir y analizar etnográficamente las experiencias *políticas* del personal de la CNEA para examinar y comprender su impacto a nivel organizativo.⁹⁴ Por el momento, a fin de indagar en el papel que jugó la *politización* en el origen y afianzamiento del mito institucional, basta con decir que la ‘*efervescencia política*’ de los ‘70 produjo un *quiebre* en la trayectoria del organismo que afectó sus proyectos tecnológicos e, incluso, para algunos nativos, señaló el ocaso del ‘*tiempo de la mística*’:

⁹³ Sobre el tema de la *protección* como categoría nativa para representar los distintos períodos de la trayectoria de CNEA y el papel que ejercieron – en tal sentido – algunas de sus autoridades, ver los trabajos de Ana Spivak sobre los tiempos de la última dictadura (1976-1983) en la Comisión (Spivak y Gárgano 2014; Spivak 2015).

⁹⁴ Como veremos, dichas experiencias se remontan un poco más atrás en el tiempo y no necesariamente están relacionadas con cuestiones ideológicas o partidarias, como ocurrió en mayo de 1973, tras el retorno del peronismo al gobierno. La reconstrucción histórico-etnográfica de los sucesos que tuvieron lugar en la CNEA a comienzos de los ‘70, permitirá distinguir y comparar las experiencias de *politización* de los nativos en un clima signado por las expectativas de transformación social en el país (Gilman, 2012) y por la revalorización de la política como un medio o una herramienta para concretar esos cambios.

“¡El ’73 fue un desastre! ¡Un desastre!... [Como] resultado de [la] politización el programa nuclear se paró totalmente por alrededor de 4 o 5 años... Y además, se dañó profundamente y se alteró para el futuro. Creo que ahí se perdió ese ‘espíritu de cuerpo’ del cual hablábamos antes...” (E10, 2015).

“Yo diría que el ’73 fue un año de quiebre en la CNEA... [En] el ’73 se pierde la ‘mística’ por razones que, a lo mejor, no vienen al caso. Mucho de ello tuvo que ver con una política...” (E21, 2010).

Como se observa en ambos fragmentos, por primera vez, en los ‘70, la situación política argentina hizo peligrar los valores de la ‘comunidad de la *mística*’ y avivó el conflicto de intereses dentro de la CNEA, resquebrajando el vínculo (el “cemento”) que mantenía unido al personal. Si durante las gestiones de Iraolagoitia (1952-1955) y Quihillalt (1955-1973), la *unidad* de los profesionales y técnicos se forjó – casi ‘naturalmente’ – alrededor de un objetivo *nacional* que subordinó las diferencias políticas para orientar los esfuerzos colectivos al logro de la *autonomía tecnológica*, el retorno del peronismo y la expansión de esa “enfermedad” (Cosentino, 1976) en la CNEA, volvieron necesario para los “*históricos*” crear un relato (una ‘épica’) que los distinguiera como grupo y que consagrara su posición de poder en el organismo nuclear.

En una entidad o en un “campo” tecnocientífico como la CNEA, el principio de diferenciación estuvo dado por la apropiación desigual de su “capital específico” (Bourdieu, [1976] 2014), identificado con el dominio de ciertos ‘saberes técnicos’ adquiridos en el curso de la trayectoria profesional de los nativos. Ello colocó en una situación ventajosa a las primeras camadas de profesionales que, a comienzos de los ‘70, llevaban más de una década en la institución y “*habían recorrido todo [su] espine!*” (E10, 2015) hasta ocupar cargos jerárquicos. La legitimidad otorgada a quienes portaban el conocimiento promovió, a la vez, la creación de una ‘elite científica’ en la Comisión, cuya meta radicó en aportar al desarrollo de la ciencia argentina, desde una concepción tecnocrática, independiente de los asuntos políticos. Sobre este punto, reflexionaba uno de mis entrevistados:

“La influencia política era cero; realmente cero [...] La atmósfera que se vivía entonces en la Comisión, era muy parecida a la que debe haber experimentado la “Generación del ’80” que, creo, fue la que realmente hizo a este país, ¿no es cierto?... Los miembros de esa Generación tenían diferencias muy grandes

entre sí. Es decir, nosotros creemos que Mitre, Sarmiento y Avellaneda, eran todos parecidos... ¡No! No eran parecidos. Tenían problemas muy serios. Pero todos eran... Todos eran intelectuales profundos y las cosas que discutían eran cosas gordas. No había 'chicanas' entre ellos. Y en esto creo que nosotros nos parecimos bastante a esa Generación [...] No me imagino hoy a un grupo intelectual así, discutiendo si la Argentina tenía que seguir tal o cual línea de desarrollo..." (E10, 2015).

El paralelismo con la “Generación del Ochenta”, refuerza el carácter fundacional atribuido a las acciones realizadas por los “*históricos*” en la CNEA y remite implícitamente al ‘elitismo’ de aquellos profesionales, auto-percibidos como un grupo de ‘iluminados’ (o “*intelectuales profundos*”) que guiaron los destinos de la Comisión, con el objeto de aportar al progreso tecnocientífico del país. La comparación entre la ‘elite nuclear’ y la ‘elite dirigente’ que se erigió en el poder entre 1880 y el año del Centenario (Hora, 2017)⁹⁵ permite, por otra parte, arriesgar una interpretación sobre las inclinaciones políticas de quienes formaron la *intelligentsia* de la CNEA y su particular visión de la entidad como un *sistema ordenado*, regido únicamente por la ideología de la técnica. Tal pensamiento se ve reflejado en los testimonios de dos nativos, cuya mirada sobre el rol de los “*históricos*” y la situación institucional hasta el año ‘73, es prácticamente opuesta:

“Hasta 1973, [en la Comisión], hubo una aceptación de las jerarquías; es decir, la persona que estaba a cargo de algo, ordenaba el sistema, y la persona que estaba como subordinada, aceptaba ese ordenamiento (...) Luego del '73, se pierde la 'mística'. [Y] se pierde algo que es tanto o más importante que la 'mística'. Se pierde la cadena de mandos: se pierde el respeto por el superior, se empieza a cuestionar la validez del superior como una entidad jerárquica que ordenaba al sistema (...) Entonces, se empiezan a juzgar otras cosas que ya no sólo tienen que ver con la técnica... Mucho de ello tuvo que ver con una política..." (E21, 2010).

“...la CNEA era un reducto de gente muy conservadora (...) Entonces, todo era como una especie de... de 'Club', de 'Logia', que manejaba las cosas en función de ciertos intereses de 'casta', de grupo (...) La cuestión política era

⁹⁵ “En el umbral de la década de 1880, [la] construcción de un sólido orden político [fue] percibida como un factor imprescindible para volver realidad las promesas del Progreso. Ese objetivo, hasta entonces tan esquivo, le dio su norte a la vida política [de aquellos años], y funcionó como el cemento ideológico de la élite dirigente, ese grupo a veces conocido con el nombre de Generación del Ochenta. La preocupación por el orden ayuda a comprender por qué en esos años la idea de progreso se asoció más con la construcción de un Estado fuerte y la afirmación del principio de autoridad que con la expansión de la libertad. Este sesgo conservador le imprimió a la vida pública la marca elitista que fue tan distintiva de ese tiempo” (Hora, 2017 – La Nación, 10 de marzo).

una cuestión que... Por toda una serie de motivos, la política partidaria fue un campo abandonado a propósito en la CNEA... Pero se hacía política y ¡cómo!... No hay peor política que la de los tipos que se llaman a sí mismos ‘apolíticos’, que la hacen entre ellos (...) Ellos siempre te mencionaban la ‘política’ como algo que estaba fuera de las paredes de esta institución ‘sana y sacra’... [Y] el ‘liberalismo’ dice eso: “nosotros no somos ‘políticos’; somos ‘técnicos’”. O sea, “no hacemos ‘política’, en absoluto”...” (E11, 2015).

Desde posiciones (ideológicas) diversas, ambos profesionales caracterizaron a la Comisión como un espacio *jerárquico* y relativizaron – con sus dichos – la imagen de una entidad cohesionada (“*sana y sacra*”) como la que pretendió instalar el mito institucional. Ambos testimonios confirman la existencia de grupos con diferente ‘status’ dentro de la CNEA – los ‘jefes’ (la *Logia*) y los *subordinados* – pero discrepan sobre las causas o motivos que habrían ocasionado esa distinción entre el personal: mientras el primer relato explica (y ‘naturaliza’) las diferencias en base a la ‘capacidad *técnica*’ de los nativos, el segundo atribuye un rol central a la *política* en ese proceso y cuestiona la actitud de quienes intentaron construir una imagen de sí mismos como ‘intelectuales despolitizados’. Esta última visión corresponde al grupo de actores que – a comienzos de los setenta – desafiaron el *statu quo* institucional y con sus gestos desestabilizadores impulsaron a los “*viejos*” a ‘mitologizar’ el pasado de CNEA, para preservarla de la *politización* interna. Y es que, como vimos más arriba, la *política* fue para las primeras camadas de profesionales, un factor de perturbación del *orden* instaurado en base a sus criterios tecnocráticos. En tal sentido, la *mística* se convirtió – para ellos – en un concepto “re-ligante” capaz de afianzar sus vínculos “comunitarios”, al tiempo que se tornaba – también – una marca de distinción para resguardar a ese grupo del avance de los trabajadores *politizados* (y ‘peronizados’).

Los elementos etnográficos que aportamos hasta aquí, permiten identificar a la oposición nativa entre la *mística* y la *politización* como la tensión fundante del mito de CNEA, creado por los “*históricos*”: un mito que produjo la imagen de una entidad ‘despolitizada’ y ajena a las vicisitudes nacionales desde su constitución – en los ‘50 – hasta el año que signó el retorno del peronismo al gobierno, tras casi dos décadas de proscripción. Si en la perspectiva de los “*viejos*”, el *apoliticismo* fue la ‘marca de origen’ de la CNEA y una condición indispensable para garantizar su *ordenamiento* interno – con independencia de las coyunturas políticas que atravesara el país – la

politización / ‘peronización’ de los ’70 alteró la dinámica institucional y puso en juego los valores tecnocráticos que – hasta entonces – habían regido las prácticas de los trabajadores nucleares.

Quienes detentaban los cargos más altos en la Comisión, vieron en la *política* una amenaza al *orden* establecido y al principio de autoridad que los había legitimado en sus funciones. El temor y el rechazo a la *politización* del personal, produjeron en ese grupo la necesidad de diferenciarse y de rescatar el tradicional *apoliticismo* (o antiperonismo) de la CNEA, a través de un relato que exaltara – a la vez – los logros tecnocientíficos del período de mayor *pujanza institucional*, bajo la presidencia de Quihillalt (1955-1973). En ese marco – como he querido mostrar a partir del material etnográfico y los testimonios nativos – surgen las ‘narrativas de la *mística*’ como una forma de ‘mitologizar’ el pasado de la Comisión y de ‘sacralizar’ el trabajo de las primeras camadas de profesionales, cuyo fin se orientó al objetivo supremo de aportar al *desarrollo nacional*. Esa meta – que guió desde el comienzo al “régimen tecnopolítico” (Hurtado, 2014) de la CNEA – fue investida en los ’70 de un carácter sagrado, para distinguir el contenido altruista de las acciones realizadas por los “*viejos*”,⁹⁶ de aquellas que – en su perspectiva – protagonizarían los trabajadores *politizados*. El ‘misticismo’ o ‘sacralización’ podría concebirse, así, como una respuesta nativa a la irrupción de la *política* en CNEA y como un medio para ‘despolitizar’ (y naturalizar) las prácticas de quienes formaron su *intelligentsia* o ‘elite científica’. En ello residen la eficacia del mito y la centralidad de la *mística* como expresión de un sentido de *pertenencia* no sólo institucional, sino a una “comunidad” mayor, la Nación argentina, que uniría al personal en torno a un fin trascendente, por encima de cualquier diferencia política: lograr la *autonomía tecnológica* en materia nuclear y contribuir de ese modo al desarrollo del país.

Los inicios de los ’70 constituyeron una inflexión en la trayectoria de la CNEA y en su historia de *continuidad*, basada en la cronología de sus logros

⁹⁶ En el artículo que explora las representaciones sobre la relación entre la profesión militar y la comunidad nacional, Vernik y Salvi (2011) refieren a la dimensión trascendente y altruista de todas las profesiones y señalan que, en la profesión militar, dicha dimensión “le da al ejercicio de la actividad un carácter *sagrado* y *misional* asociado a nociones tales como ‘acto de servicio’, ‘sacrificio’, [etc.] y un *marcado rol moralizador* que se expresa en valores como (...) ‘entrega’, ‘abnegación’, ‘compromiso’, ‘coraje’” (Vernik y Salvi, 2011: 5-6, mi énfasis). Como he querido mostrar en mi trabajo, es posible trazar un paralelismo en tal sentido con el modo en que los nativos de la CNEA han representado el vínculo entre su profesión científica y su aporte al desarrollo tecnológico nacional.

tecnocientíficos (Fernández Larcher, 2015, 2017). En aquellos años, la distinción entre la ‘buena’ y la ‘mala’ política cristalizó en el mito institucional que reivindicó el carácter *apolítico* y *antiperonista* de la Comisión y su ‘apertura ideológica’,⁹⁷ en tiempos en que el *peronismo* – visto como una “enfermedad” (Cosentino, 1976) – se encontraba proscripto.

La *politización* / ‘peronización’ de los ’70, puso fin a la metáfora de una institución *aislada* y transgredió su *antiperonismo* ‘originario’, introduciendo cuestionamientos a la figura del intelectual despolitizado, encerrado en su “torre de marfil” (Mariátegui, 1924: 24). Ello no sólo contravino los valores tecnocráticos constitutivos del *ethos* profesional de la CNEA, sino que evidenció sus conflictos internos y los diversos grados de compromiso político del personal. En el próximo Capítulo, examinaremos las distintas experiencias de *politización* de los trabajadores y sus consecuencias para el organismo, a partir de los relatos nativos y de la constatación etnográfica de disensos sobre aquel período ‘disruptivo’ del pasado institucional.

⁹⁷ Recordemos, en tal sentido, los testimonios reunidos en la obra de Marzorati (2012) que describen las tensiones entre el peronismo y la “comunidad científica” de CNEA, en los años de institucionalización de la actividad nuclear en el país. A modo de ejemplo, citamos a continuación las palabras de Enrique Linares, que ya hemos utilizado en el Capítulo I: “La Comisión era el refugio de todos los antiperonistas, [un] asilo para la gente que no pensaba como los peronistas [...] Éramos una isla en el país, por así decirlo” (Linares en Marzorati, 2012: 148).

CAPÍTULO III

La *politización* de la “comunidad nuclear” y la transgresión del mito de la CNEA

I. Introducción

En el Capítulo II, examinamos las características de la Comisión bajo la presidencia de Oscar Quihillalt (1955-1973) y los relatos nativos sobre la *mística* forjados por un sector del personal para evocar un tiempo de proyectos y realizaciones, en el marco de una “extraordinaria” *estabilidad* institucional. Como vimos, este último rasgo adquirió una connotación especial en un contexto signado por las oscilaciones de la política argentina que, en apenas dieciocho años, experimentó la llegada y salida del poder de ocho presidentes en un ciclo alternado de gobiernos autoritarios y semidemocráticos. Aquel período, en el que la Comisión se consagró como una de las entidades tecno-científicas más prestigiosas a nivel local y latinoamericano coincidió, también, con la etapa de proscripción del peronismo y la identificación de la CNEA con un espacio “apolítico”, abocado exclusivamente al desarrollo de la ciencia y la tecnología.

El régimen tecno-político que se consolidó en la Comisión a fines de los '60 (Sabato [1973] 2014) fue, como dijimos, un régimen tecnocrático que desplazó a la política (nacional y partidaria) de los asuntos internos de la CNEA y produjo la metáfora de una institución *aislada* de los contextos más amplios. Dicha imagen y la representación del organismo como una “comunidad” (Gaggiolli 2003; Marzorati 2012) nucleada en torno a una serie de objetivos tecno-nacionales, afianzaron el carácter ‘mítico’ de las narrativas sobre la *mística* y crearon la “ficción” (Geertz [1973] 2003) de un espacio cohesionado y autosuficiente. La llegada de los '70 marcaría, sin embargo, un *quiebre* en la historia institucional de la CNEA y un proceso que – en términos antropológicos (y etnográficos) – podríamos caracterizar como el de la ‘transgresión’ del mito del *apoliticismo*, por el impacto generado internamente a raíz de la situación política argentina y el registro de diversas experiencias de *politización* entre el personal.

En este Capítulo, la atención estará dirigida a explorar los motivos que llevaron a un grupo de profesionales y técnicos de la Comisión a *politizar* su actividad a comienzos de los setenta. El análisis se orientará a describir y comparar las prácticas de involucramiento político y las concepciones del personal sobre la ciencia y la tecnología, como también a indagar en los sentidos que adjudicaron a la *política* en relación a su quehacer profesional. Igual que en los Capítulos anteriores, la mirada aquí estará puesta en articular etnográficamente las dimensiones que aparecen escindidas en el relato ‘oficial’ sobre el pasado de la CNEA, para mostrar cómo los contextos más amplios influyeron sobre la dinámica institucional y, en algunos casos, alteraron su organización y su cultura interna.

Para cumplir con los objetivos trazados, organizaré la exposición en dos secciones o apartados generales, como en el Capítulo II. Así, dedicaré la primera parte del texto al análisis de la coyuntura política argentina a comienzos de los '70 y examinaré algunos aspectos singulares del período como la situación del campo tecnocientífico nacional y el rol que asumieron los intelectuales en los debates sobre el rumbo que debía seguir el país para lograr un desarrollo tecnológico “autónomo”. La segunda parte, más etnográfica, pondrá el foco en recuperar los recuerdos nativos sobre aquel pasado y en abordar comparativamente las experiencias de *politización* del personal, para observar de qué manera las prácticas de los trabajadores movilizados, reactivaron la distinción fundante entre la ‘buena’ y la ‘mala’ *política* en la Comisión.

II. Aproximaciones a la coyuntura política nacional de los años sesenta y setenta

En el Capítulo anterior, reconstruimos algunos aspectos medulares de la vida política nacional que marcaron el curso de los acontecimientos en el país durante la segunda mitad del siglo XX, y que aún son objeto de revisión historiográfica y un tema que despierta las pasiones de legos y académicos. Y es que buena parte – si no la mayoría de aquellos episodios – integra o constituye lo que se ha caracterizado desde la Historia como el “pasado reciente”, un “pasado abierto”, de algún modo “inconcluso”, alimentado de vivencias y recuerdos personales cuyos efectos se

extienden hacia nosotros y se actualizan en forma permanente (Franco y Levín, 2007)

Entre dichos episodios, la irrupción del peronismo como movimiento popular a mediados de 1940 representa, sin dudas, un punto de inflexión en la historia de nuestro país y puede considerarse una de las ‘claves interpretativas’ para comprender y explicar la configuración antagónica de las identidades políticas en Argentina, desde su aparición hasta el presente. Hemos señalado ya la polarización que – a comienzos de los ’50 – enfrentó a peronistas y antiperonistas en el campo de la ciencia, y el modo en que dicha rivalidad trascendió pronto el ámbito de la cultura para alcanzar una dimensión nacional con el golpe de Estado de 1955. La “Revolución Libertadora” (1955-1958) – con su violencia inaugural y su “revanchismo” político – no haría más que exacerbar los viejos rencores, y apurar una ‘respuesta’ por parte de los sectores afines al peronismo que, en aquellos años, organizaron la llamada “Resistencia” con el objeto de hacer posible el retorno de su líder desde el exilio.

En el Capítulo II caracterizamos, a grandes rasgos, el período 1955-1973 desde la óptica de los gobiernos militares y pseudo-democráticos que se sucedieron en el poder, sin hacer mención a la situación social y a los procesos de resistencia y confrontación a los regímenes autoritarios. El punto que nos interesaba destacar, entonces, radicaba en el contraste que los nativos señalaban entre la situación interna de la CNEA y la coyuntura nacional, descrita como un tiempo de gran *inestabilidad* y crisis política. En ese marco, la Comisión fue vista y considerada por la mayoría de los actores como una suerte de “oasis” (Mariscotti, 1987), alejado de los vaivenes y de los conflictos políticos. Pero si bien la *continuidad* institucional fue un rasgo distintivo de aquella época que se materializó en la presidencia ininterrumpida de Quihillalt (1955-1973),⁹⁸ los acontecimientos internos que tuvieron lugar a comienzos de los ’70, relativizan la metáfora de la CNEA como *isla* y revelan las

⁹⁸ A decir verdad, con la llegada de Arturo Frondizi al gobierno (1958-1962), Quihillalt fue removido de su cargo al frente de la CNEA y reemplazado por otro marino, el Almirante Helio López (Hurtado, 2014: 98-99), que – según mis entrevistados – ocupó la presidencia institucional cerca de un año y medio para ser sustituido, nuevamente, por Quihillalt. La escasa trascendencia que los nativos dieron a este hecho y a la gestión de López – para algunos *desastrosa* (E24 2015; E4 2017) – se evidencia en que, la mayoría, omitió mencionarlo en sus relatos, para referir a la presidencia de Quihillalt como un tiempo ininterrumpido (o de *continuidad institucional*).

tensiones y altercados entre el personal que – hacia 1973 – trastocaron la imagen y los sentidos de la “comunidad de la *mística*” (Fernández Larcher, 2017).

De lo que se trata, ahora, es de examinar el impacto que ejercieron los contextos más amplios en la dinámica interna de la CNEA y el modo en que – tanto dentro como fuera de la Comisión – se organizaron diferentes movimientos y acciones sociales tendientes a disputar la hegemonía militar y acabar con las distintas formas de autoritarismo, especialmente, entre 1966 y 1973. Como intentaré mostrar a lo largo del Capítulo, el proceso de *politización* del personal de CNEA, no puede entenderse de manera ‘aislada’ y sin conexión con los episodios que agitaron la vida política local – y a un nivel más específico – sin tomar en cuenta los debates que – entre 1960 y 1970 – cobraron estado público sobre el papel de la ciencia y la tecnología en el “desarrollo nacional” y el rol que debían asumir los intelectuales y trabajadores en dicho proceso. En las páginas que siguen, la atención estará dirigida a reconstruir histórica y etnográficamente aquellos hechos, para observar de qué manera repercutieron en la CNEA y desencadenaron algunos conflictos que ya estaban latentes en el organismo.

II.a. De la “Revolución Argentina” a la “primavera camporista”: “seguridad”, “desarrollo” y “politización” de las prácticas tecnocientíficas

El período que examinaremos a continuación focaliza en los años comprendidos entre 1966 y 1973, tiempo inaugurado con la autoproclamada “Revolución Argentina”, que destituyó del poder al gobierno de Illia (1963-1966) y produjo cambios en las formas tradicionales de intervención de las Fuerzas Armadas en la política nacional. Si hasta 1966 los militares habían actuado de manera inarticulada, sin otro proyecto que el de “desperonizar” al país – con la intención de retrotraer a la Argentina a los años previos a 1945 (Altamirano 1998; Spinelli 2005; Belini 2018) –, la dictadura encabezada por el general Juan Carlos Onganía (1966-1970) asumió en representación de los intereses corporativos de la institución militar e intentó poner en marcha un plan económico-político, acorde a los objetivos trazados para la región por el gobierno de Estados Unidos, cuyo fin radicó en frenar el avance del comunismo en Latinoamérica. Dicho plan, consistió en “modernizar” a

la Nación y erradicar la conflictividad social para fomentar el “desarrollo” interno, tal como encomendaba el programa norteamericano de la “Alianza para el Progreso” (1961-1971).⁹⁹ La iniciativa – impulsada por la gestión de John F. Kennedy – partía de la presunción de que el descontento y la crisis social en la “periferia” latinoamericana, eran producto de las situaciones de retraso y subdesarrollo económico que, de no revertirse, podían derivar en nuevos estallidos revolucionarios como el que – a fines de los ’50 – había tenido lugar en Cuba.

La experiencia y el éxito de la Revolución Cubana avivaron en el continente la certeza o la convicción de que un cambio radical, en todos los órdenes, era inminente (Gilman, 2012: 39). El proceso cubano se convirtió en el horizonte de expectativas de los movimientos sociales que radicalizaron sus consignas a comienzos de la década de 1960. Como refiere el historiador Tulio Halperín, la “isla rebelde” y la imagen positiva que acogió en la región, gravitaron decisivamente en la renovación cultural e ideológica tan intensa que se produjo en aquellos años (Halperín, 2005: 543).

Para quienes vieron una amenaza en dicho proceso, mitigar el “influjo cubano” (Halperín, 2005) y contener las ansias de un cambio revolucionario, no sólo presupondría la ejecución de un plan para sacar del estancamiento a las economías locales sino, también, instaurar – en el continente – un tipo de gobiernos fuertes (represivos, autoritarios) capaces de frenar la agitación social de la época.

En Argentina, el ascenso de Onganía y la constitución de un nuevo régimen de facto dieron lugar a nuevas formas de ejercitar el poder político, que cristalizaron en lo que algunos politólogos llamaron el modelo del “Estado Burocrático Autoritario” (O’Donnell, 1982): un sistema cuyas principales metas fueron reimplantar el “orden” en la sociedad mediante la “normalización de la economía” y la “eliminación de la activación política” de los sectores populares (O’Donnell, 1978: 8). Sobre el primer punto, la pretendida “normalización” no sólo entrañó la necesidad de atraer

⁹⁹ La “Alianza para el Progreso” fue una iniciativa desarrollada por el gobierno de Estados Unidos para contener la influencia social y política que ejerció la Revolución Cubana (1959) en los países latinoamericanos y frenar el avance del comunismo en la región. Impulsada bajo el mandato del presidente John F. Kennedy, la iniciativa orientada – supuestamente – a fomentar el desarrollo económico en América Latina, tuvo como objetivo principal “fortalecer, mediante reformas financiadas con la participación de Estados Unidos, las posiciones de las burguesías locales capaces de maniobrar en el plano social, contra una eventual situación revolucionaria en el continente catalizada por [el triunfo cubano]” (Díaz Fariñas, 2013: 145-146)

inversiones extranjeras y estabilizar algunas variables económicas como la tasa de inflación y la balanza de pagos (O'Donnell, 1978) sino que supuso, a la vez, la exigencia impostergable de “modernizar” a la Nación (Hurtado, 2014) y alcanzar el anhelado “desarrollo”.

Pese al nuevo impulso que cobró bajo el ‘onganiato’, el problema del “desarrollo” fue, como vimos, una inquietud constante de la agenda política nacional al menos desde las primeras décadas del siglo pasado. Presente en el pensamiento tecno-nacionalista de los años '20, logró encarnar en una política de Estado bajo los primeros gobiernos de Perón (1946-1955) y se convirtió en un dilema de las administraciones que asumieron el poder político tras la derrota militar del líder carismático. En efecto, como bien ha señalado Carlos Altamirano (1998), hacia 1955, el debate sobre el desarrollo nacional y la “desperonización” de la economía derivó en la pregunta por el rumbo que debía tomar el “capitalismo argentino” (1998: 82) luego de la experiencia peronista. En ese contexto, argumenta el sociólogo,

“...hicieron su ingreso las ideas y recomendaciones de política económica que se reunían bajo el nombre común de [“desarrollismo”]. En Argentina, el desarrollismo cristalizó con un significado particular, asociado al gobierno de Arturo Frondizi y al movimiento ideológico y político que lo tuvo como orientador junto a Rogelio Frigerio (...) Pero lo cierto es que la idea de desarrollo atravesó a buena parte del pensamiento político-económico argentino entre 1955 y 1970 aproximadamente (...)

Después de 1955 y durante los 15 años siguientes, la problemática atrajo a una amplia franja intelectual [en el país] (...) El desarrollismo que estaba en el aire y remitía a un espíritu generalizado antes que a un grupo ideológico particular, tuvo diversos focos de incitación, tanto intelectuales como políticos” (Altamirano, 1998: 79).

Aquellos años fueron, también, el marco de un proceso de renovación de ideas que se expresó en la emergencia de perspectivas analíticas como la “teoría de la dependencia”, discurso “omnicomprensivo” que jugó un rol central en las discusiones políticas de la época (Diez, 2009), tanto a nivel local como latinoamericano.¹⁰⁰ El “dependentismo” contó con la adhesión de amplios sectores de

¹⁰⁰ En su tesis sobre el “dependentismo” en el campo académico argentino, Agustina Diez (2009) argumenta que la noción de *dependencia* fue caracterizada como un nuevo tipo de dominación “que ocurría bajo ciertas condiciones [históricas], como resultado de la estructura internacional del subdesarrollo” (Diez, 2009: 75). Como explica Feld, los “dependentistas” refutaron las teorías de la modernización y propusieron “un modelo

la población en general y de la intelectualidad en particular, que apoyaron al nuevo paradigma socio-técnico. Éste se basó en la aplicación de los conocimientos a la resolución de problemas específicos para superar las situaciones de subdesarrollo y frenar la desnacionalización de las economías regionales (Harriague et al, 2006: 4).

Congruente con el pensamiento ‘cepalino’,¹⁰¹ la visión de los promotores del desarrollismo – entre quienes cabe mencionar al propio Sabato (Feld, 2015) – fomentó “la industrialización en [los países productores de materias primas] y la aplicación de programas de activa intervención del Estado para favorecer cambios estructurales” (Belini, 2018: 598) en la “periferia”. El consenso generalizado sobre dichas ideas, puede verse en un testimonio nativo que recoge Altamirano para describir en su trabajo el ‘espíritu’ de la época: “*Todos éramos desarrollistas en alguna medida...*” (Altamirano, 1998: 79).

Pero esa idea del “desarrollo” como sinónimo de ‘autosuficiencia’ económica, fue resignificada en 1966, hasta convertirse en uno de los pilares ideológicos de la “Revolución Argentina”, que asoció ese concepto a la noción (militarista) de “seguridad”. En la nueva coyuntura, el desarrollismo intentó desvincularse de su pretensión ‘emancipadora’ (y su contenido político) para referir a un tipo de actividad o estrategia orientada a contener las “situaciones sociales explosivas” (Villegas en Hurtado, 2014: 113) que podían resultar en experiencias similares a la cubana. Para los dictadores argentinos, formados en la Doctrina de Seguridad Nacional,¹⁰² el riesgo de la revolución cesaría cuando el país alcanzara por fin un

integrado de desarrollo, en el cual desarrollo y subdesarrollo eran vistos como dos caras de una misma moneda, y no como etapas sucesivas de un modelo universal” (Feld; 2011: 200).

¹⁰¹ En referencia a la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), organismo que jugó un rol destacado en la elaboración de teorías y modelos económicos para estudiar los problemas del desarrollo y la dependencia en Latinoamérica, hacia la segunda mitad del siglo XX. Entre sus principales aportes metodológicos, destaca el enfoque “histórico-estructural”, que examina el modo en que las instituciones y la estructura productiva heredadas en la región condicionaron la dinámica económica de los países del continente.

¹⁰² Al igual que en otros países de América Latina, la Doctrina de Seguridad Nacional (DSN) elaborada en Estados Unidos fue adoptada por las Fuerzas Armadas argentinas en la década de 1960 y fue parte del marco de ideas a partir del cual los militares pensaron los problemas relativos a la seguridad interna y la defensa nacional (Pontoriero, 2012: 150), frente al inminente avance del comunismo en Latinoamérica.

Hacia 1960 – explica Míguez (2013) – “la estrategia estadounidense en la región fue presionar a los gobiernos [y establecer] condiciones para el otorgamiento de ayuda financiera, y por otra parte, promover la formación en el ámbito de las Fuerzas Armadas. La Guerra Fría había ingresado en América Latina con la Revolución Cubana, y eso requería

“desarrollo autosostenido” (Halperín, 2005: 523). Tal concepción podía explicarse de acuerdo a las principales tendencias del nuevo gobierno que diversos autores (O’Donnell 1982; Cavarozzi 2009; Feld 2010; Hurtado 2014) identificaron con su carácter represivo y su orientación tecnocrática. En efecto, el régimen liderado por Onganía, se propuso “eliminar la política y reorganizar a la sociedad sobre la base de un Estado jerárquico y [despolitizado]” (Gómez, 2011: 284). Como explica la historiadora Adriana Feld (2010), durante el onganiano:

“los mecanismos de vinculación política entre el Estado y la sociedad fueron reemplazados por una racionalidad técnica – representada como neutra y objetiva – que aspiraba a despolitizar el debate sobre determinadas cuestiones, apoyándose en elencos técnicos y funcionarios de confianza situados por encima de los intereses sectoriales y capaces de proponer soluciones óptimas” (Feld, 2010: s/n).

Algo de esa “racionalidad” o ‘espíritu tecnocrático’ caracterizó, también, al período de la *mística* en CNEA y, en particular, a la gestión de Oscar Quihillalt quien, como veremos en este Capítulo, intentó contener o mitigar las experiencias de *politización* del personal a comienzos de los setenta. Pero antes de abordar dichos episodios, conviene señalar otras de las singularidades de la época para comprender mejor de qué manera los contextos más amplios incidieron en el normal funcionamiento de la dinámica institucional.

Sin dudas, los cambios experimentados en el campo tecno-científico argentino a fines de los ‘60, afectaron la visión que los profesionales y técnicos de la Comisión tenían sobre su propia actividad y el rol que debían asumir la ciencia y la tecnología en los procesos de desarrollo y de autonomización nacional. El desafío a las posiciones tecnocráticas sostenidas desde el Estado Burocrático Autoritario, provino de distintos grupos de “científicos disidentes” (Feld, 2015) comprometidos con la realidad política de su tiempo,¹⁰³ que cuestionaron tanto el mito de la

una política respecto de los sectores populares, impidiendo la organización y politización de las clases subalternas” (Míguez, 2013: 67).

¹⁰³ En el Capítulo III de su libro *Ciencia y política(s) en Argentina, 1943-1983* (2015), Adriana Feld plantea la conformación de dos grandes vertientes ideológicas entre el movimiento de científicos e intelectuales que objetaron la postura tecnocrática del gobierno: una vertiente “moderada”, integrada por los representantes del pensamiento cepalino y lo que podríamos denominar el “desarrollismo clásico” (entre quienes cabe mencionar al propio Sábato); y otra vertiente “radical”, que preconizaba “la integración de la ciencia y la

“neutralidad científica” como la imagen del intelectual / investigador despolitizado, encerrado en su “torre de marfil”.

Como argumenta Feld (2015), a fines de los sesenta y principios de los setenta, “la ciencia y la tecnología fueron retematizadas en la arena pública como un asunto estratégico” (Feld, 2015: 185). En aquellos años se puso en evidencia cierto “malestar” con la forma en que estaban organizadas las actividades científicas y tecnológicas en el país y, en particular, una preocupación común por imaginar modos de intervención para modificar el papel que debían desempeñar dichas actividades en los procesos de industrialización y auto-afirmación nacional. Uno de los elementos característicos de la época fue “el desplazamiento del eje del problema desde el desarrollo científico-tecnológico o la modernización hacia el cambio radical del orden social y la ruptura con el imperialismo [y cualquier forma de la dependencia]” (Feld, 2015: 284). Y es que – como han señalado diversos autores (Halperín 2005; Tortti 1999; Chama 2016) – aquel tiempo fue, también, el marco en el que se produjo una agitación política sin precedentes que impugnó el autoritarismo militar vigente y alentó en Argentina el paso “de las soluciones reformistas a las propuestas revolucionarias” (Sarlo en Chama, 2016: 35) en especial, en el período que se inauguraba con el “Cordobazo” (1969) y culminaba en 1973, con la derrota de la dictadura y el retorno del peronismo al gobierno (Tortti, 1999).

En un contexto en que la política se tornó localmente una dimensión dadora de sentido de las diversas prácticas sociales (Gilman, 2012), las discusiones en el campo tecno-científico argentino giraron en torno a dos conceptos o cuestiones medulares: la posibilidad de construir una “ciencia nacional, al servicio del pueblo” (Feld, 2015: 177) y la de considerar a la labor de investigadores y técnicos en términos políticos. Sobre este último punto, Feld observa “los cambios en las representaciones [de la figura del] científico que, desde el “sabio abnegado” de las décadas del ’40 y ’50 y el “profesional” de los años ’60, pasó a asimilarse al “trabajador” (Feld, 2015: 442-443), categoría con la que se buscaba ‘borrar’ el prestigio y la jerarquía asociados tradicionalmente a la práctica científica, vista ahora como una ocupación más entre el resto de las actividades laborales. Esa postura que

tecnología en la política” (Feld, 2015: 234), cuyo principal exponente fue el matemático Oscar Varsavsky.

podríamos comparar con la del “anti-intelectualismo”¹⁰⁴ de escritores y artistas latinoamericanos comprometidos con el proceso revolucionario de los años ‘60 / ‘70, se apoyaba en la creencia de que “una ‘nueva’ sociedad requería de un ‘nuevo’ [tipo] de profesional” que entendiera – a la vez – su profesión “como uno de los espacios desde [donde] delinear el futuro orden social y político” argentino (Chama, 2016: 16). Tal profesional, no sería ya el individuo alienado en su trabajo o alguien que – con su práctica – buscara evadirse “del mundanal ruido” exterior, aislado en su “torre de marfil”. El ‘nuevo profesional’, por el contrario, sería aquel que concibiera a su actividad como un trabajo político y una herramienta para la transformación social, aún cuando ello implicara la pérdida de autonomía de su campo disciplinario, subordinado al campo de la política (Bourdieu [1976] 2014; Chama, 2016). De ahí que la historiografía local (Tortti 1999; Romero 2003; Svampa 2003; Halperín 2005; Franco 2012) caracterice los años que van entre 1969 y 1973 como el tiempo de la “politización” o un período en que la política fue – en el país – “el nudo en torno al cual [se organizaron los diferentes actores sociales], tanto para rechazar la firmeza de esa atadura, cuanto para apretar ese lazo” (Gilman, 2012: 41).

Igual que otras dependencias públicas del campo tecno-científico argentino,¹⁰⁵ la CNEA no estuvo al margen de dicho proceso. Si hasta comienzos de los ‘70, la imagen que prevaleció entre los nativos fue la de una institución *aislada* de los contextos más amplios y regida por una serie de valores tecnocráticos que fomentaron la unidad interna en pos de cierto ‘nacionalismo técnico’, los recuerdos de mis entrevistados sobre aquella etapa coinciden en señalar a los años setenta como “*un tiempo de quiebre*” (E21, 2010) o inflexión en la trayectoria del organismo, marcado por la *politización* de un sector mayoritario del personal. En las páginas que siguen, la atención estará dirigida a examinar – con una perspectiva etnográfica – el

¹⁰⁴ De acuerdo a la caracterización hecha por Claudia Gilman (1999) en el marco del proceso de “politización del intelectual” que tuvo lugar en Latinoamérica a comienzos de los ‘60, el antiintelectualismo “es una vituperación que traduce en términos de superioridad la serie política sobre la actividad intelectual, cultural, literaria; es un discurso, no necesariamente “sincero”, que surge dentro del mismo campo intelectual para abjurar de sí mismo enfrentando a sus miembros con otros paradigmas de valor, encarnados por el hombre de acción y el hombre de pueblo; implica la problematización de la relación de la labor intelectual (en un campo específicamente cultural) y la “acción”, entendida en términos de una intervención eficaz en el terreno político” (Gilman, 1999: 133).

¹⁰⁵ Para un análisis pormenorizado de la situación en el INTA y el CONICET ver, respectivamente, Gárgano (2017) y Feld (2015).

“*tiempo en que se politizó todo*” (E8, 2015) en la CNEA, a partir del análisis comparativo de tres experiencias de participación o involucramiento político que reactivaron la distinción entre la ‘buena’ y la ‘mala’ *política* dentro de la institución nuclear: 1) la que involucró a la Asociación de Profesionales (APCNEA) en la polémica por el tipo de combustible para la segunda central nucleoelectrónica, Embalse (1972-1973); 2) la ‘político-partidaria’, que se tradujo – para muchos – en un ingreso de la política nacional en la Comisión, durante la llamada “primavera camporista” (1973); y 3) la de la ‘política institucional’, que – en el clima efervescente del retorno del peronismo al gobierno (1973-1976) – planteó la necesidad de reestructurar los objetivos de la CNEA para adecuarlos al nuevo contexto nacional.

III. Caso I. “Una batalla por la autonomía tecnológica”.¹⁰⁶ La polémica por el Uranio y la *politización* de los profesionales de la CNEA

“Cuando apareció el tema de la central de Embalse, se me abrió el horizonte porque ahí vi que la cuestión científica podía seguir siendo de interés político...”
(E26, 2017).

“Las controversias a lo largo de [estos] últimos meses no fueron, ciertamente, episodios de una competencia deportiva, sino de un proceso de afirmación argentina. [Bien] valdría la pena escribir su historia: no es frecuente que los pequeños consigan perturbar el juego de los grandes. Se ha ganado una batalla, pero no la guerra” (APCNEA, 1973).¹⁰⁷

En el Capítulo II, brindamos un panorama general de los contextos histórico e institucional en los que se produjo el afianzamiento del “régimen tecnopolítico” de la CNEA y señalamos el papel que jugaron – en ese proceso – las actividades orientadas a la producción de energía nucleo-eléctrica, en el marco de un programa de raíz tecno-nacionalista, cuya meta principal radicó en crear las capacidades propias para lograr la *autonomía tecnológica* en materia nuclear. En tal sentido, el estudio de factibilidad para instalar la primera central de potencia argentina, y el camino emprendido con la construcción de Atucha I, fueron parte de un plan estratégico de la Comisión que – en su Memoria Anual de 1970 – proyectaba la

¹⁰⁶ En alusión al título del trabajo realizado por Walter Scheuer y Ernesto Maqueda (2014).

¹⁰⁷ Boletín de la APCNEA, N°21, marzo de 1973.

existencia de “tres centrales nucleares en funcionamiento” (CNEA, 1970: 10)¹⁰⁸ para el decenio 1970-1980. Así, mientras en la provincia de Buenos Aires se llevaban a cabo las obras de infraestructura para la puesta en marcha de Atucha, el gobierno de facto encabezado por el general Lanusse (1971-1973) dispuso el llamado a concurso de ofertas para construir una segunda central nucleo-eléctrica que habría de instalarse en la localidad cordobesa de Río Tercero (CNEA, 1971).¹⁰⁹ A diferencia de lo ocurrido en el primer caso, la decisión sobre el tipo de combustible que debía emplearse en la nueva usina nuclear – Embalse – fue objeto de un acalorado debate que trascendió pronto las fronteras institucionales e involucró la participación de distintos actores, entre los que cabe destacar al Poder Ejecutivo Nacional (PEN), a las autoridades de la Comisión y a un sector mayoritario del personal, nucleado en la Asociación de Profesionales (APCNEA), (Maqueda y Scheuer, 2014).

A comienzos de 1972 – tras conocerse la resolución favorable del PEN – la CNEA anunció la instalación en Córdoba de una central que duplicaría la potencia de Atucha I y sería construida con una participación del 50% de la industria e ingeniería nacionales. La noticia sobre la licitación de Embalse, fue acompañada por una serie de disposiciones de la Junta de Comandantes en Jefe que estableció como parte de las Políticas Nacionales que “el desarrollo de las centrales nucleares argentinas, debería hacerse sobre la base de Uranio nacional” (Diario *Clarín*, 1972).¹¹⁰ El hecho de que los militares reemplazaran la palabra “natural” por “nacional” para referir al tipo de combustible que se utilizaría en la segunda central nucleo-eléctrica, despertó la sospecha de un grupo de profesionales del Departamento de Reactores de la CNEA, que vieron en ello una alusión indirecta para respaldar las ofertas de los proveedores de Uranio enriquecido (Rossen, 2009). Como argumenta el físico Jorge Rossen, uno de los miembros del equipo de Reactores y protagonista clave de la *polémica*,

“[La opción por el Uranio enriquecido] daría lugar a una situación de dependencia estratégica en materia tecnológica y energética que estábamos lejos de aceptar pasivamente.

La primera central nuclear que ya estaba en construcción, [Atucha], utilizaría Uranio natural y parecía un contrasentido instalar una segunda [usina] con una

¹⁰⁸ Memoria Anual de la CNEA, 1970.

¹⁰⁹ Memoria Anual de la CNEA, 1971.

¹¹⁰ “El combustible de las usinas nucleares”. Diario *Clarín*, 4 de junio de 1972.

tecnología totalmente diferente, por lo antieconómico que podía resultar su mantenimiento y la dificultad de encarar desarrollos y producción nacional de partes” (Rossen, 2009: 1-2).

En efecto, la mayoría de los profesionales de la Comisión sostenía, entonces, que en el estado de desarrollo técnico e industrial en que se encontraba el país, la opción por el Uranio natural era la más conveniente no sólo para garantizar la *continuidad* de los importantes avances tecno-científicos de la CNEA en el manejo del combustible sino, también, para lograr la independencia del programa nuclear argentino (Maqueda y Scheuer, 2014). Y es que la posibilidad de enriquecer Uranio a comienzos de los '70, estaba en manos de apenas dos países, Estados Unidos y la Unión Soviética que, además, eran los únicos con capacidad de “realizar ese servicio a escala comercial” (Rossen, 2009). De manera que optar por el Uranio enriquecido implicaba – en los hechos – entrar en una relación de *dependencia* con “los conglomerados internacionales que actuaban en ese sector” (IADE, 1973)¹¹¹ coartando, a la vez, las oportunidades de un “desarrollo autónomo”. Como refiere uno de mis entrevistados,

“En aquel momento era absolutamente imposible, digamos, no someterse a las decisiones de Estados Unidos y la URSS si uno quería disponer de Uranio enriquecido. ¡Hasta Alemania se tenía que someter! Todos los países se tenían que someter a los que podían enriquecer que, a la sazón, eran los únicos que tenían bomba...” (E10, 2015).

Una decisión de tal naturaleza, no sólo limitaba la capacidad argentina para definir una línea tecnológica propia, coherente con el grado de desarrollo alcanzado en el campo de las investigaciones nucleares si no que, incluso, iba en contra de la tecnopolítica que se había afianzado en la CNEA desde mediados de los años '60. Por ello, cuando se tuvo conocimiento de que, durante el proceso de negociación por Embalse, Lanusse y un sector importante del Ejército respaldaron la oferta de un reactor de Uranio enriquecido de la firma norteamericana Westinghouse (Hurtado, 2009),¹¹² los profesionales de la Comisión – el grupo de Reactores y otros nativos

¹¹¹ Revista *Realidad Económica* N°12, “El IADE opina sobre Uranio natural y política nuclear independiente”. 28 de febrero de 1973.

¹¹² “Supimos que Lanusse tenía trato con la empresa Westinghouse, y que quien actuaba de intermediario era el Capitán Manrique (el Director del diario "Correo de la tarde"). Por otro lado también nos enteramos que el Ingeniero Cosentino alentaba la idea de crear una

nucleados en la APCNEA – decidieron tomar cartas en el asunto y “convocar a una asamblea en la Sede Central, invitando al Contralmirante Quihillalt, [para] que dijera públicamente cuál era la posición que la institución había adoptado [respecto de la opción propuesta]” (Rossen, 2009: 2).

Sobre dicho episodio, Rossen (2009) recuerda:

“La concurrencia a Sede fue masiva. El Salón de Actos albergó a cientos de profesionales llegados de los diversos centros atómicos para escuchar las palabras del presidente. En ese contexto, Quihillalt expresó: “[La elección del combustible] *es un problema político, no un problema técnico. Como nosotros somos técnicos no podemos opinar; dejemos que opinen los políticos*”.

[Tras la breve exposición del marino] nos quedó claro a todos que la opción preferida (o impuesta) [a las autoridades institucionales] era favorable al Uranio enriquecido” (Rossen, 2009: 3).

El relato del físico coincide con el de varios de los medios de la época (*Clarín; La Opinión; El Cronista Comercial*, etc.),¹¹³ que – en algunas de sus notas – reprodujeron el discurso de Quihillalt y su visión en torno a la cuestión del combustible:

“La resolución [de ese dilema] obviamente escapa por su índole a la Comisión Nacional de Energía Atómica; es un problema de orden nacional, político y deberá resolverlo el Poder Ejecutivo, limitándose la CNEA al asesoramiento técnico-económico”.¹¹⁴

Como señala Rossen, lejos de llevar calma, las palabras de Quihillalt encendieron las alarmas entre los profesionales nucleares que – ante la indiferencia de su ‘líder’ – decidieron sentar posición frente al problema que planteaba la elección del combustible y comenzaron a imaginar formas de intervenir en la *polémica* para contrarrestar a la corriente de opinión proclive al Uranio enriquecido. En un clima de represión que coartaba la posibilidad de hacer públicos los disensos y llevar a cabo

empresa privada para llevar adelante el manejo del proyecto y la administración de los fondos, por fuera de la CNEA” (Rossen, 2009: 4).

¹¹³ Cabe señalar que, a fines de los años ’60 y a lo largo de la década del ’70 – con particular énfasis durante la última dictadura (1976-1983) – la cuestión nuclear se tornó un tema de interés público, tal como lo demuestra el hecho de que la temática haya formado parte de la agenda mediática de la época. Una mención a ello, puede verse en el trabajo que realizamos en coautoría con la historiadora Milagros Rodríguez (2017), acerca de la existencia de una hemeroteca en la CNEA, que reúne material periodístico sobre la Comisión, del período que va entre 1965 y 2008.

¹¹⁴ “La Central Nuclear Córdoba a punto de ser verdad”, *El Cronista Comercial*, 5 de junio de 1972.

acciones colectivas, el grupo de Reactores consideró que la mejor forma de ‘dar la pelea’, radicaba en convencer a los asesores de Lanusse sobre las ventajas técnico-políticas de adoptar la línea del Uranio natural y, con esa meta, se volcaron a redactar un conjunto de documentos para examinar comparativamente el impacto político, tecnológico e industrial que ambas alternativas tendrían para el país. De ese modo – pensaban los rectoristas – se lograría que los sectores con “capacidad de presión política” en el gobierno dispusieran de la información necesaria para fundamentar técnicamente la opción favorable al Uranio natural (Rossen, 2009).

Según Rossen, una vez finalizada la redacción y hechas las primeras copias de los documentos,

“Me dirigí a Sede Central para reunirme con Walter Scheuer – por entonces Presidente de la APCNEA – a quien le comenté que habíamos escrito [los textos] con el fin de hacerlos llegar a los responsables de las áreas técnicas de las tres fuerzas armadas y de los organismos asesores que podían incidir en la decisión. Le propuse a Scheuer que presentáramos [la documentación] con el sello de la APCNEA, para darle más respaldo, dado que a nosotros no nos conocía nadie y sólo con nuestras firmas no [lograríamos concitar la atención de nuestros interlocutores]” (Rossen, 2009: 4).

Cuenta Rossen (2009: 4) que la propuesta del grupo de Reactores fue muy bien acogida por el presidente de la APCNEA, quien le habría confesado el interés de la Asociación por participar en la *polémica* aún cuando sus miembros no habían definido todavía de qué manera intervenir. Se convino, entonces, aunar los esfuerzos de los profesionales y, en julio de 1972, la APCNEA creó una ‘Subcomisión ad-hoc’ (SC) con los miembros del grupo de Reactores y otros asociados para desarrollar una “campana” que defendiera la posición mayoritaria del personal atómico a favor del combustible de Uranio natural (Maqueda y Scheuer, 2014):

“La conformación de la SC resultó crucial para [cumplir con los objetivos trazados]: permitió un rápido aprovechamiento de la productiva [labor] realizada [por el equipo de Reactores] y proveyó a la Comisión Directiva (CD) de la Asociación de un instrumento de elevada capacidad de generación de respuestas y difusión veloz de sus posiciones tecnológicas y políticas” (Maqueda y Scheuer, 2014: 5-6).

Así, mientras Rossen y su grupo (constituido por los ingenieros Alapín, Garabatto, Carballido y Caraffa)¹¹⁵ se reunían con los “encargados de las áreas de ciencia y técnica de las distintas fuerzas armadas” (Maqueda y Scheuer, 2014) para entregarles copia de la documentación elaborada, desde la APCNEA se definían y organizaban las acciones a seguir en la *campana*, con la certeza de que el “éxito” sólo se lograría si podían “llegar a la mayor porción posible de la opinión pública, a los dirigentes de [distintos] grupos sociales, incluyendo los gubernamentales de todo nivel e – ineludiblemente – a gran parte del espectro de [los denominados medios de comunicación masiva]” (Maqueda y Scheuer, 2014: 6).

Maqueda y Scheuer (2014) reseñan los acontecimientos que tuvieron lugar en la CNEA entre julio de 1972 y marzo de 1973 con motivo de la *polémica* del combustible para Embalse pero, a diferencia de Rossen (2009) cuyo abordaje se ciñe – más que nada – al rescate de la labor pionera del grupo de Reactores, su trabajo describe el rol protagónico que asumió en la *campana* la Asociación de Profesionales y el impacto que produjo su actuación a nivel interno, relativizando el mito institucional del *apoliticismo*. A partir del relato de ambos físicos sobre la cuestión del Uranio,¹¹⁶ nuestro análisis etnográfico indagará – en las páginas que siguen – las tensiones que enfrentaron a los miembros de la APCNEA con las autoridades de la Comisión y derivaron – pronto – en una “batalla” (Maqueda y Scheuer, 2014) o ‘contienda *política*’ por la *autonomía tecnológica* y la *soberanía* argentina en el campo de la energía atómica.

Como explican Maqueda y Scheuer (2014), la existencia de “*un lobby comercial a favor de Westinghouse y el Uranio enriquecido*” (E3, 2014) y la falta de una definición institucional sobre la línea tecnológica que debía priorizarse en Embalse, motivaron la actuación de los profesionales de CNEA para quienes la decisión a tomar sobre el tipo de combustible poseía un carácter

“eminente político, [pues] *de ella dependía que la integración de la energía nuclear en el esquema energético nacional constituyese un aporte*

¹¹⁵ Lamentablemente, todos fallecidos al momento de realizar esta investigación.

¹¹⁶ Como en el caso de Rossen, la reconstrucción hecha por Maqueda y Scheuer sobre la *polémica* del Uranio tiene un valor testimonial, en la medida en que ambos fueron protagonistas directos de los episodios narrados: Walter Scheuer como presidente de la APCNEA entre 1972 y 1973; y Ernesto Maqueda como miembro de la Comisión Directiva (CD) de aquella entidad.

positivo para el desarrollo del país o se convirtiese en un instrumento más del subdesarrollo y la dependencia” (Scheuer, 1973).¹¹⁷

La posición de la APCNEA contrastaba, así, con la actitud ‘esquiva’ de Quihillalt quien, con su discurso “tecnocrático”, no sólo había desligado a la Comisión de toda responsabilidad *política* en la *polémica* por el Uranio sino que – incluso – había ‘puesto en duda’ la probada capacidad técnica del organismo al afirmar públicamente que “no era partidario ni de una ni de otra [de las alternativas tecnológicas]” (Quihillalt, 1972)¹¹⁸ ‘en pugna’. La *indefinición* del marino sobre el problema del combustible, no dejó indiferentes a los profesionales que – además de manifestarle su preocupación a Quihillalt – impulsaron acciones más ‘drásticas’ para difundir su postura en el debate más allá de la CNEA. Con ese objeto, en septiembre de 1972, los miembros de la Asociación lanzaron la primera de tres “Solicitudes” en el diario *Clarín*, decididos a convertir el tema del Uranio (y de la energía atómica, en general) en un asunto de interés nacional y público (Fernández Larcher, 2016).

Entre los principales puntos incluidos en aquel comunicado, los profesionales señalaban:

“Es imprescindible que las características de la Central Córdoba no constituyan el fruto de una decisión aislada sino que sean seleccionadas como un eslabón de una política nuclear argentina dotada de continuidad [y cuya meta radique en] adoptar una línea de reactores acorde al principio fundamental del pleno control de los recursos energéticos nacionales, tanto naturales como producidos en [las usinas] nucleares [del país]” (APCNEA, 1972).¹¹⁹

Como refería uno de mis entrevistados:

“Para tener un programa nuclear completo, uno tenía que decidir qué línea usaba: entonces, la pregunta en ese momento era: “¿Podemos enriquecer uranio?” No. En ese momento no podíamos hacerlo. Entonces, la decisión lógica era elegir Uranio natural. Porque la segunda pregunta que había que formularse era: “¿Podemos manejar un programa de Uranio natural?” Y en ese momento se pensó que sí. Y el tiempo nos dio la razón...” (E10, 2015)

¹¹⁷ El subrayado es original.

¹¹⁸ “Usinas atómicas: debate sobre El uso del Uranio enriquecido”, diario Clarín. 19 de mayo de 1972.

¹¹⁹ “Uranio Natural. Única alternativa para las centrales nucleares argentinas”. Solicitada de la APCNEA publicada en el Diario Clarín el 7 de septiembre de 1972.

Sin embargo, ‘torcer’ la decisión del gobierno de facto sobre el rumbo que debía adoptar la CNEA, no fue fácil. Hemos señalado ya que, tanto Lanusse como un sector importante del Ejército, respondían a los intereses comerciales de la firma Westinhouse y la actitud de las autoridades institucionales parecía ir en la misma dirección. Así se lo hacía entrever Scheuer al propio Quihillalt en una de las reuniones que ambos mantuvieron en el tiempo que duró la *polémica*:

“[La CNEA] anunció que no elevaría [un informe técnico] con opinión sobre Embalse [al Poder Ejecutivo] dejando así libre el camino a todo el mundo, en particular, a quienes favorecen el Uranio enriquecido. Nosotros salimos a llenar [ese] vacío [con la Solicitada]. Creemos que al no emitir [una] definición [sobre el combustible], se deja el campo demasiado abierto y esto podría decidir finalmente por una línea que el personal de la CNEA no crea la más conveniente” (Cuadernos de Scheuer, 1972).¹²⁰

En la misma reunión, el presidente de la Asociación aclaraba a Quihillalt que la disputa “Uranio natural vs. Uranio enriquecido” fue percibida y tratada desde el inicio por los profesionales como un tema *político* antes que meramente *técnico*:

“Ayer usted sostuvo que la demora en la definición [sobre la central cordobesa] era atribuible a la *politización* [que había alcanzado el tema y que] estimaba *perjudicial* continuar *agitando* el asunto. Nosotros sostuvimos desde el comienzo que la cuestión era *política*, en el sentido elevado de la palabra [y salimos] a *luchar* por nuestra posición” (Cuadernos de Scheuer, 1972; mi énfasis).

Para el ‘establishment’ de la Comisión, que concebía a la *política* en términos ‘negativos’, como una dimensión “*que estaba fuera de las paredes de esta [institución] ‘sana’ y ‘sacra’*” (E11, 2015), las acciones de la APCNEA fueron interpretadas como un gesto ‘transgresor’ y *perjudicial* para el desarrollo de la *polémica*. Mientras los profesionales – imbuidos del espíritu tecno-nacionalista que se afianzó con Sabato – recuperaban el sentido “*elevado de la política*”¹²¹ en defensa de los intereses nacionales y la *autonomía tecnológica*, paradójicamente, las autoridades del organismo descalificaban sus actos al juzgarlos como acciones *politizadas*.

¿Cómo explicar que frente a un tema tan sensible como el de la dependencia en materia nuclear, la autoridad máxima de la CNEA exhibiera públicamente su

¹²⁰ Notas de la reunión que mantuvieron Scheuer y Quihillalt el 24 de octubre de 1972.

¹²¹ O de lo que – en el primer Capítulo de la tesis – he llamado la ‘buena política’.

indefinición respecto de la línea tecnológica que convenía adoptar en Embalse?
¿Cómo comprender que el esfuerzo de la Asociación de Profesionales por mantener la *continuidad* de la política institucional, fuera visto como un caso de *politización*?
La respuesta a estos interrogantes, surge de los dichos de uno de mis entrevistados:

“...Por toda una serie de motivos, el campo político, acá, en la Comisión, era un campo abandonado a propósito... Pero se hacía política y ¡cómo!... No hay peor política que la de los tipos que se llaman “apolíticos” y la hacen entre ellos...” (E11, 2015).

A la luz de esta afirmación y de los testimonios de Rossen (2009), Maqueda y Scheuer (2014), queda claro que el discurso tecnocrático de Quihillalt y la decisión de elevar un informe al Poder Ejecutivo “sin aconsejar [sobre] ningún tipo particular [de combustible]” (Cuadernos de Scheuer, 1972), resultaron funcionales a la posición de Lanusse a favor del Uranio enriquecido. El “apoliticismo” atribuido a la CNEA se convertía, entonces, en una suerte de ‘pantalla’ para ocultar los intereses de un sector del personal ligado al poder. Pero aún hay más: aquella visión sustentada por las autoridades invisibilizaba, también, los conflictos internos entre los trabajadores de la Comisión referidos a las características que debía adoptar la segunda central nucleo-eléctrica. Como recuerdan otros nativos:

“Con esto del Uranio natural y enriquecido, pasó un poco así. Terminó siendo una especie de Boca-River...” (E10, 2015)

“Con la segunda [Central] hubo cierta discusión [en la CNEA] porque ahí había un lobby comercial detrás. Había representantes argentinos, compañías argentinas que representaban los intereses de Westinghouse. Entonces, esos tipos estaban tratando de vender ellos” (E3, 2014)

“Un tema que fue medio bisagra acá en la Comisión, fue si la Argentina adoptaba centrales de Uranio natural o Uranio enriquecido. Hubo dos versiones: la versión ‘nacionalista’, por decirlo de alguna manera, y la versión ‘comercial’... Yo no sé si tengo la respuesta de por qué ganó una o la otra... Escuché tantas versiones de los protagonistas... Pero había cosas desde... intereses de los representantes de las empresas... siempre hay alguien que representa a las empresas... Y el tema de “lo hacemos nosotros”, ¿no?... que eso podía tener cierto sesgo ‘nacionalista’...” (E12, 2013).

“Había un sentido de “autonomía”, que viene – prácticamente – desde el principio de la Comisión. Y, precisamente, lo que se temió cuando la campaña del Uranio natural es que eso se perdiera con la compra de la central a [la firma] Westinghouse...” (E8, 2015)

Los dichos de los nativos, identifican a la *polémica* del Uranio con un episodio *bisagra* en la trayectoria de CNEA y muestran cómo – en conflicto con los valores tecno-nacionales sostenidos desde la institución – existieron otros intereses sectoriales capaces de poner en riesgo la *autonomía tecnológica* lograda en el campo de las investigaciones nucleares. Pero además de cuestionar el mito del *apoliticismo* y poner de manifiesto las tensiones que suscitó internamente la *campaña*, otra de las ‘ficciones’ que derribó la cuestión del combustible fue la que produjo la metáfora de una institución *aislada* de los contextos más amplios. Al respecto, escribía Sabato:

“Una última y más dramática muestra de la vigencia alcanzada por la energía atómica en la Argentina, la constituye el agitado debate que se libra actualmente con referencia al combustible nuclear que alimentará a la central de Río Tercero (...) La polémica ha alcanzado la cima misma del gobierno (...) Lo atómico ha dejado pues de ser un tema académico y de laboratorio, y se ha integrado a la trama sociopolítico-económica argentina...” (Sabato, 1973: 28-29).¹²²

En efecto, la discusión sobre Embalse trascendió pronto las fronteras institucionales y cobró estado público, a través de la intervención de “asociaciones gremiales, universidades, medios, agrupaciones políticas y hasta una fracción importante del hombre de la calle” (Maqueda y Scheuer, 2014: 1). Como apunta Maqueda (2009):

“El debate que se suscitó bajo el lema “Uranio natural vs. Uranio enriquecido” involucró a toda la sociedad y condujo a un pronunciamiento decisivo a favor de la autonomía tecnológica en materia nuclear. Desde mi punto de vista no hubo, ni antes ni después un tema de alto contenido técnico que atrajera y comprometiera de esa manera a la opinión pública” (Maqueda, 2009: 66).

De acuerdo con Scheuer (1972),¹²³ el carácter público que adquirió la *polémica* a raíz de las intervenciones de la APCNEA,¹²⁴ habría provocado cierto ‘malestar’ en el gobierno, según le confesara el propio Quihillalt, quien llegó a decirle que “lo que

¹²² SABATO, J. Revista Visión, 24 de marzo de 1973.

¹²³ Cuadernos de Scheuer, “Reunión con Quihillalt”.

¹²⁴ Entre otras, la publicación de solicitadas en los diarios de mayor circulación del país; la participación en conferencias y mesas redondas para discutir el problema en universidades y en ámbitos como la CGE (Confederación Económica Argentina), la AFA (Asociación Física Argentina), etc. Para más detalles sobre el desempeño público de la APCNEA, ver: <https://uranionaturalvsenriquecido.wordpress.com/repositorio/>

más irritaba a Lanusse en todo ese asunto [eran] las Solicitadas”. Y agregaba, luego, que aquellos comunicados hacían que el presidente de facto se sintiera bajo “presión” (Cuadernos de Scheuer, 1973). En algún punto, como deja entrever Scheuer, la *politización* atribuida a las acciones de los profesionales estuvo ligada – también – a la ‘osadía’ de traspasar las barreras institucionales y hacer pública una discusión que debía resolverse ‘puertas adentro’ o, en el mejor de los casos, ser dirimida por la Junta de Comandantes.

No nos extenderemos aquí sobre las repercusiones y el curso que tomó el debate,¹²⁵ pero dedicaremos los últimos párrafos de esta sección a examinar su desenlace. Como advierten Maqueda y Scheuer (2014), la persistente acción de los profesionales de CNEA y el apoyo público logrado en los meses que duró la *polémica*, inclinaron la decisión del Poder Ejecutivo a favor de la línea de reactores de Uranio natural.¹²⁶ El 14 de marzo de 1973, a tres días de las elecciones que consagraron la fórmula Cámpora – Solano Lima, “la Junta Militar resolvió que el Uranio natural era el que más se ajustaba a la conveniencia nacional, conforme a la opción promovida por la APCNEA” (Maqueda y Scheuer, 2014: 12).

Poco tiempo más tarde, el 31 de mayo, en ocasión de la renovación de autoridades de la Asociación, su presidente saliente, Walter Scheuer, exclamaba:

“Es una satisfacción [señalar] que esta Comisión Directiva cree haber contado –como ninguna anterior- con el apoyo múltiple de numerosos asociados. Sin él, hubiese sido imposible para la APCNEA desempeñar el relevante rol que tuvo en la cuestión del tipo de combustible. (...) [Dicha cuestión] brindó un ejemplo significativo [de unidad entre los profesionales]: los grupos de trabajo se integraron con socios de diversas posiciones partidistas e ideológicas, todos animados de un profundo *sentido nacional*; el motor se llamó ‘*nacional*’.

¹²⁵ Una síntesis de estos temas puede verse en el trabajo de Scheuer y Maqueda (2014).

¹²⁶ Esta visión contrasta con la de Jorge Rossen, para quien las acciones llevadas adelante por la APCNEA no habrían sido el factor determinante que logró torcer la decisión del PEN a favor del Uranio natural. Desde el punto de vista del físico, el resultado favorable a dicho combustible se logró a partir de las gestiones realizadas por el grupo de Reactores con los oficiales técnicos de las tres Fuerzas Armadas. Como me refiriera Rossen en una de nuestras entrevistas, “[nosotros] *debimos asistir a los oficiales en diversas consultas y pedidos de aclaraciones y hubo tres oportunidades en las que Lanusse estuvo a punto de firmar un decreto (a favor de la opción enriquecido) y los militares que tenían llegada a él le dijeron enfáticamente que no firmara porque todavía estaban estudiando el tema y no acordaban con esa opción. [...] La opinión pública no tuvo ninguna trascendencia en esta materia [...] Como ya te dije, el resultado logrado fue consecuencia de haber aunado nuestra argumentación técnica con la capacidad de presión política de los cuadros técnicos militares...*” (E26, 2017).

Conviene no engañarse: la cuestión del combustible fue – con todo – una fácil, relativamente simple. Vendrán otras de la misma índole o de índole más compleja. Será ese el momento de recordar que *en la unidad de los profesionales de la CNEA alrededor de un objetivo netamente nacional* ha estado su fuerza” (Scheuer, 1973; mi énfasis).

El discurso de Scheuer constituye una muestra de lo que – en el Capítulo anterior – identificamos con el ‘espíritu tecno-nacionalista’ que caracterizó desde el inicio a la CNEA y cristalizó institucionalmente a mediados de los ’60, de la mano de Jorge Sabato, su principal *ideólogo*. Aquel sentir, llevado a su máxima expresión en los meses que duró la *polémica* por el Uranio, fue el “cemento” que mantuvo *unido* al personal de la CNEA – más allá de sus inclinaciones partidarias – y produjo un tipo ‘específico’ de profesional consustanciado con su tarea, entendida como un aporte a los procesos de *desarrollo e independencia* tecno-científica del país. Esos “*profesionales con sentido nacional*” (Rossen 2009, 2017), no sólo pudieron “torcerle el brazo a un dictador militar y obligarlo a tomar una decisión contraria [a] sus intereses privados” (Rossen, 2009: 6), sino que recuperaron para la CNEA el “sentido elevado de la política” (Cuadernos de Scheuer, 1972): aquel que alejaba esa práctica de su dimensión ideológica para volverla un espacio de comunión social.

En algún punto, entonces, el caso analizado puede considerarse una experiencia de ‘auto-afirmación’ más que un episodio de *politización* del personal pues, a pesar de ser juzgado en forma negativa por las autoridades y otros nativos de la CNEA, intentó rescatar – o, mejor – recrear parte del espíritu de la *mística institucional*: el sentimiento de *unidad* de los trabajadores en pos de un objetivo supremo, la Nación. Desde esta perspectiva, la *polémica* por el Uranio no produjo una ‘ruptura’ significativa con el ‘mito de la Comisión’, pero sí sentó un precedente en términos de organización y participación del personal en asuntos de *política interna*, que relativizó la cuestión del *apoliticismo* y fue el germen de otras experiencias políticas como las que examinaremos a continuación, en el marco de los sucesos ocurridos en la CNEA tras el retorno del peronismo al gobierno.

IV. Las experiencias de *politización* en la CNEA bajo el tercer gobierno peronista

*“Nosotros les pusimos la política en la Comisión...
Una política distinta; una política explícita y no la política escondida de ellos...”* (E11, 2015)

A diferencia del caso anterior, referido a la *polémica* por el Uranio, los episodios protagonizados – en 1973 – por un sector del personal de la CNEA, pueden considerarse experiencias ‘disruptivas’ que – al recuperar el sentido “antagonista” de la política (Mouffé, 2011) y situar esa dimensión en el centro de los debates institucionales – transgredieron el mito fundacional del “apoliticismo” y, por primera vez, tornaron explícita la influencia de los contextos más amplios sobre la dinámica interna de la CNEA. El impacto de la coyuntura nacional en el organismo atómico, no sólo produjo el ingreso de la política partidaria y la (para muchos temida) ‘peronización’ de los trabajadores nucleares sino, también, una resignificación positiva del vínculo entre la política y la técnica, que se tradujo en una serie de iniciativas locales para redefinir la ‘política institucional’ y readecuar los objetivos de la Comisión a las exigencias de un tiempo caracterizado por las expectativas de transformación social (Gilman, 2012).

Es necesario aquí hacer una aclaración sobre las especificidades que tuvo en la CNEA el período examinado: mientras que, a nivel nacional, la “politización” y “peronización” de los ’70 hizo referencia a distintas experiencias de “activación política” entre los actores sociales (Svampa 2003; Chama 2016; Reta 2020), dentro de la Comisión, muchas veces, los nativos tendieron a confundir u homologar ambos procesos. Resulta, pues, indispensable abordar este aspecto con mayor detalle, para identificar y comprender los sentidos y las perspectivas nativas sobre la *política* según la caracterización hecha por los trabajadores nucleares.

Existe una vasta literatura (Ollier 1998; Sigal 2002; Visacovsky 2002; Svampa 2003; Tortti 2006; Guglielmucci 2007; Gilman 2012) que ha señalado cómo entre los años ’60 y ’70 amplios sectores de las capas medias argentinas se volcaron hacia la

actividad política con un fervor y entusiasmo que los condujo, por lo general, a “radicalizar” sus prácticas.¹²⁷ Como explica Ana Guglielmucci (2007),

“...la radicalización de las agrupaciones y movimientos políticos de [aquella época] no puede entenderse [de manera aislada] a la cultura política e institucional [del país]. Tanto los hombres y mujeres que vivieron los sucesivos golpes de Estado de la segunda mitad del siglo XX, como sus hijos, experimentaron y aprendieron lo que era la política en un contexto donde los canales de participación democrática estuvieron fuertemente censurados” (Guglielmucci, 2007: 12)

A fines de los sesenta, numerosos enfrentamientos expresaron la herencia de casi dos décadas de fricciones que se manifestaron bajo la forma de antagonismos o “antinomias políticas irresolubles”: ‘peronismo o anti-peronismo’, ‘reformismo o revolución’, ‘liberación o dependencia’, ‘socialismo o capitalismo’, entre otras (Guglielmucci, 2007: 16). En particular, la etapa abierta con el “Cordobazo” (1969),¹²⁸ estuvo signada

“por una creciente masividad y radicalización de las prácticas políticas y un clima generalizado de efervescencia social en el que surgieron y se reconfiguraron – a nivel ideológico y organizativo – diferentes actores sociales y políticos, dando forma a lo que se denominó como la ‘Nueva Izquierda’” (Murphy, 2019: 89).¹²⁹

Como refiere Cristina Tortti (2006: 22), en ese ‘espacio’ heterogéneo, convergieron “grupos que provenían del peronismo, de la izquierda, del nacionalismo y de los sectores católicos ligados a la teoría de la liberación”. Pero si

¹²⁷ Como explican diversos autores (Svampa 2003; Guglielmucci 2007; Franco 2012; Gilman 2012; Chama 2016; Reta 2020), la “radicalización política” hizo referencia al proceso por el cual – en el marco de las profundas transformaciones sociales y económicas que tuvieron lugar en los años ’60 y ’70 – “algunos grupos comenzaron a debatir la posibilidad de buscar caminos diferentes a los partidos tradicionales y al capitalismo, para lograr un cambio de la situación y una mejora en las condiciones de vida de la población. De esta forma – escribe Ana Guglielmucci (2007) – muchos hombres y mujeres concibieron la vía revolucionaria como una alternativa válida y optaron por la lucha armada como una estrategia, entre otras, para alcanzar el socialismo” (Guglielmucci, 2007: 14)

¹²⁸ Para un análisis pormenorizado de esta experiencia y sus efectos en la vida política nacional, ver Gordillo et al, (2019).

¹²⁹ De acuerdo con María Cristina Tortti (2006), la “Nueva Izquierda” englobó “al conjunto de fuerzas sociales y políticas que contribuyó decisivamente a producir el intenso proceso de protesta social y radicalización política que incluyó desde el estallido espontáneo y la revuelta cultural hasta el accionar guerrillero”. (Tortti, 2006: 22).

lo señalado hasta aquí remite a un proceso que podríamos caracterizar como el de la “politización” de la sociedad, entendiendo por ello el “modo en que la política confirió sentido a las prácticas sociales [y] adoptó un [significado] específico (...) en tanto compromiso absoluto, militancia permanente y posición crítica frente al sistema [socio-político] vigente” (Visacovsky, 2002: 216), la “peronización”, por su parte, señaló el proceso de ‘conversión’ o reorientación de un sector de las capas medias – en particular, los intelectuales y universitarios – hacia el movimiento peronista (Altamirano, 2001) que, por otro lado, “había actualizado su doctrina desde una perspectiva de izquierda” (Murphy, 2019: 89).

Como veremos a continuación, en la CNEA, la distinción analítica entre “politización” y “peronización” se tornó, muchas veces, ambigua en la medida en que el ingreso o ‘irrupción’ de la *política* (partidaria) en el organismo, pareció referir exclusivamente a la ‘peronización’ de un sector del personal, con independencia de las simpatías o de las posturas ideológico-políticas de otros trabajadores. Y es que, como se desprende de mi investigación de campo, más allá de los grupos ‘tecnocráticos’ ligados al poder institucional, los únicos que lograron disputar la correlación de fuerzas políticas en la Comisión, fueron los sectores encabezados por los *muchachitos* peronistas. En otros términos, a comienzos de los ’70, sólo el peronismo – y en particular, el peronismo de izquierda – ejerció en CNEA una gravitación política que hizo, incluso, que aquellos sectores progresistas de la izquierda no-peronista – se plegaran a sus reclamos de *democratización* institucional.¹³⁰

Como en otros establecimientos públicos, la ‘peronización’ en la CNEA tomó, también, “la forma de una revuelta generacional contra las antiguas lealtades de los sectores medios antiperonistas (Visacovsky, 2002: 220)”. En efecto, se podría argumentar que parte de la rivalidad y el antagonismo entre los defensores del *statu quo* institucional y los trabajadores ‘peronizados’ (en su mayoría, jóvenes), se debió al intento promovido por este sector de desplazar a las antiguas jerarquías

¹³⁰ En CNEA, las posiciones de izquierda, ‘filo-comunistas’, fueron minoritarias y no lograron articularse o confluír en ninguna agrupación del personal. La cuestión del comunismo no se presentó como un ‘problema’ – al menos en mis registros de campo – más allá de que algunos actores hayan vinculado a ciertos grupos de física con la *izquierda*, llegando a denominar a su Departamento del CAC “*antro de comunistas*”. Sin embargo, esta ‘acusación’ fue desmentida por los mismos físicos, que no se concibieron a sí mismos como un grupo radicalizado (E8 2015; E24 2013).

institucionales (ocupadas por los “*viejos*” o “*históricos*”). En tal sentido, una explicación posible sobre los motivos del conflicto que tuvo lugar en la Comisión en 1973, podría ser la del recambio de autoridades y las disputas por la conducción del organismo, independientemente de las adscripciones partidarias de los nativos.

De cualquier manera, si analizamos ese conflicto con una perspectiva histórica – y nos remontamos a los inicios de la actividad nuclear en el país – veremos que para un sector mayoritario de la CNEA – y, en especial, para los grupos vinculados al poder – el peronismo constituyó siempre un problema. En palabras de uno de mis entrevistados,

“Cuando – en 1952 – Iraolagoitia “*consigue que el personal no tuviera que afiliarse al Partido para trabajar en la Comisión, la cargada era que el “gorilaje” residía en la CNEA. ¡Y sí!... O sea que hay una “tradicón” en ese sentido que viene de aquellos años*” (E7, 2013; mi énfasis).

‘Peronización’ y *politización* se utilizaron, pues, en muchos casos, como expresiones sinónimas para dar cuenta de un clima de época en la CNEA, que coincidió con el ascenso de Héctor Cámpora al gobierno. Al identificarse con el peronismo,¹³¹ la *política* quedó asociada a un sentido espurio y ‘negativo’, como vimos en el primer Capítulo de la tesis. Ahora bien, no todo lo ocurrido en la Comisión – en 1973 – fue sinónimo de ‘peronización’. Como también veremos en este Capítulo, la *política* adquirió un significado ‘positivo’, en la medida en que fue concebida y utilizada como una herramienta para transformar a la CNEA y reestructurar sus objetivos institucionales.

Hechas estas aclaraciones, en las páginas que siguen el objetivo del análisis estará puesto en mostrar cómo – tras el retorno del peronismo al gobierno – la *política* tiñó todas las discusiones que se dieron al interior de la CNEA y se convirtió

¹³¹ Hemos señalado ya que entre los años ’60 y ’70, se produjo una revisión crítica del peronismo que derivó en la actualización de su doctrina, desde una perspectiva de izquierda(s). Como se observa en el presente, existen diversas tendencias políticas o ideológicas al interior de dicho movimiento. En CNEA, la que prevaleció en 1973, fue la tendencia que podríamos identificar como la ‘izquierda no-revolucionaria’ que, además, actuó en forma independiente a las consignas de las distintas agrupaciones (radicalizadas o no) en las que, por entonces, se encontraba dividido el movimiento: “Juventud Peronista”, “Montoneros”, “Fuerzas Armadas Peronistas” (FAP), entre otras.

en una dimensión más de la vida institucional, independientemente de la valorización o de las evaluaciones morales que de ella hicieran los nativos.

IV.a. Caso II. La irrupción de la ‘mala política’: El retorno del peronismo y las tensiones derivadas de la *politización* / ‘peronización’ del personal

El 25 de mayo de 1973, el triunfo de la fórmula Cámpora-Solano Lima puso fin a dieciocho años de proscripción del peronismo. Como explican diversos autores (De Riz 1987; Nievas 2000; Romero 2003; Svampa 2003), la asunción a la presidencia de Héctor Cámpora, estuvo precedida por un ciclo de movilización y protesta social contra la autodenominada “Revolución Argentina” (1966-1973), que forzó la decisión militar de abrir paso a una nueva etapa constitucional. En la visión de Maristella Svampa (2003), la “primavera camporista” se caracterizó por la imagen de una sociedad movilizada que asoció el retorno de Perón con la posibilidad de introducir cambios de tipo estructural en el rumbo económico y sociopolítico del país.

La “efervescencia” política del período se expresó en una agitación social sin precedentes que desbordó los canales previstos por la institucionalización y se manifestó en “el ciclo de tomas de hospitales, universidades, empresas y entidades públicas y privadas” en los meses de mayo y junio (Franco, 2012: 41).¹³² Como apunta Nievas (2000), las ocupaciones no fueron una práctica restringida al activismo. Personas que no participaban en política se lanzaron en aquellos días a las tomas de sus lugares de trabajo, de estudio e, incluso, de ámbitos relativamente ajenos a sus actividades. La “primavera de los pueblos” se expandió por la sociedad. La acción colectiva, organizada y altamente democrática se tornó bastante usual. Las asambleas eran tan cotidianas como masivas (Nievas; 2000: 45). Lo colectivo influía decisivamente sobre lo individual y, como pocas veces – advierte Romero (2003) – la primacía de la política fue postulada.

¹³² En relación a este punto, Fabián Nievas señala que “en apenas doce días, del 4 al 15 de junio, se produjeron más de 500 tomas de distinto tipo en todo el país”, (Nievas, 2000: 50).

La “fiebre ocupacionista”¹³³ tuvo su correlato en varios centros y dependencias del polo tecnocientífico nacional, que no estuvieron al margen del clima de movilización señalado. En efecto, entre el 6 y el 15 de junio de 1973, los principales diarios del país, registraron las “tomas” en tres de sus organismos: el CONICET, la CNEA y el INTA. En cada uno de ellos, las acciones impulsadas por los gremios y/o el personal, cobraron diferentes matices en función de los objetivos y reivindicaciones de sus trabajadores.¹³⁴ No obstante, en los tres casos, puede advertirse un interés común en los motivos que dieron lugar a las ocupaciones: el reemplazo o remoción de las autoridades institucionales, designadas en sus cargos en los años de proscripción del peronismo.

Dicho reclamo caracterizó lo que Nievas (2000: 82) denomina “tomas anticontinuistas” para describir las acciones realizadas en los entes públicos o estatales a fin de garantizar la “no-continuidad” de los funcionarios indeseados en sus puestos directivos. Según el autor, la medida consistía en “tomar” los espacios de trabajo y mantener la ocupación hasta tanto el gobierno ratificara a las autoridades elegidas por el personal de manera provisoria, o designara en su reemplazo a los nuevos interventores. En CNEA – afirma el sociólogo – la acción cobró especial

¹³³ El martes 12 de junio de 1973, el diario Clarín se refería con esa expresión a la ola de ocupaciones iniciadas en el país a fines de mayo, tras la asunción presidencial de Héctor Cámpora (Nievas, 2000: 37).

¹³⁴ Para una aproximación a las características de la “toma” del edificio del CONICET, ubicado en la calle Rivadavia 1917, ver Nievas (2000: 320-322). Según el sociólogo, la ocupación del Consejo por sectores de la Juventud Peronista y la Alianza Libertadora Nacional “para impedir que grupos *trotskistas* y *gorilas* perturben el normal proceso revolucionario y popular”, se habría producido entre el 5 y el 9 de junio de 1973. Por su parte, los diarios La Prensa (12-06-1973) y La Opinión (12-06-1973), sitúan el fin de la “toma” el día 12 de junio, tras el nombramiento de Vicente Cicardo como interventor del CONICET.

En el caso del INTA, los documentos y las fuentes consultados revelan que, entre el 6 y el 15 de junio, se produjeron ocupaciones en distintas dependencias y regionales del Instituto, encabezadas por diferentes gremios o asociaciones del personal. Así, por ejemplo, Nievas señala que el 6 de junio “fue ocupado por afiliados a APINTA el edificio central de INTA [Capital], desconociendo las autoridades del mismo y a la espera de que nombraran nuevos directivos” (Nievas, 2000: 220). En tanto, el periódico Política Obrera, del 22 de junio de 1973, refiere a la situación en INTA Castelar, ocupado por miembros de la Comisión Directiva de ATE, con reivindicaciones de corte más político y gremial. Para completar el cuadro de las “tomas” en el INTA, se sugiere ver Nievas, op. cit., p. 270-271 y las notas del diario Clarín y La Prensa, del 9 y el 14 de junio, respectivamente.

relevancia, pues allí se encontraba el almirante Oscar Quihillalt, al frente del organismo desde 1955.¹³⁵

El 7 de junio, la prensa local refería a la peculiar situación en el Centro Atómico Ezeiza (CAE), una de las dependencias de CNEA ubicada en la provincia de Buenos Aires:

“Ayer el [CAE] fue ocupado por [sus propios trabajadores], en demanda de la intervención estatal a la conducción de la Comisión Nacional de Energía Atómica [...]

[Los ocupantes] resolvieron “repudiar a las actuales autoridades, herederas del régimen anterior y propiciar la intervención de la CNEA por el Gobierno Popular”, según consta en un acta labrada en forma conjunta por los profesionales, técnicos y administrativos del establecimiento”.¹³⁶

Tal escenario fue descrito, también, por uno de mis interlocutores:

“Después del triunfo del peronismo y de la asunción del Doctor Cámpora a la presidencia, en el Centro Atómico Ezeiza comenzó a discutirse sobre la situación nacional y se comprendió que era [entonces] el momento adecuado para cambiar el rumbo político de la CNEA. De esas discusiones surgió que la posibilidad de cambiar la política institucional pasaba principalmente por el cambio de la dirigencia. [Entonces], parecía totalmente normal que un cambio de política a nivel nacional fuera acompañado de un cambio de las autoridades institucionales...” (E25, 2017).

A diferencia de lo sucedido en otros centros atómicos,¹³⁷ los episodios del CAE cobraron mayor notoriedad por su grado de ‘radicalidad’ y el modo en que fueron

¹³⁵ De acuerdo con Nievas (2000: 84, 271), la “toma” en la Comisión se habría iniciado el 6 de junio de 1973, en el Centro Atómico Ezeiza (CAE), ubicado en la localidad homónima de la provincia de Buenos Aires. Sin embargo, el sociólogo no refiere en su Tesis a la situación experimentada en otras dependencias de la CNEA y tampoco señala en qué fecha se habría puesto fin a la ocupación.

¹³⁶ Diario Clarín, Jueves 7 de junio de 1973, p. 14.

¹³⁷ De acuerdo con la caracterización hecha por algunos de mis entrevistados, a comienzos de los setenta, era posible identificar tendencias políticas diversas (y contrapuestas) entre el personal de los distintos centros y dependencias de la CNEA. Así, la Sede Central (SC) fue caracterizada como “*el bastión del sistema [o] del statu quo institucional*”, (E11, 2014), con la presencia de los sectores más “*conservadores*” (E11 2014; E8 2015) de la Comisión. El Centro Atómico Constituyentes (CAC), se singularizó por la presencia de “*grupos de izquierda no peronista*” (E25, 2017); y Ezeiza (CAE), fue considerada “*la Siberia de la CNEA*” (E25, 2017); alejada del “*control político de Sede*” (E11, 2015).

De acuerdo con los testimonios nativos, en el CAE, la tendencia prevaleciente, habría sido la de los “*sectores peronistas*” y muchos de mis interlocutores coinciden en señalar que – durante el camporismo – el Centro Atómico fue visto como origen del “*foco revolucionario*”

vivididos por sus protagonistas. Al respecto, uno de los profesionales que participaron activamente de la “toma” en Ezeiza, recuerda:

“Hicimos una asamblea en el CAE pocos días antes de que asumiera el gobierno de Cámpora. Esa asamblea fue la primera en la Comisión de Energía Atómica y contó con la participación de mucha gente... ¿Cuántos eran? ¡Un montón! ¡Era enorme!... [Y] cuando empezó, explicamos para qué estábamos reunidos, qué es lo que queríamos hacer y qué se yo... Hablaron todos: los de derecha, los de izquierda, todos, todos. Estaban todos presentes, hasta los jefes [...]

Se dijo “Bueno, ¿entonces qué hacemos?” Y se empezaron a levantar las manos. “Moción de orden: que renuncie el actual presidente de la Comisión. Que se vaya ahora. Ya no lo queremos más” [...] Tal cosa, la otra, no me acuerdo... pero se decidieron dos o tres cuestiones: la más importante de todas, era pedirle la renuncia a Quihillalt y que se fuera de inmediato... Luego se armó una comisión encargada de transmitir a las autoridades lo resuelto en esa reunión. Es decir, de esa asamblea soberana surgió que un profesional, un técnico, un administrativo y un obrero, esos cuatro, lleven el mensaje a todos los centros e, incluso, al señor presidente de la CNEA... ¡Otra que asamblea de profesionales!... Lo que pasó en Ezeiza fue una muestra de la fuerza democratizadora del momento...” (E11, 2014)

Las acciones en el CAE no tardaron en replicarse en otros puntos o dependencias del organismo y – durante los primeros días de junio – en los distintos centros se organizaron una serie de reuniones para tratar asuntos de carácter gremial y discutir mejoras en las condiciones de trabajo. La documentación consultada alude, asimismo, al proceso de formación de “Comisiones Coordinadoras”¹³⁸ en varias de las reparticiones institucionales. Como refiere uno de mis entrevistados, *“las Coordinadoras surgieron como una iniciativa de los trabajadores para sistematizar y plantear un conjunto de medidas reivindicativas, durante el camporismo”* (E8, 2014). En tal sentido, se trató de una forma novedosa de convocar y reunir al personal más allá de su adscripción o pertenencia a los gremios y asociaciones históricos de la Comisión: la Asociación de Profesionales (APCNEA), la Asociación de Técnicos (ATCNEA) y – en menor medida – la Unión del Personal Civil de la Nación (UPCN).

Uno de los puntos que pedían las “Coordinadoras” era la *remoción de las autoridades*. Entonces – explica mi entrevistado,

(E11 2015; E8 2015; E27 2015; E24 2015; E25 2017) que culminó en la destitución de Quihillalt.

¹³⁸ APCNEA, Acta N°149, 8 de junio de 1973, pp. 35-36.

“Quihillalt convocó a la Asociación de Profesionales a una reunión en Sede y nos preguntó cuán representativas del personal eran las Coordinadoras (...) Nosotros le dijimos que eran masivas y que, por lo tanto, el pedido de remoción era compartido por todo el personal de la CNEA... Después de eso, Quihillalt renunció... Había una lista que se le había mandado a Perón con posibles presidenciables, entre los cuales figuraban Antonio [Misetich]; [Pedro] Iraolagoitía; y Alberto Pignotti...” (E8, 2015).

En apoyo a su relato, varios nativos me señalaron que, antes de la designación de Iraolagoitía como interventor de la CNEA, un sector de los trabajadores movilizados propuso al físico Antonio Misetich como candidato a la presidencia.¹³⁹

“El 25 de mayo de 1973 hubo grupos que rajaron [de sus puestos] a todos los viejos. Esos tipos tomaron la “manija” de la Comisión... [...] Yo no sé cuándo entró, pero el “movimiento revolucionario” – llámalo como quieras – quiso ponerlo de presidente a Misetich y los viejos, sean peronistas o no peronistas, lo fueron a buscar a Iraolagoitía. Y fueron a buscarlo para que se haga cargo de la Comisión, para evitar el nombramiento de Antonio...” (E3, 2014, mi énfasis).

La posibilidad de que la dirección de la CNEA quedara en manos de un joven profesional, vinculado – para muchos – a sectores de la izquierda peronista y al movimiento revolucionario que había “tomado” el organismo, causó preocupación y revuelo en el grupo de los “históricos” (o “viejos”), que salieron a buscar el apoyo de Iraolagoitía “para frenar la rebelión” (E27, 2015). Y es que la “conjura de los mocitos”¹⁴⁰ no sólo “[metió] a la política en la CNEA” (E11, 2015) si no que avivó, también, el conflicto generacional¹⁴¹ entre sus miembros y las pujas internas para dirimir cómo debían repartirse los cargos, una vez que se efectivizara la destitución de Quihillalt. Ambas caras de la “revuelta” (E27, 2015) que trastocó el funcionamiento de la Comisión en 1973, aparecen descritas en el relato del químico involucrado en la “toma” de Ezeiza:

“Armamos una “Agrupación Peronista” en la CNEA y los tipos dijeron: “¡Ay, ay, ay! ¡Ay, ay, ay! Estos pibes se están organizando”... Inmediatamente, se

¹³⁹ Antonio Misetich fue uno de los 16 desaparecidos de CNEA durante la última dictadura militar (1976-1983). Para muchos de mis entrevistados, el físico estuvo vinculado al espacio político “Montoneros”.

¹⁴⁰ En alusión a uno de los pasajes del libro de Adolfo Bioy Casares, *Diario de la guerra del cerdo* (2014: 98)

¹⁴¹ Una referencia a dicho conflicto, puede verse en el segundo Capítulo de la tesis.

mueve el “statu quo” institucional para ver quién podía apagar semejante incendio. Y ahí redescubren a Iraolagoitía, que había sido edecán de Perón, que nadie podía discutir que fuera peronista, pero... ¡Obviamente! Para nosotros, que teníamos treinta años, era un tipo grande, un abuelito, que ya estaba bastante aplacado [y] que no iba a cambiar grandes cosas... ¡Y claro! Iraolagoitía conocía a todos los dirigentes de la Comisión... A esa banda, mayormente, de conservadores [que] había ahí adentro [y] desconfiaba de que nosotros pudiéramos manejar la CNEA como la venían manejando los viejos...” (E11, 2014).

Los dichos del químico y, en particular, la ‘desconfianza’ de los “*históricos*” hacia los grupos de trabajadores movilizados (y ‘peronizados’) se reflejan – también – en la confesión hecha por otro de mis entrevistados:

“Cuando el regreso del peronismo, tuvimos la “suerte” de que Perón lo pusiera a Iraolagoitía de vuelta. Y eso, digamos, logró que una parte “pesada” del personal no “tomara” el gobierno de la Comisión...” (E4, 2017, mi énfasis).¹⁴²

Sin embargo, la influencia de la “*Agrupación Peronista*” (AP) y su actuación en la CNEA se hicieron sentir, más allá de que sus miembros ocupasen o no puestos jerárquicos pues – como han apuntado varios nativos – los “*muchachitos*” tenían cierta ‘llegada’ a *Iraola*, que les permitió continuar organizados e intervenir en algunos asuntos internos, para desdén del “*establishment institucional*” (E8, 2014).¹⁴³ En tal sentido, resulta interesante cotejar las distintas visiones sobre el rol “político” (Mouffé, 2011) y los objetivos que se plantearon, para lograr que la CNEA “*asumiera un rumbo coherente con el del gobierno nacional y popular*” (E25, 2017). A continuación, transcribo algunos pasajes de las entrevistas que mantuve con integrantes de aquel espacio, para señalar los motivos que los impulsaron a crear una

¹⁴² Según narra otro de mis entrevistados, la decisión de Perón se habría basado en el “*vínculo estrecho*” (E27, 2015) que mantenían ambos hombres y en las “*probadas muestras de lealtad*” que “*el vasco*” le había dado a su líder, al renunciar a la presidencia de la CNEA tras el estallido de la “*Revolución Libertadora*” (1955).

¹⁴³ He omitido en el análisis la referencia al vínculo que varios de los miembros de la *Agrupación* (AP) tenían con el grupo de *Reprocesamiento* de CNEA, “*un sector ligado al peronismo y a la política, y con mucha gravitación [en 1973]*”. De acuerdo con uno de mis entrevistados, el “*grupo de Repro*”, de Ezeiza, fue el que “*de alguna manera, manejó todo durante las “fiestas mayas”. Después del 25 de mayo del ‘73, [fueron los que impulsaron] la remoción de las autoridades y gerentes de la Comisión...*” (E8, 2015). Un análisis detallado sobre el Proyecto de *Reprocesamiento* y sus ‘consecuencias tecnopolíticas’ para el desarrollo de la CNEA, puede verse en Spivak y Quilici, (2018).

Agrupación Peronista en la CNEA y a desafiar – con ese acto – el mito fundacional del apoliticismo:

“Los profesionales peronistas necesitábamos un ámbito donde plantear nuestras propuestas para luego discutir las con todo el personal; así surgió la idea de crear la “Agrupación”, [que] no requería ninguna afiliación y se instituyó en transparencia y no como un grupo secreto...

Antes, el espacio de mayor peso en la Comisión era la APCNEA, pero ignoraba totalmente los problemas del personal si no eran profesionales universitarios... Según mi parecer, la Asociación se comportaba como un “club de privilegiados”: no digo que dentro de ellos no se encontraran personas de valor, pero su ideología y concepción eran muy clasistas...” (E25, 2017, mi énfasis)

“El objetivo de la “Agrupación Peronista” era ‘democratizar’ a la Comisión; desembarazarla de su ‘elitismo’ que no sólo implicaba la pretensión de un grupo de controlar o ser el depositario de cierto saber, sino que se relacionaba – también – con una posición ideológica que planteaba el supuesto ‘apoliticismo’ de la actividad nuclear y – por extensión – de toda la actividad científico-tecnológica” (E27, 2015, mi énfasis).

“A la Agrupación Peronista, la integraron peronistas. Yo fui uno de ellos, de los primeros... Yo era profesional – soy profesional. Después había técnicos; había gente que eran empleados y otros que eran obreros. O sea, el hecho era demostrar que la Agrupación era como el peronismo: policlasista (que no hacíamos distinción de clases) [...]

Y lo más importante de todo es que no había una sola “AP-CNEA” en la Comisión, porque “AP” significaba “Asociación de Profesionales”... La Asociación de Profesionales era la asociación de todos aquellos que tenían un título universitario. Y los demás, ¿qué?... No podían entrar... Entonces, lo que decíamos nosotros era que “Nuestra AP-CNEA estaba abierta para todos, hasta para los que servían el café...” (E11, 2014, mi énfasis).

En el Capítulo II de la tesis, hicimos referencia a la cuestión del *elitismo* que habría caracterizado a ciertos sectores de la CNEA y a la ausencia de una organización transversal que nucleara a todos los trabajadores de la Comisión. Los fragmentos citados muestran cómo – entre los objetivos que se planteó la Agrupación Peronista – figuraron, en primer lugar, la posibilidad de convertirse en un espacio representativo de las mayorías y la intención de *democratizar* la participación del personal en los asuntos de política interna. Según mis entrevistados, la “AP” logró varias *adhesiones* – en particular, en Ezeiza – y la simpatía de los trabajadores que *“se descubrieron peronistas después de 1973: algunos sinceramente y, otros, por conveniencia, para sacar partido de la situación...” (E25, 2017).*

Sobre las metas que se propuso, sus miembros destacan tanto el trabajo *político* como *social* del grupo que se orientó, mayormente, a resolver los “*problemas básicos de la gente de CNEA*” (E11, 2014):

¿Qué acciones nos planteamos? Ninguna cosa rara. La “Agrupación Peronista” tenía un poder limitado, pero tenía acceso al presidente y no dejábamos escapar nada: desde las cuestiones de política tecnológica hasta los problemas de corte más social o gremial. [En este último aspecto], la situación en la CNEA era, prácticamente, de emergencia... Yo diría de emergencia de derechos [...] Entonces, lo que hicimos fue reaccionar ante situaciones sublevantes. O sea, situaciones inaceptables desde el punto de vista del tratamiento del personal, del modo en que se repartían los salarios, o la forma en la que se tomaban las decisiones...” (E11, 2014)

Pero más allá de la visión de sus protagonistas, buena parte de los nativos consultados guarda un recuerdo diferente (y menos idealizado) sobre las acciones realizadas por la *Agrupación* y sus métodos para *democratizar* la CNEA. En efecto, varios de mis interlocutores señalaron que el verdadero objetivo de los “*muchachitos peronistas*” fue ‘tomar el poder’ en la Comisión y, por ello, algunos tildaron de “*manijeros*” (E24, 2013) a quienes integraron aquel espacio:

“Lo que les interesaba era el poder... Estaban con la “manija”. Y eso a la gente le daba bronca porque creían que eran unos oportunistas...” (E24, 2015)

“Estos tipos querían la manija de la Comisión en contra de los viejos. Eso es lo que para mí era lo básico ¡Querían tener la manija ellos!” (E3, 2014)

La disputa por ejercer el liderazgo político en el organismo implicó, en algunos casos, remover de sus puestos a figuras clave del “*establishment institucional*”, vinculadas a la gestión de Oscar Quihillalt. Como explica uno de los fundadores de la “AP”: “*hicimos todo lo posible por ‘rajar’ a esa gente [para] terminar con el sistema de ‘castas’ en la CNEA y llevar adelante un proceso emancipatorio*” (E11, 2015; mi énfasis). Sin embargo, las acciones tendientes a *democratizar* la Comisión y a promover el recambio generacional de sus autoridades, despertaron las críticas y la antipatía entre un sector importante de los “*históricos*”. Para este grupo:

“Quienes encabezaron el ‘proceso revolucionario’ no actuaron con inteligencia, porque desplazaron de sus puestos a gente muy capaz...” (E6, 2017)

“El ’73 fue un desastre [...] En ese momento, la Comisión se paralizó. En nombre de la democracia, todo el mundo discutía... Y hubo una parálisis total [...] Cuando un grupo de nosotros vio que el mundo seguía caminando y nosotros, acá estábamos, perdiendo el tiempo, decidimos juntarnos en un cuartito [que] llamábamos “el cementerio de elefantes”, y empezamos a darnos clase entre nosotros. Cada uno estudiaba un tema nuevo y se lo decía a los otros... Nos pasamos así casi un año... ¡Un desastre! Y entonces, todo el mundo empezó a buscar horizontes para sobrevivir y, bueno, un compañero mío consiguió un empleo en Brasil y se fue a Brasil; un grupo – del cual yo participé – ayudó a empezar el primer programa nuclear en Irán y, entonces, me fui a trabajar un tiempo [allí]...” (E10, 2015).

En la perspectiva de los “*históricos*”, la actuación de los “*mocitos*” (Bioy Casares, 2014) no sólo produjo una pérdida de “*capital simbólico*” (Bourdieu, [1976] 2014) en la CNEA, al impulsar la destitución de “*gente muy capaz*”, con muchos años de experiencia en el campo nuclear (Cosentino, 1976), sino que transgredió – también – el mito institucional del *apoliticismo*, al permitir el ingreso de la *política* (en general) y del peronismo (en particular) en la Comisión:

“El año 1973 se caracterizó por una influencia de *politización* en la CNEA; eso acarreó muchos enfrentamientos, muchas heridas entre sus miembros... el éxodo de mucha gente¹⁴⁴ [...] En la Comisión aparecieron una serie de *jovenzuelos* que trataron de ponerse una camiseta que nunca habían tenido (y que a lo mejor nosotros habíamos usado con anterioridad), tratando de introducir ideas de otro tipo con el estandarte de la política aceptada en ese momento y que resultaban un elemento de perturbación...” (Cosentino, 1976; mi énfasis).

¹⁴⁴ Entre 1974 y 1976, varios periódicos y revistas de la época (Clarín, La Opinión, Los Andes; La Noticia, El Economista) alertaban sobre el fenómeno del “*éxodo científico*” en la CNEA. En 1975, el entonces presidente de la APCNEA, el químico Enrique Mariano, señalaba en una nota a La Opinión (10/12/1975), los motivos que – en su perspectiva – habían ocasionado el “*vaciamiento humano y tecnológico*” en la Comisión: “[Con el advenimiento del peronismo, en 1973], la ciencia y la tecnología fueron escenario de luchas estériles, donde aquellos que estaban identificados con las fracciones que sustentaban el poder político liberaron sus apetencias personales. Las *instituciones que habían respetado el pluralismo ideológico*, se vieron invadidas por propagandas partidarias, cursos de adoctrinamiento e instalación de locales partidarios en los edificios públicos (...) La CNEA no escapó a ese encuadre evidenciado, fundamentalmente, en una falta de objetivos y de planificación de actividades en tiempo y forma (...) Las condiciones creadas, llegaron a tal grado de *subvertir los valores*, que se ha permitido que *personas sin conocimiento alguno en materia nuclear* intenten imponer criterios de estructura y organización que significarán una seria interferencia en las tareas de ciertos sectores que serán así llevados a la desaparición [Todo ello] ha llevado al *éxodo* de más de 80 científicos destacados desde 1973” (Mariano, en La Opinión, 10/12/75; mi énfasis).

“Cuando yo volví – porque había salido al exterior en mayo del ‘73 y después del 20 de junio volví a mi laboratorio – me encontré con un cartel diciendo “Perón o muerte”... O sea, tipos que jamás me habían planteado cuestiones políticas, habían decidido manejar el laboratorio en forma de asamblea. Y me dijeron que firmara un decálogo, porque si no, no hablaban conmigo... Eso es para pintarte la mentalidad... No te digo que yo haya sido un tipo fantástico o al revés. Lo que te digo es: yo había armado ese grupo; había buscado la forma de incorporarlo al presupuesto de la CNEA, unos como contratados, otros como becarios, etc. Había conseguido gente para limpiar el laboratorio, técnicos para ayudar en las tareas, y me encontré con que todos habían decidido que yo me fuera... Y yo me fui. Tiré 12 años de trabajo en cinco minutos. Todo lo que había hecho desde mayo del ‘61 hasta mayo del ‘73, lo tiré; pasé a hacer otra cosa. O sea, no volví a ese tema más. No te digo que me lo olvidé, pero no volví a trabajar en ese tema más [...]
Te digo una cosa: yo no entiendo qué es lo querían hacer esos tipos: ¿la ciencia al servicio del pueblo?!... No entiendo lo que querían hacer...” (E3, 2014)

El escenario descrito en estas páginas pone en cuestión la imagen metafórica (o ‘mítica’) de la CNEA como un “enclave” (Vessuri, 2007) *aislado* de los contextos políticos más amplios, y permite pensar a los meses de mayo y junio de 1973 como un período singular en su trayectoria, que alteró la dinámica institucional y produjo cambios en las jerarquías internas, la constitución de los equipos de trabajo y las relaciones entre el personal. Con perspectivas diversas, los relatos citados exponen diferentes miradas y evaluaciones morales de los nativos sobre el impacto que tuvo la ‘irrupción’ del peronismo en el establecimiento nuclear. El contraste de las experiencias narradas muestra, a la vez, los conflictos y tensiones derivados de la *politización* (o ‘peronización’) de un sector del personal que, en el clima efervescente de la época, manifestó su voluntad de “*romper con el elitismo en la CNEA*” (E25, 2017) para *democratizar* la participación de los trabajadores y adecuar los objetivos de la Comisión a “*la política del gobierno nacional y popular*” (E25, 2017).

El entusiasmo que despertó en algunos la posibilidad de introducir cambios en la cultura y en la dinámica tradicional del organismo, fue vivido por otros con profundo malestar, al punto de juzgar a los años peronistas (1973-1976) como un tiempo *desastroso* (E3 2014; E10 2015) para la CNEA. Pero más allá de las valoraciones ‘positivas’ o ‘negativas’ sobre los episodios narrados, la *politización* puso en juego sentidos de la política que cuestionaron el pretendido *apoliticismo* de

la Comisión, al dejar traslucir las preferencias ideológico-partidarias de sus trabajadores. Como refiere uno de mis entrevistados,

“a esa altura, no se negaba cuál era la pertenencia política de cada uno [...] Todos en esa época militamos, y no sólo militamos, sino que lo hicimos públicamente... Así que, no había dudas sobre a qué sector pertenecíamos ni cuáles eran nuestras simpatías...” (E8, 2014).

Además de las prácticas ‘disruptivas’ del orden institucional interno, como las “tomas” y la “ocupación” de los lugares de trabajo, la organización de “asambleas masivas” o la creación de nuevos espacios políticos de representación del personal,¹⁴⁵ la *politización* de la CNEA se expresó – también – en un conjunto de iniciativas orientadas a redefinir la *política nuclear* en sintonía con los lineamientos trazados por el nuevo gobierno. A fin de encuadrar los objetivos institucionales en la política energética (y económica) del peronismo, el personal atómico organizó entre junio y diciembre de 1973 el “Consejo Coordinador (COCO)”, que contó con la participación de profesionales, técnicos y administrativos de la CNEA en las actividades destinadas a replantear las estrategias de desarrollo para el sector. En las páginas que siguen, la atención estará dirigida a observar de qué manera el “COCO” puso en juego una diversidad de sentidos sobre la función social de la ciencia y la tecnología y el compromiso (político) que debían asumir los trabajadores nucleares en los procesos de cambio, como el que tuvo lugar en el país a comienzos de los ‘70.

IV.b. Caso III. Hacia la consolidación de una nueva *política nuclear*: el “COCO”, la pelea por la *democratización* y la reestructuración de los objetivos institucionales

“El [COCO] sirvió para que nosotros expresáramos, como trabajadores de la CNEA, una opinión sobre qué hacer en el nuevo contexto...” (E11, 2014)

El 15 de junio de 1973, a sólo tres días de su nombramiento como interventor de la CNEA, Iraolagoitía convocó a su despacho a los representantes de las

¹⁴⁵ Como la *Agrupación Peronista*.

Coordinadoras de Ezeiza (CAE), Constituyentes (CAC) y Sede Central (SC), y a las Comisiones Directivas de APCNEA, ATCNEA y UPCN, para solicitarles que elaborasen un informe referido a la instalación de Embalse, la segunda central de potencia que se emplazaría en la localidad cordobesa de Río Tercero. Como se desprende del documento, la consulta de la Dirección al personal, era un hecho “auspicioso” que marcaba una “nueva etapa” en la Comisión, al poner fin al *aislamiento* que, hasta entonces, había caracterizado a la relación entre los directivos y los trabajadores.¹⁴⁶

Más allá de su objetivo inmediato,¹⁴⁷ el Informe incluyó también un diagnóstico de situación sobre la realidad institucional y propuso algunas líneas de acción para definir una *política* y un *plan nuclear*, inspirados en dos de las ideas rectoras de la época: la “liberación” y el “interés popular”.¹⁴⁸ En estas páginas, la intención será recuperar los fundamentos de esa nueva *política*, forjada al calor de las transformaciones que – a nivel social, cultural y económico – impulsó el gobierno peronista.¹⁴⁹

Alrededor de un centenar de profesionales y técnicos, participaron en los *Grupos de Trabajo* creados para estudiar las distintas dimensiones del problema, pues se partía de la presunción de que nadie estaba “mejor capacitado que el personal de la [CNEA para] proponer la adecuación del sector al cumplimiento de los objetivos emergentes de un Plan Nuclear”.¹⁵⁰

En la visión de los trabajadores, dicho *Plan*, debía abarcar y regular las siguientes actividades:

¹⁴⁶ CNEA. Informe sobre la Central Nuclear II. 3 de agosto de 1973, p. III.

¹⁴⁷ “Responder si el módulo de la Central, su emplazamiento y el momento en que se deci[día] su instalación [eran] los correctos, o necesita[ba]n un estudio más profundo”. Como resultado del Informe elaborado por el personal de la CNEA en agosto de 1973 surge que, a fin de construir la segunda Central Nuclear (Embalse), debía firmarse “el contrato con el Consorcio AECL-Italimpianti. Pero también [que] nunca más [debían] repetirse los procedimientos aplicados a la gestación, decisión y compra de dicha Central, pues las decisiones [en esa materia] no podían ser tomadas por una estructura personalista y una dirección autoritaria”, como la que – hasta entonces – había caracterizado a la Comisión. *Ibíd.*, p. 2-7.

¹⁴⁸ *Ibíd.*, p.3.

¹⁴⁹ Los aspectos técnicos contenidos en dicho Informe y en los documentos elaborados por el Consejo Coordinador (1973), no serán analizados en profundidad en la tesis.

¹⁵⁰ CNEA. Informe sobre la Central Nuclear II, op. cit, p. III.

“1) La instalación de Centrales Nucleares; 2) El ciclo de combustible; 3) El aprovisionamiento de agua pesada; 4) La provisión de radioisótopos; 5) La formación de profesionales y técnicos especializados; [y] 6) [Las prácticas de] investigación y desarrollo”.¹⁵¹

El *Plan*, por otra parte, debía enmarcarse en una *política* orientada a lograr un desarrollo nuclear independiente y a satisfacer la demanda local de abastecimiento de energía eléctrica, como parte de un “[Proyecto] Energético Nacional”, encuadrado en los objetivos de “independencia económica y soberanía política”.¹⁵² El fin último de la *política nuclear* y el de la CNEA – como organismo idóneo para implementarla – radicaba, pues, en el dominio completo e independiente de la tecnología y la ingeniería nucleares. No obstante, para quienes redactaron el documento, el éxito en la concreción de aquel programa, dependía – entre otros factores – de la posibilidad de llevar a cabo una verdadera reforma en la estructura de la Comisión, que asegurase la máxima representación y participación del personal en la planificación institucional. Con ese objeto, el 29 de junio de 1973, se organizó el “Consejo Coordinador (COCO)” para estudiar la reestructuración de la CNEA y conciliar los objetivos institucionales con las metas de desarrollo fijadas por el nuevo gobierno.

En rigor, la idea de revisar y replantear los objetivos institucionales, había surgido casi un año antes como una iniciativa de la Asociación de Profesionales que – en abril de 1972 – creó una comisión “ad hoc” para discutir los aspectos referidos a la nueva estructura que debía adoptar la CNEA.¹⁵³ Sin embargo, dicho impulso no llegó a concretarse por la centralidad que tiempo más tarde comenzó a cobrar la *polémica* por el Uranio que – como vimos – demandó la intervención activa de los profesionales, en defensa de la línea del combustible natural.

La nueva coyuntura inaugurada en 1973 y las expectativas de transformación que signaron el retorno del peronismo al gobierno, hicieron posible retomar aquella iniciativa de la Asociación que – en el nuevo contexto – adquirió un alcance más

¹⁵¹ Según el Informe, la implementación de dicha estrategia se realizaría a través de la explotación de los recursos uraníferos del país; el monopolio estatal de los yacimientos de mineral radiactivo y las plantas industriales vinculadas a las distintas etapas del ciclo de combustible; la promoción de una infraestructura de I+D para favorecer el desarrollo de capacidades “autónomas”; y la adopción de una línea de reactores de potencia que garantizara la participación de la industria, la tecnología y la ingeniería nacionales en el diseño y la ejecución de proyectos. CNEA. Informe sobre la Central Nuclear II, pp. 151-154.

¹⁵² *Ibíd.*, p. 151.

¹⁵³ APCNEA. Acta N° 108. 24 de abril de 1972.

amplio, al contar con el respaldo de las autoridades y, fundamentalmente, al abrir el debate sobre los objetivos y la reestructuración interna a “todo el personal de la CNEA”.¹⁵⁴ De este modo, la invitación para sumarse al “COCO” se extendió a profesionales, administrativos y técnicos de todas las dependencias y regionales de la Comisión,¹⁵⁵ en un intento por *democratizar* las vías ‘tradicionales’ de participación. Alrededor de 250 agentes colaboraron en forma esporádica o permanente con las más de veinte *mesas de trabajo*,¹⁵⁶ creadas para estudiar y fijar el rumbo del organismo en sintonía con los lineamientos que, en ciencia y tecnología, había dispuesto el gobierno de Perón.¹⁵⁷

Es interesante notar que – pese al intento de adecuar la *política nuclear* a las metas fijadas por el Estado – buena parte de los nativos que participaron del “COCO” no adscribió al peronismo e, incluso, como puede leerse en el siguiente registro, se ubicaron en las ‘antípodas’ del movimiento:

“El problema que tuvo el COCO fue, justamente, que la mayoría de la gente que lo integró no era peronista. O sea, era gente de izquierda, independiente... [Pero] quienes no éramos peronistas, no queríamos decir que el peronismo estaba mal [...] Muchos de nosotros éramos “gorilas”, en el sentido que se le daba a la palabra en esa época pero, sin embargo, aceptábamos que el que estaba a cargo del gobierno era el que mandaba y ¡chau!...” (E24, 2015).

En algún punto, pareciera insinuar mi entrevistado, lo que primó en la organización del *Consejo* fue un ‘sentido de la oportunidad’ que permitió a *todo* el personal de la CNEA participar en las discusiones sobre política institucional y

¹⁵⁴ APCNEA. Acta N° 150. 11 de junio de 1973.

¹⁵⁵ Entre octubre y diciembre de 1973, “personal obrero, administrativo, técnico y científico, reunido en una misma mesa de trabajo, pudo volcar sus inquietudes y opiniones sobre los distintos temas [propuestos por el Consejo Coordinador]. Además, se sumó la concurrencia de representantes del interior del país: Bariloche, Mendoza, Salta, Patagonia, Huemul, Malargüe, Córdoba, hecho sin precedentes en la CNEA”. CNEA. “Anteproyecto”, Resultados producidos por las Mesas de Trabajo del Consejo Coordinador. Buenos Aires, CNEA. 1° diciembre 1973, p. 2.

¹⁵⁶ Las *mesas de trabajo* fueron concebidas en función de las áreas, las actividades y temáticas prioritarias definidas por la CNEA. Entre ellas, destacan: la *mesa* dedicada a estudiar la *política nuclear*; la *mesa* de ciclo de combustible; la *mesa* de industria nacional; la de reprocesamiento; la de ingeniería, etc. Aquí nos referiremos principalmente a los resultados que arrojó la primera de las *mesas* señaladas.

¹⁵⁷ Ver “*Mecanismos de participación...*” (1973).

Para una aproximación a las concepciones del general J. D. Perón sobre las políticas de desarrollo científico-tecnológico en Argentina, ver Proyecto Nacional ([1974] 2005). Pp. 175-187.

nuclear, más allá de su filiación o de sus inclinaciones partidarias. Como indica otro de los nativos consultados, el *entusiasmo* con las expectativas de transformación social abiertas durante el período constitucional (1973-1976) hizo que “*prácticamente todos los sectores de la Comisión [se alinearan] detrás del gobierno popular*” (E8, 2015). Ahora bien, la inestabilidad de la alianza entre dichos sectores se tornó evidente en los meses que funcionó el “COCO”. Las disputas o rencillas entre los distintos grupos pueden verse reflejadas en los siguientes testimonios:

“...Y en eso aparece la gente de la Agrupación [Peronista] diciendo “Bueno, el pueblo ya eligió un gobierno; y el gobierno va a decidir lo que se va a hacer en la CNEA”. Y bueno, ahí fue el primer “choque” que hubo, digamos, sobre la cuestión de cómo seguir... ¿Era responsabilidad nuestra o la política nuclear nos iba a ser dictada desde arriba a partir de entonces?... Esa fue la primera vez que yo recuerdo haber sido consciente de un “choque” entre dos sectores de la CNEA...” (E8, 2014).

“La gente de la Agrupación [“AP”] estuvo al comienzo en el COCO, quiso “coparlo” y cuando no lo consiguió, entonces hizo la guerra desde adentro... Ellos, yo creo, influyeron para que se hiciera el COCO porque pensaban que lo iban a poder “manejar”... [Pero] les fue mal. O sea, la gente que se hizo cargo del COCO no fueron ellos, sino que fuimos otro grupo...” (E24, 2015; mi énfasis).

Por su parte, la visión de uno de los miembros de la “AP”, pareciera suscribir los dichos de los profesionales citados respecto de las diferentes ‘tendencias’ al interior del *Consejo*:

“El COCO fue uno de los ‘engendros’, una de las cosas que se crearon en esos años... No estuvo mal. Fue algo que se creó en la interface entre ese ‘mundo moderado’ de la Comisión [y] los sectores más ‘radicalizados’...” (E11, 2014; mí énfasis).

Y es que, como veremos más adelante, algo de la ‘cultura tradicional’ de la CNEA convivió en tensión dentro del “COCO” con el ‘espíritu democratizador’ de la época y la aspiración de los trabajadores nucleares a que “se instrumente la coparticipación del personal en el gobierno de la [Comisión]”.¹⁵⁸

El primero de diciembre, tras cinco meses de debates y de pujas políticas por la ‘conducción’ del “Consejo Coordinador” entre peronistas y no-peronistas, sus

¹⁵⁸ APCNEA. Acta N°150. 11 de junio de 1973.

organizadores elevaron a las autoridades de la CNEA los resultados del estudio hecho por las distintas *Mesas de Trabajo*. A los fines de nuestro análisis, aquí revisaremos sólo la documentación elaborada por una de las *mesas*, dedicada a examinar y a discutir los contenidos de la nueva *política nuclear*. El material consultado describe los *problemas políticos* identificados por el personal de la Comisión y el modo en que éste concibió – entonces – la posibilidad de esbozar una *política sectorial*.

Dichos “problemas” fueron clasificados en tres tipos: 1) los de la política interna de CNEA; 2) los de la política institucional y su relación con los intereses del Estado; y 3) los de la *política nuclear* y el esfuerzo argentino por cortar los lazos de la “dependencia tecnológica” con los países centrales.

Sobre el primer punto, los trabajadores denunciaron la existencia de una “grave crisis” en la Comisión debida, principalmente, al fuerte arraigo que – desde fines de los sesenta y comienzos de los setenta – había alcanzado la ideología “desarrollista” y su defensa de la “autonomía productiva”.¹⁵⁹ En la visión del personal, el “desarrollismo” consistió en una “pseudo-política” orientada a resolver sólo necesidades “coyunturales”, alejadas del objetivo principal de la CNEA que suponía adquirir el dominio *completo e independiente* de la tecnología y la ingeniería nuclear.¹⁶⁰

En relación al segundo punto, la definición de la *política institucional* en base a los requerimientos energéticos del país, respondió a la voluntad de liberar a la Argentina de la “dependencia” en ese campo. Si bien la “autonomía de decisión” y la “autonomía productiva” eran premisas necesarias para consolidar una política independiente en naciones periféricas como la nuestra, quienes intervinieron en el debate las consideraron insuficientes al no poder subsanar la cuestión de la “dependencia”.¹⁶¹ De hecho, según los especialistas, las formas de *autonomía*

¹⁵⁹ Para una crítica de las concepciones «desarrollistas» en Ciencia y Economía, ver VARSAVSKY, O.: *Ciencia, Política y Cientificismo*. Caracas, Venezuela, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2007.

¹⁶⁰ “Lo estratégico es en la política nuclear, la creación, consolidación y dominio de la tecnología nuclear. Es decir, es saber y poder construir centrales nucleares, elementos combustibles y agua pesada. Lo coyuntural, es resolver el problema que crea la demanda de energía eléctrica: la compra de centrales, etc.”. CNEA. “Anteproyecto”, op. cit., p. 25.

¹⁶¹ En la perspectiva de los trabajadores, esas “autonomías” significaban, en definitiva, que Argentina sólo tenía la capacidad de determinar qué tipo de central convenía comprar y cuáles eran los suministros que se debían proveer. *Ibíd.*, p. 12.

denotaban que el país sólo estaba en condiciones de hacer frente al problema “coyuntural” que planteaba la demanda energética, en lugar de fomentar el desarrollo local de tecnologías para la producción de nucleoelectricidad.

Respecto del último punto, el objetivo de la “política de liberación” propugnada por quienes participaron del “COCO”, radicó en cortar los lazos de la dependencia tecnológica con potencias como Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña o Canadá, para auspiciar la producción nacional. En ese entonces, recuerda uno de mis entrevistados, “*los impulsores del Consejo eran partidarios de la idea – hoy tal vez ingenua – de construir un reactor celeste y blanco*” (E8, 2014).

Otro de los temas abordados en las *mesas de trabajo* fue el de la *coparticipación* del personal en la planificación, dirección y control de gestión de la CNEA. De acuerdo con el documento elaborado por la *mesa 7*, el dispositivo privilegiado para garantizar la intervención de los trabajadores en los asuntos institucionales fue la “codecisión”, que promovía su participación en los órganos directivos, a través del voto. Asimismo, se apuntaba la necesidad de que la “cogestión” fuera hecha de *abajo hacia arriba*, partiendo de las unidades de trabajo existentes.¹⁶²

Las conclusiones del documento ilustran de qué manera las reivindicaciones del personal se inscribieron en el marco más amplio de las experiencias ‘combativas’ de la clase trabajadora:

“El camino recorrido en pos de la Liberación Nacional y Social, a lo largo de años de lucha, ha cimentado en los trabajadores una tradición política, económica y social que los habilita para participar activamente de la vida de las instituciones en todos sus [espacios directivos]. Por lo tanto, el sistema que buscamos para la CNEA [deberá impulsar] la inserción del Personal en la totalidad de los ámbitos de discusión y toma de decisiones”.¹⁶³

Hubieran participado o no en el armado del *Consejo*, para muchos de los nativos consultados, “*el COCO fue una experiencia única*” (E24, 2013) que trascendió los debates sobre la organización interna y la *política nuclear* y puso en juego otros sentidos de ‘lo político’, que inscribieron las discusiones en un terreno

¹⁶² CNEA. “Mecanismos de participación del personal”, op. cit., 1973.

¹⁶³ “Anteproyecto”, op. cit., p. 31.

más amplio, según el *posicionamiento* ideológico del personal y su visión sobre el papel que debía jugar la actividad tecnocientífica en el desarrollo argentino:¹⁶⁴

“En el '73 se da un análisis crítico de hacia dónde tenía que ir la Comisión... Bueno, ahí la problemática convocó a gran parte del personal y esta discusión se transformó rápidamente – o estuvo teñida rápidamente – de discusiones políticas de otro tipo... Digamos... Las cosas se fijaban también en función del posicionamiento político...” (E17, 2013)

“En 1973 hubo un chispazo de politizar la CNEA [con] las mesas de trabajo y toda esa historia del peronismo que volvía, [que] generaron cuestiones de política partidaria...” (E12, 2013)

“Yo creo que el cambio político que introdujo el COCO fue tratar de conectar la actividad de la CNEA con [los requerimientos] de la sociedad... aunque no sabíamos muy bien cómo hacerlo...” (E24, 2015).

Si, por un lado, la *politización* de quienes participaron en las *mesas* del “COCO” remite al proceso que se dio en CNEA con la irrupción de la política partidaria y, en especial, con la ‘peronización’ de un sector del personal, por otro, alude – asimismo – al sentido que los trabajadores comenzaron a darle a sus prácticas y a sus reivindicaciones para *democratizar* el funcionamiento institucional. Ambas cuestiones me fueron referidas, sobre todo, por algunos profesionales de la APCNEA que calificaron de ese modo su actuación en el *Consejo* y las consecuencias que tuvo dicho evento para la Comisión:

“El COCO articuló una propuesta sólida desde el punto de vista estratégico y técnico [y] se organizó con el ‘espíritu de generosidad’ de la época... Esa generosidad se vio reflejada en que varios de sus participantes, sacrificaron sus intereses y bienestar en función de la mejora [del organismo]. En otras palabras, hubo gente que se propuso modificar aspectos de la estructura organizacional, siendo consciente de que dicha modificación sería en perjuicio de su propio grupo de trabajo... Además, fue una experiencia profundamente ‘democrática’, que se planteó terminar con la ‘burocracia institucional’”. (E8 2014; mi énfasis)

Respecto de la *generosidad* y el ‘espíritu solidario’ como valores positivos de la época, cabe mencionar las posiciones más ‘radicalizadas’ que – sobre el tema –

¹⁶⁴ “Un Plan Nuclear debe ser el compromiso de todos los trabajadores de la CNEA con el pueblo para la realización de una política nuclear que genere los máximos beneficios políticos, sociales, culturales y económicos para el país” (CNEA. Informe sobre la Central Nuclear II. 3 de agosto de 1973, p. 6)

sostuvieron algunos profesionales, como se observa en el siguiente fragmento tomado de una de las Actas de la APCNEA. Allí uno de sus socios

“insiste sobre la necesidad de que los profesionales *no sólo* hagan un permanente cuestionamiento sobre si su trabajo sirve o no al [desarrollo nacional] sino, al mismo tiempo, [reclama] que la APCNEA sea impulsora del mejoramiento de cualquier situación de *injusticia social* que pueda advertirse [en la institución]”.¹⁶⁵

La lectura de las Actas labradas por la Asociación entre marzo y julio de 1973, evidencia no sólo las disputas que se dieron entre el personal a raíz de la organización del “COCO” sino – también – las tensiones entre los propios miembros de la APCNEA sobre aspectos tan centrales como el de la *democratización* institucional. Hemos dicho ya que este punto suscitó algunas controversias sobre el modo tradicional de concebir las relaciones y las jerarquías al interior de la CNEA y, en ocasiones, dejó al descubierto el *elitismo* profesado por un sector de los profesionales, para quienes dominar un saber técnico suponía la posibilidad de colocarse en una posición ‘privilegiada’ en la toma de decisiones sobre el rumbo que debía seguir el desarrollo de la actividad nuclear. Este dilema se ve reflejado en el intercambio entre dos integrantes de la Asociación, con motivo de los debates sobre la reestructuración institucional y su apertura a todos los trabajadores de la Comisión:

“... [Uno de los socios] llama la atención sobre el *riesgo* de que sean *no profesionales* quienes *decidan* sobre puntos como los objetivos de la CNEA. [En respuesta, un ingeniero] explica los modos en que a las Mesas de Trabajo hacen su aporte los distintos sectores [del personal] y de qué manera ese [intercambio constituye] un proceso muy rico que revierte la forma de conducción aplicada por la administración Quihillalt. [El ingeniero] aclara, de todos modos, que las Mesas de Trabajo cuentan con mayoría profesional [y con] la presencia de los sectores que *sufrieron en carne propia* la aplicación de una política desacertada...”¹⁶⁶

Mientras que al interior del “COCO” las disputas entre profesionales y técnicos adoptaron un ‘tinte político’, al revelar la competencia por el liderazgo entre los grupos peronistas y no-peronistas y plantear la posibilidad de *democratizar* o no la participación de los trabajadores en asuntos internos, quienes permanecieron al

¹⁶⁵ APCNEA, Acta N° 155. 16 de julio de 1973, mi énfasis.

¹⁶⁶ APCNEA, Acta N° 155. 16 de julio de 1973; mi énfasis.

margen de la experiencia, como ‘testigos’ de aquel evento, se limitaron a cuestionar los resultados del *Consejo* desde un punto de vista ‘técnico’.

“Cuando asume Cámpora, acá se hace una especie de efervescencia que, evidentemente, estaba latente, porque si no, no se explica, y se generan cosas. Y una de las cosas que se genera son las llamadas mesas de trabajo ¿Qué eran las mesas de trabajo? Bueno, “A ver, qué se hace...” Suponete: Esta es la Gerencia de Ambientales, entonces, se hacía una mesa de trabajo para discutir todo, desde el que limpiaba hasta el gerente, todos discutiendo qué había que hacer en Ambientales para la “nueva Argentina”, esa que se iba a crear y qué se yo...

Algunos casos, pareció – por lo menos de los que yo vi – pareció al principio que iban por buen camino. Pero después, pasa como en las Asambleas de la facultad, ¿viste? Se empieza a derivar, a derivar, a derivar y a derivar, y entonces los que tienen ganas de hacer algo se cansan y se van. Y quedan los tipos a los que les gusta escucharse; y dale... Entonces, no pasaba nada... ¡Pero aparecían “los iluminados”! Porque ahí aparecen “los iluminados”: Tipos que querían hacer el mundo cuadrado. ¡El globo terráqueo, cuadrado!... ¡Y el globo terráqueo no es cuadrado!...” (E12, 2013; mi énfasis).

En el mismo sentido, se expresa otro de mis interlocutores quien, además, critica la radicalidad de algunas consignas que circularon por las *mesas* del “COCO”, como aquellas referidas a la aspiración de lograr un desarrollo “autosuficiente” en materia nuclear, para cortar los lazos de la “dependencia” con el extranjero:

“Vos sabés que esos discursos muchas veces están teñidos de... de... lo que yo diría un exagerado idealismo o ideología. Yo creo que uno tiene que ser... tiene que estar inspirado en esas ideas, pero después, tener un equilibrio para ser efectivo; para ser eficaz... Muchas veces la ideología nos bloquea un poco, digamos, porque si vos realmente decís “vamos a hacer hasta el último tornillo en la Argentina”, esa es una decisión estúpida; no hay ninguna duda de que eso no nos beneficia. Por otra parte, vos ves que yo soy muy nacionalista, en el sentido de que... pero pongo el énfasis en la parte de la inteligencia... Digamos, si cuando yo llego al caso del tornillo; y al tornillo me resulta mucho mejor comprarlo en otro lado, hago lo que más me beneficie. Pero mirando al futuro, lo que importa es el desarrollo de la inteligencia... La clave es la parte del diseño: diseño conceptual, diseño básico; el diseño de la ingeniería; ahí es donde está la soberanía... ¿Me entendés?...” (E13, 2014)

Juzgado como un hecho poco *relevante* por quienes no se involucraron en la experiencia, el *Consejo* fue visto como otro episodio de *politización* del personal y, en tal sentido, quedó ligado a una imagen ‘negativa’ de la política, en los términos que hemos señalado a lo largo de la tesis. Tal visión puede apreciarse en el relato de otro de mis entrevistados:

“El COCO no tuvo un rol significativo en la CNEA, ni el peso que normalmente le atribuyen... Fue realizado para ‘liberar la olla a presión’; para permitir la participación del personal luego de años de dictadura. Los que concurrieron a las mesas, estaban decididos a jugar un rol político; nada más”. (E23, 2014).

Los acontecimientos descritos en relación al “COCO”, ponen de relieve la centralidad que – en 1973 – adquirió la política en la CNEA, al permear todas las dimensiones de la vida institucional, incluso aquellas reservadas tradicionalmente a discutir asuntos ‘técnicos’, como los relativos al desarrollo de un Plan Nuclear. Más allá del valor ‘positivo’ o ‘negativo’ con el que fuera evaluado, hay consenso entre los nativos en presentar al evento como un episodio que marcó una inflexión en la trayectoria del organismo y cuestionó una estructura organizativa donde “cada sector actuaba como un compartimento estanco”¹⁶⁷ y en la que se alentaba una visión “elitista y divorciada de la realidad nacional”.¹⁶⁸ En tal sentido, las prácticas orientadas a lograr la participación del personal en los asuntos de planificación interna, constituyeron el horizonte de expectativas de los profesionales y técnicos movilizados. Dichas acciones tuvieron un efecto *democratizador* y transformador en la CNEA, al trastocar su dinámica y producir un quiebre en la percepción extendida sobre su pretendido *aislamiento* de los contextos más amplios. De allí que el “COCO” ‘pasara a la historia’ de la Comisión como un proyecto o iniciativa de los trabajadores, a tono con el clima de *efervescencia* política que signó el retorno del peronismo al gobierno.

V. Reflexiones finales

“...Hay que tener cuidado con las palabras porque, dentro de los códigos que usamos, es decir, del léxico que usamos, hablar de *politización* parece hacer referencia a algo “contaminante”, ¿no?...” (E11, 2014)

El análisis comparativo de las experiencias de *politización* que involucraron al personal de la CNEA entre 1972 y 1973 muestra, entre otras cuestiones, la diversidad de sentidos y de perspectivas nativas sobre la *política* en una entidad pública

¹⁶⁷ CNEA, Informe sobre la Central Nuclear II, op. cit, p. 220.

¹⁶⁸ *Ibíd*em, p. 555.

orientada a la producción científico-tecnológica. A través de los casos estudiados – y en claro contraste a la situación institucional que caracterizó al tiempo de la *mística* – fue posible observar cómo en aquellos años convulsionados las referencias a la política se tornaron explícitas y su práctica se convirtió en una dimensión dadora de sentidos de las actividades realizadas en la Comisión.

En términos nativos, la *politización* no sólo marcó el súbito ingreso de la política partidaria y la (temida) irrupción del peronismo en la CNEA, sino que extremó las premisas tecno-políticas del desarrollo nuclear, consolidadas a fines de los '60, bajo el influjo de Sabato. Tanto la *polémica* por el combustible para Embalse como los debates organizados en las *Mesas* del “COCO”, explicitaron el trasfondo político de las decisiones tecnológicas que – a comienzos de los '70 – se orientaron a la defensa de objetivos nacionales y al logro de la *autonomía* tecnocientífica y económica. En esta perspectiva – y más allá de la adversidad con que algunos sectores juzgaron la *politización* o ‘peronización’ del personal – cabe destacar, a grandes rasgos, que a lo largo de 1972 y 1973, se produjo en la Comisión una ‘revalorización’ o evaluación ‘positiva’ de las relaciones entre la ‘política’ y la ‘técnica’.

En 1972, bajo el gobierno militar de Lanusse (1971-1973), la campaña liderada por la APCNEA a favor del Uranio natural, constituyó una muestra del involucramiento de los profesionales en las decisiones sobre *política nuclear*, con el objeto de apoyar un desarrollo tecnológico independiente. Para los protagonistas de la *polémica*, la *política* alcanzó entonces un sentido *elevado*, alejada de lo partidario y con un fin ‘superior’ vinculado a la defensa de lo nacional.

El “COCO”, en cambio, mostró otra cara de la *politización*. En primer término, las discusiones organizadas en sus *Mesas de trabajo* no fueron protagonizadas únicamente por los profesionales de la CNEA, sino que ampliaron la participación al resto del personal y tuvieron un efecto *democratizador*. Por otra parte, en este caso puede hablarse de un ‘ingreso de la política’ en la Comisión, a diferencia de las discusiones sobre Embalse que se gestaron en el organismo y trascendieron pronto las fronteras institucionales, hasta alcanzar estado público. Por ello, puede asociarse al “COCO” con cuestiones de política partidaria, en un contexto de gran efervescencia y movilización social, signado por el retorno del peronismo al gobierno y las pujas políticas al interior de dicho espacio, para ver cuál de las

facciones lograba imponerse en la conducción del movimiento. El contenido ‘ideológico’ de los debates que se dieron en la CNEA, puede graficarse con los dichos de uno de mis entrevistados, que al respecto me señalaba: “*era un momento donde la discusión dejaba muchas veces de tener que ver con lo que debíamos tratar internamente, que era la política científica...*” (E17, 2013).

A partir de la interpretación etnográfica de las fuentes y los relatos de los nativos consultados, he intentado probar que – en el período analizado – la política (en su carácter “antagonista”) fue una dimensión básica de las prácticas sociales (Grimberg, 2009) y de las experiencias de los trabajadores de la Comisión que puso en juego una diversidad de sentidos sobre su actividad laboral y la función que el organismo debía cumplir ante la sociedad. La política o, mejor, su ejercicio *explícito* en la CNEA – que se materializó en la *politización* de un sector mayoritario del personal – fue también, como dijimos, el factor que puso en crisis el mito institucional del *apoliticismo* y su imagen de la Comisión como un establecimiento *aislado* de la realidad política nacional.

Pero si los episodios descritos en este Capítulo revelaron el carácter de ‘artificio’ del mito de la CNEA y transgredieron su ‘mandato tecnocrático’ (la escisión entre la política y la técnica), paradójicamente, no consiguieron superar aquella narrativa o reemplazarla por un nuevo relato aglutinante. Como veremos en las Conclusiones, el quiebre o inflexión que provocaron en la trayectoria institucional las experiencias políticas examinadas, produjo efectos inmediatos que no lograron sostenerse en el tiempo. Entre otras cuestiones, ello explica por qué – aún hoy – al reconstruir la historia de la CNEA, muchos nativos siguen apelando a los discursos de *continuidad* y a las narrativas de la *mística* y omiten en sus relatos las referencias al período 1973-1976. Comprender qué sucedió y por qué las experiencias de *politización* del personal no llegaron a producir sus ‘propios mitos’, implica no sólo volver la mirada hacia la compleja relación entre mito y política sino – también – situar histórica y socialmente la trayectoria de la Comisión para observar de qué manera los contextos más amplios afectaron su dinámica y las relaciones entre sus trabajadores.

CONCLUSIONES

Comencé esta tesis con una referencia a uno de los aspectos que despertaron mi curiosidad etnográfica en el transcurso de la investigación de campo que – desde 2010 – realicé en la CNEA: la tendencia generalizada entre los nativos a concebir a la política como un dominio diferenciado de sus prácticas y a narrar la historia de la Comisión como una experiencia desligada de los contextos más amplios y de los avatares de la política nacional. En algún punto, podría afirmar que todo el esfuerzo analítico vertido en estas páginas, se orientó a comprender y a intentar explicar – con el vital aporte del enfoque etnográfico – esa peculiaridad de la institución y de las representaciones que – sobre ella – han forjado (y siguen sosteniendo) buena parte de sus trabajadores.

Quizás, el principal ‘hallazgo’, en tal sentido, sea haber notado que la pretendida escisión o autonomía entre las dimensiones política y técnica en la CNEA, fue resultado de la producción colectiva de un mito, cuya finalidad radicó en unir al personal detrás de un objetivo ‘supremo’ como el desarrollo de tecnología estratégica para el logro de la soberanía energética del país. Solo un fin de esa naturaleza, podía funcionar como elemento aglutinante en la Comisión para convocar y comprometer a los nativos y ‘justificar’ que se evadieran de cualquier ‘preocupación terrena’ que pudiera desviarlos de aquella meta. Pero si desde la creación de la entidad – en 1950 – hasta comienzos de los ‘70, dicho relato demostró su “eficacia simbólica” (Lévi-Strauss, 1995) y llegó a institucionalizarse, por medio de figuras como la de Jorge Sabato, los acontecimientos que se precipitaron en Argentina con el retorno del peronismo al gobierno, afirmaron el carácter ‘ficcional’ (Geertz, [1973] 2003) o de artificio del mito de la CNEA.

¿Cómo explicar, en pleno siglo XX, y en el seno de un organismo tecnocientífico donde la ‘racionalidad’ es la regla, la presencia (y la vigencia) de ciertos mitos que son tenidos por verdades reveladas? ¿Cómo concebir la creencia nativa de que una práctica como la nuclear podía desarrollarse en forma *aislada* a los episodios de la vida política nacional? A lo largo de la tesis he procurado brindar algunas claves interpretativas para responder a ambos interrogantes, no con la

intención de clausurarlos sino con el deseo de que puedan convertirse en puntos de partida de futuras investigaciones.

Sobre la cuestión del mito y su papel ‘configurativo’ en la CNEA, lo señalado en la tesis se inscribe en la tradición de pensamiento socio-antropológico de Émile Durkheim ([1912] 1992), que explica el papel central que han desempeñado (y siguen jugando) esas narrativas en la constitución y el mantenimiento de los vínculos sociales, en la medida en que organizan y dan sentido al mundo que habitamos, permitiéndonos actuar y vivir en él. Concebidas como “campos” o “pequeños microcosmos sociales” (Bourdieu, 1995), las instituciones son, también, forjadoras de mitos al punto tal de que – algunos autores (Lebedinsky 1995; Kaës 1996; Lema 2013) – han señalado que, sin ellos, dichas entidades no serían capaces de sobrevivir. Pero ¿qué sucede cuando esos ‘grandes relatos’ destinados a mantener la cohesión de un grupo se tornan “dominantes” (Williams, 2010) en lugar de ‘representativos’ de los intereses de toda la “comunidad”? O en otros términos, ¿qué ocurre cuándo – como en el caso de la CNEA – los mitos institucionales empiezan a ser cuestionados?

Sin dudas, la *politización* de la “comunidad nuclear” (Marzorati, 2012) en los años ‘70 constituyó un “drama” o uno de esos episodios “liminales” – descritos por Victor Turner (1974: 14-15) – que produjo un “quiebre de las relaciones sociales regulares” en la Comisión y, para muchos nativos, desembocó en un período de “crisis” y subversión del orden establecido. Fue ese el momento en que el mito del *apoliticismo* mostró su ‘condición artificial’ y se hizo evidente para el personal de la CNEA la imposibilidad de sostener la imagen de una institución “incontaminada” (Douglas, 1973) políticamente y *aislada* de los contextos más amplios. Fue ese, también, un tiempo de revalorización de la ‘buena política’ y de afianzamiento de los valores tecno-nacionales inscritos en el “ADN de la Comisión” (Hurtado y Bianchi, 2017), y un período en el que las jerarquías internas fueron cuestionadas, con vistas a promover la *democratización* institucional. Como vimos, la *politización* / ‘peronización’ de la CNEA, ocasionó la ‘pérdida’ de la *mística* y abrió el juego a nuevas formas de organización y participación del personal para definir qué rumbo debía tomar el establecimiento en un clima signado por las expectativas de cambio y transformación social.

Tanto a nivel ‘externo’ como dentro de la Comisión, el nuevo contexto fue vivido como una etapa ‘(re)fundacional’ en Argentina que restituiría los valores democráticos sepultados tras dieciocho años de proscripción en los que alternaron regímenes autoritarios y civiles que – con distintos matices – apoyaron la exclusión del peronismo de la arena pública. El carácter instituyente de las acciones que tuvieron lugar en aquella etapa fue acompañado, asimismo, de nuevos discursos o retóricas que, a diferencia de los sostenidos por los anteriores gobiernos tecnocráticos, colocaron a la política en el centro de los debates, convirtiéndola en una dimensión dadora de sentidos de las prácticas sociales.

En CNEA, las acciones orientadas a lograr la *democratización* interna, incluyeron la “toma” y la realización de asambleas masivas en los centros y lugares de trabajo; la creación de nuevos espacios de representación (política) del personal; el recambio de las autoridades y la organización de instancias de discusión ‘tecnopolítica’ para evaluar el rol que debía asumir el organismo en el nuevo contexto.

Como explica uno de mis entrevistados,

“...*Todo ese movimiento no nació de la gente vieja como yo, sino de los jóvenes... Ellos impulsaron un cambio, pero un cambio que, visto en perspectiva, a lo largo del tiempo, no cambió nada... Y en vez de ser beneficioso, fue perjudicial para [la] Comisión...*” (E21, 2010)

Los episodios abordados en la tesis muestran cómo a comienzos de los setenta el ‘mito fundacional’ de la CNEA entró en crisis con la irrupción de la política partidaria y las experiencias de *politización* de un sector mayoritario de los trabajadores. En términos antropológicos, podría decir que – buena parte de mi análisis – se centró en desnaturalizar aquel relato y en explicitar su trasfondo político,¹⁶⁹ además de revelar cómo las narrativas de la *mística* se ligaron a cierta concepción *elitista* de la práctica institucional, que se materializó en la creación de jerarquías internas, basadas en el dominio desigual de los conocimientos técnicos.¹⁷⁰ Pero la ‘deconstrucción’ del mito y su crisis, no implicaron – en los hechos – su

¹⁶⁹ Con ello me refiero no sólo al anti-peronismo profesado por varios de mis interlocutores sino, también, a los modos en que el mito institucional reveló formas de ‘hacer política’ entre quienes se proclamaron a sí mismos como ‘a-políticos’.

¹⁷⁰ Como señalé en la Introducción, ninguno de dichos aspectos fue considerado por la literatura nativa y académica que – hasta el momento – se produjo sobre la Comisión.

desaparición o reemplazo por un nuevo relato aglutinante. Por el contrario, como indica el testimonio citado más arriba, el *cambio* que impulsaron los *jóvenes* ‘politizados’, no llegó a concretarse y para muchos, incluso, resultó perjudicial para la Comisión. En un sentido similar, se expresaba otro de los profesionales consultados, para quien “*era necesario [producir] un cambio en la CNEA, pero cambiar obligaba a ser creativos y, al parecer, lo que faltó en el ’73 fue una dosis grande de inventiva...*” (E6, 2017).

Lo que ambos nativos omiten en sus respectivas ‘lecturas’ sobre la *politización* de los ‘70 es que – tanto en la CNEA como en el resto del país – la situación desatada con la muerte de Perón, en 1974, y el trágico período inaugurado con la dictadura militar que tomó el poder en 1976, cortaron de cuajo las experiencias políticas y el proceso democratizador iniciado en los albores de aquella década. En el caso específico de la Comisión, la etapa que se abre con el Golpe de Estado (1976-1983), marca el fin de la *politización* del personal y puede interpretarse como un tiempo en el que – a partir de proyectos ‘convocantes’¹⁷¹ y la dirección de un líder ‘carismático’ –¹⁷² intentaron recrearse los valores asociados a la “comunidad de la *mística*” (Fernández Larcher, 2017). Por ello, es posible referir a la gestión de Castro Madero (1976-1983) como un ciclo de actualización del mito institucional y reafirmación del *sentido de pertenencia* a la CNEA, en los términos que señalábamos en el Capítulo II de la tesis. Al respecto, cabe citar lo expresado por uno de mis interlocutores quien, al reflexionar sobre aquella etapa, afirmaba:

“Desde junio del ’73 hasta junio del ’76, esos años fueron un desastre en algunos sectores de la Comisión. Hay tipos que se fueron a la miércoles (...) No apareció nada nuevo. [Y] los grupos que no se deshicieron, se volvieron a constituir alrededor de los viejos apenas llegó el ’76...” (E3, 2014)

Ahora bien, el proceso de ‘remitificación’ o recreación de la *mística* durante la presidencia de Castro Madero, se dio paralelamente al clima represivo y a la violencia institucional que afectaron la dinámica interna de la CNEA en los años de

¹⁷¹ Como el del Plan Nuclear que se puso en marcha en 1979 y contó con el respaldo de la Junta Militar y la asignación de un presupuesto millonario, a diferencia de lo ocurrido en otras dependencias públicas, desmanteladas por la política neoliberal de la dictadura.

¹⁷² Me refiero a la figura del Capitán de Navío y Doctor en Física, Carlos Castro Madero. En abril de 1976 el marino fue nombrado delegado interventor de la CNEA por la Junta Militar (Decreto N° 20, 29/03/1976, publicado en el Boletín Oficial el 6 de abril de 1976)

plomo.¹⁷³ Sin embargo, pese a la fractura que produjo – para muchos – la intervención militar del organismo, la literatura nativa sobre aquella época se centró, más bien, en poner de relieve la *continuidad* de las consignas de “autonomía” e “independencia tecnológica” en el marco del plan económico de la dictadura,¹⁷⁴ y en subrayar la peculiar situación que gozó la CNEA al disponer de un presupuesto millonario para llevar adelante un ambicioso programa nuclear.¹⁷⁵

Estos temas, apenas esbozados aquí, forman parte de una investigación doctoral en curso que proyecta el análisis desarrollado en la tesis de Maestría al período 1973-1994. Por razones obvias, no puedo detenerme a profundizarlos, pero su mención resulta necesaria para volver sobre la cuestión del mito y el papel que ha desempeñado (y que aún juega) como una historia realmente sentida por el personal de la Comisión. Y es que, como advertía hace un momento, el mito de la *mística* y del *apoliticismo* sigue vivo en el presente, bajo la forma idealizada de un recuerdo sobre la ‘grandeza’ de los años pasados.

En relación a este punto y como subrayé en el Capítulo II, otra de las cuestiones que llamaron mi atención en el trabajo de campo, fue la nostalgia experimentada por la mayoría de mis entrevistados al evocar la trayectoria de CNEA y enumerar sus logros tecno-científicos de los años ‘60 y ‘70. Como referí entonces, esa caracterización sirvió a los nativos para marcar un contraste con el presente

¹⁷³ Bajo su gestión, la CNEA sufrió el secuestro y desaparición de dieciséis personas, la detención ilegal y posterior liberación de diez trabajadores y el despido arbitrario de cientos de profesionales, entre los prescindidos y cesanteados de la institución por razones político-ideológicas. No obstante, la figura del marino permanece poco investigada y, hasta el momento, contados estudios indagaron en las características y las consecuencias de la represión con foco en las “experiencias vividas” (Traverso; 2007) por el personal de la Comisión.

Sin embargo, en el último decenio, el interés por abordar el período de la última dictadura en CNEA, se tradujo en la publicación de un corpus de trabajos académicos de autores pertenecientes a disciplinas diversas, entre los que cabe mencionar a Hurtado (2009; 2014); Rodríguez (2014c); Spivak y Gárgano (2014); Spivak (2015); Fernández Larcher (2015).

¹⁷⁴ A grandes rasgos, el programa económico del “superministro” José Alfredo Martínez de Hoz (1976-1981), se basó en una serie de medidas de corte liberal, que promovieron el crecimiento del mercado financiero y las conductas especulativas, la apertura económica y la reducción del aparato estatal (Schvarzer 1986; Canelo 2008). Respaldado por una amplia fracción de civiles y militares, el plan asestó un fuerte *golpe* al sector público – con su correlato de despidos masivos y privatizaciones – que impactó en el ámbito productivo y afectó el desarrollo de la industria local.

¹⁷⁵ El Plan Nuclear de 1979 no fue una idea original de Castro Madero, sino que “formó parte de las propuestas que el plantel científico de CNEA quería hacer llegar al gobierno desde la década anterior. Incluso muchos de los objetivos de 1979 habían sido fijados ya en el Plan de 1975/1985” (Rodríguez, 2014: 50).

institucional y establecer una distinción entre su labor *sacrificada* y la falta de compromiso que notaban entre los “jóvenes”. En tal sentido, puede plantearse que la Comisión es hoy una institución ‘cautiva’ de su pasado, y ese hecho “le impide pensarse en la actualidad [y] reflexionar sobre sí misma en una coyuntura que no tiene las mismas características de [las etapas anteriores]” (Lema, 2013: 177).

Vale la pena aquí, citar las palabras de otro de mis interlocutores que – sobre la situación de la CNEA en 2010 – señalaba:

“La Comisión cumplió un ciclo y en algún momento tuvo que haber sido redefinida, cosa que no se hizo. Por eso, muchos de los problemas que hoy tiene, creo que surgen porque no se recicló. [El] contexto en el que se mueve hoy es diferente, [pero] se sigue pensando en una CNEA como hace 40 o 50 años atrás, cuando la sociedad reclama otras cosas y su relación con el contexto social, cambió. [...] Antes tenía las centrales adentro, tenía un montón de empresas adentro y hoy son empresas que, a lo mejor, dependen de la CNEA pero están afuera... Entonces, no tiene la misma potencialidad que tenía antes...” (E21, 2010).

La cita resulta clave para graficar el tema que hemos planteado sobre la relación nostálgica de la CNEA con su pasado de ‘gloria’, evocado como el tiempo de la *mística* e ilustra – también – la imposibilidad del organismo para pensarse en el presente o recrear su mito institucional. Algo similar expresa Lema (2013), en su análisis sobre la función del ‘mito de origen’ en un tradicional establecimiento educativo de Uruguay.¹⁷⁶ Al respecto, sostiene la autora:

“Por diversos motivos (contextuales, internos, generalmente, ambos), las instituciones pasan por etapas en las que los mitos [fundacionales], necesarios para el sostén del imaginario colectivo que hace a la institución, se vuelven inoperantes. No desaparecen, sino que, incapaces de absorber nuevos flujos, se cierran de tal forma que no permiten sus posibles reediciones, se rigidizan y son impermeables a los cambios contextuales...” (Lema, 2013: 196; mi énfasis).

Atribuir a ‘lo simbólico’ (los mitos, las creencias, las representaciones colectivas, etc.) las causas del malestar presente en ciertas instituciones, no sólo implica adoptar una mirada parcial y reduccionista sino, además, dejar de lado la historia y su impacto en el desarrollo de aquellas organizaciones. No es esa la postura de Lema (2013) ni tampoco la mía. Por el contrario, y como espero haber

¹⁷⁶ La Facultad de Derecho de la Universidad de la República.

(de)mostrado en mi tesis, el surgimiento de la ‘comunidad de la *mística*’ (Fernández Larcher, 2017) en la Comisión, no puede entenderse si no en relación a los contextos más amplios y al modo en que un sector específico de la “comunidad nuclear”¹⁷⁷ se vinculó (conflictivamente) con ellos.

Sobre este punto, cabe una última consideración que servirá, asimismo, de cierre a los temas planteados en este análisis. Me refiero a la situación de la CNEA como repartición pública y al rol que ha jugado el Estado en la promoción y el desarrollo de la actividad nuclear en el país. Entre 1950 y 1973 – período que examino en mi trabajo – el desarrollo de la energía atómica fue considerado un asunto estratégico en el proceso de industrialización argentino, al punto de que la Comisión pasó a depender en forma directa de la Presidencia. Pero si tal vínculo fue evidente durante su creación, bajo el gobierno peronista (1950), los conflictos entre Perón y la comunidad científica – que signaron su mandato – hicieron que aquella relación comenzara a ‘desdibujarse’ y que, en cierto modo, la CNEA se ‘autonomizara’ de la tutela estatal. Este proceso – descrito en el Capítulo I – marcó el pasaje o transformación de una política de Estado en una política institucional, sustentada en las premisas de la *autonomía tecnológica* y el desarrollo de capacidades propias en materia nuclear.

Como se desprende de los relatos nativos, hasta 1972 / 1973, pareció que el Estado no hubiera tenido injerencia en la creación de políticas públicas para el sector y que, por el contrario, estas se formulaban desde la Comisión hacia ‘afuera’. Tanto la *polémica* por el combustible de Embalse como la experiencia del “COCO”, dan muestras de ello y permiten observar el peso de la “comunidad nuclear” (Marzorati, 2012) en la elaboración y ejecución de dichas políticas. Pero aquí es interesante notar – también – un hecho ‘novedoso’ que tuvo lugar en aquellos años: me refiero a la experiencia de los *jóvenes* ‘peronizados’ y el personal ‘politizado’ de los setenta que – más allá de sus diferencias ideológicas – buscó ‘restituir’ (o explicitar) el vínculo de la entidad con el Estado, al plantear la necesidad de alinear los objetivos de la Comisión con los de la política nacional. Este es el punto que quisiera subrayar con vistas a darle a mi análisis una proyección a futuro que, otra vez, nos devuelve al

¹⁷⁷ Constituido, en su mayoría, por los “*viejos*” o “*históricos*”.

tema del mito o, mejor, como han expresado D'Iorio y Fava (2012), “a lo que todavía pueden los mitos” (2012: 60).

Hace tiempo, leí en un libro que me recomendó un ‘informante clave’ (mi amigo Ernesto),¹⁷⁸ un texto del matemático Pablo Jacovkis (2009) que intentaba resumir – en pocas líneas – los procesos de “ruptura y reconstrucción de la ciencia” en la CNEA, desde su creación hasta el presente. Una frase llamó vivamente mi atención y la subrayé, convencida de que encerraba algún sentido especial que, entonces, no estaba en condiciones de apreciar cabalmente. La transcribo a continuación:

“Cuando yo era chico, salvo un grupo muy reducido de personas que ideológicamente podrían ser calificadas de neoliberales, todos, fueran nacionalistas, peronistas, radicales, izquierdistas-reformistas o izquierdistas-revolucionarios, asignaban a la CNEA y a YPF prácticamente un papel de *mito*. Hablar mal de alguna de estas dos instituciones era casi como hablar mal de la madre de uno. Es posible que la desaparición de la CNEA e YPF como mitos sean irreversibles; los tiempos han cambiado y el país es otro. Pero sin mitos aglutinantes es difícil tener sensación de pertenencia a un país, y sin sensación de pertenencia (es decir, sin mitos realmente sentidos) es difícil que se puedan *establecer políticas asumidas como políticas de Estado* por la mayoría de la población, independientemente de sus ideologías...” (Jacovkis, 2009: 110; mi énfasis).

A la luz de los hechos examinados en la tesis, la cita de Jacovkis cobra nueva significación y habilita una lectura optimista sobre el futuro de la CNEA y la posibilidad de que – como en el '73, pero ‘aggiornada’ al nuevo contexto – articule sus objetivos con las políticas de Estado y restituya, así, su vínculo con la “realidad nacional” que el mito de la *mística* (y el *apoliticismo*) quebrantó en el pasado. De lo que se trata, pues, es de fundar un nuevo relato ‘situado’ que articule las dimensiones política y técnica y mire hacia atrás no ya para “abonar la nostalgia de lo sido, sino [para] reivindicar la pasión del hacer y rearmar con lo [que] queda, algo de lo mucho que se hizo” (D'Iorio y Fava, 2012: 73). El desafío que, en la nueva coyuntura, se plantea a los trabajadores nucleares, radica en la posibilidad de aprender de las experiencias pasadas, rescatar las mejores tradiciones organizativas del personal y

¹⁷⁸ Se trata del libro *Ruptura y reconstrucción de la ciencia argentina* (2009) que compila las charlas e intervenciones hechas por distintas personalidades del campo tecno-científico nacional, en el marco de la Segunda edición del Seminario homónimo, organizado en 2007 por el entonces Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva.

forjar una *mística* más participativa y *democrática* en la CNEA que convoque a sus miembros a levantar otra vez las banderas de la *autonomía tecnológica* y la defensa del desarrollo tecnocientífico argentino, sin ocultar su trasfondo político.

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

- ALBORNOZ, Mario. 2007. “Los problemas de la ciencia y el poder”, en: Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad CTS, N° 8, Vol. 3, pp. 47-65. Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/924/92430805.pdf>
- ALBORNOZ, Mario. 2009. “Desarrollo y políticas públicas en ciencia y tecnología en América Latina”, en: RIPS. Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas, vol. 8, núm. 1, pp. 65-75, Universidad de Santiago de Compostela. Disponible en: <http://www.redalyc.org/pdf/380/38011446006.pdf>
- ALBORNOZ, Mario. 2015. “Un sueño y muchos soñadores. A propósito del libro de Diego Hurtado: “El sueño de la Argentina Atómica””, en: Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, Tercera serie, N°43, pp. 171-183. Disponible en: <http://www.scielo.org.ar/pdf/bihaar/n43/n43a08.pdf>
- ALTAMIRANO, Carlos. 1998. “Desarrollo y desarrollistas”, en: Prismas, Revista de historia intelectual, N° 2, pp. 75-94. Disponible en: <http://historiasal sociales.uba.ar/wp-content/uploads/sites/82/2015/06/ALTAMIRANO-Desarrollo-y-Desarrollistas.pdf>
- ALTAMIRANO, Carlos. 2001. *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires, Temas Grupo Editorial.
- ALUCIN, Silvia y ZILLI, Gabriela. 2013. “La mirada etnográfica sobre lo político: algunas consideraciones teórico-metodológicas”, en: Revista Pensar. Epistemología y Ciencias Sociales, N°8. Editorial Acceso Libre, Rosario. Disponible en: <http://revistapensar.org/index.php/pensar/issue/view/8/showToc>
- ARÁOZ, Carlos. 2017. “Combustibles nucleares, fantasías y realidades... Reactores de investigación y de potencia”. Ciclo de Seminarios del Instituto Sabato, Centro Atómico Constituyentes (CAC), 4 de mayo de 2017.
- ARON, Raymond. 1979. “Introducción”, en: WEBER, Max. [1919] 1979. *El político y el científico*. Madrid, Alianza Editorial.
- BALBI, Fernando. 2007. *De leales, desleales y traidores. Valor moral y concepción política en el peronismo*. Buenos Aires, Editorial Antropofagia.

- BALBI, Fernando. 2012. “La integración dinámica de las perspectivas nativas en la investigación etnográfica”, en: *Revista Intersecciones en Antropología*, Número 13, pp. 485-499. Disponible en:
<http://www.scielo.org.ar/pdf/iant/v13n2/v13n2a13.pdf>
- BALBI, Fernando y BOIVÍN, Mauricio. 2008. “La perspectiva etnográfica en los estudios sobre política, Estado y género”, en: *Cuadernos de Antropología Social* N° 27: 7-17.
- BARTH, Frederic. 2000. “Metodologías comparativas na análise dos dados antropológicos”. *O guru, o iniciador e outras variações antropológicas*. Contracapa, Rio de Janeiro.
- BEKERMAN, Fabiana. 2009. Investigación científica bajo el signo militar (1976-1983): la bisagra entre el CONICET y la Universidad, en: *Revista Controversias y Concurrencias Latinoamericanas*, N° 2, Año 1, Septiembre: 189-206. Disponible en:
<http://es.scribd.com/doc/19060793/Revista-Controversias-y-Concurrencias-Latinoamericanas-No-2>
- BEKERMAN, Fabiana. 2010. “Modernización conservadora: los designios de la investigación científica durante el último gobierno militar en Argentina”, en: BEIGEL, F. (Coord.) *Autonomía y dependencia de las ciencias sociales: Chile y Argentina (1957-1980)*. Buenos Aires, BIBLOS: 207-232.
- BELINI, Claudio. 2018. “El Plan Prebisch de 1955, los dilemas del desarrollo argentino y las controversias en torno a los legados económicos del peronismo”, en: *Revista de Indias*, 2018, vol. LXXVIII, N° 273, pp. 593-629. Disponible en:
<https://doi.org/10.3989/revindias.2018.018>
- BETANCOURT POSADAS, Alberto. 2002. “Noticias de Hiroshima y Nagasaki: Diplomacia atómica e inicio de la Guerra Fría”, en: *Revista de la Universidad, UNAM, México*. Disponible en:
http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/ojs_rum/files/journals/1/articles/15219/public/15219-20617-1-PB.pdf
- BIOY CASARES, Adolfo. 2014. *Diario de la guerra del cerdo*. Buenos Aires, Booket.
- BOURDIEU, Pierre. [1976] 2014. “El campo científico”, en: BOURDIEU, P. *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, EUDEBA.

- BOURDIEU, Pierre y WACQUANT, L ic J.D. 1995. *Respuestas. Por una Antropología reflexiva*. México, Editorial Grijalbo.
- BRIOZZO, Federico. 2014. "Emergencia de la Medicina Nuclear en Argentina. Abastecimiento de radioisótopos para uso médico (1950-1971)". Tesis de Maestría. Universidad Nacional de Quilmes. Disponible en:
[https://www.academia.edu/24587383/Emergencia de la Medicina Nuclear en Argentina. Abastecimiento de radioisótopos para uso médico 1950-1971](https://www.academia.edu/24587383/Emergencia_de_la_Medicina_Nuclear_en_Argentina._Abastecimiento_de_radiois%C3%B3topos_para_uso_m%C3%A9dico_1950-1971)
- CALABRESE, Carlos. 1997. "Sobre política nuclear. Un poco de historia, significados y propuestas". Disponible en:
<http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2330172>
- CANELO, Paula. 2008. "Las "Dos almas" del Proceso. Nacionalistas y liberales durante la última dictadura militar argentina (1976-1981)", en: Revista Páginas, pp. 69 – 85. Disponible en:
<https://revistapaginas.unr.edu.ar/index.php/RevPaginas/article/view/151/151>
- CARDOSO DE OLIVEIRA, Roberto. 1988. "Capítulo II: Las categorías del entendimiento en Antropología", en: CARDOSO DE OLIVEIRA, R. 1988. *Sobre o pensamento antropológico*. Rio de Janeiro, Tempo Brasileiro.
- CARRETERO PAS N,  ngel Enrique. 2006. "La persistencia del mito y lo imaginario en la cultura contemporánea", en: Revista *Política y Sociedad*, 2006, Vol. 43, N 2, pp. 107-126. Disponible en:
<https://revistas.ucm.es/index.php/POSO/article/view/POSO0606220107A/22550>
- CARRETERO PAS N,  ngel Enrique. 2009. "La *trascendencia inmanente*: un concepto para comprender la relación entre "lo político" y "lo religioso" en las sociedades contemporáneas", en: Revista Papeles del CEIC Nro. 48, pp. 1-27. Disponible en:
<https://www.ehu.eus/ojs/index.php/papelesCEIC/article/view/12255/11177>
- CASTRO DÍAZ-BALART, Fidel. 1990. *Energía nuclear y desarrollo. Realidades y desafíos en los umbrales del siglo XXI*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- CASTRO MADERO, Carlos y TAKACS, Esteban A. 1991. *Política nuclear argentina  Avance o retroceso?* Buenos Aires: Ateneo.
- CAVAROZZI, Marcelo. 2009. *Autoritarismo y democracia (1955-2006)*. Buenos Aires, Ariel.

- CAZENEUVE, Jean. 1967. *La mentalidad arcaica*. Buenos Aires, Siglo XX Editores.
- CHAMA, Mauricio. 2016. *Compromiso político y labor profesional. Estudio sobre psicólogos y abogados en los primeros setenta*. La Plata, Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Libro digital, PDF. Disponible en:
<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.407/pm.407.pdf>
- COMASTRI, Hernán. 2009. “Científicos alemanes en la Argentina peronista. Límites y potencialidades de una política de transferencia científico-tecnológica”, en: Revista Antíteses, Vol. 2, N. 4, julio - diciembre, pp. 693-710. Disponible en:
<http://www.uel.br/revistas/uel/index.php/antiteses>
- COMASTRI, Hernán. 2013. “La memoria como problema metodológico para la historia de la ciencia”, en: AAVV. 2013: *Reflexiones en torno al proceso de investigación. Memorias de las 2das Jornadas de Investigadores en Formación del IDES*.
- COMASTRI, Hernán. 2015. “La política científica en el primer peronismo. Discursos e imaginarios sociales (1946-1955)”. Tesis doctoral. Buenos Aires, Filo Digital. Repositorio Institucional de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.
- DA SILVA CATELA, Ludmila. 2002. “El mundo de los archivos”, en: JELIN, E. y DA SILVA CATELA, L.: *Los archivos de la represión: documentos, memoria y verdad*. Madrid, Siglo XXI.
- DE FAZIO, Federico. 2013. “Relaciones entre El Estado y los sindicatos y sus consecuencias en torno al régimen de obras sociales en Argentina: un análisis histórico político”, en: Revista Salud Colectiva, N°9 (3), pp. 301-315. Disponible en:
<https://www.scielosp.org/pdf/scol/2013.v9n3/301-315>
- DE RIZ, Liliana. 1987. *Retorno y derrumbe. El último gobierno peronista*. Buenos Aires, Hyspamerica Ediciones.
- DÍAZ FARIÑAS, Lázaro. 2013. “A cincuenta años de la alianza para el Progreso: el debate por el socialismo”, en: Revista Economía y Desarrollo, vol. 149, N° 1, pp. 139-157. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=425541207009>
- DIEZ, María Agustina. 2009. *El dependentismo en Argentina una historia de los claroscuros del campo académico entre 1966 y1976*. Tesis Doctoral. Universidad

- Nacional de Cuyo. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Doctorado en Ciencias Sociales. Disponible en:
http://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/3496/tesisdiez.pdf
- D'IORIO, Gabriel y FAVA, Julián. 2012. "Nadie sabe lo que puede un mito", en: AAVV. *Formas de la memoria. Notas sobre el documental argentino reciente*. Buenos Aires, IUNA Audiovisuales.
- DOMÍNGUEZ MARTÍNEZ, Raúl. 2012. "Los orígenes de la física nuclear en México", en: Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad CTS, Selección Especial 2012, números 19, 20 y 21, Vol. 7, pp. 155-172. Disponible en:
<http://www.revistacts.net/files/Volumen%204%20-%20N%C3%BAmero%2011/CTS11.pdf>
- DOUGLAS, Mary. 1973. *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Madrid, Siglo XXI Editores.
- DURKHEIM, Emile. [1912] 1992. *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid, Ediciones Akal.
- ENRÍQUEZ, Santiago. 2011. "A 50 años del SATI: apuntes de una heterodoxia", en: Revista CNEA, N°41-42, pp. 14-20.
- FELD, Adriana. 2010. "Planificar, gestionar, investigar. Debates y conflictos en la creación del CONACYT y la SECONACYT (1966-1969)", Revista eä, Vol. 2, N° 2. Disponible en:
<http://www.ea-journal.com/art2.2/Planificar-gestionar-investigar-Debates-y-conflictos-en-la-creacion-del-CONACYT-y-la-SECONACYT-1966-1969.pdf>
- FELD, Adriana. 2011. "Las primeras reflexiones sobre la ciencia y la tecnología en Argentina: 1968-1973". Revista Redes, VOL. 17, N° 32, pp. 185-221. Disponible en: www.redalyc.org/articulo.oa?id=90722371007
- FELD, Adriana. 2015. *Ciencia y política(s) en la Argentina, 1943-1983*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- FERNÁNDEZ, Javier. 2010. "Importación de tecnologías capital-intensivas en contextos periféricos: el caso de Atucha I (1964-1974)", en: Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad, 6 (16) pp. 9-37.
- FERNÁNDEZ, Javier. 2011. "El surgimiento de las comisiones de energía atómica en Argentina y Brasil (1945-1956)", en: *eä jornal*, Vol. 2, N°3. Disponible en:

<http://www.ea-journal.com/art2.3/El-surgimiento-de-las-comisiones-de-energia-atmica-Argentina-Brasil-1945-1956.pdf>

- FERNÁNDEZ LARCHER, Ana. 2015. “Una aproximación a las relaciones entre ciencia, tecnología y política en la CNEA antes de la dictadura: apogeo y ocaso de las experiencias de participación política del personal”, en: GÁRGANO, C. (Comp.) *Ciencia en dictadura: trayectorias, agendas de investigación y políticas represivas en Argentina* (pp. 63-85). Buenos Aires, INTA Ediciones.
- FERNÁNDEZ LARCHER, Ana. 2016. “Autonomía tecnológica y “politización” de la actividad nuclear. Una aproximación desde la antropología a las maneras de hacer y de pensar a la política en la Comisión Nacional de Energía Atómica (1972-1973)”. XLIII Reunión Anual de la Asociación Argentina de Tecnología Nuclear (AATN): “La energía nuclear en el cambio climático, antes de que sea tarde”. Cancillería Argentina, Buenos Aires, Argentina.
- FERNÁNDEZ LARCHER, Ana. 2017. “Perspectivas nativas sobre el origen y el ocaso de la *mística institucional* en la CNEA: “desperonización” y *politización* de la “comunidad nuclear” (1950-1973)”, en: Revista *Etnografías Contemporáneas*, Año 3, Nº 5, pp. 278-300. Disponible en:
<http://www.unsam.edu.ar/revistasacademicas/index.php/etnocontemp/article/view/257/300>
- FERNÁNDEZ LARCHER, Ana y RODRÍGUEZ, Milagros. 2017. “Tras las huellas de Mnemosine: hallazgo y conservación de la hemeroteca de CNEA”. XLIV Reunión Anual de la AATN: “Sector Nuclear Argentino. Liderando la innovación ayer, hoy y siempre”. Cancillería Argentina, Buenos Aires, Argentina.
- FISCHBARG, Alicia y COSSO, Oriana: s/t. 2011. Trabajo presentado en el marco del Seminario “Instituciones de Ciencia y Tecnología”. Maestría en Política y Gestión de la Ciencia y la Tecnología, Universidad de Buenos Aires.
- FORTE, Ricardo. 1999. “Génesis del nacionalismo militar. Participación política y orientación ideológica de las Fuerzas Armadas argentinas al comienzo del siglo XX”, en: Revista *Signos Históricos*, Vol. 1, Nº 2, pp. 103-135. Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa, México. Disponible en:
<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=34400205>
- FORTE, Ricardo. 2003. “Militares, cultura política y proyecto económico en la Argentina de la primera mitad del siglo XX”, en: Anuario de Historia Regional y

- de las Fronteras, Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga (Colombia), Vol. 8. Disponible en: <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/Forte2.pdf>
- FRANCO, Marina. 2012. *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y "subversión", 1973-1976*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- FRANCO, Marina y LEVÍN, Florencia. 2007. "El pasado reciente en clave historiográfica", en: FRANCO, M. y LEVÍN, F. (Comp.). *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires, Paidós.
- FREDERIC, Sabina y SOPRANO, Germán. 2005. "Introducción", en: Frederic, S. y Soprano, G. (Comps.). *Cultura y política en etnografías sobre la Argentina*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes Editorial.
- FREDERIC, Sabina y SOPRANO, Germán. 2008. "Antropología y política en la Argentina", en: Revista de estudios en Antropología Social. Vol. 1, Nº1. Disponible en: <http://es.scribd.com/doc/170726558/Frederic-y-Soprano-Antropologia-y-politica-en-la-Argentina#scribd>
- GAGGIOLI, Naymé. 2003. *La comunidad nuclear. Una mirada antropológica sobre el desarrollo nuclear argentino*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología. Colección Tesis de Licenciatura.
- GÁRGANO, Cecilia. 2011. "Ciencia, Tecnología y Dictadura: la reorganización de las agendas de investigación y extensión del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) durante la última dictadura cívico-militar argentina (1976-1983)". En: Revista Realidad Económica, pp. 120-149.
- GÁRGANO, Cecilia. 2014. "Construcción de una cartografía represiva y clausura de agendas en disputa en el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) argentino (1973-1983)". Revista Binacional Brasil Argentina (RBBA) Vol. 3, Nº 1, pp. 63-98. Disponible en: periodicos.uesb.br/index.php/rbba/article/download/2762/2685
- GÁRGANO, Cecilia. 2015. "Continuidades y rupturas en el complejo científico-tecnológico 1976-1983. Ciencia, tecnología y dictadura en Argentina". En: Revista Contemporánea: Historia y problemas del siglo veinte.
- GÁRGANO, Cecilia. 2017. *Ciencia, tecnología y dictadura. Producción de conocimiento e intervención militar en el Instituto Nacional de Tecnología*

- Agropecuaria (1973-1983)*. Tesis doctoral. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. Disponible en:
http://repositorio.filo.uba.ar/bitstream/handle/filodigital/4645/uba_ffyl_t_2017_se_gargano.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- GAZTAÑAGA, Julieta. 2011. *El trabajo político y sus obras: una etnografía de tres procesos políticos en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires, Editorial Antropofagia.
- GEERTZ, Clifford. [1973] 2003. “Descripción densa: Hacia una teoría interpretativa de la cultura”, en GEERTZ, C. *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.
- GIL, Gastón. 2010. “Etnografía, archivos y expertos. Apuntes para un estudio antropológico del pasado reciente”, en: *Revista Colombiana de Antropología*, Volumen 46 (2), pp. 249-278. Disponible en:
<http://www.scielo.org.co/pdf/rcan/v46n2/v46n2a02.pdf>
- GILMAN, Claudia. 1999. *Literatura, intelectuales y política en la América Latina de la Revolución*. Tesis Doctoral. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Disponible en:
file:///C:/Users/Administrador/Downloads/uba_ffyl_t_1999_36353.pdf
- GILMAN, Claudia. 2012. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- GÓMES, Gabriela. 2011. “El Onganiato y los sectores populares: funcionarios, ideas y políticas de la Secretaría de Estado de Promoción y Asistencia a la Comunidad (1966-1970)”, en: *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”*. Córdoba, N° 11, pp. 279-302. Disponible en:
<https://revistas.unc.edu.ar/index.php/anuarioceh/article/view/23032/22790>
- GONZÁLEZ CASTAÑEDA, Mario y BAVOLEO, Bárbara. 2010. “Atomizando la Nación: la energía nuclear en el discurso de la nación India”, en: *Revista Memoria Social*, Bogotá, Colombia, 14 (29): 125-142. Disponible en:
<file:///C:/Users/Administrador/Documents/Downloads/Dialnet-AtomizandoALaNacion-3397787.pdf>
- GORDILLO, Mónica et al. 2019. 1969. *A cincuenta años: repensando el ciclo de protestas*. Argentina, CLACSO, UNC. Disponible en:

<http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20191204035716/Repensando-el-ciclo-de-protestas.pdf>

- GRAMSCI, Antonio. 1967. *La formación de los intelectuales*. México, Editorial Grijalbo.
- GRIMSON, Alejandro. 2007. “Introducción”, en: GRIMSON, A. (Comp.). 2007. *Pasiones Nacionales. Política y cultura en Brasil y Argentina*. Buenos Aires, Edhasa, pp. 13-48.
- GUBER, Rosana. 2004. *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires, Paidós.
- GUBER, Rosana. 2012. *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- GUBER, Rosana. 2012b. *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- GUBER, Rosana. 2013. *La articulación etnográfica. Descubrimiento y trabajo de campo en la investigación de Esther Hermitte*. Buenos Aires, Biblos.
- GUGLIELMUCCI, Ana. 2007. *Memorias desveladas. Prácticas y representaciones colectivas del encierro por razones políticas*. Buenos Aires, Tientos Editora.
- GUGLIELMUCCI, Ana. 2013. *La consagración de la memoria. Una etnografía acerca de la institucionalización del recuerdo sobre los crímenes del terrorismo de Estado en Argentina*. Buenos Aires, Antropofagia.
- HALBWACHS, Maurice. 2004. *La memoria colectiva*. Zaragoza, Prensa Universitaria de Zaragoza.
- HALPERÍN DONGHI, Tulio. 1964. *Argentina en el callejón*. Montevideo: Arca.
- HALPERÍN DONGHI, Tulio. 2005. *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid, Alianza Editorial.
- HARRIAGUE, Santiago et al. 2006. “Una mirada a la CNEA de los primeros años, con vistas al futuro”. Buenos Aires, XXXIII Reunión Anual de la Asociación Argentina de Tecnología Nuclear (AATN).
- HARRIAGUE, Santiago y QUILICI, Domingo (Eds.) 2014. *Jorge A. Sabato. Estado, política y gestión de la tecnología. Obras escogidas (1962-1983)*. Buenos Aires, UNSAM Edita.
- HECHT, Gabrielle. 1998. *The radiance of France. Nuclear power and national identity after World War II*. Cambridge, The MIT Press.

- HERRERA, Amílcar. 2015. *Ciencia y política en América Latina*. Buenos Aires, Colección PLACTED, Ediciones Biblioteca Nacional, pp. 37-50.
- HEY, Alfredo. 2018. “Anécdotas sobre Jorge Sabato”. *Ciclo de conferencias históricas organizadas por el Laboratorio de Conservación Preventiva y Restauración de Documentación de CNEA, 29 de agosto de 2018*. Disponible en: <http://ricabib.cab.cnea.gov.ar/796/>
- HIDALGO, Cecilia. 1998. “Antropología del mundo contemporáneo. El surgimiento de la Antropología de la Ciencia”, en: *Revista Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, tomo 22-23, pp. 71-81. Disponible en: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/25561>
- HOBSBAWM, Eric. 1998. *Historia del Siglo XX*. Buenos Aires, Editorial Crítica. Grijalbo Mondadori.
- HURTADO, Diego. 2005. “Autonomy, even Regional Hegemony: Argentina and the "Hard Way" toward Its First Research Reactor (1945-1958)”, en: *Science in Context, Cambridge University Press*, 18, 2: 285-308.
- HURTADO, Diego. 2009. “Periferia y fronteras tecnológicas. Energía nuclear y dictadura militar en la Argentina (1976-1983)”, en: *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad*, Vol. 5, Nº13, pp. 27-64.
- HURTADO, Diego. 2010. *La ciencia argentina. Un proyecto inconcluso: 1930-2000*. Buenos Aires, Edhasa.
- HURTADO, Diego. 2011. “Surgimiento, alienación y retorno: el pensamiento latinoamericano en ciencia, tecnología y desarrollo”, en: *Revista Voces en el Fénix*, Nº8, pp. 20-27. Disponible en: <http://www.youblisher.com/p/174779-Voces-en-el-Fenix-N-8-Dia-de-la-Independencia/>
- HURTADO, Diego. 2012. “Cultura tecnológico-política sectorial en contexto semiperiférico: el desarrollo nuclear en la Argentina (1945-1994)”, en: *Revista CTS, Selección 2012*. Pp. 201-230). Disponible en: www.revistacts.net/files/Selección%202012/HurtadoCORREGIDO.pdf
- HURTADO, Diego. 2014. *El sueño de la Argentina atómica. Política, tecnología nuclear y desarrollo nacional (1945-2006)*, Buenos Aires, Edhasa.
- HURTADO, Diego y BUSALA, Analía. 2006. “De la “movilización industrial” a la “Argentina científica”: La organización de la ciencia durante el peronismo (1946-

- 1955)”, en: Revista da Sociedade Brasileira da Historia da Ciencia, Vol. 4, pp. 17-33. Disponible en:
https://www.academia.edu/13247358/De_la_movilizaci%C3%B3n_industrial_a_la_Argentina_cient%C3%ADfica_La_organizaci%C3%B3n_de_la_ciencia_durant_e_el_peronismo_1946-1955
From the industrial mobilization to the scientific Argentina The organization of science during peronism 1946-1955
- HURTADO, Diego y FELD, Adriana. 2010. “La Revista *Mundo Atómico* y la “Nueva Argentina Científica””, en: PANELLA, C. y KORN, G. (Comps.), *Ideas y debates para la Nueva Argentina. Revistas culturales y políticas del peronismo*. Volumen I. Universidad Nacional de La Plata, Ediciones EPC de Periodismo y Comunicación
- HURTADO, Diego y BIANCHI. 2017. “Tecnología peronista. O cómo vender reactores nucleares a Holanda. Diario Página 12. Versión Online, disponible en:
<https://www.pagina12.com.ar/30871-tecnologia-peronista-o-como-vender-reactores-nucleares-a-hol>
- JACOBKIS, Pablo. 2009. “Algunas reflexiones sobre ruptura y reconstrucción de la ciencia argentina”, en: AAVV. 2009. *Ruptura y reconstrucción de la ciencia argentina*, pp. 110-113.
- KAËS, René et al. 1989. *La institución y las instituciones. Estudios psicoanalíticos*. Buenos Argentina, Paidós. Capítulo I.
- LAMUEDRA, Guillermo. 2006. *La historia de la Argentina nuclear*. Buenos Aires, Ediciones Camino Propio.
- LARRIÓN CARTUJO, Antonio. 2012. “Mito, ciencia y sociedad. El relato mítico y la razón científica como formas de conocimiento”, en: SÁNCHEZ DE LA YNCERA, I. y RODRÍGUEZ FOUZ, M. (Eds.) *Dialécticas de la postsecularidad. Pluralismo y corrientes de secularización*. Barcelona, Editorial Anthropos – Siglo XXI, pp. 235-262.
- LEBEDINSKY, Viviana. 1996. “De mitos, rituales y viajes. Un estudio antropológico de la Unión de Industriales Argentinos”, en: Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXI, pp. 49-76. Disponible en:
<https://core.ac.uk/download/pdf/15781756.pdf>

- LEMA, Claudia. 2015. “El mito fundacional en las instituciones educativas: potencia y limitaciones. El caso de la Facultad de Derecho de la Universidad de la República”, en: BAÑULS, G. (Coord.), *Educación y psicología en el siglo XXI*. Uruguay, CSIC, Ediciones Universitarias, Universidad de la República.
- LÉVI-STRAUSS, Claude. 1995. “La eficacia simbólica”, en: LÉVI-STRAUSS, C. *Antropología Estructural*. Barcelona, Editorial Paidós.
- MALINOWSKI, Bronislaw. [1922] 1986. *Los Argonautas del Pacífico Occidental. Un estudio sobre comercio y aventura entre los indígenas de los archipiélagos de la Nueva Guinea melanésica*. Barcelona, Planeta–Agostini. Tomo I.
- MALINOWSKI, Bronislaw. [1948] 1994. “El mito en la psicología primitiva”, en: MALINOWSKI, B. *Magia, Ciencia y Religión*, Barcelona, Planeta-Agostini.
- MAQUEDA, Ernesto. 2009. “Ciencia y tecnología en la actividad nuclear”. En: *Ruptura y reconstrucción de la ciencia argentina*, pp. 64-69. Disponible en: http://www.mincyt.gov.ar/multimedia/archivo/archivos/Ruptura_y_reconstruccion.pdf
- MAQUEDA, Ernesto y SCHEUER, Walter. 2014. “Una batalla por la autonomía tecnológica: uranio natural o enriquecido (más de cuatro décadas después)”. Trabajo presentado en el IX Encuentro de Filosofía e Historia de la Ciencia del Cono Sur y a las XXV Jornadas de Epistemología e Historia de la Ciencia. Los Cocos, Córdoba, Argentina. Disponible en: <https://uranionaturalvsenriquecido.wordpress.com/>
- MARIÁTEGUI, José Carlos. S/F. *El artista y la época*, pp. 13-28. Versión digital. Disponible en: http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/mariategui_jc/s/Tomo6.pdf
- MARISCOTTI, Mario. 1987. *El secreto atómico de Huelmo. Crónica del origen de la energía atómica en la Argentina*. Buenos Aires. Editorial Sudamericana Planeta.
- MARZORATI, Zulema. 2000. “La participación argentina en la I Conferencia “Átomos para la Paz” de Ginebra (1955)”, en: GARCÍA, P., MENNA, S. y RODRÍGUEZ, V. (Eds.), *Epistemología e Historia de la Ciencia. Selección de Trabajos de las X Jornadas*, Volumen 6, N° 6, Universidad Nacional de Córdoba. Disponible en: <https://rdu.unc.edu.ar/handle/11086/4457>

- MARZORATI, Zulema. 2003. "Plantear utopías. La formación de la comunidad científica: CNEA (1950-1955)", en: Cuadernos de Antropología Social, N° 18, 203, pp. 123-140. Disponible en: <http://www.scielo.org.ar/pdf/cas/n18/n18a09.pdf>
- MARZORATI, Zulema. 2012. *Plantear utopías: la conformación del campo científico-tecnológico nuclear en Argentina (1950-1955)*. Buenos Aires, Ediciones Ciccus.
- MATHARAN, Gabriel. 2013. "La investigación industrial en la Argentina: el caso de la industria petrolera de YPF (1925-1942)", en: Revista *REDES*, Vol. 19, N°37. Disponible en: <http://www.unq.edu.ar/advf/documentos/58c1944717454.pdf>
- MATTA, Juan Pablo. 2013. "Intercambios, moralidades y conflictos", en: Revista *Intersecciones en Antropología*, Número 14, pp. 171-182. Disponible en: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1850-373X2013000100010
- MCKAY, Alwyn. 1995. *La construcción de la era atómica*. Barcelona, Salvat Editores.
- MERTON, Robert. [1942] 1997. *La estructura normativa de la ciencia*. Madrid, Alianza Editorial.
- MÍGUEZ, María Cecilia. 2013. "¿Anticomunistas, antiestadistas, antiperonistas? La "nacionalización" de la doctrina de seguridad nacional en Argentina y la legitimación del golpe de Estado de 1966", en: Revista SAAP, Vol. 7, N° 1, pp. 65-95. Disponible en: <https://revista.saap.org.ar/contenido/revista-saap-v7-n1/Miguez.pdf>
- MONTERO, Ana Soledad. 2012. "Los usos del 'ethos'. Abordajes discursivos, sociológicos y políticos", en: Revista *RÉTOR*, 2 (2), pp. 223-242. Disponible en: http://www.revistaretor.org/pdf/retor0202_montero.pdf
- MORENO, Isidoro. 2003. "La Trinidad sagrada de nuestro tiempo: mercado, Estado y religión", en: Revista Española de Antropología Americana, Volumen Extraordinario, pp. 13-26. Disponible en: <https://revistas.ucm.es/index.php/REAA/article/view/REAA0303220013A/23485>
- MORRIS, Brian. 1995. *Introducción al estudio antropológico de la religión*. España, Ediciones Paidós.
- MOUFFÉ, Chantal. 2011. *En torno a lo político*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

- MOURÃO, Ronaldo. 2005. “Hiroshima e Nagasaki: razões para experimentar a nova arma”, en: Revista *Scientiæ zudia*, V. 3, N. 4, pp. 683-710. Sao Pablo. Disponible en: <http://www.scielo.br/pdf/ss/v3n4/a10v3n4.pdf>
- MURPHY, Jessica. 2019. “Peronismo y radicalización política en los setenta. El caso de Chubut, hacia un estado de la cuestión”, en: Revista IDENTIDADES, N°16, año 9, pp. 86-102. Disponible en: <https://iidentidadess.files.wordpress.com/2019/05/5-identidades-16-9-2019.pdf>
- NEIBURG, Federico. 1999. “Politización y universidad. Esbozo de una pragmática histórica de la política en la Argentina”, en: *Prismas*, Revista de historia intelectual, N° 3: 51-71. Disponible en: <http://www.saavedrafajardo.org/Archivos/Prismas/03/Prismas03-03.pdf>
- NIEVAS, Fabián. 2000. *Las tomas durante el gobierno de Cámpora*. Tesis de Doctorado. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- NUN, José. 1995. “Argentina: El estado y las actividades científicas y tecnológicas”, en: Revista *REDES*, Vol. 2, N° 3, pp. 59-98. Disponible en: <http://www.redalyc.org/pdf/907/90711280002.pdf>
- OBREGÓN, Diana. 1992. “El sentimiento de nación en la literatura médica y naturalista de fines del siglo XIX en Colombia”, en: *DYNAMIS Acta Hispanica ad Medicinæ Sn'entiarumque Historiam Illustrandam*. Vol. 12, pp. 47-72. Disponible en: <https://ddd.uab.cat/pub/dynamis/02119536v12/02119536v12p47.pdf>
- O'DONNELL, Guillermo. 1978. “Tensiones entre el Estado burocrático-autoritario y la cuestión de la democracia”, en: Documento CEDES, N° 11. Disponible en: http://repositorio.cedes.org/bitstream/123456789/3299/1/Doc_t11.pdf
- O'DONNELL, Guillermo. 1982. *El Estado burocrático autoritario*. Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
- OLLIER, María Matilde. 1998. *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria*. Buenos Aires, Ariel.
- ORNSTEIN, Roberto. 2010. “El desarrollo nuclear argentino: 60 años de una historia exitosa”, en: Revista CNEA, Año 10, N° 37-38, enero-junio, pp. 6-14.
- OROZCO, Luis y CHAVARRO, Diego. 2010. “Robert K. Merton (1910-2003). La ciencia como institución”, *Revista de Estudios Sociales* No. 37, Bogotá, pp. 143-162. Disponible en:

[file:///C:/Users/Administrador/Downloads/-data-Revista_No_37-08_Otras_Voces_03%20\(2\).pdf](file:///C:/Users/Administrador/Downloads/-data-Revista_No_37-08_Otras_Voces_03%20(2).pdf)

- OSZLAK, Oscar. 1976. “Política y organización estatal de las actividades científico-técnicas en la Argentina: Crítica de modelos y prescripciones corrientes”, en: CEDES, Serie Estudios Sociales, N°2. Disponible en: <http://www.oscarozlak.org.ar/images/articulos-espanol/Politica%20y%20organizacion.pdf>
- OVEJERO, José. 2018. “El nacimiento de la Metalurgia Moderna en Argentina”, en: Revista SAM, Vol. 2, pp. 28-43. Disponible en: www.materiales-sam.org.ar
- PICABEA, Facundo. 2010. Análisis de la trayectoria tecno-productiva de la industria estatal argentina. El caso IAME (1952-1955). Tesis de Maestría. Disponible en: <http://repositorio.flacsoandes.edu.ec/bitstream/10469/5118/2/TFLACSO-2011JFP.pdf>
- PITA, María Victoria. 2010. *Formas de morir y formas de vivir. El activismo contra la violencia policial*. Buenos Aires, Editores del Puerto/CELS.
- POLLAK, Michael. [1989] 2006. *Memoria, olvido y silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata, Ediciones al Margen.
- PONTORIERO, Gustavo. 2012. “Fuerzas Armadas y desarrollo energético en la Argentina: el papel de la Marina de Guerra en la primera mitad del siglo XX”, en: H-industri@, Revista de historia de la industria, los servicios y las empresas en América Latina, Vol. 6, N° 10. Disponible en: http://www.hindustria.com.ar/images/client_gallery/HindustriaNro10Pontoriero.pdf
- PONTORIERO, Esteban. 2012. “Pensamiento militar y legislación de defensa en Argentina: la caracterización de la amenaza a la seguridad interna ¿Continuidad o ruptura?”, en: Revista Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX, Año 3, Vol. 3, pp. 149-165. Disponible en: http://www.geipar.udelar.edu.uy/wp-content/uploads/2014/10/Contemporanea03_2012-11-23-webO-08.pdf
- POWASKI, Ronald. 2000. *La Guerra Fría. Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*. Barcelona, Editorial Crítica. Disponible en:

- <https://historiadelascivilizacionesblog.files.wordpress.com/2016/01/powaski-ronald-la-guerra-francesa-estados-unidos-y-la-unic3b3n-sov3a9tica-1917-1991.pdf>
- PUGLISI, Alfio. 2011. “La enseñanza de la Física en la Escuela Naval”, en: Publicaciones Navales, Tomo CXXXX, N° 707. Disponible en: [http://www.ara.mil.ar/archivos/Docs/005\(3\).pdf](http://www.ara.mil.ar/archivos/Docs/005(3).pdf)
- PUGLISI, Alfio. 2015. “Marinos ilustres: Contra-almirante Pedro Eusebio Iraolagoitia”, en: Boletín Del Centro Naval, N°841, pp. 137-143. Disponible en: <https://docplayer.es/58824510-Boletin-del-centro-naval.html>
- QUILICI, Domingo. 2008. “Desarrollo de proveedores para la industria nuclear argentina: Visión desde las Centrales Nucleares”, en: Revista *H-Industri@*, Año 2- Nro. 2.
- RETA, Alejandra. 2020. “El proceso de peronización dentro del movimiento universitario en los años setenta en la Argentina”. Disponible en: <https://www.teseopress.com/peronizacion>
- RIBEIRO DE ANDRADE, Ana Maria. 2012. “Átomos na política internacional”, en: Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad CTS, Selección Especial 2012, números 19, 20 y 21, Vol. 7, pp. 173-200. Disponible en: <http://www.revistacts.net/files/Volumen%204%20-%20N%C3%BAmero%2011/CTS11.pdf>
- ROCA, Alejandra. 2011. “La superstición moderna. Ciencia y Tecnología en la mirada antropológica”, en: Voces en el Fénix, N°8, pp. 84-89. Disponible en: <http://www.vocesenelfenix.com/content/ciencia-y-tecnolog%C3%AD-en-la-mirada-antropol%C3%B3gica>
- ROCA, Alejandra. 2014. “Antropología, tecnología y biociencias: un campo en expansión”. Entrevista a Alejandra Roca por María Alejandra Dellacasa, en: Ankulegi. Revista de Antropología Social, N°18, pp. 159-167. Disponible en: <https://aldizkaria.ankulegi.org/index.php/ankulegi/article/view/73/181>
- ROCKWELL, Elsie. 1986. "La relevancia de la etnografía para la transformación de la escuela", Tercer Seminario Nacional de Investigación en Educación, Bogotá.
- RODHES, Richard. 1990. “La complementariedad de la bomba”, en: Revistas UNAM, Educación Química Vol 1, N°0. México. Disponible en: [file:///C:/Users/Administrador/Downloads/67012-194862-1-SM%20\(1\).pdf](file:///C:/Users/Administrador/Downloads/67012-194862-1-SM%20(1).pdf)

- RODRÍGUEZ, Milagros. 2014a. Las políticas neoliberales en el campo de la generación nucleoelectrica argentina: La reorganización de la Comisión Nacional de Energía Atómica (1989-1999). Tesis de Licenciatura. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.
- RODRÍGUEZ, Milagros. 2014c: “Avatares de la energía nuclear en Argentina. Análisis y contextualización del Plan Nuclear de 1979”, *H-industri@*, Año 8, N°15, pp. 30-55. Disponible en: <http://ojs.econ.uba.ar/ojs/index.php/H-ind/article/view/730/1352>
- RODRÍGUEZ, Milagros. 2014b. “Cuentas pendientes. La producción historiográfica argentina en torno a la generación nucleoelectrica”. Trabajo presentado en el marco de la XL Reunión Anual de la Asociación Argentina de Tecnología Nuclear (AATN).
- RODRÍGUEZ, Milagros. 2017. “La Comisión Nacional de Energía Atómica y la consolidación del complejo empresarial en torno a la actividad nucleoelectrica (1976-1994)”, en: Avances del Cesor, Vol. 14, N°16, pp. 69-89. Disponible en: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2422-65802017000100003
- ROMERO, Luis Alberto. 2003. “La primavera de los ‘70”, en: TCHACH, C. (comp), *La política en consignas. Memorias de los setenta*. Rosario, Homo Sapiens.
- ROSSEN, Jorge. 2009. “Uranio natural vs. Uranio enriquecido. Una historia de lucha de profesionales con sentido nacional”. (Sin publicar)
- SABATO, Jorge. 1968. “Energía atómica en Argentina”, en: *Estudios Internacionales*, 2(3), pp. 332-357. Disponible en: <https://revistaei.uchile.cl/index.php/REI/article/view/19158/20284>
- SABATO, Jorge. [1970] 2014. “Para el prontuario del Plan Nuclear Argentino”, en: HARRIAGUE, S. y QUILICI, D (Eds.) *Jorge A. Sabato. Estado, política y gestión de la tecnología. Obras escogidas (1962-1983)*, Buenos Aires, UNSAM Edita, pp. 65-83.
- SABATO, Jorge. [1972] 1979. “Haciendo Ciencia y Tecnología o quince años de Metalurgia”, en: SABATO, J. 1979. *Ensayos en campera*, Buenos Aires, Juárez Editor., pp. 147-165.
- SABATO, Jorge. [1973] 2014. “Energía atómica en Argentina: una estudio de caso”, en: HARRIAGUE, S. y QUILICI, D. 2014. *Jorge A. Sabato. Estado, política y*

- gestión de la tecnología. Obras escogidas (1962-1983)*, Buenos Aires, UNSAM Edita, pp. 105-134.
- SALOMON, Jean Jacques. 2008. *Los científicos. Entre poder y saber*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- SALVI, Valentina y VERNIK, Esteban. 2011. “Ejército y nación. Reflexiones sobre la inscripción de la fuerza en la comunidad nacional”. IV Seminario Internacional Políticas de la Memoria: “Ampliación del campo de los derechos humanos. Memoria y perspectivas”. Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti. Disponible en:
http://conti.derhuman.jus.gov.ar/2011/10/mesa_18/salvi_vernik_mesa_18.pdf
- SANTIAGO, José. 2005. “Secularización y nacionalismo. Un análisis comparado de los nacionalismos vasco y quebequense”. Tesis doctoral presentada en la Universidad Complutense de Madrid (Facultad de Ciencias Políticas y Sociología) Disponible en:
https://www.researchgate.net/publication/39159513_Secularizacion_y_nacionalismo_un_analisis_comparado_de_los_nacionalismos_vasco_y_quebequense
- SANTIAGO, José. 2012. “El nacionalismo y *Las formas elementales de la vida religiosa*: deudas y críticas”, en: Revista *Política y Sociedad*, Vol. 49, N° 2, pp. 293-311. Disponible en:
[file:///C:/Users/Administrador/Documents/Downloads/38413-Texto%20del%20art%C3%ADculo-53631-1-10-20121116%20\(1\).pdf](file:///C:/Users/Administrador/Documents/Downloads/38413-Texto%20del%20art%C3%ADculo-53631-1-10-20121116%20(1).pdf)
- SANTOS, Eduardo. S/f. *El Diablo de Maxwell*, mimeo, Bariloche.
- SARRABAYROUSE OLIVEIRA, María José. 2009. “Reflexiones metodológicas en torno al trabajo de campo antropológico en el terreno de la historia reciente”, en: Cuadernos de Antropología Social, Número 29, pp. 61–83. Disponible en:
http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_abstract&pid=S1850-275X2009000100004
- SCHEUER, Walter. 1973. “Palabras introductorias a la consideración de la Memoria Anual 1972-73, pronunciadas por el presidente saliente de la CD durante la Asamblea del 31 de mayo de 1973”. Disponible en:
<https://uranionaturalvsenriquecido.files.wordpress.com/2015/07/documento-3.pdf>
- SCHVARZER, Jorge. 1986. *La política económica de Martínez de Hoz*. Buenos Aires, Hyspamérica.

- SIDICARO, Roberto. 2006. "Proceso de politización y de desintegración de las Fuerzas Armadas Argentinas", en: Revista Cuestiones de Sociología, N°3, pp. 33-58. Disponible en: <http://www.cuestionessociologia.fahce.unlp.edu.ar>
- SIGAL, Silvia. 2002. *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*. Buenos Aires, Siglo XXI editores.
- SOLBERG, Carl. 1986. *Petróleo y Nacionalismo en la Argentina*. Buenos Aires, Hyspamérica Ediciones Argentinas.
- SPINELLI, María Estela. 2005. "La "revolución libertadora". Una ilusión antiperonista", en: Revista Prohistoria, N° 9, pp. 185-189. Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/3801/380135835010.pdf>
- SPIVAK L'Hoste, Ana. 2010. *El Balseiro. Memoria y emotividad en una institución científica argentina*. La Plata, Buenos Aires. Ediciones Al Margen.
- SPIVAK L'Hoste, Ana. 2015. "Fondos públicos, proyectos tecnológicos y violencia estatal: tensión de memorias de dictadura en una institución tecnocientífica argentina", en: *Revista Mana*, Rio de Janeiro, vol. 21 pp. 157-179.
- SPIVAK L'Hoste, Ana y HUBERT, Matthieu. 2013. "Sentidos de nación y tecnociencia: una mirada comparativa en instituciones del área nuclear", en: *Revista Universitas Humanística*, Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá (Colombia); vol. 76, pp. 185-206. Disponible en: <http://www.scielo.org.co/pdf/unih/n76/n76a09.pdf>
- SPIVAK, Ana y GÁRGANO, Cecilia. 2014. "Memoria, historia reciente y estudios CTS: una revisión de las tensiones en torno a las trayectorias de CNEA e INTA durante la última dictadura argentina (1976-1983)". En: ARELLANO, A. et al (eds.), *Perspectivas latinoamericanas en el estudio social de la ciencia, la tecnología y el conocimiento*, Buenos Aires, Siglo XXI, p. 101-112.
- SPIVAK, Ana y QUÍLICI, Domingo. 2018. "Del "aprender haciendo" al cierre de ciclo con efecto de demostración: la crónica del reprocesamiento de combustible nuclear en Argentina", en: Revista CTS, N°39, Vol. 13, pp. 33-57. Disponible en: [file:///C:/Users/Administrador/Downloads/Dialnet-DelAprenderHaciendoAlCierreDelCicloConEfectoDemost-6872045%20\(1\).pdf](file:///C:/Users/Administrador/Downloads/Dialnet-DelAprenderHaciendoAlCierreDelCicloConEfectoDemost-6872045%20(1).pdf)
- STAGNARO, Adriana. 2003. "Ciencia y debate antropológico. Distintas perspectivas", en: Revista Cuadernos de Antropología Social, N°18, pp. 85-105. Disponible en:

- <http://www.scielo.org.ar/pdf/cas/n18/n18a07.pdf>
- STAGNARO, Adriana. 2015. *Ciencia a pulmón. Etnografías de laboratorios argentinos de biotecnología*, Buenos Aires, Fundación Ciccus – CLACSO.
- STAGNARO, Adriana e HIDALGO, Cecilia. 2003. “Antropología de la Ciencia y la Tecnología. Introducción”, en: Revista Cuadernos de Antropología Social, N°18, pp. 7-13. Disponible en: <http://www.scielo.org.ar/pdf/cas/n18/n18a01.pdf>
- STAGNARO, Adriana e HIDALGO, Cecilia. 2016. “Antropología de la Ciencia y la Tecnología. Presentación del Dossier”, en: Revista Cuadernos de Antropología Social, N°43, pp. 9-11. Disponible en: <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/CAS/article/view/2991>
- STONE, Oliver y KUZNICK, Peter. 2015. *La historia silenciada de Estados Unidos. Una visión crítica de la política norteamericana del último siglo*. Madrid, Editorial La Esfera de los Libros. Capítulos IV y V.
- SVAMPA, Maristella. 2003. “El populismo imposible y sus actores”, en: JAMES, D., *Nueva Historia Argentina, 1955-1976*. Buenos Aires, Sudamericana, Tomo IX. Disponible en: <http://maristellasvampa.net/publicaciones-ensayos.shtml>
- THOMAS, Hernán. 1995. *Surdesarrollo. Producción de tecnología en países subdesarrollados*, Buenos Aires, CEAL.
- TORTTI, María Cristina. 1999. “Protesta social y “Nueva Izquierda” en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional”, en: PUCCIARELLI, Alfredo (Comp.). *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva izquierda en tiempos del GAN*. Buenos Aires, EUDEBA.
- TORTTI, María Cristina. 2006. “La nueva izquierda en la historia reciente de la Argentina”, en: Revista Cuestiones de Sociología, N°3, pp. 19-32. Disponible en: <https://core.ac.uk/download/pdf/296337517.pdf>
- TRAVERSO, Enzo. 2007. “Historia y memoria. Notas sobre un debate”, en FRANCO, M. y F. LEVÍN (Eds.), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires, Paidós, pp. 67-96.
- TROUILLOT, Michel-Rolph. 1995. *Silenciando el pasado. El poder y la producción de la Historia*. Granada, Editorial Comares.
- TURNER, Victor. 1974. “Dramas, Fields, and Metaphors”. Ithaca, Cornell University Press, pp. 23-59. Disponible en:

<http://carlosreynoso.com.ar/archivos/turner-dramas-sociales.pdf>

- VARSÁVSKY, Oscar. [1969] 2007. *Ciencia, Política y Cientificismo*. Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- VESSURI, Hebe. 2007. “*O inventamos o erramos*”. *La ciencia como idea-fuerza en América Latina*. Buenos Aires, Editorial Universidad Nacional de Quilmes.
- VISACOVSKY, Sergio. 2002. *El Lanús. Memoria y política en la construcción de una tradición psiquiátrica y psicoanalítica argentina*. Buenos Aires, Alianza Editorial.
- WILLIAMS, Raymond. 2010. “La hegemonía”, en: WILLIAMS, R. *Marxismo y Literatura*. Buenos Aires, Las Cuarenta.
- WEBER, Max. [1919] 1979. *El político y el científico*. Madrid, Alianza Editorial.
- WEBER, Max. [1903] 2014. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México, Fondo de Cultura Económica.
- ZENOBI, Diego. 2012. “Familiares de víctimas y demandas de ‘justicia’: notas sobre una investigación etnográfica”. Comentario al libro de PITA, María Victoria, *Formas de morir y formas de vivir. El activismo contra la violencia policial*, en: Revista Estudios de Antropología Social, CAS–IDES. Disponible en: http://cas.ides.org.ar/files/2012/05/06_eas_v2_n1_zen.pdf
- ZENOBI, Diego. 2014. *Familia, política y emociones. Las víctimas de Cromañón entre el movimiento y el Estado*. Buenos Aires, Editorial Antropofagia.

FUENTES CITADAS

- APCNEA. Acta de Fundación. 18 de abril de 1966.
- APCNEA. Acta N° 108. 24 de abril de 1972.
- APCNEA. Boletín N° 21. Marzo de 1973.
- APCNEA, Acta N°149, 8 de junio de 1973.
- APCNEA. Acta N°150. 11 de junio de 1973.
- APCNEA, Acta N° 155. 16 de julio de 1973.
- CIENCIA NUEVA, Revista de Ciencia y Tecnología, N° 1, 1970. pp. 3-4.
- CNEA. Memoria Anual. 1955.
- CNEA. Memoria Anual. 1970.

CNEA. Memoria Anual. 1971.

CNEA. Informe sobre la Central Nuclear II. 3 de agosto de 1973.

CNEA. “Mecanismos de participación del personal”. Documento elaborado por la Mesa de Trabajo N° 7. Buenos Aires, CNEA. 30 de octubre de 1973.

CNEA. “Anteproyecto” Resultados producidos por las Mesas de Trabajo del Consejo Coordinador. Buenos Aires, CNEA. 1° diciembre 1973.

CLARÍN, “Usinas atómicas: debate sobre el uso del uranio enriquecido”, 19 de mayo de 1972.

CLARÍN, “El combustible de las usinas nucleares”, 4 de junio de 1972.

CLARÍN, “Uranio Natural. Única alternativa para las centrales nucleares argentinas”. Solicitada de la APCNEA, 7 de septiembre de 1972.

CLARÍN, “Ocuparon y piden la intervención de Organismos Técnico-Científicos”, Sección Gremiales, Jueves 7 de junio de 1973, p. 14.

CLARÍN, “Ayer se produjeron nuevas ocupaciones”, Sección Gremiales, Sábado 9 de junio de 1973, p. 10.

HOY EN LA NOTICIA, “El éxodo de científicos: un escollo que no ha frenado el plan nuclear”, 18 de junio de 1976.

EL CRONISTA COMERCIAL, “La Central Nuclear Córdoba a punto de ser verdad”, 5 de junio de 1972.

LA NACIÓN, “Especial Bicentenario. Generación del '80: el progreso como ideal”, por Roy Hora, 10 de marzo de 2017. Disponible en:
<https://www.lanacion.com.ar/opinion/especial-bicentenario-generacion-del-80-el-progreso-ideal-nid1914200/>

LA OPINIÓN, “Intervinieron dos centros tecnológicos”, Sección Educación, Martes 12 de junio de 1973, p. 21.

LA OPINIÓN, “El Plan Atómico argentino duerme un sueño burocrático”, 10 de diciembre de 1975.

LA PRENSA, “Designáronse interventores en tres organismos”, Sección Primera, Martes 12 de junio de 1973, p. 13.

LA PRENSA, “Nuevas ocupaciones en el INTA”, Sección Primera, Jueves 14 de junio de 1973.

PLAN DE GOBIERNO (1947-1951). Presidencia de la Nación. Secretaría Técnica. Buenos Aires, 1946. Tomo I. Disponible en:

<http://www.labaldrich.com.ar/wp-content/uploads/2016/08/Plan-de-Gobierno-1947-1951-Tomo-I.pdf>

REVISTA *REALIDAD ECONÓMICA*, “El IADE opina sobre Uranio natural y política nuclear independiente”, N°12. 28 de febrero de 1973.

REVISTA VISIÓN, “La mayoría de edad”, por Jorge Sabato. 24 de marzo de 1973.

SCHEUER, Walter. 1972. “Reunión con Quihillalt”. 25 de octubre de 1972.

Disponible en:

<https://uranionaturalvsenriquecido.files.wordpress.com/2015/11/entrevistas-1.pdf>

SCHEUER, Walter. 1973. “Palabras introductorias a la consideración de la Memoria Anual 1972-73, pronunciadas por el presidente saliente de la CD durante la Asamblea del 31 de mayo de 1973”. Disponible en:

<https://uranionaturalvsenriquecido.files.wordpress.com/2015/07/documento-3.pdf>

SEGUNDO PLAN QUINQUENAL. Presidencia de la Nación. Subsecretaría de Informaciones. Buenos Aires, 1953. Disponible en:

<http://cdi.mecon.gov.ar/greenstone/collect/planesde/index/assoc/HASHf8f1.dir/doc.pdf>

ANEXO DE PERFILES DE LOS ENTREVISTADOS

1. Entrevistado 1 (E1): Ingeniero metalúrgico, recientemente fallecido. Trabajó durante 30 años en la CNEA (1965-1995), para desempeñarse luego en NA-SA (Nucleoeléctrica Argentina – Sociedad Anónima). En CNEA, participó en el grupo de Sabato. Fue Jefe del proyecto de desarrollo de la fabricación de vainas de elementos combustibles y componentes de circonio para los reactores nucleares, Gerente de tecnología en el Centro Atómico Ezeiza (Procesos Químicos) y Coordinador Ejecutivo del Proyecto Internos del Reactor. Entrevista realizada en agosto de 2019.

2. Entrevistado 2 (E2): Doctor en Física. Ingresó a la CNEA en 1968 y se desempeña en el sector de Metalurgia (CAC) denominado, posteriormente, Gerencia de Materiales. Actualmente reviste como Investigador Consulto de la Comisión. Entrevista realizada en marzo de 2017.

3. Entrevistado 3 (E3): Doctor en Química, con más de 35 años de trayectoria laboral en la CNEA, donde se desempeñó hasta 1994 pasando, luego, a revestir como personal de la Autoridad Regulatoria Nuclear (ARN). Actualmente, desvinculado de la ARN. Entrevista realizada en marzo de 2014.

4. Entrevistado 4 (E4): Doctor en Química. Ingresó a la CNEA en 1954, en el grupo de Radioquímica, dirigido por Seelmann Eggebert. Ocupó distintos cargos jerárquicos en la Comisión, donde se desempeñó poco más de cuatro décadas. Actualmente preside la Asociación Argentina de Tecnología Nuclear (AATN). Entrevista realizada en abril de 2017.

5. Entrevistado 5 (E5): Contralmirante (R) de la Armada. Ingeniero Nuclear, fallecido en 2018. Ingresó a la CNEA en 1969. Entre otros cargos, se desempeñó como Gerente Operativo de la Dirección de Ciclo de Combustibles Nucleares de la Comisión. Entrevista realizada en marzo de 2017.

6. Entrevistado 6 (E6): Doctor en Química. Uno de los “12 apóstoles” de Jorge Sabato. Ingresó a la CNEA en 1956. Fue Gerente de Combustibles y Gerente de Tecnología de la CNEA. Actualmente, se desempeña como Investigador Consulto de la Comisión. Entrevista realizada en mayo de 2017.

7. Entrevistado 7 (E7): Ingeniero industrial. Realizó sus estudios de posgrado en Física. Ingresó a la CNEA en 1974. En la actualidad, ejerce como Investigador Consulto en la Comisión. Entrevista realizada en junio de 2013.

8. Entrevistado 8 (E8): Doctor en Física. Miembro del Departamento de Física Teórica de la CNEA, con más de 40 años de trayectoria en la institución. Ingresó al organismo en 1968 y, actualmente, se desempeña como Investigador Consulto de la CNEA. 3era entrevista, realizada en agosto de 2015.

Con dicho entrevistado, mantuve diversos encuentros a lo largo de mi investigación: los primeros, en 2014 y, luego, en 2015, y a lo largo de 2018 y 2019.

9. Entrevistado 9 (E9): Ingeniero Químico, con 45 años de trayectoria en la CNEA. Ingresó al organismo en 1965 y estuvo a cargo de la Gerencia del Programa Nacional de Gestión de Residuos Radiactivos (PNGRR) de la Comisión. Entrevista realizada en marzo de 2010.

10. Entrevistado 10 (E10): Ingeniero. Ex Director de la CNEA y, actualmente, asesor senior del Directorio de la Autoridad Regulatoria Nuclear (ARN). Entrevista realizada en mayo de 2015.

11. Entrevistado 11 (E11): Licenciado en Química y profesional de la CNEA entre 1968 y 1976, año en que fue secuestrado y trasladado ilegalmente a dependencias de la Marina, donde permaneció detenido por espacio de un mes junto a otros trabajadores de la Comisión. Luego, fue puesto a disposición del PEN y reubicado en la cárcel de Devoto, de donde logró salir en octubre de 1976 a condición de abandonar el país. 1era entrevista, realizada en octubre de 2014.

Con dicho entrevistado, mantuve tres encuentros: los primeros, en 2014 y el último en 2015.

12. Entrevistado 12 (E12): Ingeniero Mecánico, con más de 35 años de trayectoria en la CNEA. 2da entrevista, realizada en junio de 2013.

Con dicho entrevistado, mantuve tres encuentros: el primero, en 2010 y los dos últimos en 2013.

13. Entrevistado 13 (E13): Doctor en Física. Trabajó 28 años en la Comisión, donde fue Director de Investigación y Desarrollo (1984-1988) y Jefe del Departamento de Física (1975-1982). Entrevista realizada en mayo de 2014.

14. Entrevistado 14 (E14): Médico endocrinólogo y especialista en Medicina Nuclear, fallecido en 2017. Entrevista realizada en junio de 2014.

15. Entrevistado 15 (E15): Técnico de la CNEA, con más de tres décadas de trayectoria laboral. Ingresó a la Comisión en 1965 y se retiró en 2001. Entre 2006 y 2015, continuó colaborando con el organismo. Mantuve dos entrevistas con él, a lo largo del año 2016.

16. Entrevistado 16 (E16): Profesor de Matemáticas, ingresó a la CNEA en 1978 para trabajar en el Proyecto Perú (venta de un reactor experimental). Actualmente, retirado de la Comisión. Entrevista realizada en julio de 2014.

17. Entrevistado 17 (E17): Ingeniero Agrónomo. Ingresó a la CNEA en 1971 y se desempeñó como Jefe de la Gerencia de Gestión Ambiental. Actualmente, retirado de la CNEA. Entrevista realizada en enero de 2013.

18. Entrevistado 18 (E18): Técnico de la CNEA, con cuarenta años de trayectoria en la Comisión. Se desempeñó en el CAE, en el PNGGR. Entrevista realizada en septiembre de 2010.

19. Entrevistado 19 (E19): Geólogo. Ingresó a la CNEA en 1976, desempeñándose por más de tres décadas en el organismo. Entrevista realizada en noviembre de 2011.

20. Entrevistado 20 (E20): Politóloga. Ingresó a la CNEA en el año 1978 y en el año 1994, comienza a desempeñarse en el ENREN-ARN. Entrevista realizada en noviembre de 2011.

21. Entrevistado 21 (E21): Licenciado en Física, con más de 40 años de trayectoria en la Comisión, a donde ingresó en 1969. Entrevista realizada en abril de 2010.

22. Entrevistado 22 (E22): Ingeniero electromecánico. Ingresó a la CNEA en 1970 y se mantuvo en actividades por más de tres décadas. Me reuní con él en dos oportunidades, a lo largo de 2016.

23. Entrevistado 23 (E23): Ingeniero con más de cinco décadas de trayectoria en la CNEA, donde ingresó a los 16 años. En 1994, pasó a revestir como personal del ENREN-ARN, organismo que actualmente preside. Entrevista realizada en octubre de 2014.

24. Entrevistado 24 (E24): Doctor en Física. Miembro del Departamento de Física de la CNEA, hasta el año 1983, cuando deja la actividad en la Comisión para dedicarse de lleno a su labor en la Facultad de Ciencias Exactas de la UBA. 2da entrevista, realizada en julio de 2015.

Me reuní con él en dos oportunidades, la primera, en 2013 y la segunda, en 2015.

25. Entrevistado 25 (E25): Físico. Ingresó a la CNEA en el año 1966 y revistió como personal en el CAE hasta 1976, año en que fue detenido y secuestrado ilegalmente por grupos comando de la última dictadura (1976-1983). Los extractos que cito en la tesis, corresponden a un intercambio que mantuve con él por correo electrónico, a lo largo de 2017.

26. Entrevistado 26 (E26): Físico nuclear. Revistió como personal de la CNEA entre 1969 y 1976, año en que fue cesanteado de la Comisión por razones políticas e ideológicas. 2da entrevista, realizada en enero de 2017.

Me reuní con él en dos oportunidades, la primera, en enero de 2014 y la segunda, casi tres años más tarde.

27. Entrevistado 27 (E27): Ingeniero Químico. Ingresó a la CNEA en 1969 y comenzó a trabajar en el grupo de Reprocesamiento del CAE. En 1976 fue secuestrado y trasladado ilegalmente a dependencias de la Marina, donde permaneció detenido por espacio de un mes junto a otros trabajadores de la Comisión.

Mantuve tres encuentros con él a lo largo del año 2015.

